

La Obra del Espíritu Santo

Volumen 3: Santificación

I. Santificación

“Pero por Él estáis vosotros en Cristo Jesús, cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención.”—1 Corintios i. 30.

La santificación es uno de los más gloriosos regalos que el Mediador otorga a los santos por medio del pacto de gracia. Cubre toda su naturaleza mental, espiritual y física. Debemos, por lo tanto, entenderla completamente y aprender cómo obtenerla; y cada creyente, cualquiera sea la medida de su fe, debiera estar completamente consciente de su actitud hacia ella; porque las visiones erradas respecto a esto, nos llevarán de seguro a extraviarnos del Cristo viviente. Es tonto pensar que, aun cuando las herejías del tiempo actual han afectado las doctrinas de Cristo, pecado y regeneración, la santificación es demasiado simple como para que no se vea afectada. Incluso los sacerdotes caen en este triste engaño. Siendo hombres de fervor espiritual, se oponen estrictamente a las herejías con respecto a estos otros en sus instrucciones catequéticas, desde púlpito y en sus escritos, y los consideran errores fundamentales; pero por alguna razón, nunca se han dado cuenta que la doctrina de la santificación puede estar expuesta a peligro y fallan al no poner a la Iglesia en guardia.

Tal riesgo era imposible, por lo tanto, ni siquiera se preocuparon de distinguir la santificación como un dogma en lo absoluto. “Al contrario,” dicen, “la belleza de la santificación es que sea *vida*; por consiguiente, completamente independiente de los misterios de un *dogma*. En la vida de la santificación, los creyentes pueden cargarse con negligencias, vivir una vida descuidada; en resumen, de un progreso lento, de un *hacer* y un *obrar* imperfectos; pues, ¿qué es la santificación sino el perfeccionamiento de uno mismo y el crecimiento diario en santidad? Pero nunca esto con una *confesión* defectuosa, con visiones erradas de la doctrina; porque la santificación no es doctrina sino vida.” De esta forma han llegado a negarle el valor y dignidad de un dogma o doctrina; para hacerla casi sinónimo de una superación de vida; por consiguiente, para hacerla parte de un bien común, para todos aquellos que tratan de llevar una vida esforzada y piadosa.

Entonces la idea creció naturalmente, de modo que muchas personas de doctrina incierta pudieran llevar vidas más espirituales. Esta supuesta verdad fue incluso fortalecida usando la palabra de Jesús que menciona que los publicanos y prostitutas entran al Reino de Dios antes que nosotros; y las congregaciones muchas veces tuvieron la impresión que el racionalismo mismo podría llevarlos a mejores resultados que aquel que fluye de una creencia ortodoxa. El resultado fue que esta supuesta santificación llevó a un debilitamiento de la fe, a considerar la pureza de la doctrina como inmaterial; hasta que finalmente asumió una actitud hostil hacia los misterios de la verdad. Este fue el esfuerzo natural de confundir la autosuperación con la santificación y el oponer la vida a la doctrina, así como el oro al oropel.

La difusión de estas falsas ideas sobre la santificación no ha beneficiado al cristianismo en estas provincias, sino que, al igual que en los días pre-Reforma, ha llevado a la gente a extraviarse de su doctrina pura.

Roma una vez sufrió y aún sufre del mismo mal. No como si abandonara o incluso alivianara su doctrina; sin embargo, aun en los florecientes días de su jerarquía, la necesidad de reformar la vida se sintió tan fuertemente que resultó en una incitación unilateral de santificación. Su lema favorito era “Buenas obras.” Tenían la máxima importancia: no palabras, sino poder; no la confesión, sino el empeño y la voluntad de hacer el bien, no meramente en secreto, sino abiertamente de modo que los hombres pudieran verlo. Esto se llevó tan lejos que finalmente Roma cesó de estar satisfecha con las buenas obras como fruto de la conversión, e incluso comenzó a verlas como causa primaria y meritoria de la salvación; y así rompió el misterio de la fe por una predicación falsa de la santificación. Como ahora, en forma no intencionada, el grito “No doctrina, sino vida,” hace que los hombres se orienten como por una necesidad férrea, primero a subestimar el valor de la doctrina, para luego desaprobala y finalmente para proclamarla injuriosa, sí, incluso peligrosa; de esta forma el grito por buenas obras llevó

gradualmente a Roma a divorciar el misterio del perdón del pecado por la cruz del Calvario, no en la confesión, sino en la consciencia de sus miembros.

Con el fin de lograr una mirada interna más clara y un procedimiento más seguro, debemos volver definitivamente a enseñar que la *santificación* es una *doctrina*, una parte integral de la *confesión* y un *misterio* de igual forma como la doctrina de la reconciliación, y por ende un dogma. De hecho, en el tratamiento de la santificación penetramos al *corazón* mismo de la confesión, al dogma que centellea en la doctrina de la santificación.

Por supuesto que no debemos separar la santificación de la vida. Ningún hijo de Dios, niega que la doctrina tenga aplicación en la vida; no hay verdad en una operación que no se sienta en su vida. Para él, toda doctrina está imbuida con la vida, es una braza viva, un fuego radiante, una lámpara siempre ardiente, una fuente de agua viva brotando hacia la vida eterna. El contenido de toda doctrina, de todo misterio, es algo en el Dios viviente o en Su criatura; la confesión de una condición, un poder o trabajo, una persona que existe realmente, que vive, que trabaja. La sangre del pacto no significa esas gotas particulares que fluyeron desde la cruz y que se perdieron en el inhóspito terreno del calvario; sino un tesoro en el Jesús viviente, que trabaja incesantemente en el cielo para aumentar en Sus hijos terrenales el glorioso poder que ahora conocen y experimentan.

Y esto es verdad para todos los misterios, tal como lo muestra nuestra confesión sobre la Santa Trinidad, la cual acerca de este profundo e incomprensible dogma dice “que los hijos de Dios saben esto, por los testimonios de las Santas Escrituras, como por las operaciones de las Personas Divinas, y fundamentalmente por aquellas que sentimos en nosotros mismos” (art. ix).

Y esto se aplica a la doctrina de la santificación, como a todas las otras doctrinas, porque no es, como no lo son otros dogmas, la confesión de un asunto muerto, sino la confesión de un poder tremendo que vive y obra efectivamente en nosotros. Por consiguiente, la santificación debe predicarse una vez más como una doctrina; debe ser confesada, examinada y estudiada como una doctrina a ser seguida por una adecuada aplicación, como la predicación de cualquier otra doctrina; y la santidad, la vida espiritual y las buenas obras, serán el resultado. Pero para obtener este resultado es necesario efectuar una clara exposición de las causas y el poder de la santificación que la anima.

Cuando en una fría mañana el fuego no arde, y la familia sufre, es tonto decir: “Ya que el fuego no arde, quítelo y caliéntese sin él.” Para evitar congelarse se requiere *más fuego*; no se debe remover el fuego, sino la causa de su fracaso. Y esto también se aplica a la santificación. Hay un reclamo amargo y generalizado sobre la frialdad que ha caído sobre la Iglesia; se requiere la poderosa obra de la santificación para salvar a la Iglesia.

Pero los medios empleados frecuentemente muestran un juicio pobre. Antiguamente la Iglesia confesaba una doctrina pura por medio de la cual se mantenía cercana a la fuente de calor vital que nos es dada por la Palabra de Dios; y los poderes y obras depositadas en el Mediador de la Iglesia irradiaban en gloriosa actividad. Entonces la iglesia floreció y la fe celebró sus más grandes triunfos. Estaba severamente fría sin ella, pero mientras el mundo yacía moribundo en sus mortajas, la verdad llenó a la iglesia de luz y calor, y el sagrado fuego de la pura doctrina brilló y centelló. Pero la luz se atenuó, y el fuego se apagó; y la iglesia de Dios se tornó oscura y fría. Y los santos, medio congelados y tiesos, se tornaron profundamente conscientes de la pérdida que habían sufrido y de la necesidad de luz y calor. Y ahora en vez de aconsejarles que prendieran la lámpara de la verdad y reavivaran el fuego de la confesión, para que sus almas fueran revividas y reconfortadas, muchos dijeron: “Querido hermano, no hay salvación en el dogma o la confesión; son completamente inútiles; nada permanece para avivar la luz y calentar nuestras almas sin ella.” Y así la iglesia se ve amenazada de muerte y destrucción. En la clara seguridad de la bendición de Dios, procedemos en la dirección opuesta y aconsejamos a los hermanos a llenar con aceite la lámpara de los divinos misterios y agregar más combustible al fuego de la confesión; entonces habrá luz y calor y la Iglesia se salvará. Esto será así siempre y cuando—y esto no necesita ningún énfasis—la doctrina sea *confesada* realmente. Pero *confesar* no es meramente decir “Hay un agradable fuego en casa” y quedarse

luego afuera en el frío, sino aceptar su consuelo y beneficio para otros, así como para nosotros mismos.

El grito “No dogma, sino vida” es necio e incrédulo. Opongámonos mejor a la enseñanza superficial y poco cuerda de hoy en día. La doctrina debe ser una expresión fiel del misterio; el misterio debe destacarse claramente frente al ojo espiritual e iluminar al alma ya que irradia del Cristo vivo, de acuerdo al diseño de la salvación. En vez de alejar a la gente de la doctrina, debemos hacerles ver cuán poco la entienden; cómo la han trivializado, y no la han confesado; que el bienestar de su alma necesita estudiarla vigorosamente, de modo que el acto de la confesión se profundice y enriquezca su vida espiritual. Y entonces imaginemos, no que el fruto de la vida deba ser importado de otro lugar, sino que la doctrina correctamente confesada se convierte en el propio instrumento, que manifiesta su poder en nosotros. Así es como debiera tratarse la santificación.

II. La Santificación es un Misterio

“Limpiémonos de toda suciedad de la carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios.”—2 Corintios vii. 1.

La santificación pertenece a los misterios de la fe; por consiguiente, no puede ser confesada sino como dogma.

Por esta declaración intentamos cortar de raíz cualquier representación que haga de la “santificación” algo dependiente del esfuerzo humano para hacerse a sí mismo santo o más santo.

El hacerse más santo es indudable una tarea recae sobre cada hombre. Dios ha condenado toda impiedad como algo abominable. La santidad inferior no puede existir ante Él. Todo hombre más o menos santo está sujeto a abandonar toda impiedad, renunciar a toda santidad menor y permitir que la santidad perfecta se manifieste y habite en él instantáneamente. El mandato “Sed santos como Yo soy santo” (Lev. xi. 45; 1 Pedro i. 16) no debe ser debilitado. La laxitud de la moral actual requiere que el derecho absoluto de Dios de demandar una santidad absoluta en cada hombre, se presente incesantemente a la conciencia, ligándola como un memorial al corazón y proclamándola a todos sin la menor duda.

En los numerosos territorios del cielo, donde Dios reúne a Sus redimidos, se excluye toda impiedad y la santidad absoluta es la característica que nunca falla. Tal como lo es en el cielo, así debiera ser en la tierra. Dios, el Soberano Rector de todos los reinos de este mundo, ha prohibido estrictamente la más mínima impiedad en el corazón o casa, o en cualquier otro lugar en la tierra, bajo pena de muerte. De hecho, no hay ninguna impiedad en la tierra, sea de cualquier nombre u forma, que no exista como un desafío a Su expresa voluntad.

Debe concederse por consiguiente, que es Su voluntad revelada y mandamiento que toda impiedad cese inmediatamente y sea reemplazada directamente por lo que es sagrado y bueno. Sus ojos son demasiado puros como para contemplar la iniquidad.

Debe concederse igualmente, que es deber de todo hombre remover la impiedad y avanzar en las cosas que son santas. Aquel que causa dolor debe también sanarlo. Aquel que ha destruido, debe también restaurar las cosas destruidas. Aquel que ha desacreditado lo sagrado, debe también volver a consagrarlo. Los hombres aún vivos al sentido de la justicia no nos contradecirán en esto.

La obligación de resantificar la vida del mundo descansa, en su sentido más profundo, sobre Satanás. Él inyectó en nuestras venas el veneno que genera las enfermedades de nuestras almas. La chispa que causó el fuego de nuestras pasiones pecaminosas para romper nuestra naturaleza humana fue avivada por él. El que Satanás esté irremediamente perdido y anulado, no anula el eterno derecho de Dios. Aun Satanás mismo, de acuerdo a este derecho, debiera arrepentirse inmediatamente y presentarse delante de Dios tan santo como al principio. Y este mundo de hombres corrompido por él, que no fue suyo, sino que pertenecía a Dios, él nunca debió haber tocado. Por consiguiente, la obligación todavía continúa en él no solamente

para detener su quehacer malévolo, sino también para reconsagrar perfectamente aquello que él tan amargamente y maliciosamente ha profanado.

El que Satanás no pueda hacer esto ahora ni en el futuro, justifica su temible juicio; pero no anula el derecho de Dios y nunca lo hará. Si el hombre del paraíso hubiera sido *involuntariamente* una víctima de Satanás, la obligación de resantificar la vida del mundo habría caído sobre Satanás, pero no sobre él. Pero el hombre cayó voluntariamente; el pecado debe su existencia no sólo a la paternidad de Satanás sino también a la maternidad del alma humana; por consiguiente, el hombre mismo está envuelto en la culpa e incluido bajo juicio de muerte, y por consiguiente, obligado a restaurar lo que ha arruinado.

Dios creó al hombre santo, con el poder de continuar santo, santo por la virtud del creciente desarrollo del germen implantado. El hombre arruinó el trabajo de Dios en su corazón. Él echó por tierra el remanente de santidad. Y haciendo esto, violó el derecho. Si él se perteneciera a sí mismo, Dios le hubiera permitido hacer con sí mismo lo que le placiese y el derecho no habría sido violado. Pero Él no le dio el pertenecerse a sí mismo; Él lo retuvo para sí, como Su propiedad. La mano que arruinó y profanó al hombre, destruyó la propiedad de Dios, cercenó el divino derecho de soberanía, sí, sobre Su verdadero derecho de posesión, haciéndose así responsable (1) de la penalización por este cercenamiento y (2) la obligación de restaurar la propiedad arruinada a su estado original.

De ahí la innegable y positiva obligación del hombre de auto-santificarse. Esta obligación no recae en Dios ni sobre el Mediador, sino sobre el hombre y Satanás. La oración "Señor, santifícame," que pronuncian los labios del inconverso, que no está bajo el pacto de la gracia, es de lo más indecoroso. Primero, destruir voluntariamente la propiedad de Dios, y luego, llevar lo arruinado ante el Demandante para que lo cure y lo restaure, es antagónico al derecho y revierte las ordenanzas. ¡No! Fuera de los misterios del pacto de gracia y bajo las obligaciones de una simple justicia, no podemos pedir "Señor, santifícanos"; por el contrario, Dios debe hacer cumplir Su justa demanda: "Santifícate a ti mismo."

Santificarse a sí mismo no significa que el hombre *deba llevar a cabo la ley*. El apego a la ley y la santificación son dos cosas enteramente diferentes. Deje primero que el pecador se santifique y luego él también llevará a cabo la ley. Primero la santificación, luego el cumplimiento de la ley.

Es como un arpa con cuerdas cortadas. El arpa fue hecha para producir música a través de la vibración armónica de sus cuerdas. Pero la producción de música no es la reparación del arpa. Las cuerdas rotas deben reemplazarse; las cuerdas nuevas deben afinarse y luego será posible usarlas para melódicos acordes. El corazón humano es como el arpa: Dios lo creó puro de modo que pudiésemos cumplir la ley; y esto es lo que un corazón impuro no puede hacer. Por consiguiente, habiendo sido profanado y siendo impío debe ser santificado; entonces podrá cumplir la ley.

Para ser más claros, dos hechos ciertos deben destacarse:

Primero, si el hombre no hubiese sido profanado por el pecado nunca hubiera entrado a su mente el santificarse a sí mismo y, sin embargo, la ley se habría cumplido sin alteración. Esto muestra que la santificación y el cumplimiento de la ley son dos cosas diferentes.

Segundo, la santificación continúa hasta que el hombre muere y entra al cielo. Entonces él es santo. Por lo tanto, no hay santificación en el cielo. La única ocupación de los santos en el cielo es hacer aquello que es bueno. Por consiguiente, la santificación es un asunto en sí mismo; no consiste en hacer buenas obras, pero debe ser un hecho logrado, antes que pueda realizarse una sola buena obra. Desde que el hombre se profanó a sí mismo, es llamado por Dios a resantificarse a sí mismo. Por consiguiente, la demanda de santificación no contiene ni siquiera una sombra de misterio. No tiene nada que ver con los misterios, por lo cual no es dogma. Es el más simple y natural veredicto de los derechos de Dios en la consciencia. El que hablemos de impiedad, implica que estamos convencidos que debemos ser santos.

Por lo tanto, ¿hay contradicción, primero, cuando decimos que la santificación en sí misma es un misterio y que puede solamente ser confesada en el dogma; y segundo, que la *demanda* de santificación no tiene que ver con dogma?

Ni en lo más mínimo. Los pecadores de quien Dios demanda que se santifiquen a sí mismos, son individual y colectivamente totalmente incapaces de satisfacer tal demanda. Hasta cierto punto, se pueden apartar del pecado y de cosas mundanas y muchos lo han hecho así. Muchos inconversos han efectuado trabajos dignos de aprecio. Hay muchos casos de vidas que han sido reformadas, en que todo el tono de la existencia ha mejorado por mero impulso, sin una traza de real conversión. Y concibiendo la santificación como consistente en hacer menos mal y más bien (y esto desde un motivo mejorado) se pensó que los hombres impíos, aun siendo incapaces de satisfacer esta divina demanda perfectamente, podrían satisfacerla en cierta medida. Pero todo esto no tiene nada en común con la santificación ni puede lograrse completamente sin ella. Con toda su autosuperación no puede efectuar la menor parte de ella; aun cuando se le haya dicho mil veces que se santifique a sí mismo, él no tiene la voluntad y es incapaz.

Por lo tanto la pregunta: *¿cómo, entonces, se logra la santificación?* Y como esta pregunta nunca recibió respuesta de ninguno de los sabios, sino sólo de Dios en Su Palabra; entonces no es la *demanda* sino los *medios* de santificación los que para nosotros son incomprensibles y misteriosos. Por consiguiente, es el *carácter* de la santificación el que debe enfatizarse como un misterio.

¿Y cuál es la razón para negar que la santificación sea un misterio, es decir, el contenido de un dogma? El suponer que es de origen humano, que el hombre no es totalmente incapaz, y que la santificación es una superación de carácter y vida. Por consiguiente, es tanto más que (1) degradar la santidad al nivel del humano; (2) una oposición a considerar la santificación como un obra de Dios. Esto es algo muy serio. Nuevamente debemos hacernos claramente conscientes del hecho que la santidad, sin la cual ningún hombre verá a Dios, no se obtiene al apartarse de algún mal ni por hacer habitualmente algún bien.

La *demanda* de santificación pertenece al Pacto de Obras; la santificación por *sí sola* al Pacto de la Gracia. Esto hace más obvia la diferencia. No como si el Pacto de Obras mandara al hombre a santificarse a sí mismo; dado a hombres santos, dejó excluida la santificación. Pero Dios dio el Pacto de Gracia a las personas impías. Y la única conexión entre la demanda de santificación y el Pacto de Obras, es que este último persigue a los hombres caídos con su demanda y con el terror de Horeb. La impiedad destruye los fundamentos del pacto de Obras y hace imposible el cumplimiento de sus condiciones. De ahí la contradicción absoluta entre él y la vida personal del pecador. Uno debe hacer espacio para el otro; no pueden permanecer juntos.

En este doloroso conflicto somos tentados muy seguido a preguntar si no es injusto Dios en Su ley al demandar de nosotros algo imposible, y así a culparlo a Él; pues, ¿acaso Dios no nos hizo así? De esta dificultad quiere escapar el arminiano que hay en nuestro corazón, ya sea negando que hubo alguna vez un Pacto de Obras, o sustituyendo el cumplimiento de la ley por la santificación.

Por lo cual es nuestro objetivo, especialmente respecto a esta doctrina, escapar de esta dañina confusión de ideas y llegar a un correcto entendimiento y pureza de expresión. La predicación no debe sumar al caos, sino orientarnos a una más clara visión interna y entendimiento. En vez de acunarnos dulcemente en torno a la Palabra, debemos dedicarnos fuertemente a *entenderla*. En las iglesias de ciudades y campos, la Palabra debe predicarse persistentemente y siempre con creciente pureza, hasta que, liberados de toda impureza personal, los hombres empiecen a ver que por la absoluta santificación, y no por mera auto-superación, deben restablecer a Dios Su derecho; hasta que sintiendo su inhabilidad, con corazones rotos, se vuelvan a Dios para recibir el Misterio de la Santificación de entre los tesoros del Pacto de la Gracia.

III. Santificación y Justificación

“Ahora para santificación, presentad vuestros miembros para servir a la justicia.”—Romanos vi. 19.

La santificación debe permanecer como santificación. No puede arbitrariamente ser despojada de su significado ni intercambiada por algo distinto. Debe siempre significar el hacer santo lo que es impío o menos santo.

Debe tenerse cuidado de no confundir santificación con justificación; un error común que frecuentemente cometen los lectores irreflexivos Las Escrituras. De ahí la importancia de un cabal entendimiento de estas diferencias. Descuidarlas puede guiar a una predicación confusa que genera una visión unilateral; y los hombres activos y pensantes invariablemente sistematizan su postura unilateral.

¿Cuál es, entonces, la diferencia? Según nuestros antiguos teólogos hay cuatro partes:

1. la justificación obra *por* el hombre, la santificación *en* el hombre.
2. la justificación remueve *la culpa*, la santificación *la mancha*.
3. la justificación nos atribuye una justicia *ajena* a nosotros, la santificación obra una justicia *inherente* como propiamente nuestra.
4. la justificación se completa *al instante*, la santificación se incrementa gradualmente; por consiguiente, *permanece imperfecta*.

En lo sustancial, la respuesta es correcta, pero insuficiente para alcanzar el error presente. Es plana, externa e incompleta; tiene muy en alto el “hacer justicia” y el “hacer santo,” mientras que no considera a “la justicia” y a “la santidad” como ideas correctas, absolutamente necesarias, para un correcto entendimiento de la justificación y santificación.

Examinemos estas ideas fundamentales, primero en Dios mismo. Se hace evidente de inmediato que las palabras “nuestro Dios es justo,” nos impresionan de un modo distinto a “Santo, santo, santo es el Señor.” El último nos impresiona con la sensación que el nombre de Jehová es infinitamente exaltado por sobre nivel de esta vida impura y pecaminosa; descubrimos una distancia entre Él y nosotros que a medida que se ensancha hacia una santidad trascendente mayor, nos lleva de vuelta dentro de nosotros mismos como criaturas impuras, al mismo tiempo que provoca que Su Ser resplandezca en la luz inalcanzable. Si los ángeles que exaltan Su santidad cubren sus caras con sus alas, ¡cuanto más debiéramos nosotros, hombres pecadores, considerarlo, con cara tapada y con santo temor! “El Señor es de ojos demasiado puros como para contemplar el mal,” nos impresiona con el profundo sentido de la innumerable sensibilidad de Dios, la cual es tan sutil que aún la más leve sugerencia de pecado o impureza activa en Él tal antipatía, que no puede soportar verla.

Pero *la culpa* no es el asunto. En la presencia de la divina santidad no nos sentimos culpables, pero somos sobrepasados cuando tomamos conciencia de nuestra total falta de pureza y de nuestra maldad. Y aun entre hombres, no nos sentimos del todo satisfechos de nosotros mismos. El cálido y amoroso celo de nuestros hermanos nos hace sentir avergonzados muchas veces. Pero ese sentir no se acumula como para desagradarnos a nosotros mismos. Mas, en la presencia de la santidad de Dios, sentimos al instante al igual que Isaías, nuestra impureza espiritual y somos impulsados a gritar por una braza viva del altar para santifique nuestros labios; y “aborrecernos a nosotros mismo” no es lo suficientemente fuerte como para expresar lo que sentimos cuando nos postramos frente a la santidad del Señor Jehová.

Esto establece la antítesis de inmediato. La divina Santidad, en su aspecto más exaltado, nos afecta no con temor al castigo ni con angustia, porque tenemos una deuda que no podemos pagar; sino con la *insatisfacción* de nosotros mismos, con el horror de nuestra contaminación y con la complacencia de nuestra justicia, que son como trapos sucios. Nos hace sentir, no nuestra *culpa*, sino nuestro *pecado*; no nuestra *condenación* sino nuestra *maldicencia* sin remedio; no nos aplasta bajo la pena de la ley, pero nos causa el consumirnos por nuestra impurezas; no nos sobrepasa por su justicia, pero destapa nuestra falta de santidad y corrupción interna.

Pero la justicia divina nos afecta de una manera totalmente diferente. No me impresiona con la trascendencia del nombre de Su exaltado Pacto como la divina Santidad; pero en la mano de Dios me oprime, me persigue, no me da descanso, toma posesión de mí y me rompe en pedazos bajo su peso. Su santidad hace que mi alma tenga sed de santidad y con pena vemos a Su majestad apartarse. Pero su justicia antagoniza con el alma, quien no la desea, y que lucha por *escaparse* de ella.

Algunas veces parece diferente, pero sólo aparentemente. Los hombres piadosos del Antiguo y Nuevo Pacto frecuentemente invocan la divina justicia: “¿No hará el bien el Juez de toda la tierra?” (Gn. xviii. 25). Este soporte divino del bien es la fuerza, el prospecto y la consolación de Su pueblo oprimido. Por esto es que en el cierre del artículo de su confesión, nuestros padres claman por el día del juicio, cuando como Juez justo Él destruirá a todos Sus enemigos y los nuestros. Pero la diferencia es sólo aparente. En este caso, el derecho divino se dirige contra otros, no contra nosotros mismos; pero el efecto es el mismo. Es en la oración y en la esperanza de Su pueblo que el derecho divino persigue a aquellos enemigos y los trata de acuerdo a sus propios méritos.

Por consiguiente, la justicia de Dios nos impresiona, primero con el hecho de Su autoridad sobre nosotros; que no somos *nosotros* sino *Él* quien determina qué es correcto y cómo debiéramos ser; que toda nuestra oposición es vana, porque Su poder cumplirá lo que es correcto; y, por consiguiente, que nosotros debemos sufrir los efectos de esa justicia. Pero no es solamente el *poder* de lo justo lo que nos impresiona, ni la consciencia de ser tomados y juzgados, sino mucho más el saber que somos tomados y juzgados en *justicia*. Y esto no en forma arbitraria; al contrario, sentimos internamente que el poder divino tiene todo el derecho, y por lo tanto puede y debe sobreponerse a nosotros.

Por consiguiente, la justicia divina incluye el consentimiento de la criatura: “La prerrogativa para determinar lo correcto no es mía, sino de Él.” Y no sólo esto, pues nuestras almas están profundamente conscientes que las decisiones de Dios no son sólo correctas y buenas, sino *absolutamente* justas y *superlativamente* buenas.

La justicia divina nos pone cara a cara con la obra directa de la soberanía divina. Toda soberanía terrenal es un débil reflejo de la divina, pero suficientemente clara para mostrarnos sus fundamentales características. Una soberanía se estima lo suficientemente *sabia* para ver cómo las cosas debieran ser; *calificada* para determinar cómo ellas debieran ser; y *poderosa* para resistir a aquel que osa ser de otra forma. Esto también se aplica al Rey de reyes, o más bien, se aplica no a Él *también*, sino a Él *solamente*. Sólo Él es la Sabiduría con absoluta certeza para elegir, y de acuerdo a esa elección para ver cómo todo debe ser para que sea lo mejor. Sólo Él es el *calificado* sagrado que según esto puede determinar cómo *todo* debe ser. Y Él es el único Poderoso para condenar y destruir aquello que osa ser de otra forma. Y esto revela las profundas características de este contraste. La santidad de Dios se refiere a Su Ser; la justicia de Dios es Su *Soberanía*. Más bien, Su justicia toca Su *relación* y *posición* con la criatura; Su santidad apunta a Su propio *Ser* interior.

IV. Santificación y Justificación (Continuación)

“El que es santo, santifíquese todavía.”—Apocalipsis xxii. 11.

La justicia divina que tiene por referencia a la soberanía divina, en cierto sentido, no se manifiesta a sí misma hasta que Dios entra en relación con las criaturas. Él ha sido glorioso en santidad por toda la eternidad, porque la creación del hombre no modificó Su Ser; pero Su justicia no podía desplegarse antes de la creación, porque lo justo presupone que hay dos seres sosteniendo la relación jurídica.

Un exiliado en una isla deshabitada, no puede ser justo ni hacer justicia, ni siquiera puede concebir una relación de justicia, mientras no exista otro hombre presente cuyos derechos él deba respetar o que pueda denegar sus derechos. La llegada de otros hombres creará necesariamente, una relación jurídica entre él y ellos. Pero mientras él permanezca solo, el podrá ser santo o impío, pero no se podrá decir de él que sea justo o injusto. De igual manera, se puede decir de Dios que antes de la creación Él era Santo, pero no podía desplegar Su

justicia simplemente porque no había criaturas que sostuvieran con Él una relación jurídica. Pero inmediatamente después de la creación el despliegue de la justicia se hizo posible. Aun así, esta ilustración solamente se puede aplicar a Dios hasta cierto punto. Esencialmente, Dios no es solo, pues es Trino en personas; por consiguiente, hay entre el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo una relación mutua. Siendo esta relación la más alta, tierna, y la más íntima, contiene desde la eternidad la más completa expresión de justicia. Y aun en referencia a la criatura, la justicia divina no se originó hasta después de la creación, sino que encuentra su perfecta expresión en el consejo eterno. Dicho consejo no sólo determina toda posible relación jurídica entre las criaturas y el Creador, y entre las criaturas mismas, sino que indica también los medios por los cuales dicha relación debe restablecerse cuando se haya roto o alterado. Por consiguiente, Su justicia es tan eterna como Su Ser; sin embargo, a fin de poder expresar claramente la diferencia entre santidad y justicia podemos decir que Su santidad ha sido gloriosa desde la eternidad, de modo que Su justicia se despliega y ejerce solamente en *el* tiempo, es decir, desde que la criatura comenzó a existir. No se originó en ese momento, pero se vuelve perceptible desde entonces. Cualquier cosa que se diga sobre la materia, permanece la diferencia fundamental: que Dios es Santo, aun cuando se le considere Él solamente; mientras que Su *justicia* comienza a irradiar cuando se le considera en relación a Sus criaturas. Dios es esencialmente Santo; antes que existiera la más mínima impureza, había en Él una presión vital de repeler toda mezcla foránea con Su Ser. Pero sólo como Soberano pudo determinar lo justo, mantener los derechos violados y ejecutar justicia sobre el violador. En sus características fundamentales esto se aplica a nosotros como hombres. Aun en nosotros la justicia es completamente diferente a la santidad; la primera hace referencia exclusiva a nuestra relación y posición ante Dios, hombre y ángel; mientras que la santidad se refiere no a cualquier relación, sino a la cualidad de nuestro ser interior. Hablamos de justicia sólo con respecto a nuestra relación con Dios o el hombre. Se dice que Noé fue un hombre justo en “su generación,” lo cual indica, no su cualidad esencial, sino su relación con otros. La justicia implica lo justo, lo cual es impensable sino existe entre dos personas en conexión con la calificación de cualquiera de ellos o una tercera para determinar ese derecho. Por consiguiente, la justicia del hombre en referencia a Dios tiene dos aspectos:

Primero, implica el reconocimiento de las cualidades soberanas de Dios para determinar las relaciones del hombre con Dios y con los hombres.

Segundo, implica reverencia a las leyes divinas y ordenanzas ejercidas con respecto al servicio del hombre hacia Dios.

El hombre puede guardar estrictamente algunas de estas ordenanzas, pero no con motivo de reverencia, sino porque está obligado a aprobarlos. En algunos aspectos él da a Dios lo que merece; pero Su posición es errada. Falla en honrar a Dios como su Soberano Rector, para reconocer a Dios como Dios e inclinarse delante de Su majestad.

O bien el puede reverenciar la autoridad divina en lo abstracto, pero en la práctica robar constantemente a Dios sus derechos.

De ahí la que justicia *original*, que hace referencia al status del hombre delante de Dios como criatura, y la justicia *derivada*, que hace referencia al acto de honrar las ordenanzas divinas, sean dos cosas diferentes. Ambos son justas—es decir, el acto de ocupar la posición ordenada por la divinidad—pero la primera se refiere a nuestra posición personal determinada por Dios, y la segunda al acto de conformar nuestros pensamientos, palabras y obras al divino requerimiento.

Es innecesario hablar particularmente sobre la justicia con referencia a los hombres. Cualquier cosa que hagamos en relación a ellos, es justo o injusto de acuerdo a su conformidad o inconformidad con las ordenanzas divinas, y toda transgresión contra el prójimo se vuelve pecado solamente porque no está en conformidad con la justicia de Dios.

Brevemente, la justicia del hombre consiste de dos partes:

Primero, que su status será lo que Dios ha determinado.

Segundo, que sus *pensamientos palabras* y obras se conformen a dicha ordenanza divina. Por consiguiente, nuestra justicia *no debiera ser el producto de nuestra labor del alma*. La justicia original de Adán y Eva no carecía de nada, aun cuando no le habían hecho nada personalmente. Ellos solamente permanecieron en la posición correcta delante de Dios; una posición no asumida por ellos mismos, sino divinamente determinada. Así lo justo, luego de haber sido alterado, puede ser restaurado por una tercera persona, independientemente del violador. La pregunta no es *cómo* la relación correcta se restaura, sino si ella concuerda nuevamente con la voluntad soberana de Dios.

Aquel que libera a un deudor de la cárcel mediante el pago de sus deudas, lo restaura a una justa relación con sus acreedores anteriores, aun cuando el prisionero mismo no haya pagado un céntimo de la deuda. Porque la justicia dice relación con relaciones mutuas; el derecho se satisface tan pronto se restablece la relación alterada y la posición perdida se recupera. Cómo se logra, es irrelevante.

Esto nos permite mirar con mayor detalle el profundo significado de la Cruz y por qué es que nuestra justicia no se puede incrementar ni disminuir, aun cuando no afecte nuestro carácter esencial.

Enteramente diferente es la santidad del alma, que toca directamente la calidad de la persona y su carácter; como nuestros antiguos teólogos lo expresaban “la justificación actúa para el hombre; la santificación *ocurre dentro del hombre*.”

El impío es justificado en el mismo momento en que cree. Antes que la santificación haya empezado a operar en él, sabe que se presenta perfectamente ante Dios. Él no está meramente comenzando a ser justo; parcialmente justo, para ser un poquito más recto mañana y perfectamente justo cuando entre al cielo; sino que perfectamente justo *ahora*, de hoy en adelante y para siempre. Él es hecho justo no sólo para el presente y por toda la eternidad, sino también por el pasado. Él está seguro de presentarse delante de Dios en derecho intachable, como si nunca se hubiese equivocado y sabiendo que nunca lo estará de nuevo. Por consiguiente, la percepción consciente de ser justificado es instantánea y completa y no puede ser incrementada ni disminuida. Esto es posible porque la justicia no tiene nada que hacer con su ser, sino que hace exclusiva referencia a la relación en la cual él se ve involucrado. Esta relación fue miserable y totalmente injusta; pero Alguien fuera de él ha restaurado dicha relación y ha hecho de ella lo que debió ser. Por consiguiente, él se presenta justo sin referencia alguna a su ser personal. Este es el significado profundo de la confesión, que aquel que es justificado es siempre *una persona impía*. Pero este no es el caso en relación a la santidad del hombre, la cual toca a su persona y no puede llevar a cabo fuera de su ser interno.

V. La Vestimenta Sagrada Tejida por Nosotros

“Yo habito en lo alto y la santidad.”—Isaías lvii. 15.

La santidad es inherente al *ser* del hombre.

Hay una santidad *externa*, como por ejemplo, aquella del orden levítico, efectuada por el lavamiento o por el rociamiento de sangre; o aquella la santidad oficial, que denota la separación para el servicio divino, en cuyo sentido, los profetas y apóstoles son llamados santos, y los miembros de la iglesia son llamados santos y amados. Pero estos no tienen nada que ver con la santificación que estamos discutiendo.

La santificación como regalo de la gracia se refiere a la *santidad personal* del hombre. Como la santidad divina es la exaltación del Dios en lo alto y el rechazo furioso de toda impureza y corrupción, así también lo es la disposición esencial del hombre para la santidad humana, por la cual él ama espontáneamente la pureza y odia lo impuro. La victoria sobre la tentación, después de un largo y penoso conflicto, en el cual nuestros pies casi se deslizaron, no es santidad.

La santidad significa una disposición, una cualidad inherente, o dicho en otra forma, el tinte o sombra adoptada por el alma, de modo que las manifestaciones malignas del corazón y los malévolos susurros de Satanás nos llenan de horror positivo. Tal como el oído entrenado musicalmente es afectado dolorosamente ante una disonancia a medida que vibra a lo largo del temblante nervio auditivo, mientras que el oído no musical nunca percibe la ofensa contra la pureza tonal, así es la diferencia entre el santificado y el no santificado. Cualesquiera sean las disonancias morales del mundo, fallan en afectar al impío, quien incluso puede apreciar la música; pero angustian al santo cuya alma se deleita en la armonía del acorde sagrado. Esta disposición santa o impía incluye todo nuestro ser interno; él habita en la mente, en la consciencia, en el entendimiento, en la voluntad, en los sentimientos y en las inclinaciones. El discurso maligno e impuro proporciona placer o dolor a todos ellos.

Sin embargo, esta no es la señal final de ser santo o impío. Se requiere algo más. ¿No se estremecen muchos no regenerados con lo que es maligno y se deleitan de igual forma con aquello que es bueno? Se puede llamar santidad a la simpatía por lo bueno sólo cuando posee esta característica esencial: que anhela lo bueno solamente para satisfacer a Dios. Sólo Dios es *santo*. No hay santidad salvo aquella que descende de Él, la fuente de todo bien, por consiguiente de toda santidad. La mera santidad humana es una falsificación, un ataque al honor de Dios como Fuente exclusiva y única de todo lo bueno. Es el esfuerzo de la criatura igualarse a Dios y, como tal, es en esencia un pecado. No, la santidad del hombre debe ser la disposición implantada divinamente que remece todo su ser para amar aquello que Dios ama, no según su gusto personal, sino por amor a Su Nombre.

Habiendo sido planeados a imagen de lo divino, Adán y Eva poseyeron esta santidad; por consiguiente, la discordancia entre ellos y su Hacedor era imposible. Su santidad no estaba solamente en el *germen* sino *en todo*, porque todo en ellos estaba en perfecta concordancia con Dios. Y los redimidos en el cielo son santos; en la muerte son separados completamente de la fuente interna del pecado; están esencialmente en plena y cálida simpatía con la santidad divina, y se sienten atraídos por todas Sus características.

Pero el pecador ha perdido esta santidad. Es su miseria que toda manifestación de su ser colisione naturalmente con la voluntad de Dios, cuya santidad no le atrae sino repele. Y la mera regeneración no santifica su inclinación y disposición; ni es capaz de germinar por sí solo la disposición sagrada. Se requiere de un acto adicional y muy peculiar del Espíritu Santo para que la disposición del pecador regenerado y convertido sea llevada gradualmente a la armonía de la voluntad divina; y este es el clemente regalo de la santificación.

Pero esto no implica que aquel hombre que muere inmediatamente después de la conversión entre al cielo sin santificación. Esto sería una doctrina muy incómoda, y animaría sin querer al antinomianismo. El hijo de Dios que entra al cielo está completamente santificado, no *en* esta vida, sino *después* de ella.

De acuerdo a las Escrituras hay en el cielo una diferencia entre los espíritus de los redimidos; no se parecen uno al otro al igual que dos gotas de agua. En la parábola de los talentos, Cristo enseña claramente que en el cielo hay diferencias en la distribución de los talentos. Aquel que niega esto se roba a sí mismo la promesa positiva que “el Padre que ve en secreto re recompensará en público” (Mateo vi. 4, 6, 18). El estado celestial que predicamos no se basa en los principios de la Revolución Francesa; al contrario, en la asamblea de los hombres justos hechos perfectos, nunca ascenderemos al rango de profetas o apóstoles, probablemente ni siquiera de mártires. Sin embargo, en el cielo no hay santo cuya santificación esté incompleta. En este aspecto todos son similares.

Pero habrá lugar para el desarrollo. La santificación completa de mi personalidad, cuerpo y alma, no implica que mi disposición santa esté de hecho ahora en contacto con toda la plenitud de la divina santidad. Al contrario, a medida que asciendo de gloria en gloria, encontraré en las infinitas profundidades del Ser divino el eterno objeto de las más ricas delicias cada vez más grandes. En este aspecto, los redimidos en el cielo son como Adán y Eva en el paraíso, quienes, aun cuando eran perfectamente santos, estaban destinados a entrar más plenamente a la vida del amor divino en un desarrollo sin fin.

Debe entenderse completamente, por lo tanto, que al momento de su entrada al cielo, la santificación del redimido no carece de nada. Sin embargo, su santificación se completará plenamente cuando sean alzados de la sepultura, en la gloria del cuerpo resucitado, entrando al Reino de Gloria después del día del juicio. Hasta esa hora ellos estarán en un estado de separación del cuerpo descansando en paz; esperando la venida del Señor.

Como la santificación incluye cuerpo y alma, un tratamiento exhaustivo requiere que enfoquemos la atención sobre este punto. No como si este estado intermedio fuera pecaminoso, una suerte de purgatorio; porque las Escrituras nos enseñan claramente que en la muerte estamos separados del cuerpo. El hecho de que el cuerpo permanece impuro hasta el día de la glorificación no afecta el estado santo de los santos fallecidos. Habiendo sido liberado del cuerpo, no se ve más afectado por él. Y cuando, en el notable día del Señor, el cuerpo le sea restaurado, este será perfectamente santo, puro y glorificado.

Aquello que le pertenece a Jesús entra al cielo perfectamente santo. La más mínima carencia indicaría algo internamente pecaminoso; aniquilaría la gloriosa confesión de que la muerte es un morir a todo pecado, así como la positiva declaración de Las Escrituras: que nada profano podrá entrar por las puertas de la ciudad. Por consiguiente, es una regla inalterable de la santificación que cada alma redimida que entra al cielo está perfectamente santificada.

Esto también se aplica al infante que, habiendo sido regenerado en la cuna, es luego llevado de allí a la tumba, en quien, por consiguiente, el ejercicio consciente de la santidad está fuera de cuestión; a toda persona convertida que muere súbitamente; y al hombre que, endurecido por la vida, en la hora de su muerte se arrepiente ante Dios y fallece como uno de los redimidos del Señor.

Los sustentadores de la ordinaria doctrina arminiana consideran imposible esta representación. Ellos creen que la santificación del santo es un efecto de su propio esfuerzo, ejercicio y conflicto. Es como una preciosa vestidura de lino fino, muy deseable, pero que debe ser de tejido propio. Esta labor comienza inmediatamente después de la conversión del santo. El telar es puesto a punto y comienza a tejer. Continúa su labor espiritual pero sólo unas pocas interrupciones. El pedazo de lino crece gradualmente bajo sus manos y toma forma y diseño. Si no es cortado a temprana edad, él espera terminarlo aun antes de la hora de su partida. El púlpito debe oponerse a esta teoría que no proviene de los libros arminianos, sino de la malvada alma del hombre. Porque no es sólo muy inconfortable sino también malvada. Es *inconfortable* porque si fuera cierto, entonces todos nuestros pequeños queridos que murieron en la cuna están perdidos, porque no pudieron dar una sola puntada en la vestidura de Su gloria; inconfortable, porque si el santo estuviera atrasado con su tejido o fuera arrebatado en la mitad de sus días, antes que pudiera darle término, estaría ciertamente perdido. Ni siquiera es menos inconfortable para aquel en el lecho de muerte, cuya conversión resulta completamente inútil, pues llegó muy tarde como para tejer esta vestidura de santificación.

Y es también *malvada*: porque entonces Cristo no es un Salvador suficiente. Él puede afectar nuestra justificación y abrir las puertas del Paraíso, pero el tejer nuestra propia tenida de matrimonio, lo deja en nuestras manos sin asegurarnos el suficiente tiempo para terminarla. ¡Sí! muy malvado por cierto, porque esto hace que el tejido sea nuestro trabajo, que la santificación sea un logro del hombre, y que Dios no sea más el único Autor de nuestra salvación. Entonces, no es una gracia, pues el trabajo del hombre se vuelve a cero. Con esto se trastornan los fundamentos mismos de las cosas sagradas. Los irreflexivos teólogos éticos debieran considerar la destrucción que traen a la Iglesia de Cristo. Nuestros padres nunca creyeron estas doctrinas y siempre se opusieron a ella. "No hay Evangelio en él," decían. Es anular del Pacto de Gracia; hace recaer en los santos de Dios el temor y desazón del Pacto de Obras.

VI. Cristo, Nuestra Santificación

“Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención.”—1 Corintios i. 30.

El alma redimida posee *todas* las cosas en Cristo. Él es un completo Salvador, Él no necesita de nada. Teniéndolo a Él somos salvados hasta en lo más remoto; sin Él estamos completamente perdidos y desechos.

Debemos mantener firmemente este punto especialmente en lo referente a la santificación, y repetir con claridad cada vez más que Cristo nos es dado por Dios no sólo para sabiduría y justicia, sino también para *santificación*.

Se lee claramente que Cristo es nuestra justicia y santificación. Esta traducción es perfectamente correcta. El griego no se lee “dikai sis” que es *justificación*, sino “dikaiosún,” que nunca se refiere al acto de *hacer* justicia, sino a la condición de ser justo, por lo tanto, justicia. Igualmente no se lee “hagios” o “hagiosúne,” que puede referirse a la santidad sino que se lee claramente, “hagiosmós,” que apunta al acto de *hacer* santo.

Lo que el apóstol distinguió tan claramente, no se debe confundir.

San Pablo y la iglesia de los corintios son creyentes. Ellos ya están justificados en Cristo, de una vez por todas; porque Cristo fue hecho justicia para ellos. Pero este no es en el caso con la santificación. “Aun las personas más santas están recién comenzando a andar en esta obediencia, la cual los constriñe a vivir no sólo de acuerdo a algunos sino a todos los mandamientos de Dios” (Catecismo de Heidelberg, n. 114).

Pero el trabajo recién ha comenzado. Comparado con los tiempos anteriores, hay un amor y espíritu más santo en ellos, pero por ningún motivo están completamente santificados. Están bajo el tratamiento del Espíritu, su Santificador. Se asemejan más y más a la imagen de Dios (n. 15). Por consiguiente, hay grados de progreso en la santidad. En aquellos convertidos recientemente, la santificación ha progresado, pero sólo un poco; en otros se ha logrado un progreso glorioso. En la Iglesia hay personas santas, más santas y santísimas (n. 114). Dado que la justificación de los impíos se termina al instante, y que la santificación de los regenerados ocurre lenta y gradualmente, San Pablo le escribe a los corintios con mucha precisión que Cristo es para él y ellos, no un hacedor de justicia sino la justicia misma; de lo contrario, Él no se habría vuelto para ellos en *santidad* o sino en *hacedor de santidad*. Habiendo entendido bien esto, es imposible equivocarse. Si el apóstol hubiera intentado enumerar en abstracto todo lo que el perdido pecador posee en Cristo, él habría dicho: “Hacedor de sabiduría, hacedor de justicia y hacedor de santidad”; porque un pecador perdido todavía camina en su necedad, aún no ha sido hecho justo, etc. Pero él describe su propia experiencia, diciendo que, como una estrella, la sabiduría de Dios ha surgido en su alma oscurecida; que en beneficio de Cristo, ha obtenido el perdón y la satisfacción, por lo cual él se presenta perfectamente justo delante de Dios; y que ahora él está siendo *hecho santo* y *siendo redimido*. Él aún no es redimido completamente; el griego “apolutrosis” denota también aquí la *acción continua* de estar siendo liberado de la miseria interna y externa.

El Catecismo de Heidelberg (n. 60) describe la presentación justa del alma frente a Dios de manera impactante:

“P. ¿Cómo eres justo delante de Dios?

“R. Sólo por fe verdadera en Jesucristo: de manera que, aunque mi consciencia me acuse que he transgredido a sobremanera todos los mandamientos de Dios, y que no guardo ninguno de ellos, y que todavía estoy inclinado al mal; no obstante, me presento ante Dios sin ningún mérito propio sino sólo por mera gracia, la cual me concede y atribuye la satisfacción perfecta, justicia y *santidad* de Cristo, tal como si yo nunca hubiera tenido ni cometido pecado alguno: sí, como si yo hubiera logrado toda la obediencia que Cristo ha realizado por mí; en la medida que adopte tal beneficio con un corazón creyente.”

El que esta respuesta incluya la santidad como parte de la justicia, ha provocado que los hombres menos pensantes infieran que la santificación y la justificación son la misma cosa. Discutido esto en el Sínodo de Dort, este asunto se resolvió insertando dentro del artículo 22 de la Confesión la cláusula siguiente: "Jesucristo atribuyéndonos todos Sus méritos y tantas obras santas, las cuales Él ha realizado por nosotros y en nuestro lugar, es nuestra Justicia." ¿Qué incluye, entonces, la justificación? No la santificación de *nuestras personas*, sino la suma total de las obras santas que le debemos a Dios según con la ley. La Pregunta 60 llama a esto "nuestra santidad."

La diferencia entre ambos se ve claramente en Adán y Eva en el Paraíso. Ellos fueron creados *personalmente santos*, santos en sí mismos; no había nada impío en ellos. Pero no habían completado la ley aún. No poseían obras santas. No habían adquirido el tesoro de la santidad. Personalmente, uno puede ser santo sin haber logrado ni adquirido ni un grano de la santidad; y, por otro lado, uno puede haber completado perfectamente la ley, sin tener la más mínima función de la santidad personal. Cristo en el pesebre era perfectamente santo, pero no había aún completado la ley, por consiguiente, no había adquirido aún la santidad para presentarla a nosotros en nuestro lugar. Pero en la hora de la justificación, el hijo de Dios recibe (1) la completa remisión de su castigo en base a la *propiciación* de Cristo; (2) la completa remisión de su deuda en base a la *satisfacción* de Cristo. Y esta satisfacción no es más que el perfecto cumplimiento de la ley; una completa presentación de todas las buenas obras. Por consiguiente, una manifestación perfecta de santidad. Entre las Preguntas 114 y 115 no existe, por lo tanto, el menor conflicto.

La santificación y la santidad son dos cosas diferentes. La santidad en la Pregunta 60 no hace referencia a las disposiciones y deseos personales, sino a *la suma total de todas las buenas obras requeridas por la ley*. La santificación, al contrario, no se refiere a cualquier obra de la ley, sino exclusivamente a la obra de *crear una disposición santa en el corazón*.

Si alguien pregunta, ¿es Cristo tu santidad tanto como tu *justicia* y en el mismo sentido? Nosotros respondemos: ¡Sí! Por supuesto, alabado sea el Señor; Él es mi santidad completa delante de Dios como también mi perfecta justicia. Una es tan absoluta y cierta como la otra. El desempeño de todas las obras santas que la ley requiere de todo hombre, de acuerdo al Pacto de Obras, es un acto vicario de Cristo en el sentido más completo de la palabra. Por lo cual confesamos que la obras santas que Cristo hace por nosotros son justa y positivamente una santidad atribuida al presentarnos delante de Dios por una justicia atribuida. No se puede agregar nada. Es un todo, perfecto y completo en todo aspecto.

Y aquello que se hace para nuestro beneficio no requiere nuevamente de nosotros. Esto sería moralmente absurdo. De acuerdo con el Pacto de Obras, ni la ley ni el dador de la ley tienen algo más que demandar de nosotros. Es un trabajo terminado. El castigo se sufre y la santidad requerida por la ley se presentado. Somos perfectamente justos delante de Dios y frente a nuestra propia consciencia, ya que recibimos este beneficio inenabarrable con un corazón creyente.

Pero todo eso no tiene nada que ver con nuestra santificación. Adicionalmente a la justicia instaurada y a las obras santas, a continuación sigue nuestra santificación.

Del pecado procede la culpa, la pena y la mancha. Debemos ser liberados de esos tres. De la pena por la expiación de Cristo; de la culpa por Su santificación; y de la mancha por la santificación. Después que Dios nos ha redimido de esta eterna condenación, aún estamos oprimidos en nuestra sangre impura. La santa disposición inherente en Adán y su deseo no están restaurados aún en nosotros. Al contrario, la mancha del pecado todavía está allí. Nos gozamos en la ley de Dios en del hombre interno, pero también encontramos al pecado siempre presente y en todo lugar, en el cuerpo y alma manchados por el pecado. Y la voluntad de Dios es que esto no continúe. Porque Él sustituirá la mancha del pecado por una santa disposición. Él resuelve reformarnos internamente y renovarnos después en honor a la imagen de Su querido Hijo, es decir, para santificarnos.

Es sólo ahora que Él comienza a hacernos realmente santos. Como sus hijos, somos amados como la niña de Sus ojos. Él ha grabado nuestros nombres en las palmas de Sus Manos.

Nosotros rechazamos las cosas indiferentes, pero pulimos la preciosa joya. Y nuestra vieja vestimenta es descartada. Pero removemos la mancha de la costosa túnica de seda. La dueña de casa adorna el bien amado caserío y el jardinero saca las malezas de su jardín. De igual manera, Dios motivado por Su Amor desea que Sus hijos, en cuerpo y alma, sean iluminados, hasta que la mancha del pecado sea removida completamente.

Esta es la obra de la santificación, apuntando exclusivamente a nuestra santificación personal, para restaurarnos a la santidad de Adán antes que hubiera realizado cualquier obra santa. En Adán la santidad *personal* vino primero, luego la santidad consistente en la cumplimiento de la ley. Pero para el hijo de Dios, el último, atribuido a él por amor a Cristo, es impartido primeramente, y luego le sigue su santidad personal. Así como Adán fue *creado* santo, así el regenerado es *hecho* santo.

La santificación personal del regenerado y del pecador convertido comienza después del avivamiento de la fe; continua con más o menos interrupciones todos los días de su vida; es terminada, en lo que respecta al alma, con la muerte; y en relación al cuerpo, con la llegada del Señor. Y como esto es forjado por Cristo, a través del Espíritu Santo, las Escrituras confiesan que Cristo no es sólo nuestra Justicia, sino también nuestra Santificación.

VII. Aplicación de la Santificación

“A los que antes conoció, también los predestinó para que fueran hechos a la imagen de su Hijo, para que Él sea el primogénito entre muchos hermanos.”—Romanos viii. 29.

En Su tiempo y con irresistible gracia, Dios trasladó a Sus elegidos de la muerte a la vida. Les dio fe y conciencia de ser justificados en Cristo; y por la conversión, Él puso sus pies en el camino de la vida. Así ellos están libres de culpa. No hay para ellos condenación. Ni el infierno ni el diablo pueden prevalecer contra ellos. De ahí surge el grito de victoria del apóstol: “¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros” (Ro. viii. 33, 34).

Los hijos de Dios tienen prueba formal de su justificación no sólo en la palabra, sino también en Cristo mismo, quien continuamente presenta Su sacrificio delante del trono. Tenga o no una alegría consciente de esto, no es relevante. En su sueño, en el delirio de la fiebre, privado de razón por causas físicas, continúa siendo el hijo de Dios. Independiente de sensaciones, experiencias y estados de ánimo, ¡sí! aun cuando no haya derramado una lágrima de arrepentimiento, posee su tesoro bajo toda circunstancia. Aun aquellos con discapacidad mental pueden poseerla. ¿Por qué Dios no podría tener hijos entre ellos? Por supuesto, bajo condiciones normales la fe consciente es la regla; pero la salvación no depende de la experiencia en sí del alma. Cuando caminas al sol, tu sombra es visible, pero tu existencia no depende de tu sombra.

Se debe enfatizar que la santificación no implica esfuerzos humanos y para complementar el trabajo de Cristo: pero es la obra adicional de la gracia crear en el santo de forma sobrenatural una disposición santa.

Los pecados generan polución, o sea, no puede haber pecado que no engendre pecado; el pecado genera pecado, atribuye pecado, es siempre madre del pecado. Si no detuviéramos el proceso engendrador de pecado en nuestros corazones, la cadena del pecado no se rompería, y sólo el pecado sería el resultado.

Pero este no es el propósito divino. Dios desea que nuestras buenas obras sean vistas por los hombres y glorifiquen al Padre que está en el cielo. Por lo tanto, Dios ha preparado buenas obras para que andemos en ellas. Pero si la mancha del pecado trabajara sin interrupciones, no podríamos ni caminar en ellas: ni uno solo de nosotros podría nunca hacer una buena obra. La luz nunca brillaría en los hijos de la luz y no habría ocasión para glorificar a Dios en el cielo. Las buenas obras labradas en nosotros por el Espíritu Santo independientemente de nosotros no pueden ofrecer dicha ocasión. Sus obras son siempre *santas*: no hay nada sorprendente en eso. Él causa que las obras sagradas procedan de nosotros de tal manera que son

verdaderamente nuestras, y entonces hay motivos de alabanza—Mateo v. 16. Entonces los hombres preguntarán sorprendidos: ¿Quién hizo esto en ellos? Y mirando hacia arriba glorificarán al Padre. Y entonces la temible continuidad del pecado llamada “mancha” se rompe; entonces la ley que dice que el pecado debe engendrar pecado, es decir, cultivar una disposición pecaminosa, es reemplazada por otra ley que gradualmente introduce la santa disposición.

Esta disposición sagrada no puede surgir del hombre, ni siquiera desde de la regeneración. Un niño hambriento no puede crecer, ni tampoco el niño de Dios puede proseguir a la santificación si se le deja solo. Aun cuando la santificación está orgánicamente conectada a la vida implantada, no germinará sin el derrame constante de la gracia. Por consiguiente, es un regalo gratis del Padre de las luces.

El Espíritu que nos habita es el real Obrero. Él lo realiza en todos los santos, no parcialmente, sino completamente tanto en la vida como en la muerte, o sólo en la hora de muerte. Esto último se aplica a los niños elegidos, a los discapacitados mentales, a las personas enfermas y a las personas convertidas en su lecho de muerte. En todos los otros lo realiza durante toda su vida y en la hora de su partida.

Pero hay diferencias en distintas personas. En algunos el Espíritu Santo comienza la santificación en la niñez; en otros, en la madurez; en algunos procede casi sin ninguna interrupción; en otros se dificultada por conflictos o apostasía. Pero en todos Él actúa de acuerdo a lo que le es grato. La santificación es un bordado artístico confeccionado en nuestra alma. Él se asegura que será terminado en el momento preciso dispuesto para nuestra entrada a la Nueva Jerusalén; pero la forma y medida del progreso dependerán solamente de lo que sea Su propósito y beneplácito.

Primero, la santificación está íntimamente relacionada a Cristo y es parte del Pacto de Gracia que Él nos asegura como nuestro Garante. No es solamente Su obra, sino también una gracia inherente a Su Persona y tan identificada con Él, que el apóstol proclama: “¿Quién ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención?” Está relacionado a la *unio mystica*: Él vitalmente en nosotros y nosotros vitalmente en Él; Él es la vid y nosotros las ramas: “Ya no soy yo que vive, sino Cristo que vive en mí” (Gálatas xi. 20); Él la Cabeza y nosotros los miembros. Todos estos indican la unión vital entre el creyente y el Mediador. Se puede decir que el niño nonato respira a través de la respiración de la madre y que la madre respira en el niño. Lo mismo es verdad aquí, aun cuando la comparación ilustra pero no satisface completamente.

Por tanto, el hijo de Dios no puede estar sino en Cristo. No es que siempre esté consciente de ello. Muchas veces siente como si Cristo estuviera lejos de Él, y despechado por esto, se aleja tanto que pareciera que los lazos de unión se disolvieran completamente. Esto no es realmente así, porque Cristo nunca suelta su dominio. Pero así le parece a él. Y esta es la causa de la dificultad. En esta condición, su naturaleza pecaminosa se queda con él; todos sus tesoros de la gracia se quedan con Jesús. Por esta razón la liturgia dice: “Yacemos fuera de Cristo en medio de la muerte.” Cuando con Dina dejamos la tienda patriarcal para dirigirnos a tomar el camino de Siquén, lo hacemos bajo nuestro propio riesgo y responsabilidad, teniendo tan sólo la herencia de Adán, a saber, un alma muerta y una naturaleza corrupta. Entonces, imaginarnos que tenemos algo en nosotros mismos que sea aceptable a Dios, es equivalente a una negación de Emanuel. Con Köhlbrugge decimos: “Considerado fuera de Cristo, el convertido y el inconverso son exactamente iguales.” Pero aun cuando renegamos de Él, Él nunca reniega de nosotros; esta es la inconmensurable diferencia entre el convertido en su más profunda caída y el inconverso, en que el alma del primero está unida inseparablemente a Jesús y el alma del último no lo está.

Segundo, la santificación de los santos es impensable sin Cristo, porque la implantación de la disposición sagrada por el Espíritu Divino es: “Que nos transformamos más y más a la imagen de Dios hasta que llegamos a la perfección preparada para nosotros en la vida por venir” (Catecismo de Heidelberg, n. 155). ¿Y acaso esto no es la imagen de Cristo?

Ser santificados, entonces, *significa dejar que Cristo crezca en nosotros*. No son sólo unos pocos signos confusos de santidad, sino un *todo orgánico* de un deseo e inclinación pura, estampado en nuestra alma, abrazando todos los poderes del espíritu humano y su disposición. Por consiguiente, su progreso no puede medirse en diez grados ahora y en quince el próximo año. Es el reflejo de Cristo sobre la superficie reflexiva de nuestra alma; primero en tenues trazos, gradualmente más distinguible, hasta que el ojo experimentado reconoce en él, la forma de Jesús. Pero, aun en el caso más avanzado, no es nunca más que un *daguerrotipo*; sólo a través de la muerte se nos revelará una *imagen perfecta* de Emanuel.

La disposición sagrada es un “hombre perfecto,” es decir, una forma de abrazar *toda la personalidad del santo*; una expresión completa de la imagen de Cristo; y, por consiguiente, abarca todo nuestro ser humano.

Cuán necio es hablar entonces de la Santificación como resultado del esfuerzo humano. Cuando la persona desaparece, ¿no va también la sombra con ella? ¿Cómo podría entonces la imagen de Cristo, su forma o su sombra, permanecer en nosotros cuando, en nuestros vagabundeos, el alma se separa de Él? El resplandor desaparece con la luz. No se puede retener una sombra. Es por esto que Emanuel es nuestra santificación en todo el sentido de la palabra. *Su forma reflejándose a sí misma en el alma y el alma reteniendo ese reflejo* es toda la obra de la santificación.

Finalmente, vamos a la pregunta: ¿Cómo puede la santificación implantar una disposición sagrada si depende de la reflexión de la forma de Jesús en el alma, si es que una negación o apostasía temporal que nos separa de Él? Contestamos: ¿Puede una disposición inherente no existir y continuar sin ser ejercida? Uno puede haber adquirido la disposición (hábito) de hablar inglés fluido y no hablarlo por todo un año. Así también puede adherirse al alma la disposición o hábito del deseo sagrado, aun cuando el flujo de la impiedad lo cubra por toda una temporada. Y el alma está completamente al tanto de esto por la lucha interna en la consciencia. Si Jesús pudiera perder su dominio sobre nosotros, sí, entonces la sagrada disposición podría no permanecer. Pero, ya que el alma inconsciente en medio de la profunda caída, permanece en Su mano, tal objeción no tiene peso.

VIII. La Santificación en Hermandad con Emanuel

“Pero ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación y, como fin, la vida eterna.”—Romanos vi. 22.

La *tercera* razón por la cual nuestra santificación esta en Cristo es: que Él la ha *obtenido*; que de Él fluye y que Él la *garantiza*.

Teniendo su mente completamente despojada de la falsa idea que la santificación es producto de sus propias manos, sujetando fuertemente la clara doctrina de que es un regalo de la gracia, esta tercera razón apela a usted. Si la santificación es un regalo, un favor, surge la pregunta: ¿para qué? ¿Es un regalo por la labor de su alma? ¿Fruto de su oración? ¿Un aliento en el camino? ¿Es por motivo de su amor, piedad, bondad? ¿Es por cualquier otra cosa en usted? Porque debe haber algún *motivo*. El que Dios deba otorgar el precioso y duradero regalo de la santificación a personas que con ambas manos se oponen a ella y con dedos torpes estropean su belleza, es inconcebible. ¿Qué fue, entonces, lo que movió al Señor Dios en favor suyo? Usted debe decir: “Su insondable placer, que es la base más profunda de toda nuestra salvación.” Muy bien; pero el divino consejo no trabaja por magia. Todo lo que proviene de ese consejo sigue su curso y muestra los vínculos que le dan consistencia. Por consiguiente, la pregunta que se debe hacer es: “¿Quién es el que obtuvo para usted el gracioso regalo de la santificación?” Y la respuesta es “Nuestro redentor; la santificación es el fruto de la Cruz.”

No hay división en la obra de redención. Cristo no obtuvo en la Cruz solamente nuestra justicia, dejando que nosotros obtuviéramos la santificación por conflicto y negación propia; pero hay Uno que obra, y los otros entran en Su paz; Él solo pisó el lagar y, de la gente que estaba allí, no había ninguna con Él.

Dios ha ordenado que nuestra santificación fluya directamente de Cristo. El Espíritu Santo es el Trabajador, aun cuando cualquier cosa que Él nos imparte, lo toma de Cristo. “Él recibirá de mí y Él me glorificará.” Esta no es una frase vacía sino la pura realidad.

Lo que un alma redimida necesita es una santidad *humana*. Un hombre debe santificarse, un ángel no. Este último no puede ser santificado. Una vez caído, se pierde para siempre. Creado y caído como Adán, no puede ser restablecido como Adán. Los ángeles sin saber nada de la redención, desean contemplar esto. Por consiguiente, cuando, a pesar del pecado, Dios induce a la vida eterna a una innumerable compañía de hombres y ángeles, Él efectúa esto santificando a los elegidos de entre los hombres impíos; mientras que los ángeles elegidos no necesitan santificación porque ellos nunca han sido impíos. La santificación se refiere, por tanto, exclusivamente a los hombres; se imparte una santidad hecha posible y decretada sólo para los hombres; se crea una disposición sólo para la forma y carácter humanos, calculada para las peculiares necesidades del corazón humano.

El Espíritu Santo encuentra esta disposición sagrada en su forma requerida, no en el Padre, no en sí mismo, sino en Emanuel quien, como hijo de Dios e Hijo del hombre, posee la santidad en esa peculiar forma *humana*.

Cristo también nos *garantiza* su precioso regalo. Siendo la justificación un hecho que se logra de *una sola vez*, no requiere esto, pero la santificación es *gradual*.

La falta de garantía respecto a nuestra propia santificación nos llenaría de dudas e incertidumbres, viendo cómo comienza pequeña y progresa lentamente; y en lo que respecta a aquellos infantes fallecidos y personas convertidas tarde en la vida, tales dudas podrían causarnos temor y robarnos la satisfacción de una obra terminada.

Cristo dice: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mateo xi. 28). Sin embargo, la experiencia nos enseña que a muchos creyentes la inherente falta de santidad les causa constante desasosiego. Saben que en Cristo son justos, mas están confrontados; porque Dios dice en Su palabra: “Sean santos como Yo soy santo” (1 Pedro i.16). Si sólo se leyera: “*Actúa* santamente,” los méritos de Cristo podrían ser suficientes, pero se lee “*Se* santo,” y eso significa disposición santa *inherente*. O si se leyera “*Vuélvete* santo,” su acercamiento gradual a la idea podría inspirarle esperanza. Pero se lee inexorablemente “*Sé* santo,” y eso causa que su alma herida tema.

Pero no *todo* creyente está complicado en este asunto. Muchos casi nunca, y la gran mayoría, nunca piensa en esto. Mientras se les predique la reconciliación y la satisfacción, incluidas las buenas obras *terminadas*, ellos están en paz. Su naturaleza carnal está suficientemente satisfecha con esto. Pero hay otros más pensantes y de conciencia más escrupulosa que no aceptan la “puerta ancha y el camino espacioso” abierto así a sus almas, pero que sí creen la palabra: “Angosta es la puerta y angosto el camino” (Mateo vii. 14). Para ellos se lee “*Sean* santos,” y no habrá paz o alivio para sus conciencias hasta que no se hayan reconciliado con esa palabra.

Por consiguiente, decimos que no es suficiente que Cristo haya *obtenido* la santificación, que el Espíritu Santo le *imparta*, sino también que Cristo nos *garantice* no una vez, sino para siempre; de modo que cuando sea que aparezcamos delante del Único Santo, seamos realmente santos en Cristo.

Y esta es la tranquilidad bendita de la Palabra, que *Cristo mismo es nuestra santificación*. Tal como los descendientes caídos de Adán tienen la temible certeza que toda su naturaleza está completamente contaminada, así también los redimidos por Cristo resucitado tienen la gloriosa garantía que en Él serán completamente santos.

Este es el misterio de la Vid y sus ramas, y de las profundas palabras: “Ahora vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado” (Pedro xv. 3). Como nuestro Garante, Él nos asegura de aquí en adelante: (1) que la disposición sagrada creada en nosotros, aun cuando sea sobrepasada temporalmente por el pecado, no se puede perder nunca; (2) que la forma de Cristo, de la cual sólo hay un pequeño comienzo en nosotros, logrará plena perfección antes

que entremos a la Nueva Jerusalén; (3) que como nuestro Garante Él está delante del Padre en nuestro beneficio, habiendo depositado en los tesoros de Sus méritos todo aquello que aún carecemos en nuestro nombre. Conociendo esto, el alma acongojada encuentra descanso. Seamos cuidadosos que la preciosa vasija en la cual Dios nos presenta esta gracia permanezca *intacta*, porque el pecador no puede conformarse con menos.

Pero también debemos ser cuidadosos de evitar el otro extremo, el cual bajo el pretexto de que Cristo es nuestra santificación, niega el trabajo del Espíritu Santo. Los que sostienen este punto de vista conceden que Cristo sea nuestra santificación, que el Espíritu Santo trabaja en nosotros y que las buenas obras son el resultado, pero de tal manera que nuestra propia persona como tal permanece igual de malvada e inútil como antes. Ser regenerados o no, creer o no creer, es todo lo mismo. La única diferencia entre ambas es que, independientemente de nuestra propia persona y en contra de nuestra voluntad, el Espíritu Santo nos hace caminar inconscientemente por el camino de la vida.

Esta perniciosa enseñanza se opone a Romanos vii. y a la Confesión de las Iglesias Reformadas. El apóstol no dice que sus deseos e inclinación sean todavía malvados, y que el Espíritu Santo realice buenas obras independientemente de él y aun así por medio de él; sino lamenta que, siendo su deseo simpatizar con la voluntad divina y desear el bien, el mal aún está presente. De manera similar, el Catecismo enseña que el hombre está inclinado a todo mal, mientras no haya nacido de nuevo, pero no más allá. Porque el avivamiento del nuevo hombre consiste en una sincera alegría de corazón en Dios a través de Cristo, y en el amor y deleite de la vida según la voluntad de Dios (Pregunta 90).

Y el alma de los impíos no está dispuesta así. De ahí que la discrepancia entre ambos sea tan grande como el abismo entre el cielo y el infierno que bosteza entre ellos. Puede ser, por consiguiente, provechoso para nuestros lectores poner delante suyo la Confesión de los teólogos Reformados de las iglesias de Suiza, Alemania, Inglaterra y Países Bajos sobre este punto (1619).

Ellos confesaron: “Que el Espíritu Santo domina los recesos más profundos del hombre; abre la habitación y suaviza el corazón endurecido; circuncida aquello que no fue circuncidado; inyecta nuevas cualidades a la voluntad que previamente estaba muerta; Él la aviva; al ser malvado, desobediente y obstinado, Él lo transforma en bueno, obediente y piadoso; lo activa y fortalece de modo que, al igual que un buen árbol, pueda dar frutos de buenas acciones” (Tercera sección del Cuarto Capítulo de la Doctrina, artículo 11).

Y este glorioso trabajo se realiza de la siguiente manera, según la unánime confesión de las Iglesias Reformadas: “Que el Señor no quita la voluntad ni sus propiedades, ni hace violencia contra ellas; sino que la espiritualidad aviva, cura, corrige y, al mismo tiempo, doblega con dulzura y poder; de tal manera que donde anteriormente prevalecía la rebelión y resistencia de la carne, comienza a reinar una obediencia espiritual pronta y sincera; que es en lo que consiste la restauración verdadera y espiritual de nuestra voluntad y libertad” (Tercera sección, Cuarto Capítulo de la Doctrina, artículo 16).

IX. Disposiciones Implantadas

“Perfeccionando la santidad en el temor de Dios.”—2 Corintios vii. 1.

Negar que el Espíritu Santo crea nuevas disposiciones en la voluntad es equivalente a retornar al error Romano, aun cuando Roma discute esta materia de una forma diferente. Roma niega la total corrupción de la voluntad por el pecado; dice que sólo su disposición es *completamente maligna*. Por consiguiente, no siendo la voluntad del pecador completamente inútil, se desprende: (1) que el regenerado no necesita la implantación de una nueva disposición; (2) que en este aspecto no hay diferencia entre el regenerado y no regenerado. Aquellos que introducen en las Iglesias Reformadas esta y similares enseñanzas, debieran considerar que afectan uno de los fundamentos de la Reforma y, aun cuando sin intención, nos llevan de vuelta a Roma.

La cuestión principal de esta controversia es: si el hombre *es algo o nada*.

Si el hombre es absolutamente *nada*, como algunos alegremente proclaman; entonces Dios no puede obrar en él, porque Dios no puede obrar en nada. En nada uno no puede hacer nada. En nada, nada se puede implantar. A nada, nada se le puede agregar. La nada no puede ser un canal para algo. Si el hombre es nada, no puede haber ni pecado ni justificación, porque el pecado de nada es nada; y nada es no pecado. Nada no puede nacer de nuevo, ni ser convertida ni compartir la gloria de los hijos de Dios. Y si no hay pecado no hay necesidad de un Salvador para reparar del pecado; porque para reparar de nada no se necesita expiación. Entonces no hay necesidad de discutir la santificación en absoluto. Esto muestra que la idea que el hombre no es nada no puede ser tomada en su sentido absoluto. Ya que el hombre es un ser, él debe ser algo; y aquellos que mantienen que es nada, muestran por sus acciones que ellos se consideran a sí mismos como algo muy lejos de ser nada.

Pero si lo ponemos así: “El hombre es nada *delante de Dios*,” esto se vuelve comprensible de inmediato. Entonces todo buen cristiano se suscribe a esto incondicionalmente; él sólo llora porque es tan difícil ser nada delante de Dios; y con todos los santos él ora para que pueda negarse a sí mismo más sinceramente, morir a sí mismo, y saberse a sí mismo como nada delante de Dios. Medido por Dios, el hombre no tiene valor. Todo su esfuerzo por ser algo delante de Dios es una ridícula insensatez. Todo púlpito debiera echar abajo, con tonos de trompeta, toda montaña de orgullo y hacer humilde al hombre delante de Dios, de modo que sintiéndose como una mera gota en la cubeta—sí, menos que nada—pueda encontrar descanso en la adoración a la Majestad divina.

Delante de Dios el hombre no es nada. Ni siquiera el hombre regenerado es algo; pero en Su mano, por Su ordenanza y Su estimación, él es tan grande que “Dios lo corona con gloria y honor,” lo ama como a Su hijo, lo hace heredero de la dicha divina y lo invita a pasar una eternidad con Él.

Estas dos no deben confundirse jamás; el absoluto no-ser del hombre *ante Dios* no se puede aplicar nunca al hombre como instrumento en la *mano de Dios*. Y el poderoso significado del hombre, como instrumento de Dios, no puede tender nunca a hacerse el más mínimo algo ante Dios como *un ser*.

De modo que nos oponemos al misticismo panteísta y al funesto pelagianismo. La equivocación esencial de este último es que le da al hombre como tal cierto prestigio ante Dios y rehúsa reconocer que incluso el más docto y más excelente, cuyo aliento está sus narices, “¿Y dónde está el que ha de ser apreciado?” es menos que nada delante de Dios. Y el falso misticismo en aquella injuriosa tendencia de la mente humana, la cual en todas las épocas y en todas las naciones con el fin de no ser nada delante de Dios, niega la significancia del hombre, incluso como instrumento de Dios. En sus escritos se reitera que ante Dios el hombre es nada, que en Dios él desaparece y se pierde a sí mismo, que Dios lo absorbe. Y este ‘ser absorbido’ es llevado tan lejos que nada permanece a lo cual el pecado o la culpa se puedan adscribir. Y así la conciencia de la responsabilidad y la concepción de imputabilidad se han perdido. Los cristianos, descarriados por la fascinación de no ser nada, han cantado himnos y predicado sermones muy aceptables para los budistas de India, pero enteramente fuera del panorama del cristianismo.

El hombre como instrumento de Dios es importante, por cierto. Al crearlo de la nada, Él creó algo y no nada, y ese algo fue tan importante que todas las criaturas hechas antes que él apuntaban hacia él; en el Paraíso, sólo él fue el portador de la imagen divina. El dominio sobre toda la tierra le fue dado a él; aun el de juzgar a los ángeles. “El Hijo asumió la naturaleza, no de los ángeles, sino humana.”

Decir esto significa que el hombre es sólo un *espejo* que refleja la naturaleza divina en el vano esfuerzo del enfermizo misticismo por reconciliar el significado del hombre con sus propias teorías panteístas. Las Escrituras enseñan, no que Dios *refleja* algo en nosotros, sino que nos *imparte* algo a nosotros. El amor de Dios, por medio del Espíritu Santo, es derramado en nuestros corazones.

El Señor nos hace su templo y *penetra* en él. Una *semilla divina* es colocada en el alma. Agua pura es *esparcida* sobre nosotros. Las Escrituras usan muchas otras imágenes para

advertirnos contra la falsa teoría que niega la disposición inherente en el alma y reduce al hombre a un mero espejo. La *rama* no es un reflejo de la vid sino que crece del tronco soportando hojas y racimos. Un *niño* no es un mero espejo del padre pues, como ser, posee vida y cualidad. Un enemigo no es uno que meramente falla en reflejar correctamente, sino un ser dotado de existencia real.

Hacer de un hombre, aun como instrumento de Dios, un mero espejo en principio niega el pecado, destruye el sentido de responsabilidad y cambia la vida misma en fantasías de un sueño.

Las Escrituras enseñan sobre este punto que ante Dios el hombre es nada; que sólo a través de Dios el hombre es algo; y todo lo inherente y la bondad adquirida viene sólo de la Fuente de todo bien. Y siguiendo los pasos de los padres reformados, debemos mantener esta doctrina. Pero negar el ser real y peculiar del hombre, es inconsistente con las Escrituras y con la Confesión.

Escapando de esta manera de un falso misticismo y retornando a la verdad purificada y ordenada, no encontramos más dificultad en la santificación. Por supuesto, si el niño de Dios no es más que un espejo pulido, entonces aquellos que niegan lo inherente y la disposición sagrada están en lo correcto y tal disposición está fuera de cuestión. Como espejo, el hombre está muerto y todo lo que se *puede ver en él no es más que un pálido y pasajero reflejo de la imagen de Dios. Pero si el hombre, como instrumento de Dios, tiene un ser propio, es natural que aparte de ser, Dios también le dio cualidades.* Un ser sin cualidades es impensable. Hay cualidades en toda esfera: en el mundo material, porque el hombre come, toma, camina y duerme; en el mundo intelectual, porque piensa, juzga y decide; en materias de gusto porque juzga las cosas como bellas, feas o indiferentes; y en el mundo moral, porque sus deseos son justos o injustos, nobles o abyectos, buenos o malos.

Y estas cualidades difieren en distintos hombres. Uno ama la comida que otro detesta. El juicio de uno es plano y el de otro, agudo. Uno llama apuesto lo que otro considera antiestético, y bueno lo que otro considera maligno. Por consiguiente, debe existir una diferencia esencial en las condiciones del hombre que pueden surgir desde sus respectivos temperamentos, educación, ocupación, etc. Algunos hombres tienen estas diferencias en común. Hombres de un grupo no consideran el imprecar como algo pecaminoso, sino más bien parecen gozar de ello; aquellos de otro grupo lo aborrecen y protestan contra eso. Esto prueba que entre ambos debe haber una diferencia en algo; porque sin una causa diferente no puede haber un efecto diferente. Y esta diferencia que causa en algunos hombres disfruten el imprecar y otros lo aborrezcan se llama la *disposición* de la personalidad del hombre.

Puede ser *santa* o *impía*, pero nunca indiferente. Siendo corrupta e impura en la naturaleza humana no regenerada, no puede ser santa en el regenerado a menos que Dios la haya creado en él. Aquello que es nacido de la carne, carne es. Todas nuestras carreras, trabajo y esclavitud no pueden crear en nosotros una santa disposición. Sólo Dios puede hacer eso. Como Él tiene el poder por medio de la regeneración para cambiar la raíz de la vida, también puede cambiar por la santificación la *disposición* de las afectaciones. Y podría haber hecho esto *al instante*, al igual que en la regeneración, haciendo que nuestra naturaleza sea inmediatamente perfecta en todas sus disposiciones; pero a Él, que no da cuenta ninguna de Sus materias, no le ha complacido hacerlo.

Por supuesto, Él libera a Sus hijos de inmediato del lazo del pecado; pero, como regla, la santificación de sus disposiciones es gradual excepto en los infantes electos fallecidos, y hombres convertidos en el lecho de muerte. En todos los otros la implantación de las sagradas disposiciones va paso a paso, e incluso, a veces, con recaídas temporales. Sin este incremento en Cristo no puede haber santificación; y el alma que no alcanza santificación, ¿qué soporte tiene para gloriarse en su elección?

X. Perfecto en Partes, Imperfecto en Grados

“Que el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo.”—1 Tesalonicenses v. 23.

La doctrina de las Escrituras que establece que la santificación es un proceso gradual, perfeccionado sólo en la muerte, debe mantenerse clara y sobriamente: primero, en oposición a los perfeccionistas, que dicen que los santos pueden ser *santificados completamente* en esta vida; segundo, en oposición aquellos que niegan la implantación de las disposiciones sagradas inherentes en los hijos de Dios.

Debe hacerse notar, por lo tanto, que la Sagrada Escritura distingue la santificación imperfecta en *grados* y la santificación perfecta en sus *partes*. Un infante normal, aunque pequeño, es un perfecto ser humano. Por supuesto que debe crecer. Pero tiene todas las partes del cuerpo humano. Las facultades mentales no pueden ser examinadas, pero los miembros del cuerpo son obviamente *perfectos* y completos. La cabeza puede no estar cubierta de pelo, varios miembros pueden estar todavía incompletos, pero eso no impide su perfección: en un pequeño comienzo, las partes constitutivas y todos los miembros están presentes. Por consiguiente, al niño se le llama perfecto en *sus partes*.

Sin embargo, no es perfecto en sus grados, es decir, no ha logrado su pleno crecimiento. Debe crecer e incrementar en todo aspecto. Y este es un progreso lento e imperceptible. Una prenda que calza perfectamente en la noche nunca quedará demasiado chica a la mañana siguiente. El crecimiento durante una noche es imperceptible. Sin embargo, crecemos e incrementamos; hasta la hora de la muerte, el cambio es constante. Y este incremento y el subsecuente decrecimiento con la edad avanzada, afectan a todas las partes por igual. Nunca pasa que el brazo del niño crezca, pero no su pierna; que su cuello se expanda, mientras que su cabeza permanece pequeña. Este incremento gradual es la fuerza expansiva inherente al principio vital, dominando a todos los miembros y a cada parte.

Esto se aplica a los hijos de Dios, en su segundo nacimiento, aun con más fuerza, porque en el Divino Reino no hay deformidades; todos proceden de la mano del Creador como creaciones perfectas. Esta perfección es en las partes, o sea, tienen lo que en esencia les pertenece. Y todo miembro está internamente animado y labrado desde un principio vital, por el Espíritu Santo, de tal manera que todas las partes son afectadas por Él espontáneamente. Por consiguiente, en la santificación los deseos sagrados y las inclinaciones deben surgir de ese principio vital interno en las partes, el cual domina todo miembro.

En este sentido, la santificación es una obra perfecta no externamente, sino en la parte de Dios, en la cual Él causa que el principio santificador afecte cada miembro. Él no santifica primero la voluntad y luego el entendimiento; o primero el alma y después el cuerpo; sino más bien, Su obra abarca a todo el hombre de una sola vez.

Pero la santificación es *imperfecta* en el grado de su desarrollo. Cuando por diez años Dios ha labrado en nosotros el deseo sagrado, este debe ser mucho más fuerte que al principio. Este es el resultado del crecimiento, de un incremento gradual, a pesar de muchos altos y bajos, casi imperceptibles. Por consiguiente, hay pasos ascendentes, de lo menos a lo más en relación al hombre nuevo; y descendente de más a menos en la muerte del hombre viejo; pero en los dos siempre hay un cambio gradual, cada vez más lejos de Satán y más cerca de Dios. “Perfecto en partes, imperfecto en grados,” como nuestros santos padres acostumbraban decir, por medio de lo cual ilustraban el segundo nacimiento comparándolo con el primero; y en esto ellos simplemente seguían a las Escrituras que colocan la perfección del regalo de Dios junto a las imperfecciones de nuestro incremento gradual. El Catecismo lo expresa como sigue: “Aun el hombre más santo, mientras esté en esta vida, sólo tiene pequeños principios de esta obediencia.” Hasta que, con sincera resolución ellos comienzan a vivir, no sólo de acuerdo a algunos sino a todos los mandamientos de Dios” (p. 114). San Pablo dice que Cristo “constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Efesios iv. 12). En 2 Corintios x. 15, él espera ser engrandecido entre ellos cuando su fe se *incremente*. A los colosenses,

escribe: "Para que podáis andar como es digno del Señor, agradándolo en todo, llevando fruto en toda buena obra y creciendo en el conocimiento de Dios" (Colosenses i. 10). A los tesalonicenses: "Por cuanto vuestra fe va creciendo y el amor de todos y cada uno de vosotros abunda para con los demás" (2 Tesalonicenses i. 3). El salmista canta que "el justo florecerá como la palmera," y San Pablo le dice a Timoteo, su hijo en Cristo, "Ocupate en estas cosas; permanece en ellas, para que tu aprovechamiento sea manifiesto a todos" (1 Timoteo iv. 15). De su propia experiencia el apóstol testifica: "No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús." Y escribiendo a los Corintios, él esboza un cuadro del fruto de la santificación diciendo: "Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor." Pero no debemos caer en el error común de aplicarle a la santificación lo que las Escrituras enseñan con respecto a "los hijos" y "los perfectos." Esto causa confusión. Hablando de diferentes clases de creyentes, las Escrituras reconocen que hay diferentes grados. Esto aparece más claramente la primera Epístola de San Juan (ii. 12-14), en donde se dirige a los creyentes como "hombres jóvenes" y como "padres," evidentemente con referencia a su edad, porque coloca a los últimos como más maduros en experiencia espiritual que los primeros. En Hebreos v. 13-14, San Pablo distingue lo "perfecto" que usa alimento sólido y las "niños" que dependen de la leche. A los corintios: "Hermanos, no pude hablarles como a espirituales, sino como a carnales," es decir, aquellos que no pueden soportar la carne, sino que todavía deben alimentarse de leche (1 Corintios iii. 1ss). Que estas palabras se refieran a la santificación, es evidente por lo que sigue: "Porque aún sois carnales; pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales, y andáis como hombres?" (ver. 3). De él mismo él testifica: "Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, jugaba como niño; mas cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño" (1 Corintios xiii. 11). Él exhorta a los efesios (iv. 14): "Para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagemas de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error"; y entre los filipenses distingue lo perfecto de lo imperfecto diciendo: "Así que, todos los que somos perfectos, esto mismo sintamos" (iii. 15).

Por consiguiente, el apóstol evidentemente distingue dos clases de creyentes: aquellos cuya condición es normal y aquellos que están todavía en una condición preliminar. Las Escrituras designan a los primeros como "perfectos," "adultos," y "hombres y padres," a quienes pertenece el alimento sólido ('la carne fuerte'); a los últimos como "niños" y "jóvenes," quienes todavía necesitan leche.

Ahora el tema surge entre si la transición del primero al segundo es lo mismo que el incremento gradual de la santificación. Generalmente la respuesta es afirmativa; pero las Escrituras responden negativamente, por razones tan claras como la luz del día. Encontramos pruebas convincentes en Filipenses iii. 12-15. En el versículo 12, San Pablo dice: "No soy perfecto aún" e inmediatamente después de eso (ver. 15) y en el mismo sentido él se pone distintivamente entre los perfectos; él se ofrece incluso como ejemplo.

Es evidente que cuando San Pablo, bajo la directa guía del Espíritu Santo, declara en el mismo momento que todavía no es perfecto y que él es perfecto—sí, el ejemplo de lo perfecto—la palabra "perfecto" no se puede tomar en el mismo sentido, en ambos casos; en uno debe haber un significado diferente al otro.

Aquellos que creen en la santificación gradual no deben apelar a este y a otros similares para sustentar su doctrina. Tal mal aplicación de las Escrituras es sacar agua de la piedra, para el molino de los perfeccionistas, los que con buena razón contestan: "Los apóstoles estaban relacionados evidentemente con santos 'completamente santificados' como nosotros." ¿Y cuál es la diferencia?

Un niño y un hombre no son lo mismo. El último está completamente crecido, el primero no; el último, habiendo llegado a la madurez, entra en un nuevo proceso de hacerse más noble, más refinado, interiormente más fuerte. El encino continúa su crecimiento hasta que logra su altura total—proceso que toma muchos años. Pero este no es el término de su desarrollo. Al contrario, no empieza a adquirir sus cualidades de pureza hasta que ha logrado pleno crecimiento. Se envía al niño al colegio para ejercitar sus poderes. Habiendo pasado por

sucesivas instituciones y habiéndose graduado de la superior, recibe su diploma que declara que su educación ha terminado y que está listo para entrar a la carrera de su vida; es decir, su educación ha terminado en lo que respecta al colegio. Pero esto no implica que no tiene nada más que aprender. Al contrario, sólo ahora sus ojos han sido abiertos para ver la realidad y la condición actual de las cosas. Su educación ha terminado y, sin embargo, él recién comienza a aprender.

Y lo mismo se aplica a aquellos que las Escrituras llaman “perfecto.” Un nuevo convertido debiera ir primero al colegio y no, después de la práctica del Metodismo^[1], ser puesto directamente a trabajar para convertir a otros como perfectos creyentes. Él es sólo un bebé, dice el apóstol, un bebedor de leche; y no se puede esperar de un bebé que dé asistencia, como a una esposa de mediana edad o una enfermera, en el nacimiento espiritual de otros bebés.

Es un gran error de muchas escuelas dominicales hacer que los corderitos que aún maman hagan el trabajo de las ovejas; o descuidar de alimentar a los bebés recién nacidos con conocimiento y disciplina espiritual. Y la insana noción, que gana terreno más y más, de que los jóvenes que han evidenciado tan sólo un leve atisbo de vida espiritual deben ser promovidos de inmediato al estado de un cristiano maduro, lo cual trae destrucción a la Iglesia. Esto es, porque tan pocos indagan después la verdad, o buscan enriquecerse con conocimiento espiritual; porque la vida espiritual pareciera consistir solamente en correr y carreras hasta que espiritualmente exhaustos y empobrecidos, los hombres se sienten amargamente desilusionados. Esto hace cristianos enfermos, espiritualmente tísicos, altos y delgados, con ojos centellantes y pómulos febriles, sin aspecto varonil, fuerza y vigor. Por supuesto, tales personas no pueden resistir los vientos arremolinados de enseñanzas extrañas sin ser arrastrados con todo viento de doctrina.

Por lo cual repetimos que el recién nacido debe ser alimentado primero con leche, enviado luego al colegio, no a enseñar sino a aprender. Y los ministros de la Palabra en el púlpito, los padres en la casa y los maestros de nuestros colegios cristianos, deben examinarse a sí mismos para ver si entienden el arte de alimentar a los bebés con leche, si es que el enseñar del pan no es demasiado pesado ellos, si es que no han olvidado que estos aún son ovejas que no han sido destetadas.

Por supuesto que llegará el tiempo cuando el succionador tendrá la capacidad de digerir comida sólida. El conocimiento se acumulará y más tarde su educación terminará. Y luego sería tremendamente tonto no seguir hacia la perfección y retener la comida sólida y continuar alimentando a los miembros de la Iglesia con leche. Tal curso de acontecimientos dejaría pronto vacía la iglesia. Los hombres provistos con dientes espirituales no pueden vivir con esa dieta. La prédica que siempre está colocando los primeros cimientos mata tanto al predicador como a las personas.

Por tanto, hay un tiempo en la vida de los santos cuando termina el primer proceso de crecimiento; cuando los creyentes habiéndose convertido en hombres tienen su lugar entre los maduros y perfectos. En este sentido escuchamos al apóstol decir: “Yo no pertenezco a los bebés en el regazo de la madre, ni a los niños en el colegio, sino a los adultos y perfectos cuya educación ha terminado. Pero, oh hermanos, no penséis que yo soy perfecto internamente, pues no lo he logrado aún; pero lo persigo, a ver si puedo alcanzar aquello por lo cual también he sido alcanzado en Cristo Jesús.”

Vemos la misma diferencia entre plantas y animales, en el nacimiento natural y espiritual. Hay un primer crecimiento para lograr la altura total; sólo entonces comienza el real desarrollo que en los hijos de Dios corresponde al despliegue de la disposición sagrada en sus propias personas.

XI. El Pietista Y El Perfeccionista

“Y aquéllos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero éste para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad.”—Hebreos xii. 10. La santificación es obra de la gracia de Dios, por la cual, en forma sobrenatural, Él gradualmente despoja de pecado las inclinaciones y disposiciones del regenerado y lo viste de santidad.

Aquí enfrentamos una seria objeción, que merece nuestra cuidadosa atención. Para el observador superficial, la experiencia de los hijos de Dios parece diametralmente opuesta al declarado regalo de santificación. Uno dice: “¿Puede ser que por más de diez años haya sido sujeto de una operación divina por la cual mis deseos e inclinaciones han sido despojados de pecado y vestidos de santidad?” Si este es el Evangelio, entonces no pertenezco a los redimidos de Dios; porque en mí mismo, escasamente percibo algún progreso; sólo sé que mi primer amor se ha vuelto frío y que la corrupción interna es atrayente. Algunos sueñan con el progreso, pero yo escasamente descubro algo en mí, salvo tropiezos. Ninguna ganancia, sólo pérdidas, es el triste estado de cuenta al día. Mi única esperanza es Emanuel mi Garante.” Mientras que la experiencia de un corazón roto purga de esta forma su aflicción, otros nos exhortan a no estimular la vanidad espiritual. Ellos dicen: “No debemos alentar el orgullo espiritual en los hijos de Dios, porque por naturaleza ya están inclinados a él. ¿Qué conduce más al orgullo espiritual que la presunción de una santidad siempre creciente? ¿No es la santidad el logro más alto y más glorioso? ¿No realizamos un rezo exhaustivo para hacernos partícipes de Su Santidad? ¿Y podría usted imaginar a esas almas que se han convertido años atrás, que hayan alcanzado ya un considerable grado de la perfección divina? ¿Daría usted licencia a los cristianos más antiguos para sentirse superiores a sus hermanos menores? La santidad quiere ser notada; por consiguiente, usted los insita a desplegar sus buenas obras. ¿Qué es esto, sino cultivar un espíritu farisaico?”

No debemos descansar hasta que esta objeción de la consciencia sensible sea removida enteramente.

No es que podamos escapar a todos los peligros del fariseísmo. Esto silenciaría toda exhortación a la vida santa. La luz sin sombras es imposible; la sombra sólo desaparece en la absoluta oscuridad. En los tiempos de los antiguos fariseos, Jerusalén comparado con Roma y Atenas era una ciudad temerosa de Dios. El fariseísmo no fue nunca más desembozado que en los días de Jesús. Y la historia muestra que el peligro del fariseísmo ha sido menor en las Iglesias Romanas y mayor en las Iglesias Reformadas; y entre estas últimas es más fuerte donde el nombre de Dios ha sido más exaltado. La santidad es imposible sin la sombra del fariseísmo. Mientras mayor la luz y gloria de los primeros, más oscura la sombra de los últimos. Para escapar completamente del fariseísmo, uno debe descender a los hoyos más pestilentes de la sociedad, donde nada controla las pasiones de los hombres.

Y esto es natural. El fariseísmo no es una corrupción común, sino que es el moho de la más noble fruta que la tierra haya visto jamás, a saber, la santidad. Los círculos que están libres del fariseísmo también carecen *del bien* más alto; ¿cómo puede entonces pudrirse ahí? Y los círculos en los cuales este peligro es mayor, son los mismos círculos en los cuales el mayor bien es conocido y exaltado.

Pero, aparte de estas escaramuzas sin destino con el fantasma farisaico, los escrúpulos mencionados más arriba tienen nuestra simpatía más profunda. Si fuera cierto que la santificación impresionara tanto al alma como para incitarlo al orgullo, no podría ser el artículo real; porque de todos los orgullos impíos, es el más abominable. Es la más dulce y sincera súplica de David: “Preserva también a tu siervo de las soberbias; que no se enseñoreen de mí; entonces seré íntegro, y estaré limpio de gran rebelión” (Salmo xix. 13). La concepción fundamental de la gracia está íntimamente conectada con la idea de convertirse en un niño pequeño, y su regalo está tan fuertemente condicionado hacia una disposición humilde que el regalo que estimula el orgullo espiritual no puede ser un regalo de la gracia.

Pero estamos confiados que la doctrina de la santificación, tal como se ha presentado en estas páginas, acorde a las Santas Escrituras, no tiene nada en común con esta caricatura. Desde

que en el Paraíso surgió el pecado de la primera incitación satánica al orgullo, y todavía crece de esa raíz venenosa toda la impiedad espiritual y carnal, es evidente que el primer efecto de la santa disposición implantada es hacer más humilde al orgullo; bajarlo de su pedestal y al mismo tiempo avivar un espíritu humilde, sumiso y parecido al de un niño.

La idea que la santificación consiste en inspirar en el santo el horror por los pecados detestables y externos sin un rompimiento previo de la autoindulgencia, es contrario a las Escrituras y objetado por las Iglesias Reformadas. Las Escrituras enseñan que el Espíritu Santo nunca aplica la santificación al creyente sin adjuntar *todos sus pecados al mismo tiempo*. “Una sincera resolución de vivir no sólo de acuerdo a *algunos* sino a *todos* los mandamientos de Dios” (Catecismo de Heidelberg).

De todos los pecados, el orgullo es el más insoportable, porque en todas sus manifestaciones es la trasgresión del primer mandamiento. Por consiguiente, la santificación real y divina labrada es inconcebible sin que antes se destruya el orgullo y se cree una disposición humilde como la de un niño, silenciosa y desconfiada de sí misma.

Y esto resuelve toda la dificultad. Aquél que teme que la santificación gradual va a llevarlo al orgullo y el autoconsentimiento, confunde su falsa humanidad con la obra real divinamente labrada. Por lo cual, con esta objeción él debe atacar al hipócrita y no a nosotros. Sin embargo, una interpretación equivocada de lo que las Escrituras llaman “carne” puede sugerir esto. Si “carne” significa inclinaciones sensuales y apetitos corporales, y la santificación consiste casi enteramente en combatir estos pecados, la santificación así entendida puede estar acompañada por un incremento del orgullo espiritual. Pero por “carne” pecaminosa las Escrituras quieren denotar el hombre entero, cuerpo y alma, incluyendo los pecados que son espirituales así como los sensuales; por consiguiente, la santificación apunta al cambio inmediato de las inclinaciones espirituales y sensuales del hombre y, primero que todo, a su tendencia al orgullo.

En el artículo anterior dijimos que la santificación incluía una *descendente* así como también una *ascendente*. Cuando el Señor nos eleva, también descendemos. No hay ascenso del nuevo hombre sin la muerte del viejo hombre; y todo intento de enseñar la santificación sin hacer completa justicia, no es de las Escrituras.

Nos oponemos, por lo tanto, a los intentos de los pietistas y de los perfeccionistas, quienes dicen no tener nada más que hacer con el hombre viejo; que nada permanece en ellos para ser mortificado y que todo lo que se necesita de ellos es apurar el crecimiento del *nuevo* hombre. Y nosotros igualmente nos oponemos a lo opuesto; aquello que admite la muerte del hombre viejo, pero niega el surgimiento del nuevo y que el alma recibe todo aquello de lo cual carece. Toda conversión real y duradera, de acuerdo a nuestro Catecismo, debe manifestarse en estas dos partes, a saber, una mortificación del hombre viejo y el surgimiento del nuevo en iguales proporciones.

Y a la pregunta “¿Qué es la mortificación del hombre viejo?” el Catecismo de Heidelberg responde, “un decrecimiento gradual” porque dice: “Es una sincera pena de corazón la que hemos provocado en Dios por nuestros pecados; y más y más por odiar y huir de ellos.” Mientras el avivamiento del hombre nuevo se expresa así de positivamente: “Es una sincera alegría de corazón en Dios a través de Cristo y con el amor y la alegría de vivir, de acuerdo con la voluntad de Dios en todas las buenas obras”—una declaración que se repite en la respuesta a la Pregunta 115, que describe así esta mortificación: “Que en toda nuestra vida podamos aprender más y más a conocer nuestra naturaleza pecaminosa”; y que habla del avivamiento del nuevo hombre como “llegar a ser más y más de acuerdo a la imagen de Dios.”

Por consiguiente, hay dos partes, o más bien dos aspectos de la misma cosa: (1) el quebrantamiento del hombre viejo y (2) el crecimiento conforme a la imagen divina. *Mortificar* y para *avivar*, matar y dar vida, *más y más*—esta es, según la confesión de nuestros padres, la obra del Dios Trino en la santificación.

El pecado no es meramente “la falta de justicia.” Tan pronto como la justicia, el ser bueno y la sabiduría desaparecen, toman su lugar la injusticia, la maldad y la locura. Así como Dios

implantó en el hombre los primeros tres, así también el pecado se los roba de ellos, poniendo los tres últimos en su lugar. El pecado no sólo mata en Adán al hombre de Dios, sino que también aviva en él al hombre del pecado; por consiguiente, la santificación debe afectarnos en el sentido contrario. Debe mortificar aquello que el pecado avivó y avivar aquello que el pecado ha mortificado.

Si esta regla se entiende completamente, no puede haber confusión. Nuestra idea de la santificación necesariamente corresponde a nuestra idea del pecado. Aquellos que consideran al pecado como un mero veneno, y niegan la pérdida de la justicia original son pietistas; ellos ignoran la mortificación del viejo hombre y están siempre ocupados de adornar al nuevo. Y aquellos dicen que el pecado es la pérdida de la justicia original y niegan sus efectos malévolos están inclinados al antinomianismo y reducen la santificación a una emancipación fantasiosa del hombre viejo, rechazando el surgimiento del hombre nuevo.

Por supuesto, esto toca la doctrina *del hombre viejo y el nuevo*.

La representación de que el alma del convertido es una arena donde los dos se enganchan en una lucha cuerpo a cuerpo es incorrecta, y no tiene un solo texto satisfactorio que lo soporte. Rechazamos las dos representaciones siguientes: aquella del antinomianista quien dice: "El ego creyente es el nuevo hombre en Cristo Jesús; yo no soy responsable del hombre viejo, el ego personal y pecaminoso; él puede pecar tanto como le plazca"; y la representación de los pietistas, quienes lo consideran todavía como hombre viejo, parcialmente renovado y quien está siempre ocupado para remodelarlo. Ambos no pertenecen a la Iglesia de Cristo. Las Escrituras enseñan, no que el hombre viejo esté santificado por haberse cambiado al nuevo; sino que el hombre viejo debe ser mortificado hasta que nada de él permanezca. Tampoco enseña que en la regeneración sólo una pequeña parte del hombre viejo es renovada—el resto a ser parchado gradualmente—sino que un hombre enteramente nuevo es implantado.

Esto es de suma importancia para el correcto entendimiento de estas cosas sagradas. El pecado fue labrado en nosotros como hombres viejos, el cuerpo del pecado: no meramente una parte, sino el todo, con todo lo que le pertenece cuerpo y alma. Por consiguiente, el hombre viejo debe morir, y el pietista con todas sus obras de piedad nunca puede galvanizar ni un músculo en su cuerpo. Él es totalmente inútil y debe perecer bajo su justa condenación. De igual manera, Dios por gracia regenera en nosotros una nueva criatura que es también un hombre *completo*. Por consiguiente, no debemos tomar al nuevo hombre como una restauración gradual del viejo. Los dos no tienen nada en común aparte que la base mutua de la misma personalidad. El nuevo no surge del viejo, sino que lo sustituye. Estando sólo en el germen, él puede estar enterrado en el nuevo regenerado, pero resurgirá y entonces la obra gloriosa de Dios se mostrará. Dios es su Autor, Creador y Padre. No es el hombre viejo, sino el hombre nuevo quien grita: "¡Abba Padre!"

Sin embargo, nuestro ego se relaciona con el hombre viejo que muere y el hombre nuevo que surge. El ego de una persona no elegida se identifica con el hombre viejo. Son él mismo. Pero en la consumación de la gloria celestial, el ego de los niños de Dios se identifica con el hombre *nuevo*.

Pero durante los días de nuestra temprana vida terrenal, esto no es así. El hombre nuevo de un no regenerado, pero electo, existe separadamente de él, pero oculto en Cristo. Él todavía está casado con su hombre viejo. Pero en la regeneración y la conversión Dios disuelve este matrimonio impío, y Él une su ego al nuevo hombre. Pero, a pesar de todo esto, él aún no está libre del hombre viejo. Ante Dios y la ley, desde el punto de vista de la eternidad, puede ser considerado así, pero no actualmente y realmente.

Y esta es la causa del conflicto interno y externo. Todas las malignas amarras no son disueltas al instante y todas las amarras santas no son unidas al instante. Por la unión mística con Cristo, el hijo de Dios posee actualmente al hombre nuevo completo, aun cuando él pueda morir mañana; pero él aún no lo ha disfrutado. Habiendo sido desenganchado al nuevo hombre ante Dios, él debe todavía morir al hombre viejo, a través de un proceso penoso, y por la gracia divina el hombre nuevo será alzado en él. Y esta es su santificación: la muerte del viejo y el

surgimiento del nuevo por medio del cual Dios crece y nosotros decrecemos. ¡Bendita manifestación de fe!

XII. El Viejo Hombre y el Nuevo

“Para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia.”—1 Pedro ii. 24.

El salmista canta: “Irán de poder en poder; verán a Dios en Sión” (Salmo ixxxiv. 7). Debemos mantener este glorioso testimonio, aun cuando nuestra propia experiencia parece contradecirla muchas veces. No es la experiencia, sino las Escrituras las que nos enseñan la verdad divina; ni es como si el procedimiento de la operación divina en nuestro corazón pudiera diferir del testimonio de la Sagrada Escritura, sino que nuestra experiencia suele interpretar *incorrectamente* nuestra real condición espiritual.

Nuestro autoconocimiento es muy pequeño. La plomada de nuestra propia consciencia escasamente llega bajo la superficie, mientras que el ojo sagrado de Dios penetra las aguas de nuestra alma hasta el fondo. Somos ignorantes de lo mucho que ocurre en nuestra alma, y lo que percibimos de ella muchas veces se presenta en nuestra consciencia de forma diferente a lo que es en realidad. Si nuestro autoconocimiento fuera perfecto, el testimonio de nuestra experiencia espiritual sería tan confiable como aquella de las Escrituras. Pero no siendo así, ni siquiera entre los hijos de Dios, la experiencia espiritual, aun cuando útil, nunca debilitará la Palabra de Dios. Por consiguiente, aun cuando descubrimos en nosotros una debilidad siempre creciente, el testimonio de las Escrituras todavía es seguro: “Ellos van de poder en poder.” ¿Pero quién va de poder en poder? Por supuesto que no es el hombre *viejo*. No se debe decir que la regeneración efectúa un cambio en él, que se incrementa constantemente y que le permite un encomiable progreso y que con la ayuda divina probablemente tendrá éxito al final. Esto no es así. Las Escrituras enseñan que el hombre muerto está condenado a morir para siempre; que es incorregible y no puede ser restaurado, salvado, ni reconciliado. Está perdido y sin esperanza. Y en vez de hacerse gradualmente a sí mismo de nuevo, debe ser asesinado y enterrado. En vez de esperar algo bueno de él, debiera ser nuestra gloria morir a él y deshacernos de él.

Ni tampoco va el hombre *nuevo* de poder en poder. Él no está siendo rearmado poco a poco hasta que se pueda parar en sus propias piernas; pero desde que debemos vivir por siempre en la nueva criatura, debe ser un hombre real el que nazca en nosotros. Y como tal, él no puede crecer ni decrecer; sólo dormita en el germen y debe surgir.

Pero *mi persona*, que por fe está en Cristo, debe ir de poder en poder. Esa persona nació una vez en el hombre viejo y, por lo tanto, nació en trasgresión y pecado y es un niño colérico por naturaleza. Él nunca hubiera salido y escapado del hombre viejo por sí solo. Eso no lo podía hacer. Fue identificado con el hombre viejo tan completamente, que este último fue su propio ego. No tenía otra vida o existencia. Pero en la regeneración ocurrió un cambio. Por este acto divino nuestra persona se desprende del ego anterior, en el hombre viejo. La raíz fue mojada y por la acción constante de la tormenta y la gravedad, las partes dañadas fueron separadas más y más. Nuestra persona no se identifica más con el hombre viejo, sino que se opone a él. Aun cuando tenga éxito en incitarnos de nuevo al pecado, aun sucumbiendo, no hacemos lo que queremos sino aquello que odiamos. Sólo escuchen lo que San Pablo dice: “Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí” (Romanos vii. 19-20).

Por lo cual no se debe identificar al hijo de Dios con el hombre viejo después de la regeneración, porque esto se opone a la simple enseñanza de la Palabra. Él no es más el hombre viejo, sino que combate contra él. Como hijo de Dios llega a ser un hijo nuevo, no en parte, sino totalmente. “Las cosas viejas pasaron; todas las cosas son hechas nuevas^[2].” Esto, y nada menos, es causa de glorificación. Su persona es llevada de muerte a vida. Es trasladada del reino de la oscuridad al Reino del amado Hijo de Dios. Él está tan completamente identificado con el hombre nuevo que mientras está en este mundo, ya está sentado con Cristo en el cielo, de donde es su ciudadanía, y donde su vida está oculta con Cristo en Dios.

Si la palabra del salmista no se refiere al hombre *viejo* ni al *nuevo*, ¿a quién entonces se refiere? Las Escrituras contestan: a los *creyentes*, sus *personas*, sus *egos*, quienes, habiendo sido separados del hombre viejo y oponiéndose a él, se identifican con el nuevo. *Ellos* van deponer en poder. Es cierto que el uso de la palabra “ego” en ambos sentidos se presta para confusión; pero San Pablo hace lo mismo. Él dice “yo” y “no yo”: “Ya no soy yo quien vive, mas Cristo vive en mí” (Gálatas ii. 20). La misma persona que cayó en Adán y de Adán recibió al hombre viejo con quien por un tiempo se identificó, ahora está cambiado, trasladado y renacido con Cristo; de Cristo recibió un hombre nuevo y con ese hombre nuevo se empieza a identificar más y más. Por lo tanto, va de poder en poder.

Esta identificación de nuestra persona con el hombre nuevo, inmediatamente después de la regeneración, es todavía muy suave; mientras estemos tan completamente ligados al hombre viejo, con casi todas las fibras de nuestro ser, parece que él es aún nuestro mismo ser. Pero, por la operación del Espíritu Santo, gradualmente morimos al hombre viejo y al mismo tiempo el hombre nuevo es avivado en nosotros más y más.

Y dado que ambos, el hombre que muere y el gradual surgimiento del hombre nuevo son beneficiosos a nuestra persona, el Espíritu Santo testifica respecto a Su propia obra, que nosotros los hijos de Dios vamos de poder en poder, hasta que cada uno de nosotros en Sión aparezca frente a Dios. Se refiere no sólo a nuestro crecimiento hacia el *hombre nuevo* sino de igual forma a la liberación gradual del hombre viejo que muere. En ambos es la misma obra. Por consiguiente, ambos nos permiten *incrementar* nuestro poder.

Consideraremos primero el *morir* del hombre viejo en lo relativo a la santificación.

Este morir no tiene relación con nuestra *propia actividad* aludida en el ministerio del bautismo: “Que nosotros combatimos resueltamente y vencemos al pecado y al diablo y a todos sus dominios”; al contrario, se refiere a los frutos de la Cruz de Cristo. A la pregunta, ¿Qué ulterior beneficio recibimos del sacrificio y muerte de Jesús en la cruz?” la Iglesia Reformada responde: “Que en virtud de eso, nuestro viejo hombre es crucificado y enterrado con Él; de modo que las inclinaciones corruptas de la carne no pueden ejercer su reino en nosotros” (Catecismo de Heidelberg, Pregunta 43). Por consiguiente, la muerte del hombre viejo no es un fruto de *nuestra* labor; pues Cristo lo realizó en nosotros en virtud de Su Cruz a través del Espíritu Santo.

Con el fin de inculcar esto en nosotros, el Espíritu Santo desvía nuestros afectos personales, inclinaciones y disposiciones del hombre viejo a quien estaban hasta ahora fuertemente adheridos, de modo que ahora empezamos a odiarlo.

Es posible que la amistad muera. Pudimos haber sido íntimos con una persona de la cual después descubrimos que era de mal carácter. Entonces no sólo se rompe la amistad sino que nuestros afectos cesan. Lamentamos nuestra anterior intimidad y lo despreciamos aun más a medida que prueba ser más engañoso y malicioso. Y esto se aplica a nuestra relación con el hombre viejo. Anteriormente fuimos muy íntimos con él. Compartimos sus deseos, simpatías y sus afectos. Vivimos una vida con él. Nos sentimos ligados a él por las más tiernas ataduras. No podíamos estar contentos si no era en su compañía. Pero sobrevino un cambio. Adquirimos diferentes gustos. Nos relacionamos con otras y mejores personas, es decir, con el hombre nuevo en Cristo Jesús, y nos hacemos íntimos con él. Y este noble intercambio se nos descubre a través de la bajeza y corrupción del hombre viejo. Entonces cesa nuestro amor y empezamos cordialmente a odiarlo.

Es cierto que nuestra conexión anterior nos lleva a contactos con él frecuentemente. En tales ocasiones nos atrae por su astucia, pero *no por nuestro agrado*; y estando nuestra alma sólo medianamente dispuesta, protesta y tan pronto como cometemos el pecado, nos embarga el autodesprecio y la constricción.

Esta vuelta atrás en nuestros afectos no es nuestro trabajo, sino la operación del Espíritu Santo. No es que neguemos muchas veces que Él nos use como instrumento o nos incite a esforzarnos, sino que el cambio de nuestras inclinaciones no es nuestro trabajo sino la directa operación de Dios el Espíritu Santo.

Cómo se lleva a cabo, lo podemos entender sólo parcialmente. Esencialmente es un misterio, tanto como lo es la regeneración. Siendo Dios el Espíritu Santo, tiene acceso a nuestro corazón; Él descubre nuestra personalidad, la naturaleza de nuestros afectos y en qué forma su accionar se puede revertir. Pero nuestra inhabilidad para desentrañar este misterio no afecta en lo absoluto nuestra fe en este asunto.

Ya que la muerte del hombre viejo no se hace efectiva por nuestras buenas obras, sino por la implantación de una disposición y una inclinación repugnante al hombre viejo, nuestro propio trabajo queda enteramente fuera de cuestión; por que nuestro propio corazón es inaccesible a nosotros. No tenemos poder sobre nuestro ser interno; carecemos de los medios para crear otra inclinación y cuando negamos esto nos decepcionamos a nosotros mismos. Sólo Dios el Creador puede hacer esto y, al hacerlo, Él es *irresistible*. El odio contra el hombre viejo, una vez que entra en el alma, es un poder que simplemente nos sobrepasa. Aun cuando seamos atraídos por él, no podemos hacer nada más que odiarlo.

El séptimo capítulo de Romanos es muy instructivo al respecto. San Pablo dice: “Me deleito en la ley de Dios en el hombre interno” (Romanos vii. 22), es decir, desde mis sentimientos internos. Hay, por supuesto, otra ley en sus miembros, que lo hace cautivo a la ley del pecado; pero no tiene el menor amor o simpatía por tal ley, y por la *ley de su mente* él se resguarda contra eso.

Cualquier otra representación contradice este testimonio positivo, expresado por boca del más excelente de los apóstoles, bajo el sello del Espíritu Santo. Aquel que cree, abraza al Hijo y no puede más que recibir impresiones y ser movido por influencias que causan que sus afectos e inclinaciones sean cambiados radicalmente. Un creyente está internamente labrado. Todos sus tratos anteriores con el hombre viejo—orgullo, dureza de corazón, desencanto y sed de venganza—ahora lo llenan de horror; aquello que para él era anteriormente el orgullo de vida y la lujuria de sus ojos, ahora es aflicción del espíritu, ya que ahora se da cuenta cuán vergonzoso y abominable es.

De modo que muere gradualmente al hombre viejo, hasta que, a la hora de muerte, es entregado completamente. Y el hijo de Dios permanece como el cavador de tumbas del hombre viejo, hasta la hora de su propia partida.

Sin embargo, él muere a él tan completamente que al final pierde toda confianza en él, completamente convencido que es, sin excusa, un abominable desdichado, un réprobo y un impostor, capaz de todo mal. Y cuando ocasionalmente él consiente el orgullo y las prácticas del hombre viejo, con desdeñoso júbilo, no es para jactarse de su propio trabajo o el de sus seguidores, sino sólo por glorificar la bondadosa obra de su Dios.

XIII. La Obra de Dios en Nuestra Obra

“Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo.”—1 Tesalonicenses v. 23.

La diferencia entre *santificación* y *buenas obras* debe entenderse correctamente.

Muchos confunden ambos, y creen que la santificación significa llevar una vida honorable y virtuosa; y, ya que esto equivale a buenas obras, la santificación sin la cual ningún hombre verá a Dios, es llevado a consistir en el esfuerzo decidido y diligente por hacer buenas obras. Pero este razonamiento es falso. No se debe confundir la uva con el vino, el rayo con el trueno, el nacimiento con la concepción, como tampoco la santificación con las buenas obras. La santificación es la semilla de donde brotará la brizna y la espiga llena de buenas obras; pero esto no identifica a la semilla con la brizna. La primera yace en el suelo y por sus fibras se afirma al surco *internamente*. La espiga brota del suelo *externamente* y se hace visible. De igual manera, la santificación es la implantación del germen de la disposición e inclinación que producirá la flor y el fruto de una buena obra.

La santificación es la obra de Dios en nosotros, mediante la cual Él imparte a nuestros miembros una disposición santa, llenándonos internamente de gozo en Su ley y de repugnancia al pecado. Pero las buenas obras son actos del hombre que surgen de esta santa

disposición. Por consiguiente, la santificación es la fuente de todas las buenas obras, la lámpara que brillará con su luz, el capital del cual vendrán los intereses.

Permítanos repetirlo: la “santificación” es una obra de Dios; “las buenas obras” son de los hombres. La “santificación” trabaja internamente; “las buenas obras” son externas. La “santificación” imparte algo al hombre; las buenas obras sacan algo de él. La “santificación” fuerza la raíz en el terreno; hacer “buenas obras” fuerza al fruto a salir del árbol frutal. Confundir estas dos hace que la gente se extravíe.

Los pietistas dicen: “la santificación es el trabajo del hombre; no se puede insistir con suficiente énfasis. Es nuestro mejor esfuerzo de ser devotos.” Y los místicos sostienen: “no podemos hacer buenas obras porque no podemos perseverar en ellas, pues el hombre es incapaz; sólo Dios la obra en él e independientemente de él.”

Por supuesto, ambos están igualmente equivocados y son antibíblicos. El primero, al reducir la santificación a buenas obras, lo saca de la mano de Dios y lo coloca sobre el hombre, quien nunca lo podrá realizar; y el último, en hacer que las buenas obras tomen el lugar de la santificación, liberando al hombre de la tarea impuesta a él y afirmando que Dios la realizará. Hay que oponerse a ambos errores.

Tanto la santificación como las buenas obras deben recibir reconocimiento de los ministros de la Palabra, y a través de ellos el pueblo de Dios debe entender que la santificación es un *acto de Dios*, que Él realiza en el hombre; y que Dios ha dado instrucción al hombre para realizar buenas obras para la gloria de Su nombre. Y esto tendrá dos efectos: (1) el pueblo de Dios deberá reconocer su completa inhabilidad para recibir la santa disposición de otra forma que no sea como un regalo gratis de la gracia, y luego orará fervientemente pidiendo esta gracia; (2) orarán para que Su elegido, en quien esta obra ya ha sido labrada, pueda mostrarse aprobado por la Obra glorificadora de Dios: “[escogidos en Cristo Jesús] para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él” (Efesios i. 4).

Aun cuando esta distinción es muy clara, dos cosas pueden causar confusión:

Primero, el hecho que la santidad pueda atribuirse a las mismas buenas obras.

Uno puede ser santo, pero también hacer obras santas. La Confesión habla de “las muchas obras santas que Cristo ha hecho por nosotros en nuestro provecho” (art. 22). Por consiguiente, la santidad puede ser *externa e interna*.

El siguiente pasaje se refiere, no a la *santificación* sino a las *buenas obras*: “Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¿cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir!” (2 Pedro iii. 11). “Así como aquel que os llamo es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir” (1 Pedro i. 15). “Que siendo nosotros liberados de las manos de nuestros enemigos, podamos servirlo a Él sin temor en santidad y justicia todos los días de nuestra vida” (Lucas i. 75).

Encontramos que la palabra “santo” se usa tanto *en nuestra disposición interna* como en *sus resultados, nuestra vida externa*. Se puede decir de la fuente así como del agua que contienen fierro; del árbol así como del fruto, que son buenos; de la vela así como de la luz, que es brillante. Y, dado que la santidad puede ser atribuida tanto a la disposición interna como a la vida externa, la santificación puede entenderse refiriéndose a la santificación de nuestra vida. Esto puede llevar al supuesto que una vida externa sin tacha, es la misma cosa que la santificación. Y si esto fuera así, entonces la santificación no es más que una tarea impuesta, no un regalo impartido. Debe, por consiguiente, hacerse notar cuidadosamente que la santificación de la mente, afectos, y disposiciones no son nuestro trabajo sino el trabajo de Dios; y que la vida santa que surge de ella es nuestra.

Segundo: la otra causa de confusión son los numerosos pasajes de las Escrituras que exhortan y nos animan a santificar, a purificar y a perfeccionar nuestra vida, sí, aun “a perfeccionar nuestra santidad” (2 Corintios vii. 1); a “rendirnos como sirvientes a la santidad” (Romanos vi. 19); y de ser “irreprochables en santidad” (1 Tesalonicenses iii. 13), etc.

Y no debiéramos debilitar estos pasajes como lo hacen los místicos; quienes dicen que estos textos no quieren decir que debamos rendir nuestros miembros, sino que Dios mismo tomará especial cuidado para que ellos mismos sean rendidos. Estos son trucos que llevan al hombre a trivializar la Palabra. Es un abuso de las Escrituras, con el fin de introducir nuestras propias teorías bajo el alero de la autoridad divina. El predicador que por temor de imponer responsabilidades sobre los hombres se abstiene de la exhortación y dobla el borde de los mandamientos divinos para representarlos como promesas, asume una fuerte responsabilidad sobre sí mismo.

Porque, aun cuando sabemos que ningún hombre ha realizado nunca una sola buena obra sin Dios, quien labra en él tanto la voluntad como el hacer; aun cuando de corazón estamos de acuerdo con la confesión “que estamos en deuda con Dios por nuestras buenas obras y no Dios a nosotros” (art. 24); y nos regocijamos con el santo apóstol en el hecho “que Dios ha preparado las buenas obras para que andemos en ellas” (Efesios ii. 19); aun así, esto no nos absuelve del deber de exhortar a los hermanos.

Es verdad que Dios se complace en usar al hombre como instrumento y por el estímulo de su propia habilidad y responsabilidad para incitarlo a *la actividad*. Un hombre de la infantería en el campo de batalla está completamente consciente de cuánto depende del buen servicio de su caballo y también de que el animal no puede correr sino es porque Dios se lo permite. Siendo un hombre creyente, el reza antes de montar para que Dios permita que su caballo lo lleve a la victoria. Pero una vez montado usa toda su fuerza, con la espuela, rienda y voz para hacer que el caballo haga lo que debe hacer. Y lo mismo es verdad con la santificación. Salvo que la respiración del Señor sople a través del jardín de su alma, ni una hoja se agitará. El Señor realiza solo el trabajo de principio a fin. Pero Él lo realiza parcialmente con ayuda de los medios; y el instrumento elegido muchas veces es el *hombre mismo*, quien coopera con Dios. Y las Escrituras se refieren a esta instrumentalidad humana cuando, en conexión con la santificación, nos conmina a realizar buenas obras.

Tal como en la naturaleza Dios da a la semilla las fuerzas de la tierra y la lluvia y el sol para madurar el fruto de la tierra, mientras que al mismo tiempo usa al labrador para perfeccionar su trabajo, así lo es también en la santificación: Dios hace que trabaje efectivamente, pero Él emplea el instrumento humano para cooperar con Él, tal como el serrucho trabaja en conjunto con aquel que lo sujeta.

Sin embargo, esto no puede entenderse como si en la santificación Dios se hiciera absolutamente dependiente del instrumento humano. Esto es imposible; por naturaleza el hombre puede estropear la santificación, pero nunca más allá. Por naturaleza la odia y se opone a ella. Más aun, es absolutamente incapaz de producir desde su naturaleza corrupta, cualquier cosa para su crecimiento en la santificación. No se debe abusar, por consiguiente, de su cooperación instrumental ya sea por adscribir al hombre un poder para el bien o para oscurecer el trabajo de Dios.

Es necesaria una discriminación cuidadosa. Aquel que implanta la disposición santa es el Señor. El ejercicio combinado de todos estos instrumentos no puede implantar una sola característica de la mente santa, no más que todas las herramientas del carpintero juntas pueden dibujar el molde de un panal. El artista pinta sobre la tela; pero con todas sus exenciones, su paleta, brochas y cajas de pintura, no podrían dibujar ni una sola figura. El escultor moldea la imagen; pero por sí solos, el cincel, el mazo, y el escaño no pueden sacarle una sola esquirla al áspero mármol. Grabar los rasgos de la santidad en el pecador es un trabajo indescriptiblemente divino, en el sentido artístico más elevado. Y el Artista que lo ejecuta es el Señor, al quien San Pablo llama Artista y Arquitecto de la Ciudad que tiene cimientos. El hecho que el Señor se alegre en usar instrumentos para algunas partes del trabajo no le confiere a ellos ningún valor, mucho menos una habilidad para realizar cualquier cosa por sí mismos sin el Artista. Él es el único Obrero.

Pero como Artista, Él usa tres diferentes instrumentos, a saber, *la Palabra, Sus providencias, y la persona regenerada en sí misma*.

1. La Palabra es una fuerza poderosa en la Iglesia que penetra aun lo que separa las uniones y la médula, y que como tal, es un instrumento divinamente asignado para

crear impresiones en un hombre; y estas impresiones son los medios por los cuales la santa inclinación se implanta en su corazón.

2. *Las experiencias de vida* también hacen impresiones en nosotros más o menos duraderas, y esto lo usa Dios también para crear una santa disposición.
3. El tercer instrumento se refiere al efecto del *hábito*. Los actos pecaminosos repetitivos hacen audaz al pecador y crea hábitos pecaminosos; de esta forma él coopera haciéndose un pecador aun mayor. En un sentido similar, los santos cooperan con su propia salvación permitiendo que la santa disposición se irradie en buenas obras. El acto frecuente de hacer el bien crea el hábito. El hábito gradualmente se convierte en su segunda naturaleza. Y es esta poderosa influencia del hábito, la que usa Dios para enseñarnos la santidad. De esta forma Dios puede hacer de un santo el instrumento para la santificación de otro.

Un arquitecto construye un palacio que lo hace famoso como artista. Es cierto que el constructor-contratista, es una persona importante en su lugar, pues es quien erige la estructura, pero su nombre raramente se menciona. Es al arquitecto para quien se reservan todos los elogios. En la santificación no es la Palabra por sí sola la que es efectiva, sino la Palabra manejada por el *Santo Espíritu*. Ni tampoco lo es la experiencia de vida por sí sola, sino la experiencia empleada por el *Santo Artista*. Tampoco lo es la persona regenerada quien sirve como maestro de obras, sino el glorioso Dios Trino, en cuyo servicio él trabaja.

XIV. La Persona Santificada

“En él también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha a mano, al echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal, en la circuncisión de Cristo.”—Colosenses ii. 11.

La santificación abarca a todo el hombre, cuerpo y alma, con todas sus partes, miembros y funciones que le pertenecen a cada uno respectivamente. Abarca su *persona* y todo lo de su persona. Es por esto que la santificación progresa desde la hora de la regeneración a través de la vida y sólo puede completarse y a través de la muerte.

San Pablo ora por la iglesia de Tesalónica: “Que el mismo Dios de paz os santifique por completo; y que todo vuestro ser—espíritu, alma u cuerpo—sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo” (1 Tesalonicenses v. 23). La santificación es esencialmente una obra de una sola pieza, simplemente porque nuestra persona no es un ensamble de piezas, sino *una* orgánicamente en todas sus partes.

La santidad del pecador o impiedad abarca todo su ser. Es un pecador no sólo en su cuerpo, sino en su alma y sobre todo en su alma; no sólo porque su voluntad es impía, sino también porque su entendimiento es impío, y aun más. La memoria, la imaginación y todo lo que le pertenece como hombre está radicalmente deshonorado, profanado y corrompido. Él yace en medio de su muerte. Aun como niño pequeño, cada parte está afectada. Sin el menor esfuerzo él aprende una canción de la calle, mientras que le parece imposible cantar una estrofa de un salmo.

Si la santificación hace referencia a la mancha heredada, así como la justificación a la culpa heredada, se desprende que la santificación debe extenderse tan lejos como la mancha heredada. Si toda la persona está cubierta por el veneno de la mancha, la santificación lo debe cubrir con mayor abundancia aun.

El pecado es disturbio, trastorno, discordia y lugar de lucha en el hogar y en el corazón, y no es superado completamente hasta que sea reemplazada por la santa paz. Esta es la razón por la cual San Pablo llama al Dios de la santificación Dios de paz; y por eso él ora por la iglesia para que el Dios de paz los santifique a ellos *completamente*, o literalmente, “*hasta el fin completo*,” de modo que el fin de la santificación se pueda lograr perfectamente en ellos.^[3] Sin embargo, el punto de partida de esta gracia yace no en el cuerpo, sino en el alma. El pecado empezó en el alma, no en el cuerpo; por consiguiente, la mortificación del pecado debe empezar también en el alma.

Se dirige, antes que nada, a *la conciencia* y a sus facultades de cognición, contemplación, reflexión y juicio. La santificación procede, no desde la voluntad, sino desde la conciencia. La santificación es hacerse conforme a la voluntad de Dios, y esto requiere que *en primer lugar* Su buena, perfecta y aceptable voluntad se convierta en una realidad viviente a la conciencia y convicción. Las cosas de las cuales uno es ignorante no le afectan, pero la ignorancia de la voluntad divina es pecado y esto debe ser superado antes que todo.

Pero, ¿cómo? ¿Aprendiendo de memoria? ¿Aprendiendo el Catecismo? Por ningún motivo. La santificación de la conciencia consiste en la acción de Dios que escribe su ley en nuestros corazones. Verdadero, hay aún unos pocos trazos de dicha ley escritas en el corazón del pecador, como escribe el apóstol, que los gentiles que están sin ley tienen una ley en sí mismos; pero esto es a lo más la fermentación de un principio mayor en la persona pecadora que no se puede sostener por sí sola. Los nihilistas y comunistas de hoy día muestran hasta qué punto el corazón puede perder el sentido de los principios de rectitud y justicia. Pero cuando las Escrituras prometen que el Señor escribirá la ley en sus corazones, y que no enseñará más el hombre a su vecino, diciendo “Conoce al Señor” porque todos le conocerán, desde el menor al mayor de ellos (Hebreos viii. 11), esto nos ofrece algo enteramente diferente y mucho más glorioso. Y esto se logra, no por estudio externo, sino por la aprehensión interna; no por un ejercicio de la memoria, sino por la renovación de la mente, como escribe San Pablo: “No sean conformados a este mundo, sino que sean transformados por la renovación de su mente, de modo que puedan probar lo que es la buena, aceptable y perfecta voluntad de Dios.” Ezequiel profetiza de esta renovación de la mente cuando el dice: “Os daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros” (Ezequiel xxxvi. 26).

La instrucción previamente recibida puede usarse como medio para ese fin; pero la instrucción que el espíritu humano recibe en la santificación no es humana sino divina. Por consiguiente, se dice: “Ellos son enseñados por el Señor” (Isaías liv. 13). “Así que, todo aquel que oyó al Padre, y aprendió de él, viene a mí” (Juan vi. 45). “Pondré mi ley en su mente y la escribiré en su corazón” (Jeremías xxxi. 33).

Ya que los libros de Moisés enfatizan el hecho de que las tablas de la ley fueron escritas, no por Moisés ni por Aholiab ni por Bezaleel, sino directamente por el dedo de Dios, se desprende por la naturaleza del caso que las Escrituras intentan presentar este escrito sobre las tablas del corazón, no como un trabajo del hombre, sino como la obra directa de Dios. La santificación de la conciencia humana es labrada en nosotros por Dios, de una manera divina, insondable e irrefragable; pero no independientemente de la Palabra, porque la Palabra en sí es divina y la predicación de la Palabra está divinamente ordenada e instituida. Pero, ya que la Palabra y la predicación sólo pueden presentar la materia a la conciencia, es el Espíritu Santo quien hace que el corazón la entienda, la declare a la conciencia, trabaje la convicción, y motive a la conciencia a aprobarla, permitiendo así que sienta la presión que procede de aquello que está escrito en el corazón.

Por consiguiente, la santificación de la conciencia consiste, no sólo en recibir nuevo conocimiento y ser impresionado con conceptos avivados, sino también en tener la razón calificada para ejercitar *funciones* completamente diferentes. Porque el hombre natural no entiende las cosas del Espíritu de Dios, pero el hombre espiritual, es decir, aquel cuya conciencia es regenerada, santificada e iluminada, *discierne* todas las cosas, porque tal hombre, como dice San Pablo, tiene la mente de Cristo.

Sin embargo, la santificación de nuestra conciencia no completa la santificación en nuestra persona. Al contrario, aunque la voluntad es absolutamente dependiente de la conciencia, aun la voluntad misma es corrompida por el pecado. No pierde su operación funcional, pero al igual que en el pecador, el juicio todavía juzga y la emoción todavía siente, de igual forma la voluntad todavía es capaz de ejercerla, pero pierde su habilidad de extenderse en todas direcciones y nos sucede la calamidad de no poder por naturaleza hacer lo que Dios quiere. Y esa rigidez y dureza, la cual impide que la voluntad actúe libremente en este aspecto, debe ser removida. Las Escrituras llaman a esto: a quitar el corazón de piedra y darle un corazón de carne, que no sea más duro e insensible.

Donde el pecado ha amarrado a la voluntad inclinándola al mal, privándola de poder doblegarse en la dirección opuesta, es decir, hacia Dios, el bondadoso regalo de la santificación nos viene a aliviar de esta tendencia hacia el infierno y a darnos fuerza para inclinarnos hacia Dios.

Formalmente nuestro conocimiento y convicción de la obligatoriedad de las cosas no prevalece; porque deja a nuestra voluntad sin poder, como una rueda encadenada que es incapaz de girar en la dirección correcta. Pero la conciencia no sólo tenía una mejor idea, una visión interna más clara sobre la obligatoriedad de las cosas y nosotros asentimos a ella, sino que el deseo también estaba inclinado por propia voluntad a elegir lo bueno; y entonces la hora de Dios ha llegado a su fin, a logrado su propósito y ha cambiado al hombre por completo.

Y así el hombre recobra también el control sobre sus pasiones. Cada hombre tiene pasiones y propensiones que el pecado ha hecho indisciplinados, e incontrolables. De hecho, el hombre es su juguete; ellos pueden usarlo como les plazca. Es verdad que el inconverso a veces logra doblegar e imponer un bozal a una pasión, pero siempre para volverse esclavo sin esperanza de otros. La disipación se conquista sólo por la excitación de la avaricia, la sensualidad por el aprecio interno del orgullo, la rabia por acunar la sed de venganza. Se saca a Kamosh sólo para darle lugar a Moloc; el viento norte es reprendido sólo para ser seguido por una ráfaga del oeste.

Pero las pasiones del santo se controlan de forma distinta. La santificación les da otra dirección. Él siente su látigo y espuela, pero son para él la vivencia de un poder externo. Por lo cual San Pablo declara que ya no es él quien lo hace sino el pecado que mora en él (Romanos vii. 17-20). Y ninguna pasión puede sobrepasarlo que con el poder de Dios él no pueda dominar y controlar.

La santificación incluye al cuerpo, *en segundo lugar*. Tanto el pecado como la santidad afectan al cuerpo, no como si fueran el asiento del pecado, lo cual es una herejía maniquea, sino en el sentido en el cual las Escrituras desapruaban el acto de tocar un cadáver. El cuerpo es un instrumento del alma; por consiguiente, los miembros se pueden usar para propósitos santos o impíos y ofrecer su cooperación o resistencia a tales propósitos. ¿Quién no sabe que un exceso de sangre inflama al feo temperamento y excita a la rabia; que los nervios irritables lo hacen a uno impaciente; y que una gran energía muscular tienta hacia la imprudencia y temeridad? Muchas son las conexiones entre el cuerpo y el alma. Puesto que el Espíritu Santo somete a los miembros corporales al reinado de la nueva vida, la santificación por supuesto que afecta la vida del cuerpo. Esto surge del hecho que el cuerpo sea llamado el templo del Espíritu Santo. San Pablo dice: "en el cual sois despojados de vuestra naturaleza pecaminosa" (Colosenses ii. 11); y nuevamente: "No reine, pues, el pecado de vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus apetitos" (Romanos vi. 12).

Por consiguiente, el hombre viejo es así de malo y se convierte en algo peor. Pero al mismo tiempo hay un debilitamiento gradual—y así mueren sus malignas lujurias; mientras que el hombre nuevo continúa no sólo intacto y santo, sino que gradualmente nos domina y nos permite presentar nuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios, el cual es nuestro servicio racional (Romanos xii. 1).

Todo esto es forjado por el Espíritu Santo que habita en nuestros corazones, el Consolador, Guía y Maestro de los desolados. Cristo está lejos de nosotros, en el cielo sentado a la diestra de Dios. Pero el Espíritu Santo es derramado. Él habita en la Iglesia en la tierra. Él nos sostiene como nuestro Consolador.

Por consiguiente, no debemos imaginarnos que estamos completamente equipados, una nave bien aprovisionada, que bajo propio riesgo y sin un piloto, prontamente nos lleva al refugio de descanso; porque sin viento y marea no podemos mover nuestra barcaza en absoluto. El corazón del santo es una Betel; cuando él se despierta de los benditos sueños, se sorprende al encontrar que Dios está en ese lugar y que él no lo sabía. Cuando somos llamados a hablar, actuar o pelear, lo hacemos como si lo estuviéramos haciendo por nosotros mismos, sin percibir que es Otro el que obra en nosotros nuestra voluntad y en el hacer. Pero tan pronto como terminamos la tarea exitosamente y agradablemente a la voluntad de Dios, como hombres de fe, nos postramos delante de Él y decimos: "Señor, el trabajo fue todo tuyo."

Y esto va en contra del hombre viejo. Antes que la obra sea llevada a cabo, está temeroso e impaciente, pero tan pronto como termina se llena de vanagloria, y el incienso del orgullo humano es dulce a su olfato. Pero el hijo de Dios trabaja en la simplicidad y espontáneamente, trae el sacrificio de su trabajo esperanza contra esperanza, con todo el ejercicio del talento que Dios le dio. Pero habiendo terminado el trabajo, él duda como pudo llevarlo a cabo, y se da cuenta que la única solución, de hecho, es que hay Uno que poderosamente lo forjó en él y a través del él.

XV. Buenas Obras

“Pues somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas.”—Efesios ii. 20.

Las *buenas obras* son el fruto maduro del árbol que Dios plantó en *la santificación*.

En el santo hay vida; de esa vida provienen las obras; y esas obras pueden ser buenas o malas. Por consiguiente, las buenas obras no se adicionan a la santificación para mero efecto, sino que le pertenecen a ella. La discusión de la santificación no se completa sin discutir las Buenas Obras.

Sea lo que sea el hombre, las obras siempre proceden de él, y ya que las obras no pueden ser neutrales, sino que se conforman o no se conforman a la ley divina, se desprende que toda obra del hombre puede ser buena o mala, pecados de hecho (*Peccata actualia*) o buenas obras. De hecho, toda vida tiene su propia energía. Sin ella no hay vida. Hablando sin equívoco, la vida en el santo no proviene de la *santificación*, sino que la santificación facilita su tono, color y carácter.

En un jardín, donde todas las condiciones son iguales y existe el mismo suelo, el mismo fertilizante, etc., se plantan distintos árboles frutales. Evidentemente, el trabajo que hace que los árboles crezcan proviene del suelo; porque si se plantaran en el desierto, no crecerían. Pero lo que hace que un árbol produzca duraznos y otro produzca uvas, no está en el suelo, sino en el árbol. Por ello, debemos distinguir el trabajo mismo de la sombra, del tono, del carácter, de la propiedad peculiar que asume el trabajo. El viento que produce la más dulce música del arpa eólica al soplar a través del vidrio quebrado del panel, produce sonidos lúgubres. Es una misma operación, pero con diferentes efectos. En la pradera, cerca al tierno trébol, crece el ponzoñoso tártago. Sin embargo, ambos levantan sus pequeñas cabezas del mismo suelo y beben del mismo aire, luz y lluvia. Aun cuando la energía vital es la misma, la diferencia en las semillas causa diferencia en las plantas y efectos opuestos.

Lo mismo se aplica al jardín del alma, donde la vida humana está en plena actividad. Pero esa misma vida humana produce un acto abyecto hoy día y un acto heroico mañana. No hay más que un trabajo, pero varían los colores, puede ser blanco o negro, oscuro o claro.

Y encontramos que, en el jardín del alma, todo crecimiento *espontáneo* es un crecimiento de *malezas*; mientras que la semilla que Dios ha plantado produce precioso *fruto*. Los efectos de la santificación son evidentes. Provoca que fluya agua dulce de fuentes salobres. Le facilita a cada operación su propia cualidad y propiedad, y le da una dirección que trabaja para el bien. Y así las buenas obras proceden del hombre perdido en sí mismo.

Por supuesto, en la raíz, este trabajo aparentemente idéntico tiene *dos caras*. Una surge de la naturaleza vieja, la otra de la nueva; una de lo natural, la otra de lo sobrenatural. Pero, ya que tal distinción fue discutida ampliamente en el capítulo sobre la Regeneración, lo trataremos ahora simplemente desde *la unidad de la persona*.

Aun cuando nosotros coincidimos de corazón con la Confesión, “Que una persona regenerada tiene en sí ambas expresiones de vida: una *temporal y corpórea*, aquella con la que viene desde su primer nacimiento y que es común a todos los hombres; la otra *espiritual y celestial*, aquella que le es dada en el segundo nacimiento y que es particular a los elegidos de Dios” (Art. 35); sin embargo, esto no afecta la unidad de la persona, ni altera el hecho que las operaciones de la vieja como la nueva vida son *mis* operaciones. Si divido mi persona y tomo la natural y la sobrenatural, cada una por separado, entonces no hay santificación alguna; porque la vida corrupta de mi vieja naturaleza no es santificada sino crucificada, muerta y enterrada, y mi vida celestial, espiritual y regenerada, no puede ser santificada, ya que nunca fue

pecaminosa ni podrá serlo nunca. Por consiguiente, en la santificación debemos considerar la vida desde un punto de vista de *la unidad e indivisibilidad* de la persona. El hombre que se ha casado primero a la naturaleza corrupta y ahora se halla casado al hombre nuevo, era entonces malvado y ahora se ha vuelto bueno; por lo cual su vida debe recibir el deseo divino, inclinación y disposición. Y sólo entonces le será posible producir buenas obras. Una obra es *buena* cuando se ajusta a la ley divina.

1. El *primer punto* es que sólo Dios tiene el derecho de determinar lo que es bueno y lo que es malo.

El hombre también puede adquirir este discernimiento, pero sólo siendo enseñado por Dios. Pero tan pronto como presume poder determinar por sí mismo las diferencias entre bien y mal, él viola la majestad divina y el inalienable derecho de Dios de ser Dios. Ni *un* solo hombre ni *muchos* hombres, ni todos los hombres y ángeles juntos pueden hacer esto. No les pertenece. Es la prerrogativa eterna del Dios Todopoderoso, Creador del cielo y la tierra. Sólo Él determina lo bueno y lo malo para cada criatura por todo tiempo y eternidad.

Aquello que Él demanda de cada vida será la ley de esa vida, de todo lo que le pertenece, y bajo todas las circunstancias; una ley en la cual todas las ordenanzas divinas están comprendidas. Su ley, cuyos principios están brevemente comprendidos en los Diez Mandamientos, crece de estos diez troncos, en ramas y ramillas frondosas y densas, conformando en su totalidad un inmensurable techo de hojas que cubre de sombra a la familia humana entera, en todas sus variedades.

Por consiguiente, no hay la más remota oportunidad aquí para transar. La voluntad y ley de Dios son absolutas; gobiernan sobre todo; son vinculantes en todo dominio, y no pueden ser revocadas nunca. Y donde en el delicado trabajo de un reloj se permite una variación de milésimas de milímetro en una ruedecilla en la ley divina, tal juego es inconcebible. La ley de Dios no permite siquiera la desviación del grosor de un cabello, ni una infinitesimal parte de ella.

Por consiguiente, una buena obra no significa solamente una mera obra *no maligna*; ni una obra que contenga algo de bien, o simplemente pasable, o una obra cuya buena intención es evidente. Pero una buena obra no es nada más ni nada menos que una *buena obra*. Y no es buena a menos que sea absolutamente buena, es decir, en todas sus partes igualmente conforme a la voluntad y ley divina. Un durazno no es mitad pera o mitad uva sino un durazno completamente; así, una buena obra no es meramente pasable, parcialmente bien intencionada, sino absolutamente conforme a lo que Dios ha determinado que sea bueno en consideración a la obra.

Se ve rápidamente que, a menos que la santificación sea adaptable para permitir que el hombre realice tal obra, él nunca podría concretarlo. Tal como es un hábito peculiar del árbol duraznero, a través de su vida ascendente, el darle a la fruta el sabor de un durazno y a la parra vinífera el dar a su fruto el sabor de una uva, así es de peculiar, en principio, la cualidad del alma santificada para impartir a su fruto el sabor de *la ley*. La santificación no sólo inspira al alma con el deseo de algo superior, sino que le imparte tal disposición, tono, sombra, sabor y carácter para que se rinda a la ley divina. Y la ley le da su impronta al alma. La aspiración del alma no es más un ideal vago, sino que tiene un positivo placer, deseo y amor, por todos los mandamientos de Dios. Y ya que la santificación graba la ley en el alma, es posible que la obra que le sigue sea conforme a la ley.

Decimos "posible," porque de su propia y triste experiencia, el hijo de Dios sabe que es posible ser *de otra forma*, y que muchos veranos van y vienen sin cosechar de sus ramas ningún beneficio visible para la gloria de Dios.

2. Esto nos trae al *segundo punto*. *Una buena obra debe serlo por fe*.

La santificación en sí misma no es por fe. No tiene nada que ver con la fe. Es labrada por Dios mismo. ¿Qué puede lograr la fe, entonces, en este aspecto?

Pero es diferente en relación a las *buenas obras*; porque ellas deben ser nuestras buenas obras. El hombre es y debe ser pasivo en todos los otros aspectos, pero no en su *trabajo*. El trabajo es *el fin* de nuestra condición pasiva. Trabajar y ser pasivo son opuestos. Imaginar que el trabajo puede ser pasivo o activamente pasivo es como imaginar que un círculo es cuadrado, que la tinta es blanca, que el agua es seca. Por consiguiente, el Catecismo de Heidelberg correctamente pregunta: ¿Por qué debemos *nosotros* hacer todavía buenas obras?

Por lo tanto no puede haber buenas obras al menos que sean labradas por nosotros mismos. Y toda representación como si el hombre no realizara buenas obras, sino que el Santo Espíritu las realiza en él y en su lugar, es trastornar el Evangelio y despedazar las Escrituras. La obra de Cristo es indirecta; aquella del Espíritu Santo no lo es. Él obra *en* el hombre, *pero no en su lugar*. Y no obstante la extensión que pueda tener Su trabajo en nosotros, habiéndose labrado independientemente de nosotros, no puede ser nunca contado como propio nuestro. Cristo murió y resucitó de los muertos por nosotros, independientemente de nosotros. Pero el Espíritu Santo no puede sacar fruto del árbol si no es nuestro ego el que ejecuta el trabajo. Pero—y esto se debe enfatizar—nuestro ego no puede ejecutarlo si no es “el trabajo que es forjado en nosotros con poder.” La vida interior y superior no actúa como la savia en la vid, porque esta penetra en la vid *naturalmente*. Pero la obra de la vida santa es diferente. Aun cuando la santa disposición esté implantada, el hijo de Dios no produce ningún fruto bueno por sí solo. Aun cuando esté bien dotado y equipado, si se le deja solo, no produce nada, ni una sola buena obra por pequeña que sea.

El más hábil cortador de diamantes, aunque cuente con las mejores herramientas no puede moldear la más pequeña de las rosas en el diamante a menos que el propietario del establecimiento le dé el diamante, la fuerza motriz para utilizar sus herramientas y aun la luz sobre sus manos. De igual forma, es imposible para el más excelente entre los hijos de Dios, aun cuando su alma esté bien equipada, poder realizar obra alguna si no es el Propietario del establecimiento de arte sagrado el que le da el material, el poder y la luz. Por consiguiente, el contenido y la forma entera de toda buena obra, no son del hombre, sino del Espíritu Santo, de modo que cuando se termine, le debemos dar gracias a Dios y no Él a nosotros. En todo hombre que realiza una buena obra, Él trabaja tanto la voluntad como el hacer.

Pero cuando el Espíritu Santo ha provisto todo lo necesario, entonces falta todavía una cosa, a saber, que *el santo lo haga* y que haga suyo el trabajo. Y este es el magnífico acto de la fe. No hay ni una sola buena obra que Dios no haya preparado de antemano para que andemos en ella; y es por esto que no es forjada hasta que *andemos en ella*. El Señor le dijo a Ezequiel, “Yo haré que andes en mis estatutos” (Ezequiel xxxvi. 27); pero el Señor no provoca que vayamos hacia allá, hasta que realmente andamos en ellas. No seremos acarreados ni llevados sobre ruedas a ellos. Esto no tendría ningún valor delante de la Divina Majestad; no habría arte. Aun nosotros podemos llevar al inválido sobre ruedas, en su carruaje, pero el arte de hacerlo caminar, sí, incluso el de saltar como un ciervo, no es humano, sino digno de Dios solamente. Y no podemos permitir que esto sea quitado por un misticismo enfermizo y así robarle a Dios esta gloria.

Decir, como muchos hacen, que el Señor lleva a sus hijos imperceptiblemente a los buenos caminos, y que esto constituye sus buenas obras, es despreciar las cosas sagradas. Nadie debiera tocar el honor de nuestro Dios; y no debemos descansar hasta que la pura doctrina arda nuevamente en el candelabro: que el poder de Dios se manifieste en el hecho que Él causa que el tullido pueda *caminar, correr y saltar como un ciervo*. Y este es el acto de la fe, a saber, ese maravilloso acto del alma de lanzarse a sí mismo al abismo, sabiendo que caerá en los siempre presentes brazos de la misericordia, aun cuando sea completamente incapaz de verlo. La fe en este aspecto, es estar de acuerdo con la voluntad divina: de aceptar la buena obra que Dios ha preparado para nosotros como nuestra, de apropiarnos de lo que Dios nos da.

Un torpe estudiante tiene que dar un discurso ante una extraña audiencia. Es una tarea difícil y ni siquiera sabe cómo empezar. Todos los esfuerzos propios son inútiles. Entonces su padre lo llama y dice: “Si haces este pequeño discurso que he preparado y lo recitas sin omitir una palabra, será un éxito”. Y el niño obedece. No hay nada de él mismo—todo es obra de su

padre; él meramente cree que lo preparado para él por su padre es bueno. Y en esta confianza, enfrenta a la extraña audiencia, entrega la composición de su padre y tiene éxito. Sin embargo, el haber escrito el discurso no termina con el asunto, y no podría terminar hasta que el joven haya realizado su parte. Cuando Dios ha preparado la buena obra para nosotros, no la ha terminado hasta que hayamos hecho lo que Dios ha preparado para nosotros.

Llegando a casa, el joven no pide orgullosamente un premio, sino que con gratitud abraza a su padre por su amor y fidelidad. Habiendo obtenido el éxito, los hijos de Dios están profundamente agradecidos por la excelente ayuda de su Padre y reconocen que todo se lo deben a Él. Y Él está contento de darles un premio, no porque se lo merezcan, porque si fuera cuestión de merecer, ¡los hijos deberían darle todo al Padre! Pero es meramente una recompensa de amor para el apoyo futuro de su fe.

XVI. Negarse A Sí Mismo

“Si alguien quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame.”—Mateo xvi. 24.

Las buenas obras no son la santificación del santo, como tampoco las gotas de agua son la fuente, sino que brotan como gotas cristalinas de la fuente de la santificación. Son buenas, no cuando el santo intenta que sean buenas, sino cuando se ajustan a la ley divina y proceden de una fe verdadera. Sin embargo, la intención es de gran importancia; la Iglesia ha enseñado siempre que una obra no puede ser llamada buena a menos que esté dirigida a *la gloria de Dios*.

Este es un punto vital que debe animar y orientar el asunto completo: *sólo para la gloria de Dios*. Toda otra intención hace de la buena obra algo malvado. Aun el esfuerzo de hacer buenas obras es imposible sin el “Soli Deo Gloria.”

Esta es la razón por la cual tantos esfuerzos bien intencionados de la supuesta santificación se vuelven pecaminosos. Porque el hombre que se aplica esforzada y diligentemente a las buenas obras, sólo para lograr un estatus de mayor santidad y así hacerse una persona más santa, ha perdido su recompensa. Su finalidad no es Dios, sino él mismo; y ya que toda buena obra, hace humilde al hombre y la santificación real lleva a echar abajo el yo y a quitárselo, esta mal planeada santificación produce la auto-exaltación y el orgullo espiritual.

Pensar que por la auto-santificación se honra a Dios y se exalta Su gloria es una decepción personal. El honor divino y su majestad son tan sagrados y exaltados que Su gloria debe ser el objetivo directo en la mira. Trabajar por la propia santificación directamente, e indirectamente por Su honor, no es digno de Su santidad.

El fin y objetivo de todas las cosas debe ser del Señor Dios solamente. La justicia debe habitar en la tierra, no sólo para preservar el orden, sino para remover la iniquidad de la presencia del Señor. Se debe apoyar la causa misionera no sólo para conseguir almas convertidas, sino para convocar a las naciones a presentarse en Sión delante de Dios. La oración debe ofrecerse no sólo para obtener el bien que se otorga sin rezar, sino porque cada criatura debe tenderse, mañana y noche, sobre el polvo santo gritando, “¡Santo, santo, santo es el Señor!” haciendo que toda la tierra se llene de Su gloria. Y por tanto toda criatura *debe* hacer buenas obras y todos los niños de Dios *pueden* hacer buenas obras; no para que ellos se puedan hacer un poquito más santos, sino para que la gloria de la santidad pueda brillar en alabanza a nuestro Dios.

3. Este tercer punto, por lo tanto, no se debe omitir nunca. Cuando nuestro trabajo se hace de acuerdo a la ley y a la fe, pero no directamente para la gloria de Dios, esto no le complace a Él. No vale de nada, aun cuando el arco esté fuertemente doblado y la cuerda sea del mejor material, si es que la flecha puesta sobre la cuerda no se orienta en la dirección correcta. La doctrina de los Buenas Obras toca lo más delicado y sensible de nuestras emociones internas, a saber, *el negarse a uno mismo*.

Las mentes superficiales, pobres en gracia y santidad, hablan de la negación de sí mismos sólo ocasionalmente, y entonces sin entender su significado. Piensan que consiste en hacer espacio para otros, en argumentar menos, en renunciar al placer o en obtener ganancias para un propósito más alto, o en preocuparse por otros y no por ellos mismos. Ciertamente este es un

fruto precioso, deseable encarecidamente; y si se encontrara con mayor abundancia entre los hijos de Dios, debiéramos estar agradecidos por esto. Pero, desgraciadamente, hay tanta delgadez del alma aun en los más empeñosos, tanta mezquindad, ambición, rabia y confianza en la criatura, que toda manifestación de impulso más noble resulta de lo más refrescante. Pero la pregunta que tenemos ahora por delante es esta: si es que hacer espacio para otros, tanto auto-sacrificio, merece el nombre de *negarse de uno mismo*. Y la respuesta debe ser un muy enfático: ¡No! La auto-negación del santo no hace referencia al hombre sino a Dios, y por esta razón es superlativamente alta y sagrada, difícil y casi imposible.

Por supuesto que los hijos de Dios aman a su Padre Celestial, pero no con un amor inalterable. Su amor es muchas veces muy poco amoroso. Sin embargo, cuando la pregunta resuena a través de su alma “Simón, hijo de Jonás, ¿Me amas?” (Juan xxi. 15-17) y se siente tentado a reprocharse, diciendo “No, Señor,” entonces la respuesta surge como un rayo del fondo de su alma, contra toda contradicción: “Sí, Señor, Tú sabes que te quiero” (Juan xxi. 17). Por lo tanto, nada podría parecer más natural que encontrar gozo en negarse a sí mismo por amor a Dios. Y este es efectivamente el caso. Pasa sus momentos más felices en una sincera negación de sí mismo; porque entonces nunca está solo, sino que siempre con Jesús, a quien él sigue. Entonces él se da cuenta de la santidad y trascendencia gloriosa de la proclamación: “Si alguien quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame” (Mateo xvi. 24; Marcos viii. 34; Lucas ix. 23).

Pero mientras que la bienaventuranza de su auto-negación anterior está todavía fresca en su memoria, cuando sea llamado nuevamente a un acto de la misma naturaleza, él se escabulle y lo encuentra casi imposible. La negación de sí mismo se extiende tanto así. Su profundidad no se puede comprender. Cuando la plomada ha descendido todo el largo de la línea, todavía hay una enorme profundidad por debajo de modo que el fondo nunca se toca. Se refiere no a unas pocas cosas, sino a todas las cosas. Abarca su vida y existencia entera, con todo lo que hay en nosotros, alrededor de nosotros; nuestro entorno total, reputación, posesión, influencia y posesiones; incluye todas las amarras de la sangre y afectos que nos unen a nuestra mujer o esposa y niños, padres y hermanos, amigos y asociados; todo nuestro pasado, presente y futuro; todo nuestros regalos, talentos, y donaciones; todas las ramificaciones y extensiones de nuestra vida interna y externa; la rica vida de nuestra alma y las emociones más tiernas de nuestros impulsos santos; nuestros conflictos y nuestras luchas; nuestra fe, esperanza y amor —¡sí! nuestra herencia en el Hijo, nuestro lugar en la mansión celestial, y en la corona que el Juez Justo nos dará algún día; y como tal, en ese amplio o entero espectro de vida, debemos negarnos a nosotros mismos delante de Dios.

Somos, para usar una ilustración, en toda nuestra vida y existencia como un árbol frutal, enraizado ampliamente, completamente crecidos, plantados en suelo fértil, adornados con una corona de muchas ramas y un glorioso techo de hojas; y como ese árbol con raíces profundas y amplias en la tierra, y con ramas altas y amplias en el aire, estamos profundamente enraizados, poseyendo una existencia obtenida por medio del dinero, reputación, propiedad y descendencia, fe, esperanza, amor y las promesas de Dios. Y a ese árbol entero, a esa unidad completa, desde la más profunda raíz al más alto brote, el cual como nuestro ego, lleno de poder y majestad, se presenta ante nuestra consciencia y en nuestra vida; a todo esto el hacha debe caer; de todo esto, el alma que se niega a sí misma debe decir: “Dios lo es todo; yo no soy nada.”

Muchos dicen, “Esto es está bien y es claramente mi idea,” y lo dicen bastante a menudo; porque cuando estas muy difíciles y excelentes palabras pasan una y otra vez por los labios como meros sonidos huecos, dan un golpe disonante al alma esforzada y sensible. Pero cuando agarramos el pensamiento como un hecho presente, entonces encontramos que esta negación de nuestro ser y existencia entera está casi totalmente fuera de nuestra comprensión. Uno mismo (el ‘yo’) puede minimizarse a tal punto que pensamos realmente que se ha ido y negado, mientras que al mismo tiempo se queda de pie a nuestras espaldas, sonriendo con satánico regocijo. El ‘yo,’ grande e inflado, no es difícil de negar. De esta forma el inconverso se presenta ante de Dios, pero no el santo. Eso le ha sido quitado. Aquello no es más un impulso de su anhelo. Pero un ‘yo’ encogido, reducido, parcialmente desvestido, escondido detrás de emociones pías y un montón de buenas obras, es extremadamente peligroso. ¿Qué más hay para ser negado? No queda casi nada. No busca ya al mundo, ni su propia gloria; su

finalidad última es la gloria del Señor. Al menos, eso es lo que cree. Pero está equivocado. El 'yo' todavía está ahí. Es como un resorte comprimido por un tiempo, pero listo para rebotar con la fuerza acumulada. Y lo que fue llamado auto-negación, no es realmente nada más que *un cuidarse a sí mismo*. Y esto es lo peor de él, porque el 'yo' es peligrosamente astuto. El corazón del hombre es "engañoso más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?" Cuando estamos inclinados al pecado, el 'yo' deja su escondite y con todo su poder trabaja duro para hacernos pecar. Pero cuando el Espíritu Santo nos corteja y constriñe, librándonos del pecado, entonces, acurrucado en una esquina, se esconde, reclamándonos por el engaño que dejó de ser. Es entonces cuando, con evidente satisfacción, la ingenua piedad pregunta si es que la negación del yo no se ha completado.

Pero el verdadero santo se reconoce por esto: mientras que el ingenuo se satisface con estas artimañas espirituales, él no. Él descubre la artimaña. Entonces se reprocha a sí mismo. Saca al yo de su lugar de escondite. Reprende y maldice al ser maligno que siempre se interpone entre él y su Dios. Y con gruñidos suplica, "Todopoderoso, misericordioso y bondadoso Dios, ten piedad de mí."

La negación de uno mismo no es un acto externo, sino un acto hacia el interior de nuestro ser. Como el barco a vapor que se maneja por el timón, que es a su vez girado por medio de una rueda, hay también dentro de nosotros un timón, o como quiera que se le llame, que se manipula desde un mando, y a medida que giramos la embarcación completa, ya sea a babor o estribor, negamos nuestro yo o a Dios.

En un sentido más profundo, *siempre* negamos a uno o al otro. Cuando nos encontramos bien negamos al yo; en todos los otros casos negamos a *Dios*. Y el mando interno por el cual giramos toda la embarcación de nuestro ego es nuestra *intención*. El timón determina la dirección del barco; no sus aparejos y carga; no el carácter de la tripulación, sino su dirección, el destino del viaje, el puerto final; por consiguiente, cuando vemos que nuestra embarcación se aleja de Dios, giramos el timón en el otro sentido y lo obligamos a volverse hacia Dios. Note los aparejos y la carga. El primero puede ser magnífico: excelente talento, mente superior, un rico estado de gracia. La última puede ser preciosa: un tesoro de conocimiento, de poder moral, de amor consagrado, de conmovedora y adorable piedad. Y sin embargo, con esos excelentes aparejos y preciosa carga, podemos manejar nuestra embarcación lejos de Dios y apuntar a nosotros mismos. Sólo entonces hay *auto-negación*; cuando, sin importar los aparejos y el cargamento, el hombre hace que su embarcación se dirija directamente a la gloria de Dios.

La *intención* lo es todo. Y es esta misma intención la que nos puede engañar amargamente. El pequeño mando de nuestras intenciones es tan increíblemente sensible que un mero toque del dedo puede revertir su acción. Es por esto que estamos tan dispuestos a creer en la bondad y belleza de nuestras intenciones.

De ahí la necesidad de un profundo, correcto e íntimo conocimiento de sí mismo. ¿Y quién posee esto? Y ya por Su luz, el Espíritu Santo constantemente redefine y escarmienta nuestro conocimiento propio, ¿no es perfectamente natural que mientras hoy día nos imaginamos estar muy avanzados en la auto-negación, la próxima semana descubrimos cuán amargamente equivocados estábamos?

Para buscar y mirar nuestra mejor y eterna salvación, no en toda criatura sino en Dios; para usar los regalos espirituales y materiales, no para nosotros mismos sino para Su gloria; para apreciar todas las cosas perecibles como sin valor comparadas con lo eterno; no deseando ser nuestro propio dueño, sino sirvientes de Dios y ser parte de Su empresa; no para poseer más cosas preciosas, como el dinero o tesoros, o incluso nuestros propios niños, como si fueran de uno mismo; para conocerse como el camarero asignado del Señor; para no tener más cuidado o pensamientos ansiosos; para renunciar a toda confianza y cuidado en el hombre, en el capital o en un ingreso fijo, o en cualquier otra criatura; para confiar sólo y completamente en el Dios fiel; para estar en paz con nuestro propio grupo y con la voluntad de Dios; y, finalmente, para dirigir todas las intenciones y emociones fuera de uno mismo, hacia el bien Amado y Glorioso—¿no es esto ir demasiado lejos? ¿Y puede nuestro propio progreso respecto a ello llegar alguna vez a satisfacernos?

Y sin embargo, se requiere tal negación de uno mismo para dar cuenta de nuestras obras, buenas obras por cierto, en las cuales los ángeles puedan regocijarse.

De este modo, las cosas que el Espíritu Santo tomó de Cristo para darlas a nosotros, retornan a nuestro Garante; porque es evidente que ni una sola de nuestras buenas obras puede nunca ser completa en ese sentido. Nuestra negación personal nunca es perfecta. De ahí el triste clamor que “nuestras mejores obras están siempre contaminadas delante de Dios”; y también la oración para que nuestras buenas obras sean limpiadas.

Y esto debe ser así; ha sido divinamente ordenado que los hijos de Dios nunca deban dejar a Cristo. Si ellos hubieran realmente obtenido la perfección, perderían de vista a su Garante; pero el hecho que aun sus mejores esfuerzos son profanos los lleva a Cristo, para propiciación y limpieza por Su sangre. *La negación de uno mismo es fruto de la propiciación hecha perfecta sólo por la propiciación.* Y así, en el crecimiento y la maduración del fruto espiritual, Dios usa nuestros pensamientos, palabras y hechos como instrumentos de santificación.

Porque, ¿no es el ejercicio frecuente de la auto-negación y la subsiguiente entrega del fruto de justicia bajo la bondadosa operación del Espíritu, el que crea hábitos santos en nuestra alma? ¿No es esta la manera natural de doblar nuestro corazón transfiriéndolo de Satán a Dios? Y cuando el Espíritu Santo hace que estos hábitos santos, este doblarse del corazón hacia la santidad, una permanente disposición, entonces nos hemos convertido en co-trabajadores con Dios de nuestra propia santificación. No es como si Él hiciera una parte y nosotros otra, sino que Él usa nuestro trabajo como un cincel para esculpir nuestra propia alma.

Y por este motivo, los fieles ministros de la Palabra debieran persuadir, incitar y constreñir a los creyentes para que sean siempre abundantes en las obras del Señor. La santificación debe predicarse como si fuera con la más fuerte trompeta. La Iglesia de Cristo lo requiere imperativamente. La Palabra que declara que Dios es un Dios que justifica a los impíos no debe ser separada de esa otra palabra “Sed santos, porque Yo soy santo” (Levítico xx. 7; 1 Pedro i.16). Las operaciones de la Palabra y del Espíritu Santo fluyen juntas. Por consiguiente, todo joven discípulo de Cristo no sólo debe confesar Su nombre y vivir acorde a los deseos de su corazón, sino que debe arrancar de las lujurias del mundo, para caminar santamente y sinceramente delante de Dios.

Los ministros de la Palabra deben ser cuidadosos en no ocultar la majestad del Señor Jehová detrás de la Cruz de Cristo. La responsabilidad debe ser aterradora, si es que alguna vez pareciera que nuestra predicación de la Cruz de Cristo, en vez de sofocar el pecado, apagase la vida santa.

Notas

1. ↑ Para el sentido que el autor da al Metodismo, ver sección 5 del Prefacio—Trad.
2. ↑ [2 Corintios v. 17]
3. ↑ Este no es el lugar para discutir la opinión sostenida por muchos, que 1 Tesalonicenses v. 23 enseña una tricotomía, es decir, la división en tres del ser humano. Solamente hagamos ver que no se lee “Ehdpopovs,” “en todas nuestras partes,” seguido por la sumatoria de esas partes, espíritu, alma y cuerpo; sino que se lee: “O2.OTEXEGS” que se refiere, no a las partes, sino a la parte final “TEXOS.” Más aun. se debe hacer notar que en esos pasajes donde se contraponen el hombre espiritual con el natural, es decir, lo espiritual a lo físico, como en 1 Corintios ii. 14-15— la palabra “rvevpa” indica el nuevo principio-de-vida, del cual nunca se puede decir que sea preservado sin culpa. Porque este “rvevja” es sin pecado por naturaleza. Calvino explica “espíritu” y “alma” haciendo que se refieran a que nuestra existencia racional y moral está dotada de razón y voluntad propia.

AMOR

XVII. Amor Natural

“Y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado.”—Rom. v. 5.

La santificación no agota la obra del Espíritu Santo. Es una obra extraordinaria, requerida por la caída del hombre en el pecado. El Amor, tema que ahora trataremos, es su más profunda y excelente obra, la cual Él hubiese forjado aunque *nunca se hubiera escuchado jamás* del pecado, la cual Él continuará después de la muerte; que Él obra ahora ya en los ángeles, y que continuará en nosotros en las mansiones de la casa del Padre para siempre. Necesariamente, a través del camino del amor vivo cae la sombra oscura de esa terrible operación de *juicio* y *endurecimiento* que el Espíritu Santo obra en los perdidos. Cerraremos con un esbozo del *imperdonable pecado* contra el Espíritu Santo.

Nuestro tema no es el amor en general, sino el *Amor*. La diferencia es evidente. El Amor significa el único puro, verdadero, *divino* amor; por amor en general se entiende toda expresión de generosidad, vínculo, mutua afección, y devoción donde se ven reflejos de la gloria del Amor Eterno.

El amor en su sentido general también se encuentra en el mundo de los animales; un amor tan fuerte que a veces avergüenza al hombre, proyectando reproche sobre su conciencia. La ternura de la gallina es proverbial. La misma gallina que en otras ocasiones arranca ante la aproximación distante de un perro o un gato, vuela hacia el gato más feo o al bulldog más fiero cuando tiene polluelos que defender. Toda ave madre defiende sus huevos al precio de su vida. Y a pesar de que ni gato ni perro tuvo la mínima consideración por el amor maternal de gallina o pato, no obstante ambos manifiestan el mismo amor por sus crías. Los animales más sanguinarios, aun tigres y hienas, nunca están más enrabiados que cuando el cazador se aproxima demasiado a sus cachorros. Es innecesario decir que el amor en este sentido no tiene valor moral. Sin embargo no está carente de valor. Cristo hizo del amor de la gallina un tipo de Su propio amor por Su pueblo y por Jerusalén. Y cuando nuestros pequeños hijos se ponen furiosos al ver al conejo macho matando a sus críos mientras la hembra lucha por ellos, hay en sus corazones de niños una voz pura de alabanza por el amor superior de aquella pequeña madre. Sin embargo, la alabanza por este amor que es meramente instintivo, no creado, irresistible, pertenece, no a la gallina o a la madre leona, sino a Aquel que lo creó en ellos.

Yéndose del amor por instinto hacia el mundo de los hombres, nos sorprende encontrarnos con un fenómeno cercanamente semejante a él. Una doncella coqueta, aparentemente desprovista de toda devoción, se transforma en una esposa y madre, y repentinamente parece haber sido iniciada en los misterios del amor. Su hijo es el único objeto de todos sus pensamientos. Sufre por él sin quejarse, lo acaricia y lo quiere; y si un perro cruel atacara al bebé, como una heroína la otrora tímida doncella lucharía como monstruo.

Y sin embargo con todas estas similitudes hay una diferencia. El amor en esa madre es más *débil* que en el animal. Por horas ella puede dejar a su hijo a cargo de otros, mientras que el ave madre que está empollando prácticamente no deja su nido. La primera tiene afecto por otros miembros de la familia, pero la segunda con sus chillidos aleja a todos los que se atreven a acercarse al nido. En una palabra, el amor maternal del animal es más absoluto; con respecto a esto excede al amor de la joven madre. Pero cuando los polluelos ya han crecido, la madre los olvida y los abandona; mientras que el amor de la mayoría de las madres hacia sus tiernos hijos asume gradualmente un carácter más noble, ascendiendo desde el amor *instintivo* hasta el amor *espiritual*. El poder de una madre yace en el hecho de que ella reza por su hijo.

Evidentemente debemos distinguir aquí dos tipos de amor: una forma más baja que nace de la sangre, que la madre tiene en común con el ave, pero que es menos constante; y un amor

superior de otro tipo del cual carece la gallina, mediante el cual el ser humano sobrepasa por lejos al animal.

Esta forma inferior es *de la sangre*; no del todo instintiva como en la paloma, pero casi instintivo, es decir, independiente del desarrollo moral de la madre. Esto puede ser observado en niñas de un desarrollo moral inferior, quienes, cuando se transforman en madres, se enamoran casi desesperadamente de sus bebés; mientras en otras, en un nivel más alto de moralidad, el amor maternal es mucho más moderado. Y esto demuestra que la pasión irresistible del amor materno carece de un motivo superior. Tal como el amor del animal, este nace de la naturaleza. Y cuando vemos y disfrutamos del espectáculo, nos damos cuenta que su gloria pertenece, no a la mujer, sino a Él cuya obra admiramos en las inclinaciones de la criatura.

Próximo a este amor instintivo encontramos en la madre algo superior; no sólo en algunas, sino en todas. Y decimos esto a pesar del hecho que hay madres antinaturales que están casi desprovistas de este amor superior. Sólo que, se debe recordar, el alma humana contiene mucho que está reprimido, lo cual antes estuvo activo; que en mujeres deshumanizadas, sólo cuando parcialmente recuperado, este atributo más noble a menudo reaparece; sin duda que en las vidas de tales madres, en medio del pecado de la vergüenza, hay chispas momentáneas de un amor superior que ilumina su oscuridad moral como un relámpago.

Este grado superior de amor maternal tiene un carácter totalmente diferente. La vista del dulce y encantador bebé puede apoyarlo, pero no puede ser la justificación de él, ni tampoco lo puede producir. Tiene un origen superior. Su signo es: una madre que lleva su hijo al *santo Bautizo*. Porque a pesar de que mucho de esto se hace por costumbre y por amor a la exhibición, es esencialmente la declaración de que un bebé humano es más que una joven ave o el cachorro de un animal. Incluso cuando la Revolución Francesa abolió temporalmente el santo Bautismo, lo reemplazó por una especie de bautizo *político*. La joven madre está limitada a ver en su hijo algo más grande que simplemente "*pedazos de carne infantil*." Y a pesar de que en muchas madres se ha vuelto casi imperceptible, se ha hundido tan bajo que muchas han sido vistas arrastrando a sus hijos a los caminos del pecado; sin embargo, en naturalezas más nobles, y bajo circunstancias más favorables, este refrescante amor de madre tiene el poder de desarrollar la energía del crecimiento moral de las futuras generaciones. Al entender la diferencia entre padre y madre uno será capaz de distinguir este amor materno más alto y más bajo, aun en sus variaciones más finas. Por supuesto, el amor instintivo no es tan fuerte en el padre como lo es en la madre; de ahí que el amor que lleva el carácter moral del deber y la vocación es más conspicuo en el primero.

Pero aun donde esta maravillosa mezcla de amor *instintivo y moral* en el amor mutuo de marido y mujer se manifiesta en forma más hermosa, en el amor de los padres y por contraposición en el amor filial, y como un eslabón conectivo en el amor fraternal, sigue siendo una forma de amor que puede existir en forma totalmente independiente al amor consciente de Dios. A menudo se expresa con fuerza entre los declarados no creyentes.

Y lo mismo es cierto de aquella expresión más libre del amor que, independientemente de los vínculos de sangre, a menudo se desarrolla en hermosas formas entre amigos, entre mentes que congenian, entre camaradas en la misma lucha, entre los líderes y los liderados; ciertamente que de las cosas visibles puede surgir para abrazar las cosas invisibles, y desenvolverse en las más hermosas formas de amor por el arte y la ciencia, por el rey y el país, por la nación y su historia, por derechos y privilegios heredados—en resumen, por todo aquello que llena al pecho con los nobles sentimientos de consagración y sacrificio. Porque, cualquiera sea su riqueza y su centellante hermosura, en sí mismo está separado del Amor de lo Eterno. Con el objeto de no traicionar a sus cómplices, criminales endurecidos han soportado crueles torturas sobre el potro con maravillosa constancia. Comunistas, muriendo sobre las barricadas de París en defensa del más blasfemo barbarismo, han desplegado un heroísmo similar a nuestros héroes en Waterloo y Dogger-Bank. Soldados profanos y desenfrenados se han lanzado sobre el enemigo con un raro desprecio por la muerte. Pero en todas estas manifestaciones de amor, la sangre calentada por la pasión por un lado, y los motivos impuros por el otro, pueden jugar su rol y robarlo casi completamente de su carácter divino.

Sin duda que aun en sus manifestaciones más elevadas entre los hombres, tal como la compasión por los que sufren y la misericordia hacia los caídos y agonizantes, puede estar desprovisto de la chispa del Amor *sagrado*. Hay hombres naturales que no pueden soportar ver sufrir; que son afectados tan profundamente por los espectáculos desgarradores de pena y luto que deben mostrar piedad; para quienes el ofrecimiento de compasión es una necesidad natural; que consideran el calmar la pena de otros hombres como una felicidad más que como un sacrificio.

Pero aun en su forma más elevada, que más cercanamente se aproxima a las misericordias divinas, frecuentemente no tiene conexión con el Amor Eterno. Puede ser un impulso instintivo, una inclinación surgida del temperamento, el efecto de un noble ejemplo, o con el objeto de obtener fama que casi en cualquier lugar es obtenible por obras de misericordia; pero el amor de Cristo está ausente. No es el palpitante Amor de Dios el que vibra en estas manifestaciones. Hay amor que debe ser apreciado; pero el Amor del cual declara San Juan que Dios es Amor, se encuentra sólo cuando el Espíritu Santo entra en el alma y le enseña a glorificar: "Porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado" (Rom. v. 5).

XVIII. Amor en el Ser Trino de Dios

"Dios es Amor."—1 Juan iv. 8.

Entre el amor *natural*, aun en sus formas más elevadas y el *Amor Santo* hay un gran abismo. Esto tenía que ser enfatizado para que nuestros lectores no se equivocaran respecto a la *naturaleza* del Amor. Muchos dicen que Dios es Amor, pero miden Su Amor por el amor de los hombres. Estudian el ser del amor y sus manifestaciones en otros y en ellos mismos, y se consideran competentes para juzgar que este amor humano, en una forma más perfecta, es el *Amor de Dios*. Por supuesto que están equivocados. El Amor Esencial debe ser estudiado como es en Dios Mismo; como Él lo ha manifestado en su Palabra. Y los centelleos del débil amor de la criatura deben mirarse sólo como chispas del fuego del Amor divino.

Nuestro Dios es la mismísima Fuente de todo bien. Siendo el amor el bien supremo, Dios debe ser la misma Fuente de todo Amor. Y de esa Fuente fluye todo amor terrenal de cualquier nombre, cuan tenue o débil sea. Sólo el Creador puede crear en su criatura el amor irresistible del *instinto*, donde vemos una exhibición de Su gloria. Con el mismo propósito Él creó un fuerte lazo en las criaturas, no *totalmente* instintivo, sino de la misma forma *subconscientemente* activo; a este pertenecen el amor de la madre por su bebé, el amor a primera vista, el amor fraternal, etc. Más alto que este es el amor de *afinidad moral*, mediante el cual Dios ha dispuesto espíritu a espíritu para camaradería congenial y amor mutuo. Estas son tres formas en las que se encuentra algo del Amor de Dios, pero que aún pertenecen a la Creación y a la Providencia, de ninguna manera compartiendo el tesoro de la Vida divina.

El amor en la tierra adopta este carácter más elevado sólo cuando se vuelve auto-consagrante, abnegado, sacrificado; cuando el objeto del amor no atrae, sino que repele. La devota enfermera cuidando al extraño afectado por una peste no encuentra nada en él que le atraiga; más bien, todo lo contrario. Pero aun así permanece, persevera, no sólo por un sentido del deber, sino atraída por la miseria y la desolación del que sufre. Esto es sin duda el efecto de un amor superior, que fluye de la Fuente de Amor Eterno. Esa enfermera exhibe devoción a lo invisible, aprehensión de lo espiritual.

Y aunque Dios ha constituido de tal manera nuestro sistema nervioso que el sufrimiento nos causa incomodidad, tanto que el ver dolor nos afecta dolorosamente, de manera que por un sentimiento fraterno estamos instantáneamente listos para proveer alivio al que sufre, sin embargo, esa forma más elevada de amor generalmente surge de la vida nerviosa inferior a una expresión más alta que es imposible sin una operación interna de gracia.

De esta forma prepara el camino para el más alto amor, que se dirige no sólo a las cosas invisibles, sino al Invisible, atrayendo el alma hacia Él con atracciones irresistibles. Y sólo entonces se alcanza el Amor mismo.

La Palabra declara que Dios es Amor, y el testimonio del Espíritu dice en cada corazón: "Amén, no en nosotros, sino en Ti, oh Eterno. Tú eres Amor. ¡No hay amor que no nazca de Ti!" Y este es el misterio que hombres y ángeles no pueden desentrañar. ¿Quién expresó alguna vez su perfección en palabras? ¿Quién no se da cuenta que es una armonía maravillosamente hermosa, bendita y divina que el oído confundido de la criatura no puede apreciar completamente? Los hombres lo confiesan, absorben su dulzura y encanto; el corazón es bendecido y amado por él; pero después que la felicidad se ha probado y la taza se aleja de los labios, no sabemos más de la naturaleza del amor que el bebé que ha disfrutado, el Amor en el pecho de su madre. No podemos describirlo ni analizarlo; no podemos desentrañar ni penetrar su esencia escondida. Toma posesión de nosotros, nos invade, nos refresca; pero tal como el viento, del cual no sabemos de dónde viene y a dónde irá, de la misma manera en nuestros mejores momentos son las maravillosas atracciones de Amor de nuestro Dios. No es creado ni concebido. Es eterno como Dios Mismo. El Amor nunca estuvo fuera de Él, para venir a Él de otra parte; ni por un solo momento a través de la eternidad estuvo Él sin el Amor. Sin llevar en sí mismo un profundo, eterno Amor, sin ser Amor, no puede ser nuestro Dios.

Las mentes superficiales, sin embargo, conciben el Amor de Dios sólo para perdonar el pecado; como demasiado bueno para tolerar el sufrimiento; demasiado pacífico para permitir la guerra. Pero la Palabra enseña que el amor de Dios es un amor Santo, intolerante de la maldad, por su propio bien haciendo sufrir al pecador para que pueda desligarse de sus falsas alegrías. Fue este mismo amor que dijo en el Paraíso, inmediatamente después de la ruptura pecadora: "¡Pondré enemistad!"

Los hijos de Dios han derivado de la Palabra concepciones más ricas y profundas del Amor divino, porque confiesan a un Dios Trino, Padre, Hijo, y Espíritu Santo, un Dios en tres personas: el Padre, el que engendra; el Hijo, el que es engendrado; y el Espíritu Santo, que procede tanto del Padre como del Hijo. Y la vida de Amor mediante la cual estos Tres se aman mutuamente es el propia Ser Eterno. Esto por sí solo es la verdadera y real vida de Amor. Toda la Escritura enseña que nada es más precioso y glorioso que el Amor del Padre por el Hijo, y del Hijo por el Padre, y del Espíritu Santo por ambos.

El amor no tiene nombre: la lengua humana no tiene palabras para expresarlo; ninguna criatura puede *inquisitivamente* mirar en sus eternas profundidades. Es el gran e impenetrable misterio. Escuchamos su música y la adoramos; pero cuando su gloria ha pasado a través del alma, los labios aún no pueden describir adecuadamente ninguno de sus rasgos. Dios puede soltar la lengua para que ella pueda gritar y cantar las alabanzas del Amor eterno, pero el intelecto permanece impotente.

Antes que Dios creara el cielo y la tierra con todos sus habitantes, el Amor eterno del Padre, Hijo y Espíritu Santo brillaba con esplendor no visto en el Ser divino. El Amor existe, no por el bien del mundo, sino por el bien de Dios; y cuando el mundo entró en existencia, el Amor se mantuvo sin cambios; y si todas las criaturas desaparecieran, se mantendría tan rico y glorioso como siempre. El Amor existe y obra en el Ser Eterno aparte de la criatura; y su radiación sobre la criatura no es más que un débil reflejo de su ser.

El amor no es Dios, pero Dios es Amor; y Él es suficiente para sí mismo para amar absolutamente y para siempre. Él no tiene necesidad de la criatura, y el ejercicio de Su Amor no comenzó con la criatura a quien Él podía Amar, sino que nace y fluye eternamente en la vida de Amor del Dios Trino. Dios es Amor; Su perfección, belleza divina, verdaderas dimensiones, y santidad no se encuentran en los hombres, ni siquiera en los mejores de entre los hijos de Dios, sino que sólo brillan alrededor del Trono de Dios.

La unión del Amor con la Confesión de la Trinidad es el punto de partida desde donde procedemos a basar el Amor independientemente en Dios, absolutamente independiente de la criatura o cualquier cosa relacionada con la criatura. No se trata de hacer de la divina Trinidad

una deducción filosófica del amor esencial. Eso es ilegal; si Dios no hubiera revelado este misterio en Su Palabra seríamos totalmente ignorantes de él. Pero como la Escritura ubica al Ser Trino frente a nosotros como el objeto de nuestra adoración, y en casi todas las páginas exalta sobremanera el amor mutuo de Padre, Hijo y Espíritu Santo, y lo delinea como un Amor Eterno, sabemos y vemos claramente que este Amor sagrado jamás podrá ser representado sino es naciendo del amor mutuo de las Personas divinas.

Por lo tanto, a través del misterio de la Trinidad, el amor que está en Dios y es Dios obtiene su existencia independiente, aparte de la criatura, independiente de las emociones de mente y corazón; y se levanta como el sol, con su propio fuego y rayos, afuera del hombre, en Dios, en quien descansa y desde quien irradia.

De esta forma erradicamos toda comparación del Amor de Dios con nuestro amor. De esta forma la mezcla fácil cesa. En principio resistimos la inversión de las posiciones mediante la cual el hombre arrogante había logrado copiar de sí mismo un tal Dios de Amor, y silenciando toda adoración. De esta forma el alma regresa a la bendita confesión de que Dios es Amor, y que el camino de la misericordia y la piedad divina se abre de manera que la luminosidad de ese Sol pueda irradiar de una forma humana, es decir, en una forma finita e imperfecta hacia y en el corazón humano, para la alabanza de Dios.

XIX. La Manifestación del Amor Sagrado

"Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros."—1 Juan iv. 16.

La pregunta que se presenta ahora es: ¿De qué manera se logra el acto divino, majestuoso, de hacer al hombre partícipe del amor verdadero? Respondemos que esto es—

1. Preparado por el Padre en la Creación.
2. Hecho posible por el Hijo en la Redención.
3. Efectivamente logrado por el Espíritu Santo en la Santificación.

Con respecto a esto, *primero* la obra del *Padre*, que el Catecismo de Heidelberg designa, "de Dios el Padre y nuestra Creación," siguiendo el ejemplo de San Pablo, que escribió: "Para nosotros, sin embargo, sólo hay un Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas" (1 Cor. viii. 6). Con esto no queremos negar que Dios el Padre obre también en la redención y en la santificación, porque todas las obras salientes de Dios pertenecen a las Tres Personas. Sólo deseamos indicar que en la búsqueda del *origen* de las cosas, uno no puede detenerse en el Espíritu Santo, pues Él procede del Hijo y del Padre; ni tampoco en el Hijo, pues Él es engendrado por el Padre; sino en el Padre, porque Él no procede de nadie, ni tampoco es engendrado.

En este sentido bíblico decimos que la obra de hacer al hombre partícipe del amor es preparada por el Padre en la creación.

Porque cada ejercicio de amor, tanto en el hombre como en el animal, encuentra su raíz en la *creación*. En el animal Dios creó directamente el amor instintivo; en el hombre creó el amor al hacer a todos los hombres de una sangre, al ordenar que marido y esposa fueran compañeros, y creando en la sangre misma esa maravillosa atracción del uno por el otro.

Más aun, Él también implantó en la conciencia del hombre el *sentido* del amor. El animal ama, pero sin saberlo. Por el contrario, el hombre no sólo siente el *impulso* del amor, pero este impulso se refleja además en el espejo de su alma en donde contempla la *belleza* del amor; de esta forma aprende a apreciar el amor y a alzarse al acto de amar con plena conciencia.

Finalmente, por Su providencia, que es un resultado de la creación, el Padre ordena que el hombre se encuentre con el hombre, entre en contacto con el hombre, que de esta forma el

sentido del amor pueda hacerse *activo* en él. Porque ya sea se trate de una pobre persona que sufre, cuya angustia despierta mi amor, o un carácter audaz que atrae mi compasión, o, por último, una figura pura y hermosa que me atrae irresistiblemente, siempre es Dios el Padre quien me asigna estas reuniones, quien por Sus conducciones providenciales hace posible el inicio del amor.

Esto es seguido, *en segundo lugar*, por la obra del Hijo, que se hizo carne para revelarnos la plenitud del amor divino en la carne. De ahí la manifestación del Amor en la obra *redentora*.

Esto es totalmente diferente a lo que hizo el Padre en la creación; porque, aun cuando en la creación el amor divino fue prefigurado, su concepción implantada, y hecho posible su imperfecto ejercicio, sin embargo, el amor divino mismo no fue revelado. Pero es revelado en la venida del Hijo: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna." (Juan iii. 16); "En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó a nosotros, y nos envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados" (1 Juan iv. 10). Esta es la "Paz en la tierra, buena voluntad para con los hombres" (Lucas ii. 14) de la cual cantaban los ángeles en los campos de Belén; este es el misterio que los ángeles desean investigar.

Aquí notamos nuevamente dos cosas:

Primero, el amor mediante el cual Dios amó al mundo comprobado por el hecho de que no escatima a Su propio Hijo, sino que lo entrega para todos nosotros.

Segundo, el amor de Cristo por el Padre, cuyo obra Él terminó, y *por nosotros*, a quienes salvó.

Lo *segundo* es de la mayor importancia para nosotros. En Cristo, a quien honramos como Dios manifiesto en la carne, se observa el Amor divino; en Él apareció y centelleó con brillo incomparable. La realidad del Amor divino apareció a los hombres por primera vez y para siempre en Él: "Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palpamos nuestras manos, declaramos a vosotros." (1 Juan i. 1-3); y esa fue siempre la gloria del Amor eterno que había cautivado e impregnado la totalidad de su alma.

Hasta ahora el hombre había caminado en la sombra del amor, pero en Emanuel el Amor mismo apareció en carne viva y a la manera de los hombres. No fue una mera radiación del Amor, su reflejo, una característica, sentido, o inclinación increada, sino las ondas frescas, irresistibles del poder restrictivo propio del amor que fluyen de las profundidades de Su corazón divino. Fue este Amor que, en el corazón de Emanuel, trajo el cielo a la tierra, y que por su ascenso al cielo levantó nuestro mundo a las aulas de la luz eterna. Aunque Europa no había sentido nada de ello, y América nunca había pensado en un Salvador, aunque África no había escuchado las buenas nuevas, y fue un pequeño lugar en Asia donde sus pies habían tocado suelo, sin embargo, fue el corazón de Emanuel que unió cada continente y el mundo—por cierto, todo el universo que lo rodea, a la Misericordia divina.

Ese Amor brilló como amor por un *enemigo*. El hombre se había vuelto enemigo de Dios: "No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno" (Salmo xiv. 3; liii. 3; Rom. iii. 12). La criatura odiaba a Dios. La enemistad era absoluta y terrible. No había nada en el hombre para atraer a Dios; por el contrario, todo para repelerlo. Y cuando todo era enemistad y repulsión, entonces el amor de Dios se hizo manifiesto en el hecho de que Cristo murió por nosotros cuando éramos aún Sus enemigos.

El amor entre hombres y animales descansa sobre atracción mutua, compasión, e inclinación; aun el amor que alivia al que sufre siente su poder. Pero aquí tenemos un amor que no encuentra atracción en ninguna parte, sino repulsión en todas partes. Y en este hecho brilla la libertad soberana del Amor divino: ama porque ha de amar, y amando salva al objeto de Su amor.

Dado que este Amor logró su más severa tensión en el Calvario, su símbolo es y será para siempre la Cruz. Porque la Cruz es la más temida manifestación de la enemistad del hombre; y por el propio contraste, la belleza y la adorabilidad del amor divino brillan gloriosamente: el Amor que sufre y soporta todo, amor que puede morir voluntariamente, y en esa muerte anuncia el amanecer de un futuro aun más glorioso.

Pero incluso la obra del Hijo no termina la obra de poner la huella del Amor de Dios sobre el corazón humano. Tal como la Creación es seguida de la Encarnación, el Pentecostés sigue a la Encarnación; y es Dios el Espíritu Santo quien logra esta *tercera obra* al descender al corazón del hombre.

“Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros” (Juan xvi. 7). Esto implica que el Espíritu Santo daría a los discípulos un bien aun mayor que aquel que les pudiera dar el Hijo. Esto no es independiente del Hijo; porque la Escritura enseña enfáticamente que Él no puede ni tiene la voluntad de hacer cualquier cosa sin el Hijo, y que recibe del Hijo sólo para dar a nosotros. Sin embargo, se mantiene la diferencia de que, a pesar de que Jesús sufre, muere y resucita por nosotros, no obstante, la obra efectiva en las almas de los hombres espera la misericordiosa operación del Espíritu Santo. Es, como escribe San Pablo a los Romanos, que “el Amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo” (Rom. v. 5).

Y este es la obra propia del Espíritu Santo, que permanecerá suya para siempre. Cuando no quede más pecado para ser expiado, ni impiedad alguna para ser santificada, cuando los elegidos se regocijen ante el trono, aun entonces el Espíritu Santo realizará este trabajo divino de mantener el amor de Dios habitando activamente en sus corazones. *Cómo*, no lo podemos decir; pero esto entendemos, que es el Espíritu Santo quien, siendo igual en todos, unifica todas las almas en Santa unión. Cuando al mismo tiempo la vida espiritual se forja en tu alma y la mía y en las almas de otros, la unión mutua del amor debe ser el resultado. Porque, aunque los hombres y las cosas están conectados en el Padre, y las almas de los redimidos están unidas en el Hijo, sin embargo, el entrar personalmente en cada alma, haciéndola su templo y morada, es obra del Espíritu Santo.

Por lo tanto, es el mismo Espíritu que como Dios entra en el corazón de cada uno de los redimidos, y como Dios realiza y perfecciona su obra irresistiblemente en cada corazón. Y, aunque diferentes circunstancias y múltiples pecados han causado diferencias de opinión entre personas en las cuales ha obrado el mismo Espíritu Santo, de manera que en ciertas oportunidades han sostenido posiciones fuertemente opuestas, sin embargo, subsiste el hecho de su unión interna, que por la obra del Espíritu Santo al interior de sus corazones se vuelve una unión real y, más aun, indisoluble.

Puede que esto no siempre salga a la superficie, pero al interior el tema es tanto más real y glorioso. Aun más, el Espíritu Santo está siempre trabajando activamente para remover cualquier obstáculo externo; y si esto no es del todo exitoso antes de nuestra muerte, no hay motivo para temer con tal que en la muerte las escamas, por así decirlo, caigan de nuestros ojos, y el amor triunfe. Comparado con la eternidad, la vida en la tierra es sólo un momento. Por lo tanto, no puede negarse que el lazo de unión, el entrelazamiento que debe unir a los hijos de Dios en el fuego divino del Amor, es, por la obra del mismo Espíritu, un hecho real. Es el mismo Espíritu Santo quien, habitando en cada corazón, los dirige todos juntos a un mismo fin; quien, consagrando a cada alma a ser Su tabernáculo, en el sentido de que Él es Dios y por lo tanto es Amor, logra que, dentro y a través y consigo mismo, el Amor de Dios se derrame en cada corazón. Piensa en Él como desterrado de sus almas, y el amor de Dios habrá huido de sus corazones; pero deja que cada gracia esté oculta y dormida, deja que la apariencia externa niegue la gracia interna, porque con tal que estemos seguros que el Espíritu Santo habita en nuestros corazones podemos estar seguros de que el Amor de Dios aún habita en nosotros.

Más aun, el Espíritu Santo no es un extraño en nuestros corazones, sino que penetra nuestro ser más profundamente y trae a cada cual un don, una palabra, un consuelo particularmente adaptado a nuestra necesidad individual. Por supuesto que este es un trabajo muy variado; pero, a pesar de su multiplicidad de sus formas, no es un trabajo parcial sin una conexión

interior, sino una ejecución del plan del Padre de acuerdo al Consejo eterno. De manera que, no importa cuán delicada pueda ser su naturaleza, está siempre apuntando a esa armonía pura y perfecta que en el Consejo de Dios está preparada no solamente para cada uno de los redimidos, sino para toda la casa de Dios, y el cuerpo de Cristo en todas sus proporciones.

Como el mismo Espíritu no solamente obra en todos, uniendo todo, sino, como Él procede del Padre y del Hijo, Él también dispone y dirige su trabajo en un alma en relación a aquel en otra, de manera que el entrelazamiento y la soldadura de las almas de los santos debe ser el resultado. Cuando de acuerdo al mismo plan glorioso un Obrero trabaja en todos, entonces cada muro de separación ha de caer; el Amor debe prevalecer, y toda su dulce y bendita influencia debe sentirse: no como algo que procede de nosotros mismos y nos pertenece, sino como un Amor aún externo a nosotros que viniendo de Dios penetra y refresca el alma; no el mero ideal de entusiastas, sino el poder divino que nos domina y nos supera; no una concepción abstracta que meramente nos encanta, sino el Espíritu Santo a quien sentimos y descubrimos en el alma como Amor; un derrame de amor tibio, pleno, bendito, el cual es más fuerte que la muerte y que las muchas aguas no pueden apagar.

XX. Dios el Espíritu Santo, el Amor que Habita en el Corazón

"Es como el buen óleo sobre la cabeza, el cual desciende sobre la barba, la barba de Aarón, y baja hasta el borde de sus vestiduras."—Salmos cxxxiii. 2.

El hecho de que el amor pueda irradiar al interior del hombre no le asegura la posesión de un verdadero y real Amor, a no ser que, de acuerdo a Su eterno consejo, Dios esté complacido de entrar en hermandad *personal* con él. Mientras el hombre lo conoce sólo de lejos y no de cerca, Dios es un extraño para él. Puede admirar Su Amor, tener una leve sensación de Él, ser afectado placenteramente por Él, y aun regocijarse de ver a otros beber de Su Fuente, y sin embargo, nunca acercarse un paso a Él. De la mano de Dios él puede ser el medio para mostrar a otros el camino a él, sin conocerlo por experiencia personal.

El verdadero Amor es uno con Dios e inseparable de Él. Puede irradiar su brillo aun en el animal, pero el Amor mismo no puede entrar al corazón a menos que Dios entre primero. Y los elegidos de Dios tienen el real privilegio de llamar a este don algo propio. Toda su fortuna y tesoro consiste en el hecho de que de la mano de su Señor ellos han recibido este oro refinado en fuego.

Esto no significa, sin embargo, que este amor que los posee totalmente, será de aquí en adelante el único impulso de todas sus acciones. De San Pablo aprendemos que, mientras el amor de Dios se derrama en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo, se puede encontrar mucha maldad entre nosotros; por lo tanto, se nos exhorta a ejercitar paciencia y a negarnos a nosotros mismos. Pero aunque, como la fe, el amor puede estar en la esencia y que nada sea visible en la superficie, en la tierra tibia, como una semilla, puede crecer, brotar, y sacar sus raíces al suelo. Por lo tanto, no importa cuán defectuosa e incompleta sea su forma, el amor mismo habita en nuestros corazones; y por nuestra propia experiencia tenemos conciencia de él. ¿Quién de entre los hijos de Dios no recuerda los benditos momentos cuando este amor cayó sobre el alma como leves gotas de rocío sobre la hoja sedienta, llenándolo de una felicidad hasta entonces desconocida? Esta bendita experiencia fue celestial y sobrenatural. El alma en verdad sintió los brazos eternos por debajo de sí, y reconoció que Dios es bueno y esencialmente es Amor. Es cierto que la divina Majestad, como se dice, consumió el alma, pero al mismo tiempo la levantó y la glorificó. El alma se dio cuenta de que estaba rodeada de Amor, levantada por encima de la llanura baja de la vanidad, y, más bendita aun, que había recibido el poder para abrazar a Dios con los brazos de su propio amor. Es cierto, esto no dura. El lucero de la esperanza es seguido una y otra vez por el amanecer de la vida común del día a día; pero por esa experiencia hemos visto abrirse los cielos, la señal del Amor Eterno descendiendo, y hemos escuchado la música de su voz diciendo: "*He aquí tu Dios.*"

Por lo tanto, estos dos siempre deben ir juntos: (1) el Amor derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, y (2) el anuncio de la buena nueva de que nuestro Dios ha venido a nosotros. Y estos son uno y el mismo, porque, como hemos visto antes, cuando el Eterno viene a habitar con el hombre, no es el Padre, ni el Hijo, sino el *Espíritu Santo* cuya función es entrar al espíritu del hombre y establecer la relación más íntima entre él y Dios. El Padre y el Hijo también vendrán a habitar con él; incluso se dice que el Hijo se para a la puerta y golpea esperando ser admitido; pero ambos, Padre e Hijo hacen esto a través del Espíritu Santo. Estos tres son uno: el Espíritu Santo está en la creación, pero sólo a través de su unión esencial con el Padre y con el Hijo. También está en el trabajo redentor, porque está ligado al placer del Padre y a la Encarnación del Hijo. De la misma manera, tanto el Padre como el Hijo habitan en los santos, pero sólo a través del Espíritu Santo.

Si ser testigo del Espíritu Santo fuera sólo momentáneo, si Él viniera a quedarse sólo por una noche, el bendito trabajo de Amor no podría forjarse. Y si Él tuviera que dejar los santos en una parte del mundo para visitar aquellos en otras partes, sería totalmente imposible. Pero Él es Dios, no tiene limitaciones: en mi recámara Él permanece conmigo en forma tan real como con miles en todos los lugares de la tierra al mismo tiempo; y no sólo con los santos abajo, pero en un sentido más elevado, en todos los redimidos que ya han llegado a la Jerusalén celestial. Tal como el sol brilla en tu habitación, mientras irradia luz y calor sobre millones en tierras lejanas, así es la operación del Espíritu Santo, no local ni limitada, sino divinamente omnipresente en ti y en mí, aunque ninguno conoce la cara del otro y tampoco ha escuchado su nombre.

Porque el Espíritu Santo no habita en nuestros corazones tal como nosotros habitamos en nuestra casa, independientes de ella, caminando por ella, para abandonarla a la brevedad; sino que Él reside tanto en nosotros y se adhiere tanto a nosotros que, aunque nos lanzaran al crisol más ardiente, Él y nosotros no podríamos ser separados. El fuego más feroz no podría disolver la unión. Incluso el cuerpo es denominado el templo del Espíritu Santo; y aunque en la muerte Él pueda dejarlo al menos en parte, para traerlo nuevamente en mayor gloria en la resurrección, no obstante en lo que concierne a nuestro hombre interior, Él nunca nos deja. En ese sentido Él vive con nosotros para siempre.

Angustiados y abrumados por la sensación de culpabilidad y vergüenza, podemos llorar con David: "¡No quites de mí tu Santo Espíritu!" (Salmos li. 11); mas Su morada en nuestras almas no puede ser destruida. Un antiguo templo era notable por el hecho de que, aunque las visitas iban y venían, y sucesivas generaciones traían sus sacrificios al altar, el mismo ídolo permanecía por siglos parado detrás del altar inamovible y firme. San Pablo escribió sobre el templo del Espíritu Santo, no a la gente de Jerusalén, sino a los Corintos; de donde resulta evidente que tomó prestada su imagen del templo-ídolo en su ciudad, y no de aquella en Jerusalén. Quiso decir que, tal como la imagen de Diana habitaba en el templo de Corinto permanentemente y sin ser removida, de la misma manera el Espíritu Santo habita permanentemente y en forma firme en las almas de los escogidos de Dios.

David dice del Amor: "Es como el buen óleo sobre la cabeza, el cual desciende sobre la barba, y baja hasta el borde de sus vestiduras" (Salmos cxxxiii. 2)—una figura no muy atractiva para nosotros que no estamos familiarizados con los aceites perfumados. Pero cuando se recuerda que el aceite usado para la unción del sumo sacerdote era fragante y volátil, de manera que cuando la preciada botella era abierta llenaba la casa entera con su fragancia, se apreciará la belleza de la figura; porque cuando el aceite dorado es vertido sobre la cabeza y se escurre por la ondeante túnica del sumo sacerdote, su fragancia que todo lo impregna se encuentra a la mañana siguiente en la basta de la prenda que toca el suelo. El sumo sacerdote, en su túnica oficial, es la imagen de la Iglesia del Dios viviente, y su cabeza es la imagen de Cristo. El aceite de unción representa al Espíritu Santo, quien, al ser vertido sobre la cabeza de Cristo, fluye hacia abajo desde Él sobre todos los que pertenecen a Su glorioso, místico cuerpo; llegando tan abajo que aun los menos estimados, los cuales son como la basta de Su vestimenta, son impregnados por la misma y preciosa unción.

Esta bella figura ilustra la unidad que, como el fruto del Amor, es forjada por el mismo Espíritu Santo que en todos los siglos, entre todas las naciones, en todas las lenguas e idiomas, entra a los corazones de los elegidos de Dios, habitando con ellos, plantándose en ellos, para nunca

dejarlos; quien habitando y obrando en todos no de acuerdo a su propia elección, sino de acuerdo a la disposición de los miembros en el cuerpo de Cristo, bajo Él como su gloriosa Cabeza, ha establecido la más bendita hermandad entre la Cabeza y sus miembros; ha entrado a cada corazón y ha penetrado hasta su estrato más profundo; ha unido a la totalidad de la asamblea de los elegidos en un glorioso y concordante todo, en perfecto Amor, ahora y para siempre.

Y este poderoso hecho, que el mismo Espíritu Santo habita y obra en todos, no sólo es la profecía del Amor, sino la demostración del hecho de que el Amor existe, y que todo elemento perturbador no es más que el polvo que aún cubre el diamante, y la escoria que impide que el oro brille. Dios el Espíritu Santo vive, es, y se siente Uno en todos los hijos de Dios; y aunque cada uno experimenta esto a su propia manera, y lo expresa en su propia lengua, es Uno y el Mismo el que los consuela y obra en todos ellos.

De ahí que el Espíritu Santo que vive en nosotros, ama Su propio trabajo que Él obra en otros. El Espíritu Santo en uno, no puede negarse a Sí mismo en otro. De aquí se infiere que al habitar el mismo Espíritu Santo en todos no sólo garantiza una real y sustancial unidad para el futuro y para el presente, ya sea visible o invisible, sino que el solo hecho determina que el Amor de Dios sea derramado en los corazones de los santos, dado que el Espíritu Santo siempre *deberá* amarse a *Sí mismo*.

Si Él meramente revoloteara sobre la *superficie* de la vida del alma, esto no significaría mucho; pero no puede haber ningún estrato en el alma tan bajo que Él no lo penetre. La fuente que Él ha abierto en nosotros fluye del lugar donde las primeras pulsaciones, los más profundos motivos y obras del nuevo hombre, se originan. En la superficie podemos entonces querer otro amor; pero cuando, engañados y decepcionados por ese amor, con corazones compungidos sentimos que no se puede confiar en la criatura, entonces encontramos al fondo de nuestra propia alma el mismo viejo, fiel, bendito y divino Amor mediante el cual el Espíritu Santo nos consuela y nos enseña a consolar a otros. Aunque en tiempos de indiferencia todo puede parecer perdido, no necesitamos temer, porque tan pronto como las fundaciones del alma son descubiertas, la presencia de ese Amor eterno se manifiesta. Por debajo, en la vida oculta, mística, yace el fundamento de todo amor en la presencia del Espíritu Santo.

Dios es Amor, y a través del Espíritu Santo el Amor vive en todos los hijos de Dios; y estos hijos, unidos bajo Su gloriosa Cabeza en un cuerpo, son uno—uno por el mismo renacer, por la misma vida, y el mismo Amor; y, si fuera posible de una vez remover toda la basura y contaminación terrenal, veríamos el brillo de ese Amor en todos y entre todos, hermoso y glorioso.

XXI. El Amor del Espíritu Santo en Nosotros

“Jerusalén, Jerusalén, cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste.”—Mat. xxiii. 37.

La Escritura no sólo enseña que el Espíritu Santo habita en nosotros, y con Él el Amor, sino también que Él *derrama ese amor en nuestros corazones*.

Este *derramamiento* no se refiere a la venida de la Persona del Espíritu Santo, porque una *persona* no puede derramarse. Él llega, toma posesión, y habita en nosotros; pero aquello que es derramado debe consistir en innumerables partículas. El verbo “derramar” se usa principalmente refiriéndose al agua, grano, o fruta; es decir, de líquidos o sólidos compuestos de partes o partículas de un tipo que pasan de un receptáculo a otro. En la Escritura, el verbo se usa metafóricamente. Ana dijo: “He derramado mi alma delante de Jehová” (1 Sam. i. 15); el Salmista: “Derramad delante de Él vuestro corazón” (Salmos lxii. 8); Isaías: “Derramaron oración cuando los castigaste” (Isa. xxvi. 16). “Derramar,” siempre significa que el corazón está lleno hasta rebalsar con tantas quejas, preocupaciones, tristezas, o angustias que ya no las puede contener, y las vierte delante de Dios o los hombres en gemidos y plegarias.

Con referencia a Dios, leemos que Él derramó la fiereza de Su ira sobre Sus enemigos; y nuevamente, "que Él derramará el Espíritu de plegaria y súplica." En el *primer* pasaje, la metáfora es tomada de la granizada que sobreviene al viajero y lo postra. De la misma manera, los golpes de la divina ira descienden como granizo sobre las cabezas de sus enemigos y los postran. Y en el *segundo*, se quiere decir que con un poder abrumador Su pueblo estará constreñido a la plegaria.

En este último sentido, la Escritura lo aplica frecuentemente al advenimiento del Espíritu Santo. Tanto profetas como apóstoles declaran que Jehová derramará Su Espíritu sobre todos. Finalmente, leemos que el Espíritu Santo fue derramado. Pero aun aquí debe retenerse el significado principal de la palabra, porque por el derramamiento del Espíritu Santo entendemos la afluencia a nuestros corazones, o a la Iglesia, de una multitud de poderes del mismo tipo que llenan el vacío del alma.

Puede objetarse—y esto merece cuidadosa consideración—que en este pensamiento contradecimos nuestra afirmación anterior, que es el Espíritu Santo, la Tercera Persona de la Trinidad, que toma posesión del corazón y habita allí; porque ahora decimos que no es la *Persona* que *entra*, sino una *obra*, un *elemento*, un *poder* que es *derramado*. Pero, en vez de ser contradictorias, estas dos son iguales; sólo que por su conexión mutua, nos dan una visión más correcta—y eso es justo lo que necesitamos. Cuando llevo una lámpara encendida a una pieza oscura, entro como el portador de la luz, mientras al mismo tiempo la luz se derrama en la pieza. Estas dos no deben ser confundidas. No soy yo el derramado, sino la luz. Yo entro a la pieza, pero la luz es llevada a ella. Y esto es exactamente lo que hace el Espíritu Santo. Cuando Él entra al corazón, el brillo de Su persona se derrama allí.

Es cierto que en estos casos el Espíritu Santo es mencionado en un sentido algo *modificado*, pero lo mismo es cierto cuando hablamos de la luz. De una luz que se acerca decimos, "Ahí viene la luz," aunque sabemos que alguien trae la luz. Al amanecer decimos, "El sol está saliendo," aunque sería más correcto decir: "La luz del sol está saliendo." En forma similar, el nombre del Espíritu Santo se usa en la Escritura en una doble forma: *primero*, en relación a la Tercera Persona de la Trinidad; *segundo*, en relación al brillo celestial y a la bendita actividad que Él lleva Consigo. Y en vez de estar más o menos incorrecto, este doble uso del nombre es mucho más correcto en relación al Espíritu Santo que cuando se refiere a la luz artificial o al sol. Debemos recordar que hay una diferencia entre la lámpara y la luz que irradia; y que el inmenso cuerpo del sol y su luz son también dos cosas diferentes. Pero esto no es así en relación al Espíritu Santo. No existe diferencia entre Él y Sus operaciones. Hacemos la distinción para asistir a nuestra representación, pero en realidad no existe. Allí donde está el Espíritu Santo, Él obra; y donde Él obra, allí está el Espíritu Santo. Son lo mismo. Él uno es incluso impensable sin el otro.

Existe una ventaja en el uso de la metáfora "derramar." Esta enseña que la morada del Espíritu Santo en la congregación de los elegidos no es ni inefectiva, ni por compulsión manteniéndose al margen de sus personas; sino que Él no puede venir a ellos sin *derramarse* en ellos. Y, habitando en los elegidos, Él no duerme ni permanece en un eterno sábado, encerrándose ociosamente en sus corazones; pero como divino Trabajador, busca llenar sus personas individuales desde dentro, derramando el arroyo de Su brillo divino a través de cada espacio.

Pero no debemos imaginar que cada creyente sea llenado e impregnado instantáneamente con ese brillo. Por el contrario, el Espíritu Santo lo encuentra lleno de todo tipo de maldad y falsedad. Hay iniquidades amontonadas por todos lados. Horribles pecados surgen por debajo. La conciencia de su amarga miseria espiritual lo acosa. Más aun, su corazón está dividido por muchos muros y divisiones. Incluso la luz más brillante no puede penetrar el todo de una vez; y lejos la mayor parte permanece, al menos por el presente, en la más profunda oscuridad.

De aquí sigue que, cuando el Espíritu Santo ha entrado al corazón del hombre, Su trabajo no ha terminado, sino que ha recién comenzado—una obra tan difícil que sólo el poder del Espíritu Santo lo puede realizar. Su forma de proceder no consiste en usar su poder divino para obligar al hombre como si fuera material o bloque, sino para, mediante el poder del amor y la

compasión, influenciar y energizar los impulsos de la débil voluntad de manera que sienta el efecto, se incline, y finalmente consienta ser el templo del Espíritu Santo.

Una vez firmemente establecido, Él gradualmente somete los más ocultos impulsos e intenciones de la personalidad del santo al poder de Su Amor, para así prevalecer. Para este fin, Él utiliza al mismo tiempo los medios externos de la palabra predicada que penetra la conciencia y coge a la persona, y la operación *interna* de bendecir la palabra y hacerla efectiva. Esta operación es diferente en cada persona. En uno procede con maravillosa velocidad; en otro, el progreso es excesivamente lento, siendo frenado por una seria reacción que en algunos casos excepcionales sólo es superada con el último aliento. Es raro encontrar dos hombres en quienes la graciosa operación sea completamente igual.

No puede negarse que el Espíritu Santo a menudo se encuentre con seria oposición por parte del santo: no por enemistad, porque ya no es un enemigo, sino porque es ordenado a apartarse del pecado, a renunciar a sus ídolos, a sus afecciones pecaminosas, a las muchas cosas que parecen ser indispensables para su felicidad y su vida; y especialmente cuando, apuntando a la cruz, el Espíritu Santo le impone sacrificios, lo persigue con aflicciones, lo cubre de ignominia. Entonces esa oposición se puede tornar tan fuerte y severa que uno casi podría decir: "Él ya no es más un hijo de Dios."

Y el Espíritu Santo soporta toda esta resistencia con infinita compasión, y la supera y elimina con eterna misericordia. ¿Quién, que no es un extraño para su propio corazón, no recuerda cuántos años demoró antes de ceder en un cierto punto de resistencia; como siempre evitó enfrentarlo; inquietamente se opuso, para al final terminar con el tema acordando una especie de *modus vivendi* entre él y el Espíritu Santo? Pero el Espíritu Santo no cesó, no le dio descanso; una y otra vez se escuchó ese golpeteo familiar, el llamado en su corazón de esa voz familiar. Y después de años de resistencia no pudo más que ceder al final; se tornó como fuego en sus huesos, y gritó: "*Tú, Jehová, eres más fuerte que yo; Tú has prevalecido.*"

De esta forma, el Espíritu Santo rompe cada muro de división, derramando Su luz en todos los lugares vacíos del corazón, abriendo gradualmente cada puerta, logrando acceso a las cámaras más secretas del alma, incluso a las bóvedas debajo de la estructura de nuestro ser, hasta que finalmente, ya sea antes o en la muerte, el derramamiento de Su luminosidad se completa en toda nuestra personalidad, y el corazón entero se ha transformado en su templo.

Esta labor es ejecutada sólo por medio del Amor. El Espíritu Santo se permite ser afligido, provocado, e insultado; pero nunca cesa. Nunca se cansa de repetir lo mismo al oído que una vez fue sordo. En nuestro pasado o presente no puede haber pecado, no importa cuán bajo sea, del cual Él no nos consuele, el cual Él no perdona. Él provee un bálsamo curativo para cada herida interna. Él siempre tiene una palabra reconfortante para todos los que están fatigados. Es Amor que siempre nos llena con vergüenza; pero al mismo tiempo siempre nos levanta, nunca desesperándose, incesante en su devoción.

No es meramente un Amor por los hombres en general, sino en el sentido más exclusivo un Amor personal para el individuo; no sólo Amor por los redimidos tomados como una multitud, sino un Amor individual, con un tinte particular para satisfacer la especial peculiaridad de nuestro ser. No es sólo una misericordia por todos los que sufren, como aquella de la enfermera para los pacientes de su sala, sino amor que no puede satisfacer las necesidades de cualquier otro, pero es para mí en lo personal precisamente lo que debe ser y que no puede ser de otra manera.

De ahí la divina paciencia para *ganarte*. Uno podría decir: "Existen miles de otros a quienes Él podría tomar e influenciar con mucho menos trabajo quizás." Pero esa no es la cuestión. Con toda la profundidad de Su Amor divino, Él te buscó personalmente. Es Amor en el sentido más rico, puro, tierno de la palabra.

El Espíritu Santo prevalece al amarnos, al proveer Su Amor, al respirar Amor, mientras, al mismo tiempo, Su victoria trae Amor a *nuestros corazones*. Permite que entre en tu alma, y Él traerá el Amor que imperceptiblemente se imparte a tu corazón e inclinación. Cedemos, no

porque estemos obligados por una fuerza superior, sino que al ser atraídos por el Amor, somos afectados de tal manera que no lo podemos resistir.

Y este es el glorioso, divino, y hermoso arte del cual el Espíritu Santo es el principal Artista. Sólo Él lo entiende, y aquellos a quienes Ha enseñado. Todo otro amor no es más que una débil sombra o tenue imitación. No hasta que a través del Amor el Espíritu Santo haya prevalecido, puede el Amor entrar a nuestros corazones. Y entonces nosotros, los anteriormente pecadores y egoístas, aprendemos a apreciar el Amor.

XXII. El Amor y el Consolador

“En el Espíritu Santo, en amor sincero.”—2 Cor. vi. 6.

La pregunta es, “¿En qué sentido es el *derramamiento* de Amor una obra siempre continua, que nunca termina?”

El Amor aquí se toma en su sentido más elevado y puro. El amor que da sus bienes a los pobres y su cuerpo para ser quemado está fuera de discusión. San Pablo declara que uno puede hacer estas cosas y aún ser nada más que un metal que suena, que carece por completo de la más mínima chispa del verdadero y real Amor.

En 2 Cor. vi. 6, el apóstol menciona los motivos de su celo por la causa de Cristo; y es notable que entre ellas menciona estas tres, en el siguiente orden: “En bondad, en el Espíritu Santo, en amor sincero.” La bondad indica benevolencia general y disposición al sacrificio; de éstas encontramos entre hombres de mundo muchos ejemplos que nos avergüenzan. Luego vienen las estimulantes y animantes influencias del Espíritu Santo; finalmente, el Amor sincero que es el verdadero, real, y divino Amor.

En su himno al amor eterno el apóstol nos da una exquisita delineación de este "Amor sincero"; el cual no dejará de provocar la admiración de los santos en la tierra mientras el gusto por las melodías celestiales permanezca en sus corazones:

"El Amor es sufrido, es benigno; el Amor no tiene envidia, el Amor no es jactancioso, no se envanece; y un no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El Amor nunca deja de ser... Por ahora vemos en un espejo, oscuramente; pero entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido. Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el Amor" (1 Cor. xiii. 4-8, 12-13).

Esto enseña cómo el Espíritu Santo desarrolla Su obra de Amor. Y de esa forma, dice el apóstol, deberá estar el fruto de su trabajo en nuestros corazones. Muy bien; si tal es el glorioso fruto de Su trabajo y los hombres conocen al árbol por sus frutos, ¿no podremos concluir que esto no es sino la descripción de Su propia obra de Amor?

El medio empleado por el Espíritu Santo para derramar el amor de Dios en nuestros corazones es simplemente el Amor. Al amarnos Él enseña el amor. Al aplicar el amor a nosotros, al consumir amor en nosotros, Él nos inculca el amor. El Amor del Espíritu Santo ha hecho posible el derramamiento de amor en nuestros corazones. Tal como, de acuerdo a 1 Cor. xiii, el Amor debe manifestarse en nuestras vidas, el Espíritu Santo lo ha forjado en nuestros corazones. Con infinita paciencia y bondad buscó conquistarnos. Del amor que dimos al Padre y al Hijo Él nunca estuvo celoso, sino que se regocijó en él. Su Amor nunca hizo una exhibición de nosotros conduciéndonos a tentaciones insoportables. Nunca nos impresionó siendo egoísta, sino que siempre *ministrando* amor. Siempre se acomodó a las necesidades y condiciones de nuestros corazones. No importa cuán afligido estuviera, nunca fue provocado. Nunca nos malentendió o sospechó de nosotros, sino que siempre nos estimuló a nuevas esperanzas. Por tanto, se regocijó no en la iniquidad para santificarla, sino cuando la verdad

prevaleció en nosotros. Y cuando nos desviamos e hicimos el mal, cubrió el mal susurrando en nuestro oído que aún creía y esperaba puras cosas buenas de nosotros. Por tanto, soportó en nosotros todo mal, toda fealdad, todas las contradicciones. No nos falló como la lámpara que se apaga en la oscuridad. El Amor del Espíritu Santo *nunca falla*. Y mientras aquí gozamos de toda Su dulzura y ternura, profetiza que sólo en otra vida manifestará la plenitud de Su luminosidad y gloria, porque en la tierra se le conoce sólo parcialmente. Su dicha perfecta sólo aparecerá cuando, no mirando más por medio del vidrio a lo fenomenal, contemplaremos las verdades eternas. Porque por más que todo el resto falle, siendo entre nuestras bendiciones espirituales el más elevado, el más rico, por lo tanto el más grandioso, el Amor permanecerá para siempre.

De esta forma comenzamos a entender algo acerca del Consuelo. Cristo llama al Espíritu Santo el "Consolador." Él dice: "Yo os daré *otro* Consolador, para *que esté con vosotros para siempre*" (Juan xiv. 16).

Esto no se refiere a "sólo consuelo en la vida y en la muerte," porque eso consiste en "que no estoy solo, sino pertenezco a mi fiel Salvador Jesucristo" (Heid. Cat., p. 1). Cristo habla, no de consuelo, sino del *Consolador*. No una cosa, un evento, o un hecho, como el pago del rescate en el Calvario, sino de una Persona, quien por Su aparición personal viene en realidad a consolarnos. Abrumados por la angustia y la tristeza, no hemos perdido el *consuelo*, porque nada puede venir a nosotros sin la voluntad de nuestro Padre celestial; pero podemos haber perdido al *Consolador*. Es una cosa estar vigilando al costado de la cama de mi hijo enfermo, y recordar que aun esta aflicción puede ser para la gloria de Dios y una bendición para el niño; y es otra cosa muy diferente cuando un fiel padre entra a la pieza, y viendo mis lágrimas las seca; viendo mi tristeza busca cómo sacarla de mi corazón; con el calor de su amor, me trata con ternura en la frialdad de mi desolación; e inclinando mi cabeza contra su pecho me mira esperando a los ojos; y suavizando mi frente, con santa animación, me apunta hacia el cielo, inspirándome con confianza en mi Padre celestial.

El consuelo es un *tesoro* depositado del cual puedo pedir prestado; es como el sacrificio de Cristo en quien está todo mi consuelo, porque, en el Calvario el abrió para toda la casa de Israel una fuente para la limpieza del pecado y la inmundicia. Pero un consolador es una *persona*, que, cuando yo no puedo ir a la fuente y ni siquiera la puedo ver, va por mí y llena su cántaro y pone las gotas refrescantes en mis labios quemantes. Cuando Ismael yacía muriendo de sed, el consuelo de su madre estaba cerca, en la grieta de la roca desde donde el agua salía en chorros; aun con el consuelo tan cerca podría haber muerto. Pero cuando el ángel de Jehová apareció y le mostró el agua, entonces Agar había encontrado a su *Consolador*.

Y tal es el Espíritu Santo. Mientras Jesús caminó sobre la tierra Él fue el Consolador de Sus discípulos. Él los levantó cuando tropezaban; cuando estaban desalentados y angustiados por el temor y la duda, Él fue su fiel Salvador y Consolador. Pero Él mismo no fue consolado. Cuando estando en Getsemaní, estando muy triste aun ante la muerte, les pidió consuelo, ellos no se lo pudieron dar. No tenían fuerzas; durmieron y no pudieron vigilar con Él siquiera una hora. Así es que luchó solo, desconsolado e incómodo, hasta que vino un ángel que hizo lo que los pecadores no podían hacer, consolar al Salvador en Su angustia.

Cuando estaba a punto de marcharse de la tierra, Jesús supo de antemano lo desolados que estarían sus discípulos. Eran cañas débiles, indefensas, rotas. Tal como la delgada vid se aferra al roble, asimismo se aferraban a su Señor. Y ahora, cuando el árbol iba a ser removido y las vides iban a yacer en el suelo en una masa enmarañada, necesitaban ser consolados como uno a quien su madre consuela. ¿Iban ahora a quedar como huérfanos, dado que Él que les había consolado aun más tiernamente que una madre tendría que irse? Y Jesús responde: "No, no los dejaré huérfanos, les enviaré otro Consolador, y Él permanecerá con ustedes para siempre."

De esta manera el profundo significado de la palabra de Cristo, que el Espíritu Santo es nuestro consolador, naturalmente se revela. Por supuesto, para que pueda consolarnos Él debe estar personalmente con nosotros. Uno sólo puede consolar por medio del amor. Es el levantar de la cruz demasiado pesada de los hombros, el constante susurro de palabras de amor, el recoger

de las lágrimas, el escuchar pacientemente las quejas de nuestra aflicción, el compadecer nuestros sufrimientos, el estar oprimido por nuestras angustias, la identificación con nuestra persona que sufre. Con seguridad, aun un obsequio puede proveer consuelo; una carta de una tierra lejana puede emitir un rayo de esperanza al alma atribulada; pero consolarnos de tal forma que la carga caiga de nuestros hombros, y que el alma reviva y ame, esperando regocijarse en su amor—tal consuelo sólo podemos esperar de la persona viviente, quien, viniendo a nosotros con la llave de nuestro corazón, nos trata con ternura con el calor de su propia alma.

Y como nadie más puede estar siempre con nosotros, entrar completamente en nuestras tristezas, entendernos completamente y consolarnos con amor infinito, resulta que el Espíritu Santo es el Consolador. Él permanece con nosotros para siempre, entra en los lugares profundos de cada alma, cada palpitación del corazón, es capaz de relevarnos de todas nuestras preocupaciones, lleva todos nuestros problemas sobre Sí mismo, y por Sus palabras de amor tiernas y divinas y Su dulce comunión nos levanta de nuestra condición desconsolada. Esta gloriosa obra del Espíritu Santo debe ser estudiada con extremo cuidado.

Se puede comparar, no con aquella del artista que esculpe una estatua de mármol, sino con aquella madre piadosa quien con amor sacrificado estudia los caracteres de sus hijos, vigila sus almas mientras ellos mismos no tienen pensamiento alguno de ello, los cuida en la enfermedad, reza con ellos y para ellos para que puedan aprender a rezar por sí mismos, presta un oído oyente a sus pequeñas quejas, y quien a través de todo esto expende la energía de su alma con advertencias y admoniciones, con reprimendas, luego caricias, para atraer sus almas a Dios.

Sin embargo, aun en esto no hay comparación; porque todos los sacrificios de la madre más piadosa, y todo el consuelo con el cual consuela a sus hijos, son absolutamente nada comparado con el exquisito y divino consuelo del Espíritu Santo.

¡Oh, ese Consolador, el Espíritu Santo, que nunca deja de preocuparse por los hijos de Dios, que siempre reanuda con nueva vida el tejido de sus almas, aunque su obstinación ha roto los hilos! En la tierra no hay una comparación adecuada para ello. En la vida humana puede haber un *tipo* en alguna parte; pero no existe una imagen de *tamaño real* capaz de medir este consuelo divino. Es del todo singular, del todo divino, la medida de todo otro consuelo. El consuelo mediante el cual consolamos a otros tiene valor y significado sólo cuando brilla con la chispa del consuelo divino.

El Cantar de los Cantares contiene una descripción del tierno amor de Emanuel por su Iglesia: Él, el Novio que llama a la novia; ella, la novia que languidece con amor por su Novio dado por Dios. Esto es, por lo tanto, algo totalmente diferente: el amor, no de consuelo, sino de la más tierna, más íntima comunión y mutuo pertenecerse el uno al otro; el uno no feliz sin el otro; destinados el uno para el otro; unidos por la divina ordenanza, y en virtud de esa misma ordenanza, miserables a no ser que el uno posea al otro. Tal no es el amor del Espíritu Santo en el consuelo. La comunión de Cristo y la Iglesia es para el tiempo y la eternidad; pero, el consuelo del Espíritu Santo cesará—no Su obra de Amor, sino aquella de consolar. El consuelo puede ser administrado mientras haya uno sin consuelo y desconsolado. En tanto Israel deba rezar para ser liberada de las iniquidades; en tanto fluyan las lágrimas; en tanto exista amarga tristeza y angustia—durante todo ese tiempo, el Espíritu Santo será nuestro Consolador.

Pero cuando el pecado se termine y la miseria ya no exista, cuando la muerte sea abolida y la última tristeza sea soportada y la última lágrima sea secada, entonces, yo pregunto, ¿qué le queda al Espíritu Santo por consolar? ¿Cómo podría haber aún lugar para un Consolador?

¿Entonces por qué dijo Jehová, "Yo os daré otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre"? (Juan xiv. 16) Yo respondo con otra pregunta: ¿Es para el honor del niño que, mientras llora por el consuelo de su madre, la olvida tan pronto la tristeza ha pasado? Esto no puede ser; esto sería una negación de la naturaleza del amor. Aquel que está verdaderamente consolado abraza para su consolador un sentido tan intenso de gratitud, obligación y apego que no puede mantenerse en silencio, sino que después de haber disfrutado del consuelo anhela

también la dulzura del amor. Lo mismo es cierto en relación al Espíritu Santo. Cuando Él nos haya consolado de nuestra última angustia, y nos haya apartado de la tristeza para siempre, entonces no podremos decir, "Oh Espíritu Santo, ahora te puedes retirar en paz"; al contrario, estaremos obligados a gritar, "Oh, refréscanos y enriquécenos ahora con Vuestro Amor para siempre."

Esto no sería así si el pecado aún habitara en nosotros; porque el pecado hace que uno sea tan mal agradecido y autosuficiente que después de haber probado el consuelo pueda olvidarse del Consolador. Pero entre los benditos no hay ingratitud; sino que por una profunda compulsión interior amaremos y alabaremos a aquel que, con amor cautivante, nos ha consolado divinamente.

Por lo tanto el Consolador que ha de retirarse después de habernos consolado no puede ser el Consolador de los hijos de Dios. Por eso Jesús aseguró a sus discípulos: "No los dejaré desconsolados. Yo os daré otro Consolador, para que *esté con vosotros para siempre.*"

XXIII. El Mayor de Ellos es el Amor

"El mayor de ellos es el Amor."—1 Cor. xiii. 13.

Que el *derramamiento* del Amor y el brillo de su fuego a través del corazón es el trabajo eterno del Espíritu Santo, es afirmado concisamente por San Pablo en el último verso de su himno de Amor. La Fe, La Esperanza, y el Amor son los más preciados dones de Dios; pero el Amor sobrepasa por lejos a los otros en preciosidad. Comparados con todos los dones celestiales, La Fe, La Esperanza, y el Amor están en lo más alto, pero de estos tres el Amor es el más grandioso. Todos los dones espirituales son preciosos, y con santo celo el apóstol los codicia, especialmente el don de la profecía; pero, entre los diversos caminos para obtener dones espirituales, él conoce un camino aun más excelente, a saber, el camino real del Amor.

Sabemos que algunos nos niegan el derecho a interpretar de esta manera el verso decimotercero; pero con poco efecto. Afirmar que en la vida celestial la fe y la esperanza, al igual que el Amor, permanecerán para siempre, se opone a la enseñanza general de la Escritura, y especialmente al curso de razonamiento de San Pablo. En su Epístola a los Corintos, opone la fe a la vista, diciendo, "Por fe andamos, no por vista" (2 Cor. V. 7); por lo cual no puede estar queriendo decir que después de todo la fe continuará cuando se transforme en vista. Si la fe es la evidencia de cosas no vistas, ¿cómo puede continuar cuando veamos cara a cara? ¿Cómo es posible sostener que San Pablo representa la fe como un don eterno cuando en el decimosegundo verso dice, "Entonces conoceré como fui conocido"? (1 Cor. xiii. 12). Y hace la misma representación en relación a la esperanza, "Porque en esperanza fuimos salvos," agregando, "La esperanza que se ve, no es esperanza; porque lo que alguno ve, ¿a qué esperarlo?" (Rom. viii. 24). Por lo cual la fe y la esperanza no pueden ser representadas como elementos permanentes y perdurables en nuestro tesoro espiritual. Ni la fe ni la esperanza pertenecen a la herencia legada a nosotros por testamento. Constituyen fuentes de vida y alegría espiritual para nosotros ahora, porque aún no poseemos la herencia; pero una vez que la herencia es nuestra, ¿por qué deberíamos preocuparnos aún por el testamento? Como prueba y seriedad de que la herencia no puede perderse, el testamento es muy preciado para nosotros; pero cuando la herencia es entregada a nuestras manos es un mero papel de desecho, y sólo la herencia tiene valor.

Incluso los Doctores Beets y Van Oosterzee, a pesar de que eligen caminar por senderos algo diferentes a aquellos de los padres, conceden este punto completamente, como muestran claramente sus hermosos comentarios del último verso de 2 Cor. xiii, el Dr. Beets escribe:

"Sin causa aparente, al final de la digresión sobre la excelencia del amor, el apóstol menciona la fe y la esperanza antes del amor. Es evidente que, mientras piensa en lo último, no puede pasar por alto lo primero. ¿No podemos inferir de esto que la fe y la esperanza son tan esenciales para el cristiano como lo es el amor? ¡Un cristiano sin amor! Es de hecho una contradicción de términos. El apóstol dice: 'Aquel que no tiene amor no es nada.' ¿Cómo podría

serlo cristiano? ¡Ah, qué decepción, que hipocresía, qué horrible pecado disfrazar una vida sin amor, un corazón sin amor bajo el nombre de cristiano! Pero, ¿qué piensa usted de un cristiano sin esperanza? ¿No es esto igual de absurdo e igual de ofensivo? ¡Qué! La vida y la inmortalidad traída a la luz por Jesucristo; Él la Resurrección y la Vida, poseyendo las palabras de vida eterna; Su Evangelio las buenas nuevas del perdón de los pecados, de la reconciliación con Dios, de un cielo abierto de dicha; ¡y todavía se piensa que es posible que en medio del sufrimiento y la tristeza actual un cristiano pueda vivir sin la posibilidad y la expectativa de un futuro tan glorioso! ¡Sin esperanza! ¿No es éste un rasgo fatal en el triste cuadro del ciego pagano que hace el apóstol? ¿No es lo mismo que estar sin Cristo? ¿Sin Dios? Ciertamente, sin Cristo, ningún hombre puede conocer esta esperanza, y nadie que conozca a Cristo puede estar sin ella.

"Y nuevamente, ¿se puede ser cristiano sin fe en Dios, que 'tanto amó al mundo que dio a su único Hijo, para que quienquiera crea en Él no muera, mas tenga vida eterna'? ¿Sin fe en Cristo que ha dicho, 'que no se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en Mí'? ¿Sin fe en esa fiel y verdadera palabra de la divina promesa que se centra en el hecho de que Jesucristo ha venido al mundo a salvar a los pecadores? ¿Un cristiano sin fe—no digo el poder de la fe mediante la cual el puede remover montañas, sino sin la fe que es la evidencia de cosas no vistas? Lector, si quizás tú eres uno de tales cristianos, ¿cuál es tu cristianismo? ¿En qué te beneficias? ¿Con qué derecho, con qué conciencia, con qué propósito persistes en pretender el nombre de cristiano? Un cristiano sin fe es uno sin esperanza; y como tal es un mortal, un pecador sin consuelo en la vida y en la muerte.

"Quizás algunos responderán: 'Aun como tal mi Cristianismo puede ser muy importante para mí, y servirme el más alto y mejor propósito, si sólo me causa ir al amor. Aunque yo tuviera fe que me permitiera mover montañas, y no tuviera amor, no sería nada. Sólo a través del amor uno es algo, es mucho, es todo. Teniendo amor, tengo suficiente; y teniendo amor, no puedo estar del todo sin esperanza. Siendo estos tres igualmente indispensables, son igualmente inseparables del cristiano. Ningún cristiano sin fe, sin esperanza, sin amor. Ninguna esperanza cristiana ni amor cristiano sin fe cristiana. Y, por otro lado, ninguna fe cristiana sin esperanza cristiana; ni fe cristiana sin amor cristiano. Fe, Esperanza, Amor; estos tres originan el uno del otro; se sostienen el uno al otro; estos tres son uno; se hacen uno más y más; se fortalecen, se purifican, se regeneran mutuamente. El amor no es el primero, ni tampoco la esperanza, sino la fe. Sin embargo, la fe es imposible, aun por un momento, sin esperanza y amor.

"Pero entre estas tres, que son indispensables para el cristiano y absolutamente entre ellas, el amor es el más grande y más excelente de todos:

"Primero, por su importancia para el *cristiano*. La fe es la salvación interior, y la esperanza es la felicidad renacida del hombre caído; pero el amor es la perfección creciente del hombre restablecido.

"Segundo, por su *relación con Dios*. De la fe y de la esperanza Dios es el Objeto y el Ejemplo. Creer en Dios es lanzarse a los brazos de Dios; tener esperanza es descansar en Su corazón; pero, amar es llevar Su imagen. Su propio Ser es Amor. Amar es divino. Dios es Amor, y aquel que permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él.

"Tercero, el amor es más grande por *sus obras*. Del profundamente enraizado árbol de la fe, es el fruto que glorifica a Dios y la sombra que difunde una bendición. Por el amor todos los que creen son uno; por él se fortalecen, se sirven, y se soportan mutuamente. 'El amor edifica.' Construye el Cuerpo del Señor; propaga Su Iglesia entre la raza pecadora, y continúa Su trabajo de amor. Por amor Su Iglesia, Su Cruz, Su Persona encuentran gracia y honor en los ojos de los no creyentes. Avergüenza la incredulidad y calla la burla.

"Cuarto, el amor es más grande en razón de *su resistencia*; el Amor nunca falla. Cuando el tiempo se funde en la eternidad, la profecía estará en silencio. Cuando los redimidos de todas las naciones se unan en el canto del Cordero, las lenguas cesarán; y el conocimiento parcial desaparecerá cuando llegue aquel que es perfecto. Y cuando todo sea vista no habrá más lugar para la fe; y ¿dónde estará la esperanza cuando todo se haya cumplido?

"Finalmente, el amor *nunca falla*. Cuando este corruptible se haya puesto la incorrupción, y este mortal se haya puesto la inmortalidad; cuando sea revelado a nosotros aquello que seremos; cuando inclinados en adoración lo veamos a Él como Él es, en quien, aunque no lo veamos, sin embargo, creyendo, nos regocijemos con alegría indecible y llena de gloria, entonces todo nuestro ser, toda nuestra fe y esperanza, será sólo amor. Entonces el amor, purificado de su última mancha y habiendo logrado su más alta verdad, será en nosotros para siempre la fuente inagotable de felicidad y el poder inagotable de la actividad glorificadora de Dios. Sólo entonces nos daremos cuenta perfectamente, es decir para siempre, lo que significa amar, y también qué poco han sabido del amor aquellos que, negando el amor de Dios en Cristo, consideraron el ejercicio del santo amor consistente con la perseverancia en la incredulidad blasfema."

Y el Dr. Van Oosterzee ha escrito con no menos ánimo:

"Son nobles compañeras aun cuando las consideramos cada una por sí sola: la fe, no meramente una cierta confianza del alma en la realidad de cosas invisibles, y en la certeza de la revelación de Dios en Jesucristo, sino aquella fe salvadora que construye sobre la Persona y la obra del Redentor; que entra en la más cercana comunión con Él; esperanza en el perfecto cumplimiento de todas las promesas de Dios que son amén en Jesucristo; y el Amor que une al creyente, no sólo con Dios y Cristo, sino con todos sus hermanos y hermanas en el Señor, y con toda la raza que en el cielo y la tierra lleva el nombre de Dios.

"Un hermoso cuadro: a la derecha, la Fe abrazando la Cruz salvadora; a la izquierda, la Esperanza apoyándose en el ancla infalible; y al medio, el Amor sujetando en su mano el corazón ardiente, su sacrificio diario consagrado al Dios del Amor. Y sin embargo, aunque en la representación deben estar separadas, en la realidad no pueden estarlo, siendo compañeras inseparables, no sólo de cada cristiano, sino también de cada cual. Porque, ¿qué es la fe, sin esperanza y sin amor? Una fría convicción del entendimiento, pero sin el poder avivante en el corazón, y sin fruto maduro en la vida. Sin esperanza, la fe no podría ver el cielo siquiera una vez; pero aunque pudiera entrar al cielo sin el amor, perdería su más alta felicidad. Y, ¿qué es la esperanza, sin fe y sin amor? A lo más un vano engaño, seguido de un doloroso despertar; una flor fragante que pronto ha de marchitarse sin siquiera una vez dar fruto. Y finalmente, ¿qué es el amor sin esperanza y sin fe? Quizás el brotar del sentimiento natural; pero de ninguna manera un principio espiritual, vital. Si el amor no cree, debe morir; y si no tiene esperanza además de amor, debe ser una fuente de inmensurable sufrimiento.

"Separar una de estas tres hermanas de las otras es escribir la sentencia de muerte de la una, y destruir la belleza de las otras. Inseparablemente unidas, sin embargo, merecen ser llamadas compañeras en el más amplio sentido de la palabra. La fe es mucho, la esperanza es más, el amor es lo máximo. La fe nos une con Dios; la esperanza nos levanta hasta Dios; pero el amor nos hace conformes a Dios, porque Dios es Amor. La fe es la hija de la humildad, la esperanza es el vástago de la persecución, pero el amor es el fruto de la fe y la esperanza juntas. Mediante la fe y la esperanza en cierto sentido nos buscamos a nosotros mismos; sólo el amor nos hace olvidarnos de nosotros mismos, trabajando para la salvación de otros. La fe se arrodilla en la habitación, y la esperanza, en santo éxtasis, ve abrirse los cielos; pero entonces el amor nos envía de vuelta al mundo para impartir a otros el tesoro de consuelo ahí recibido. Sí, del amor, no de la fe ni de la esperanza, se puede decir que nunca falla. La fe se transforma en vista y la esperanza en placer, porque ¿por qué el hombre ha de tener esperanzas por algo que ya ha visto? Pero aun ante el trono de Dios, el amor permanece tan joven como cuando nació por primera vez en el corazón. Aún ahí el lazo de perfección es al mismo tiempo la condición y la promesa de un infinito aumento en la santidad y en la bienaventuranza; y, por lo tanto, es el más grande para siempre, tanto aquí como allá, aunque su nombre está meramente en tercer lugar. Para el cristiano aquí estas tres son compañeras constantes; no importa qué pueda cambiar y desaparecer, ellas permanecerán, porque son una marca inmutable de cada creyente. Deben permanecer, o todo nuestro cristianismo se transformará en una forma sin vida. Ellas permanecerán, porque son sublimemente divinas y verdaderamente humanas. Puede que la fe tenga que luchar con la oscuridad, la esperanza con la duda, el amor con la resistencia; pero donde Cristo verdaderamente vive en el corazón, deberán permanecer para siempre."

Hay, por supuesto, expresiones en estos pasajes que son de la exclusiva responsabilidad de estos dos divinos; queremos mostrar sólo que estos dos hombres han sentido fuertemente que la superioridad de lugar y calidad del Amor es principalmente conspicua por el hecho de que, mientras la fe y la esperanza eventualmente cesarán, el amor permanece para siempre.

Ciertamente, la fe y la esperanza no cesan en el sentido que cesan otros dones espirituales. La palabra "temporal" tiene un doble significado. Temporal es el gusano que muere y del cual nada queda. Temporal es la oruga que debe morir como gusano, pero que surge hermosa nuevamente como una mariposa. Lo mismo es cierto de la fe y la esperanza, al compararse con los dones espirituales de hablar en lenguas y sanar a los enfermos. Los últimos fallarán completamente. Ellos desaparecerán completamente. Ellos se desvanecerán, como dice San Pablo en 1 Cor. xiii. 8. Pero el fracaso de la fe y de la esperanza no pueden tomarse en ese sentido. Ellos fracasan sólo para surgir nuevamente en una forma más completa, más rica, y más bella de vista y goce.

Pero el amor no conoce esta metamorfosis. No sólo permanece para siempre, sino que permanece *inmutable*. En el hecho de que todos los otros dones perecen o cambian, y que sólo el amor es eterno, vemos el permanente trabajo del Espíritu Santo brillando en los corazones de los creyentes; en nuestra meditación sobre el Amor comprendemos su propia obra en todas sus profundidades, incluso hasta la raíz.

XXIV. El Amor en los Benditos

“Que Dios sea todo en todos.”—1 Cor. xv. 28.

La santificación y el derrame de amor no son la misma cosa. Antes de la caída, Adán no podría haber sido el sujeto de ningún acto de santificación, porque era santo; pero el Amor podría haber sido derramado en su corazón en forma más rica, más completamente, y más abundantemente. Y esto habría sido la obra del Espíritu Santo.

Sólo los impíos necesitan santificación; pero suponer que el Amor se agota en la victoria sobre el egoísmo es un gran error. Por supuesto, el egoísmo es totalmente inconsistente con el Amor; pero el Amor no es la mera ausencia de egoísmo, como en Adán; ni su *reprensión* y *victoria* a costa de sangre en el santo; de hecho, el Amor empieza a revelarse y desarrollarse sólo después de que los últimos rastros de egoísmo han sido totalmente borrados.

Lo mismo es cierto de la salud, que no es meramente deshacerse de la enfermedad y su sutil veneno; porque entonces sólo los convalecientes podrían ser denominados saludables, y la real vida saludable y la vida de salud estarían fuera de la cuestión. Por el contrario, la salud existe independientemente de la enfermedad; la antecede, y la expulsa cuando invade el sistema; porque esta es una de sus operaciones esenciales. Y después de su lucha con la enfermedad continúa en forma más rica y exuberante, como si no hubiera existido enfermedad alguna, desarrollando poderes y ofreciendo placeres cada vez más nuevos y gloriosos. De la misma manera el Amor antecede al egoísmo. Y cuando el egoísmo apareció, el Amor inmediatamente se preparó para expulsarlo. Y habiendo tenido éxito, su trabajo no estuvo concluido, sino que continuó su vida de amor como si nada hubiera ocurrido. La victoria sobre un enemigo invasor no termina la existencia nacional, sino que el desarrollo y la prosperidad de la nación continúan callada y agradecidamente. Satanás invadió el Paraíso, la morada del Amor, y con todos sus poderes malignos de egoísmo se opuso al Amor. Entonces el Amor tuvo que luchar, no porque estuviera en su naturaleza, sino en defensa propia. En realidad, puede que no deje de luchar hasta que el egoísmo esté bajo perfecto control. Y cuando el dominio del Amor está seguro, el amor no se reclina en un sueño eterno, sino que con un fuerte impulso y Santa animación continúa desplegando su Santa y reposada vida.

Esta lucha no se combate separadamente en todo corazón. El hecho de que Satanás es el autor e inspirador de todo egoísmo comprueba la relación mutua del egoísmo en todo corazón. Hasta cierto punto incluso el egoísmo es organizado. Por lo tanto, la victoria sobre un egoísmo

individual no es de utilidad mientras continúe el egoísmo en otros. El egoísmo de uno necesariamente afectará al otro, y el amor no puede celebrar su triunfo.

Es cierto, en la muerte Dios elimina todo pecado de nuestros corazones; y por lo que a nosotros concierne, el egoísmo es eliminado. Aquel que despierta en la eternidad con egoísmo en su corazón va camino al infierno. Pero aunque en la muerte Dios con Su gracia elimina los últimos rastros de egoísmo de los corazones de sus elegidos, la guerra contra el egoísmo no ha finalizado. Porque aun desde el cielo Cristo emprende la guerra, hasta la hora en que, como el verdadero Miguel, con todos Sus ángeles propinará el último golpe a Satanás y sus demonios impíos. Y si inmediatamente después de la muerte los elegidos gozan con Emanuel de la comunión del Amor, entonces por supuesto que participarán con Él en su conflicto contra Satanás y lucharán con Él día y noche. Ningún santo puede ver luchar a su Salvador y permanecer neutral. No, el Amor de Dios es tan profundo, inspirador, y cautivante que no puede sino entrar en el conflicto.

No sabemos cómo participan del conflicto en el cielo los redimidos. Cuando en tiempos de guerra los maridos, los padres y los hijos salen a enfrentarse con el enemigo, las esposas, las madres y las hijas se quedan en el hogar y nunca ven el campo de batalla, pero sin embargo son partícipes del conflicto: en sus corazones y plegarias; por sus cartas de amor inspirando a los hombres en el campo; con sus propias manos proveyendo para sus necesidades; cuidando a los heridos y moribundos; honrando a los héroes que retornan y a los que cayeron batallando. Aun en la tierra uno puede participar en la lucha sin mover un pie, sin empuñar arma alguna excepto el Amor. Esto responde en alguna medida la pregunta de cómo participan los redimidos en el cielo en la guerra junto con Miguel contra Satanás: *mediante el gran amor en sus corazones*; y por anticipación gozan del cumplimiento de la promesa de que con Emanuel se sentarán sobre Su trono.

Sin embargo, esta condición es sólo provisoria y terminará con el amanecer de ese día notable cuando desde el cielo se escuche el grito, "Consumado es," como una vez se escuchó desde el Calvario: "¡Consumado es!" Entonces, con el último enemigo destruido, todos estarán sujetos a Cristo. Entonces terminado todo egoísmo, toda impiedad, y siendo vencida toda oposición al Amor, los hijos de Dios gozarán de una existencia eterna e inalterada en que el Amor logrará su apogeo; y este es, como lo expresa la Escritura: "Que Dios será todo en todos."

"Dios todo en todos," considerado en conexión con la obra del Espíritu de derramar el amor de Dios en los corazones de los santos, arroja nueva luz sobre el tema. Si mediante Su morada interior el Espíritu Santo derrama el Amor de Dios en los corazones de los santos, y hace que ese Amor fluya como ríos de agua sobre los campos de su vida espiritual; si este cultivar el Amor es su más apropiada obra, entonces este "Dios todo en todos" es inmediatamente inundado de luz. Porque entonces significa ni más ni menos que el Espíritu Santo, habiendo entrado en el último de los elegidos, habitará en los corazones de *todos los santos*; habrá impregnado todo el cuerpo de Cristo tan completamente que el egoísmo no solamente será expulsado, y finalizado el conflicto con el egoísmo, sino que ni siquiera será recordado, ni temido su posible regreso.

A pesar de que "Dios todo en todos" tiene indudablemente referencias a Satanás y a los perdidos, porque ellos permanecerán para siempre bajo el furor del Todopoderoso y serán consumidos por Su ira; no obstante, en su correcto y completo significado se refiere sólo a los elegidos. Sólo en ellos Él establece Su morada personalmente; sólo en ellos Él se transformó en *algo*; sólo en ellos Él se tornó gradualmente *más y más*; sólo en ellos Él se transformó en *todo*. "En todos," refiriéndose al *número de los elegidos*, significa que en ellos, no individualmente, sino colectivamente como el cuerpo de Cristo, el triunfo del Amor será completo.

Pero aun entonces el trabajo del Espíritu Santo no está terminado, pero de ahí en adelante continuará para siempre. Entonces la felicidad celestial sólo *comenzará* a revelarse en una forma totalmente divina, y sin el más mínimo impedimento la Rosa del Amor mostrará su brillante belleza. Cuando, como novio saliendo de sus aposentos, el sol surge del vientre de la mañana y hace que sus rayos dorados luchen con las nubes oscuras de la noche que se va,

hasta que, habiéndolas dispersado a todas, se incorpora como magnífico conquistador en el profundo azul de un cielo sin nubes, su esplendor no declina entonces con los últimos vapores que se desvanecen, sino sólo comienza a brillar con mayor fulgor y poder. Y lo mismo es cierto del Sol del Amor. Primero pelea y lucha para vencer la resistencia de las nubes oscuras y los vapores del egoísmo; y sólo gradualmente, después de lo que pareciera un conflicto interminable, Él tiene éxito en dispersarlas y expulsarlas ante el esplendor de Su brillantez. Pero cuando la victoria es suya, y el Sol del Amor se muestra finalmente en deslumbrante gloria en el cielo sin nubes, entonces, y sólo entonces, comienza a mostrar Su belleza perfecta y a irradiar sus rayos benditos y acariciantes.

Después del día del juicio, el Espíritu Santo no puede dejar de alimentar, cultivar, y fortalecer el Amor de Dios en los elegidos; porque, si sólo por un momento los abandonara, dejarían de ser Sus hijos, y el cuerpo de Cristo perdería la ligadura que lo ata a su sagrada Cabeza.

Los elegidos de Dios no existen sin la existencia interior del Espíritu Santo. Obtenemos todo lo que somos no de nosotros mismos, sino por ese rico Morador en nuestros corazones. Nosotros, su pobre anfitrión, no tenemos nada, y de nuestro tesoro no podemos producir siquiera un grano de amor; pero nuestra rica Visita obra en nosotros con toda Su riqueza. O en realidad, no con los Suyos propios, sino con las riquezas de los méritos de la Cruz de Cristo; y con pródigas manos el gasta esos méritos de la Cruz en el pobre dueño de la casa, haciéndolo indeciblemente rico. Pero Él hace esto, no de tal manera de hacer del Santo el poseedor de un capital independiente, a ser gastado sin el Espíritu Santo. No, es el Espíritu Santo quien de momento a momento sujeta la lámpara que irradia el brillo del Amor en el corazón en Su propia mano. Por lo tanto, si después del juicio, el Espíritu Santo dejara de trabajar en los corazones de los santos o se alejara de, toda su vida, luz, y amor serían apagados de una vez. Son lo que son por Su existencia interior, y el Amor puede celebrar su triunfo sólo al impregnar toda su personalidad con Sus influencias. Y qué es esto, sino que "Dios es todo en todos"; puesto que por el Espíritu Santo incluso el Padre y el Hijo vienen a habitar en ellos.

Debido a los variados obstáculos que ahora impiden que la luz y el brillo del Amor los impregnen, esta existencia interior es bastante imperfecta. Aún en el cielo está obstaculizada en mayor o menor grado, debido al conflicto de Cristo y su gente contra Satanás. Pero después del juicio, terminándose para siempre estos obstáculos internos y conflictos externos, la obra del Espíritu Santo penetrará desde el centro a la circunferencia y desplegará gloriosamente la belleza interior del cuerpo de Cristo.

XXV. La Comunión de los Santos

"Un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación."—Ef. iv. 4.

Clasificar el amor entre las obras del Espíritu Santo no es una invención nueva. En relación a esto, asignar al amor un lugar tan conspicuo puede ser nuevo, pero la doctrina misma es tan antigua como el Credo Apostólico, el cual confiesa: "Creo en el Espíritu Santo; en la Iglesia Santa, Apostólica, Cristiana, *en la comunión de los santos.*"

Pues, ¿qué es la comunión de los santos sino el Amor en su manifestación más noble y rica? ¿Y cómo es presentada aquí sino como el propio fruto del Espíritu Santo? La obra del Padre se confiesa *primero*; aquella del Hijo en la Encarnación *segundo*; y en relación a la obra del Espíritu Santo, la Iglesia confiesa que esta no aparece en la creación, ni en la Encarnación, sino en la comunión de los santos, la cual, entre los hombres, es la expresión más tierna y gloriosa del amor.

"Comunión de santos," es decir, el régimen del Amor, no entre los egoístas, los débiles, los no puestos a prueba, los nuevos principiantes, sino entre los iniciados hijos de Dios, cuya vida es de Dios; una comunión cuyo anticipo se disfruta en la tierra, pero cuyo goce completo sólo puede encontrarse en el cielo; una comunión dulce y bendita, porque es pura, y procede sólo de santas impresiones; no fluyendo del corazón del hombre, sino derramada en él desde las

alturas cuando de pecador se transformó en santo, y desarrollándose en él más cálida y tiernamente en la medida que en su persona el hombre nuevo se pronuncia más y más; una comunión encontrada entre santos, no por casualidad, porque nace del hecho de que son santos, enraizado en el hecho de que son santos, y derivado de Aquel que los santificó. Por lo tanto, es un amor que la muerte no puede destruir; que, más fuerte que la muerte, continuará en tanto existan santos, inextinguible, para siempre.

Por tanto, es evidente que los padres tenían un profundo conocimiento del magnífico pensamiento que la obra real, característica, y perpetua del Espíritu es el *derramamiento del amor*; y lo han expresado en una forma hermosa y artística. El Espíritu Santo no era para ellos una Persona mística en la Divinidad, a quien miraban maravillados, sino Dios el Espíritu Santo obrando con poder omnipotente dentro y alrededor de ellos. Por lo tanto, seguían la confesión del Espíritu Santo con aquella de su creación, es decir la Iglesia Santa, Católica, Cristiana, que es el cuerpo de Cristo; y esa por la confesión de la comunión de los santos, forjada por el Espíritu Santo en la Iglesia.

La *Iglesia* y la *comunión de santos* son dos cosas. La primera se originó y existió antes de que hubiera la más mínima señal de la segunda. La Iglesia existe y continúa, aunque en tiempos desfavorables la comunión de los santos sufre pérdidas. El niño recién nacido no tiene conciencia de su relación con la familia. Vive, pero sin adhesión, inclinación, amor, ni lazo de unión alguno por la familia. El amor de hecho sí ejerce su influencia sobre él, y se preocupa por él, pero no vive ni en él ni a través de él. Por lo tanto, no existe comunión entre él y los otros miembros de la familia. Y lo mismo es cierto de la Iglesia. Ella puede existir, vivir, y aumentar antes de que exista una consciente comunión de santos. Por esta razón, la comunión de santos puede languidecer, desaparecer aparentemente, sí, incluso transformarse en amargura.

Por lo tanto la *Iglesia* y la *comunión de los santos* son dos cosas. Primero la Iglesia, que es el cuerpo, luego la comunión de los santos, que es su sustento y alimento.

Por tanto se lee, no que *veo o pruebo el sabor*, sino *creo* en la comunión de los santos. La comunión de los santos pertenece a las cosas invisibles y desconocidas, que en la tierra son parte del tenor de la fe, y que en la Nueva Jerusalén se transformarán en una rica y bendita experiencia. Porque este artículo de fe habla, no de una comunión de unos *pocos* santos, miembros del mismo círculo pequeño, sino de "la comunión de los *santos*"; y esta rica y comprensiva confesión no puede ser empequeñecida por una concepción estrecha de ella. La comunión de unos pocos santos no es algo desconocido en la tierra. Y existen pocos lugares donde algunos de los queridos hijos de Dios no viven juntos en dulce camaradería. Pero un círculo tan pequeño no constituye de ninguna manera *el* cuerpo de Cristo; y tal dulce camaradería sería injuriosa si no se considera el hecho, que debe ser una comunión de todos los santos de Dios en la tierra—del presente, pasado, y futuro.

Para alguien viviendo en un oscuro caserío, la comunión de los santos constituye la conciencia de que pertenece a una familia muy rica, numerosa, santa, y elegida; y que, en lugar de alguna vez ser enajenado de ella, estará unido cada vez más de cerca a ella. Es el sagrado conocimiento que todos los santos del Antiguo y del Nuevo Pacto, todos los héroes y heroínas, la completa nube de testigos, junto con apóstoles, profetas, y mártires, y los redimidos en el cielo, no son extraños para él, sino que junto a él pertenecen al mismo cuerpo; no sólo de nombre, sino en realidad, como será manifestado gloriosamente de una vez. Es el preciado consuelo para el corazón solitario que, en todos los confines de la tierra, entre las naciones y las gentes, en cada ciudad y pueblo, Dios tiene a los suyos a quienes ha llamado y reunido hacia la vida eterna; y que yo comparto con ellos la misma vida, poseo la misma esperanza y vocación, y sostengo con ellos, no importa cuán imperceptiblemente, la más tierna y sagrada comunión; sí, la firme y positiva seguridad de que si la tierra llegara repentinamente a su fin, sólo serían salvados aquellos que, siendo poseídos de un principio eterno, tuvieran el poder para florecer para siempre, y que todos los santos de Dios se mostrarían como una familia sagrada, en cuyo círculo sagrado hasta los más mínimos de Sus sirvientes brillarían como piedras preciosas.

Y por lo tanto, esta gloriosa comunión ya no debe ser menospreciada confinándola al propio entorno pequeño, y a menudo superficial. Por supuesto que no hay objeción cuando amigos que viven en el mismo lugar, que se reúnen juntos en el Señor, entendiéndose mutuamente, y edificándose mutuamente a través de la Palabra, hablan de su pequeño círculo en conexión con la comunión de los santos. Porque, dondequiera que santos moren juntos en amor y adoración, ahí efectivamente la comunión de los santos rompe a través de las nubes, y concede a ellos un vistazo de su brillo y gloria. Pero, aunque tal morar juntos en unidad se presenta en conexión con la comunión de los santos, y es resultado de ella, y proporciona un anticipo de lo que será en algún momento, es sólo una pequeña parte y un débil reflejo de la realidad. En un círculo tal, no importa cuán bueno, devoto y santo, los corazones se vuelven excluyentes. Comparado con el gran círculo mundial, no puede ser otra cosa que una pequeña compañía. Y esto necesariamente le imparte algo privado y exclusivo; en tanto la comunión de los santos es totalmente lo *contrario*; no excluyente, sino *incluyente*. No es una idea que cierra la puerta y cierra las ventanas; sino que, abriendo de par en par puertas y ventanas, camina a través de los cuatro rincones de la tierra, busca tiempos pretéritos, y mira hacia adelante a los tiempos que vendrán.

La comunión de los santos abre sus brazos lo más ampliamente posible. ¡Oh Dios mío! ¡Cómo puedo abarcar y abrazar a todos los queridos hijos a quienes Tú a través de los tiempos has regenerado y aún regeneras, los redimidos tanto en el cielo como en la tierra! Hay unos pocos de generaciones anteriores cuyos libros yacen abiertos sobre nuestra mesa, de manera que con Calvino podemos orar, o con gloria agustina en un Dios perdonador de pecados, o con Owen perdernos en la contemplación de las excelencias de Cristo, o caminar con Comrie por los senderos de la divina virtud. Pero ¿qué son estos pocos que hablan en comparación con los miles que están silenciosos; que fueron cada uno a su modo dotados y adornados divinamente con dones espirituales; que en el cielo se mostrarán brillantes con coronas, nuestros hermanos y hermanas ahora y para siempre? La comunión de los santos grita: "Alarguen sus cuerdas y afirmen sus estacas." Porque es la comunión no con cientos, sino con miles; no con diez mil, sino con millones; una multitud que ningún hombre puede contar, como gotas de agua en el mar de cristal que está ante el trono de Dios.

Y esta comunión de los santos será real: no limitada como en esta vida terrenal, donde viviendo juntos en la misma ciudad nos juntamos a lo sumo diez veces al año; sino un verdadero vivir juntos la misma vida, comiendo juntos en la misma mesa, bebiendo de la misma copa, pensando el mismo pensamiento, regocijados por la misma felicidad, adorando las mismas misericordias insondables de nuestro Dios.

En Europa nuestra asociación con miles es ahora mucho más plena y rica que alguna vez la conocieron nuestros padres. Los medios de comunicación han mejorado y se han multiplicado maravillosamente. El telégrafo y el teléfono permiten al hombre una comunicación no confinada a lugar ni a distancia. Jamás se pensó contar con algo así. Nunca se le ocurrió al hombre que en quince minutos un santo en América podría intercambiar pensamientos con un hermano en Europa. Esta comunión de los santos era entonces para ellos un acertijo no solucionado. Pero para nosotros el velo se ha levantado parcialmente. En realidad vemos algo en ello: la intercomunicación del pensamiento en el más mínimo detalle, no confinado por la distancia, cruzando océanos, unificando continentes. Y sin embargo, ¿qué son el telégrafo y el teléfono comparados con los poderes de la era que vendrá? Y de esta forma vamos a tientas por la oscuridad y nos preguntamos cómo será cuando ya no exista distancia, cuando las ayudas materiales sean superfluas, cuando los hijos de Dios, activos en cualquier parte del cielo, gozarán de una comunión plena, rica, e íntima, hechos uno con Emanuel, todos participando del mismo amor.

¿Por qué es la comunión de los santos un artículo del credo de la Iglesia en la tierra? (1) Porque *en el mundo invisible incluso ahora es una realidad*; (2) porque *está implícito en la naturaleza del caso*; y (3) porque *ya está activa en el germen*.

Primero, ya existe en el mundo invisible; porque arriba hay un Iglesia triunfante. Millones han dormido en su Señor, y han entrado a las aulas de la eterna Luz. Y aunque para ellos la gloria completa del Reino no está revelada, demorándose como lo hace hasta después del Día del

juicio, y la ausencia del cuerpo glorificado aún detracta de la completa comunión de los santos, incluso ahora los santos y mártires que se han ido viven en tal felicidad celestial que la palabra del Salmista, "Mirad cuán bueno y cuán delicioso es para los hermanos habitar juntos en la unidad," sólo puede ser aplicado a aquella compañía celestial.

Segundo, y aunque en ese sentido no se le encuentra en la tierra, sin embargo está insinuado y sí existe *en la naturaleza del caso*; y como tal, debe ser el objeto de la fe. Profesamos creer en el Espíritu Santo, quien no vive separado de la Iglesia, sino que ha descendido a la Iglesia y a todos los miembros de Cristo, en quienes mora y obra; y tal hecho Él busca traer a sus conciencias individuales. Y como es la esencia de la auto-negación por parte del santo dejar que el Espíritu Santo obre en él más y más, siendo él sólo un colaborador, es evidente que la actividad de la fe debe tener este único resultado: que hay en todos los santos de Dios un solo Trabajador, trabajando en ti y en mí y en todos los que aman la aparición del Señor Jesucristo. Este es un hecho del cual estamos todos conscientes, cuyo resultado debe ser la más íntima armonía de vida, un crecimiento desde la misma raíz, y una fuerte y mutua atracción entre todos sus miembros. En el único Espíritu Santo debe concentrarse el trabajo en las almas de todos. Puede que no aparezca en la superficie, pero debajo de la superficie todas estas aguas deben fluir juntas en la comunión de los santos.

Tercero, y esto es verificado por la experiencia; porque claramente descubrimos su *germen* en la tierra. Hasta cierto punto es evidente en nuestro propio círculo íntimo: en la lectura de antiguos libros, y en el cantar de antiguos himnos; es evidente cuando escuchamos cómo la obra de Dios prospera o sufre en otros lugares, en otros países, y entre otras naciones. Porque, cualquiera sean las diferencias, esto notamos, que es el mismo lenguaje de amor que se habla en los confines de la tierra; que entre todos los hombres es la misma humillación y levantamiento del pecador; una bendita, divina comunión que los hombres atestiguan en cada lengua humana. Sí, aun más, hay pocos hijos de Dios que en algún momento de sus vidas no han visto ampliarse su horizonte espiritual, y no han escuchado, por así decirlo, el Canto del Cordero ascendiendo de los confines de la tierra, e innumerables multitudes gritando: "También glorificamos en el Amor que es eterno, misericordioso, y divino; también somos los peregrinos de Sión, la Ciudad del Dios Viviente." Esta es la actividad de la fe que, escapando de las actuales limitaciones, se glorifica en la ilimitada comunión de los santos de Dios, que aún llevan la cruz, o que ya llevan la corona.

XXVI. La Comunión de Bienes

"Si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros."—1 Juan i. 7.

La comunión de los santos está en la Luz. Sólo en el cielo, en las aulas de la eterna Luz, brillará con brillo no atenuado. Incluso en la tierra sus delicias se conocen sólo en la medida en que los santos caminan en la luz.

La comunión de los santos es una sagrada confederación; una unión de accionistas en la misma sagrada empresa; una sociedad de todos los hijos de Dios; una unión esencial para el goce de un bien común; una firma no de la tierra, sino del cielo, en donde los miembros tienen igual participación, que no es tomada de su propia riqueza, sino legada a su favor por Otro.

No se piense que esto tiene mucho sabor a laicismo. Aun el Señor Jesús comparó el reino del cielo con un mercader, y con alguien que había encontrado un tesoro en el campo. Y nuestro Catecismo también explica la comunión de los santos como la posesión de un bien común, diciendo que incluye dos cosas: Primero, ser partícipes de Cristo y de todas Sus riquezas y dones.

Segundo, la obligación de emplear estos dones para la ventaja y salvación de otros miembros.

Originalmente la comunión de los santos se tomaba en el sentido absoluto de incluir la *comunión en las posesiones terrenales*. De ahí el particular fenómeno en Jerusalén de tener

todo en común. Vendieron sus posesiones y depositaron lo obtenido en la Tesorería común, que estaba en manos de los apóstoles. Y de aquí eran sostenidos los pobres y aquellos que antes habían sido ricos. Por lo tanto, no había ni ricos ni pobres, sino que había igualdad.

En relación a esta comunión de bienes, existen opiniones contrapuestas. Algunos la han tomado como una indicación de que todos los cristianos deberían renunciar a sus posesiones privadas, y vivir a la manera de los monjes, como miembros de una única familia; en tanto otros han desaprobado de ella considerándola una extravagancia de fanatismo cristiano. Ambos extremos son insostenibles.

La Escritura parece estar mostrando que este esfuerzo generoso y entusiasta por escapar de la plaga de la pobreza era no sólo no rentable para unos pocos, sino que causaba un terrible sufrimiento que se extendía a toda la Iglesia. Al menos, en sus epístolas, San Pablo habla una y otra vez de los santos empobrecidos de Jerusalén quienes siempre estaban necesitando de una colecta y estaban en peligro de inanición. En otros lugares que no tenían una comunión de bienes había un excedente; y en Jerusalén, donde las posesiones se habían dividido en gran escala, la gente sufría escasez. Esto muestra convincentemente que la división de la propiedad, o comunión de bienes, no es la forma ordenada por Dios para sobreponerse a la pobreza o para lograr un estado de mayor prosperidad mutua. Los esfuerzos posteriores de varias sectas en Roma para lograr un ideal similar en una escala más pequeña y cuidadosa se encontró con fracasos similares. Y las empresas laicas de Proudhon y otras llegaron a resultados similarmente miserables.

Pero es igualmente erróneo suponer que este fracaso nos justifica en condenar a la Iglesia primitiva de Jerusalén por este acto. Esto sería inconsistente con el sostenimiento de la autoridad apostólica. Los apóstoles tuvieron un rol en esta materia; ayudaron a la Iglesia a recibir el dinero para su distribución. Por lo tanto, romper el sello de los apóstoles de este heroico acto de la Iglesia de Jerusalén es simplemente imposible. Deberíamos ser cuidadosos en no condenar lo que los apóstoles han estampado en su propio manual.

A juzgar por los resultados, esta comunión de bienes y la posterior miseria produjeron preciados frutos; en parte por el hecho de que la Iglesia de Jerusalén fue de este modo impedida de recaer en las actividades mundanas y al apego a casas y tierras; y con mayor fuerza en el otro hecho de que este mismo empobrecimiento de la Iglesia se transformó en el medio por el cual se previno el quiebre entre las iglesias de Palestina y aquellas del mundo de los Gentiles. La angustia de Jerusalén apagó el creciente orgullo del corazón judío; y el goce de impartir a otros ablandó los corazones en Corinto y en Macedonia. San Pablo, viajando a Jerusalén, llevando consigo tesoro europeo, sujeta en su mano la cuerda de plata que mantiene juntas y por corto tiempo une a las atribuladas iglesias.

Pero, aparte de estos buenos resultados, la división de la propiedad encarna algo aun mayor y de más sagrada importancia, que esencialmente le pertenece a la primera congregación cristiana. La intercomunicación internacional se desarrolló gradualmente; la traducción de la Palabra de Dios a los idiomas del mundo para la predicación universal del Evangelio tomaría muchos siglos. Aún hoy no es universal; y sólo en el cielo, después del juicio, surgirá el himno a la Sagrada Trinidad desde todas las gentes y lenguas. Y sin embargo, mientras esto se demoraba, y la Iglesia del Nuevo Testamento estaba recién empezando manifestarse, a Dios le plació en Pentecostés, mediante el milagro de las lenguas, hacer que los hombres escucharan el glorioso mensaje que venía de los labios de los apóstoles, a cada uno en su propio lenguaje. Y lo mismo es cierto en relación a la comunión de bienes. Incluso esto algún día será una realidad. Los bienes externos, visibles del cielo serán para el mutuo goce de todos los redimidos. Pero, a raíz del pecado y las limitaciones actuales, esto es imposible ahora. En el Paraíso la posesión privada estaba fuera de discusión. Ni Adán ni Eva tenían cosa alguna que no perteneciera a ambos. El jardín entero era de ellos y su posesión era mutua. La división tuvo lugar sólo después de llegar la ruptura, y continuará mientras dure la ruptura. Pero tal como en Pentecostés el milagro de las lenguas fue una profecía, una manifestación, y una incipiente realización de lo que ante el Trono del Cordero será una realidad gloriosa, universal, asimismo la comunión de los bienes fue la profecía, la manifestación, y la incipiente realización de lo que será la comunión de dones externos en la gloria celestial.

No sólo hay una inmortalidad del alma, sino también una resurrección del cuerpo. Por tanto la gloria de la Nueva Jerusalén no puede ser presentada como consistiendo sólo en lo espiritual e invisible. El cielo existe, y en ese cielo Cristo se sienta sobre el trono en el cuerpo que el Padre ha preparado para Él. La casa del Padre no es una ficción, sino una verdadera ciudad con muchas mansiones; y cuando llegue la gloria, después del gran y notable día del Señor, la felicidad de los hijos de Dios será no sólo un deleite espiritual, sino también el goce de la gloria y belleza externa y visible. Como hubo en Edén, también habrá en el cielo, bienes externos en relación con la apariencia corporal externa del hombre, donde caminará en su cuerpo glorificado. Y como el cuerpo y el alma en perfecta e indisoluble unión trabajarán en forma armoniosa, la comunión de los santos debe tener dos lados: una comunión de bien espiritual, y una comunión de la gloria externa y visible. Y en la medida que esta doble naturaleza de la comunión de los santos debía ser ilustrada a la Iglesia de Jerusalén en su perfecta unidad, entonces la comunión en el partimiento del pan tenía que ser acompañado de una comunión igualmente íntima en la posesión de bienes temporales. La división de la propiedad contenía la profecía de esta futura comunión, una profecía gloriosa que contiene una exhortación triple para la Iglesia cristiana de todos los tiempos.

La *primera exhortación* es lo que San Pablo llama "poseer como no poseyendo"; estar suelto del mundo; el llevar a cabo consistentemente la idea de que somos sólo administradores del Señor Jesucristo, quien es el único propietario de toda la propiedad personal y bienes raíces de los hombres. Siempre es la elección entre Jehová y Mamón. Ni Baal, ni Kamosh, ni Moloc, sino la Avaricia la cual es el poder idólatra en la que aparece Satanás en contra la gloria de Jehová, especialmente entre las naciones mercantiles. Muchos hombres, por lo demás no espirituales, pueden escasamente separarse del altar de la avaricia—las cosas visibles poseen una atracción tan fuerte, y se atrincheran tan firmemente en el corazón impresionable.

Comparados con los tesoros de la tierra, aquellos del cielo nos parecen algo accidental y de valor incierto. Poseer como no poseyendo es a nuestra carne una cruz demasiado amarga. Y por esta razón la Iglesia primitiva de Jerusalén aparece al comienzo de la disposición del Nuevo Pacto gloriosa en su comunión de bienes, de manera de ilustrar contra el fondo oscuro de la debilidad de Ananías y Zafira el poder del Espíritu Santo para hacer que los hijos de Dios en Jerusalén inmediatamente se desprendieran de sus posesiones terrenales. Por supuesto no duró, porque faltaban las fuerzas espirituales del Paraíso para hacerlo duradero; pero muestra el acto majestuoso del Espíritu Santo, y la majestuosa prédica que derivó de él: "No acumulen tesoros aquí en la tierra," sino "que su tesoro esté en el cielo."

Y la *segunda exhortación es que los pobres sean recordados*. No meramente vendieron sus posesiones, sino que las dividieron entre los pobres; y de esta divina manifestación de amor nació la hermosa flor de la misericordia, como autóctona de la Iglesia de Cristo. Puede decirse que fue resultado de la emoción; pero recuérdese que, a no ser que las impresiones sobre nuestros corazones pecadores se produzcan en una forma muy potente, pronto serán borradas; y con esto en mente debe reconocerse que ningún otro evento pudo estampar sobre la Iglesia la impresión de misericordia, que habría de perdurar por los siglos, en tanto durara la Iglesia, que esta división general de los bienes, la cual fue forjada por la poderosa presión de las ondas de amor y la maravillosa manifestación de la obra del Espíritu Santo.

Y así, por esta comunión de bienes, devino el indestructible carácter de la Iglesia de Cristo de ejercitar la misericordia, de impartir a los pobres, de abundar en las obras de benevolencia, y de interpretar a los hombres la misericordia de Dios. Pero no es que la Iglesia debiera reducirse a una sociedad benévola; aquel que propone tal cosa corta su vida de raíz. El ejercicio de la misericordia en la Iglesia de Cristo es el fruto de la Cruz. Donde esto falta, la misericordia languidece. Pero es el placer del Espíritu Santo obrar el amor, mostrar el amor, cultivar el amor, causar que el amor sea glorificado. Y dado que la vida del hombre y de la Iglesia tiene un lado espiritual y material, el Espíritu Santo persevera con Su obra por tanto tiempo y tan poderosamente que incluso el oro y la plata de la tierra son dominados por Él y lo sirven a Él. Por lo tanto, la comunión de bienes en Jerusalén es la impresionante inauguración de la obra de misericordia para toda la Iglesia de Cristo, y como tal no es otra cosa que el poder del Espíritu Santo penetrando el círculo de la vida material.

Finalmente, la *tercera exhortación* está contenida en el interminable grito: "He aquí, Él viene." Los hombres en Jerusalén hace diecinueve siglos no habrían vendido y dividido sus posesiones tan libremente y fácilmente si la expectativa del retorno del Señor para juzgar no los hubiera sobrecogido con un poder tan abrumador. Indudablemente esperaban ese retorno durante sus vidas; no después de muchos días, sino en un corto plazo. Y como esta *expectativa* depreciaba el valor de sus posesiones, resolvieron venderlas y distribuirlas mucho más fácilmente de lo que hubiera sido posible de otra manera para sus codiciosos corazones. Y aunque había en su excitación algo sobrecargado, que los siglos posteriores han corregido, no obstante hay en este "Maranata" de la Iglesia apostólica un testimonio inestimable, que exhorta a la Iglesia de todos los tiempos a mirarlo a Él, Aquel que vendrá sobre las nubes. Con pan y copa recordamos Su muerte *hasta que Él venga*. Todos los apóstoles nos dirigen al futuro; y cuando, en la Revelación de San Juan, se cierra el Libro de Testamentos, nos deja sobre la cima de la montaña, desde donde no hay otra perspectiva que la gloria del retorno de Cristo.

Alejando ese retorno de nuestros pensamientos, o ignorándolo totalmente, es imposible que unamos nuestra vida con la vida de Emanuel. El Espíritu Santo pone en funcionamiento la eterna obra del Amor; pero esta obra nunca está cortada del Amor del Hijo. El tesoro que distribuye el Espíritu Santo está en Emanuel. Cristo es la Bendita Cabeza de esta santa comunión en donde Él junta a los elegidos de Dios. Y, por lo tanto, la vista nunca puede quitarse de Cristo; siempre debe estar puesta en Él; no debe dejar de esperarlo a Él. El amor forjado por el Espíritu Santo es el amor de la Novia por su Novio; y así la comunión de los santos encuentra su coronamiento en la comunión más íntima del corazón con el Redentor de las almas.

XXVII. La Comunión de los Dones

"Pues el propósito de este mandamiento es el amor nacido de corazón limpio, y de buena conciencia, y de fe no fingida."—1 Tim. i. 5.

La comunión de bienes en Jerusalén fue un símbolo. Tipificó la comunión de los bienes espirituales que constituía el verdadero tesoro de los santos de Jerusalén. Los otros habitantes de esa ciudad poseían casas, campos, muebles, oro y plata al igual que los santos, y quizás en mayor abundancia. Pero los últimos habrían de recibir riquezas que ni el judío, ni el romano, ni el griego poseía, es decir, un tesoro en el cielo. Los santos eran sagrados, no por sí mismos, sino a través de Aquel había dicho, "Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado" (Juan xv. 3). El Señor en efecto había ascendido al cielo, pero sólo "para recibir dones para los hombres; sí, para los rebeldes también, para que el Señor Dios pueda morar entre ellos." Y este tesoro era *Cristo Mismo*.

Hablando de la contribución que estaba siendo recolectada en Macedonia, Acaya, y Corinto para los santos en Jerusalén, el apóstol aconseja a la Iglesia de Corinto rendir gracias a Dios por el obsequio infinitamente más grande que el oro que iba a ser enviado a Jerusalén; y es en conexión a esto que emplea la cautivante expresión—"obsequio indecible"—el cual recibimos en la entrega del amado Hijo de Dios.

Es, por lo tanto, una posesión mutua, Jesús nos tiene a nosotros, y nosotros lo tenemos a Él. Él posee a los santos, y ellos lo poseen a Él. Que Él los posea es el único consuelo en la vida y en la muerte para ellos. Pero ellos también lo poseen a Él, como el tesoro de su corazón; es para ellos la fuente de toda su riqueza y lujo. El Catecismo confiesa, por lo tanto, muy correctamente que la comunión de santos consiste primero que todo en el hecho de que ellos son partícipes de Él, y luego de sus dones.

El don no está sin la Persona, ni fuera de la Persona, ni siquiera antes de la Persona. El santo es partícipe primero de Cristo, y de esta sociedad sagrada fluyen todas las otras bendiciones. Tal como la Cabeza posee al Cuerpo, y el Cuerpo posee la Cabeza, de la misma manera esto es también una posesión mutua. La Cabeza y el Cuerpo se pertenecen una al otro, aunque la Cabeza tiene esta ventaja sobre el Cuerpo, que lo comanda a su voluntad, mientras el Cuerpo

debe seguir a la Cabeza dondequiera que vaya. "A seguir al Cordero dondequiera que Él vaya," es la marca particular de esta relación mutua.

Pero, con la excepción de esta marca esencial, la posesión es absoluta. Los santos pertenecen a Jesús, tanto porque el Padre los ha obsequiado y los ha traído a Él, como que Él los ha comprado, no con oro y plata, sino con Su propia preciosa sangre. Y, por el contrario, Él pertenece a sus santos, no porque por su propio trabajo ellos lo haya obtenido a Él, sino como un don de libre gracia. El Dios Trino ha ordenado al Mediador para Su gente, a quienes lo ha obsequiado y entregado; y el Mediador habiendo venido en la carne, se ha obsequiado a Sí mismo a Su gente.

Cada hijo de Dios sabe por experiencia propia que Cristo es todo su tesoro. Cuando María Magdalena grita, "Se han llevado a mi Señor," (Juan xx. 13) ella ha perdido toda la riqueza de su alma. Los santos están en la fe y tienen paz sólo cuando y en la medida que posean a Emmanuel. Él es el Único para ellos, y su Todo. Tan pronto lo encuentran, toda su pobreza se transforma en riqueza. Sin Él están ciegos y desnudos; con Él la necesidad y la miseria dejan lugar para las riquezas y la abundancia. Con Él están establecidos en el cielo. Y cuando dejen esta vida su esperanza y su suerte para la eternidad dependen de esto: si lo poseen a Él como el Salvador de sus almas, glorioso y del todo hermoso.

Por lo tanto, esto es lo más importante: *el gran tesoro de los santos en Jerusalén era su Señor*. Esto lo incluía todo. Todos los otros tesoros eran de ellos sólo a través de Él. Poseerlo a Él era poseer todo lo que Él había obtenido para ellos, incluso la justificación y la santificación; todo el poder dado a Él por el Padre para ayuda y protección de ellos; toda la sabiduría y la luz, todos los carismas, dones de gracia, recibidos del Padre para ser distribuidos entre Su gente.

Sin embargo, no podían disponer de esta sociedad, porque su tesoro estaba fuera de su alcance; no estaba en la tierra, sino en el cielo. En la actualidad permanecían pobres y perplejos; ricos en el futuro, pero ahora necesitados y desamparados.

La siguiente ilustración clarificará esto. Un millonario inglés, bien provisto de billetes, se encuentra en un pueblo africano reducido a la mendicidad. Los nativos, ignorantes de su riqueza y no entendiendo el valor de los billetes, rehúsan venderle cualquier cosa a no ser que sea por su propia moneda. Por lo tanto, con todo su tesoro, él es, en ese lugar distante, pobre e indigente. De la misma manera, siendo peregrinos, y residentes por una temporada en la tierra, los santos serían espiritualmente pobres y necesitados sino hubiera un Consolador, no hubiera un Intermediario que de Su tesoro celestial pudiera proveer para todas sus necesidades durante todos los días de su peregrinaje. Y este Intermediario es el Espíritu Santo. De Sí mismo no tiene nada. Por Sí mismo jamás podría salvar a un pecador. Él nunca ha adoptó la carne ni la sangre de niños ni habitó entre nosotros; nunca sufrió, murió ni resucitó en su nombre. Todo lo que Él puede hacer es rezar por ellos con gemidos indecibles, y en divino amor puede venir a habitar con ellos. Pero lo que el Espíritu Santo no posee, Cristo sí lo posee, quien, en nuestra carne, rico en los méritos obtenidos en la cruz, vive con el Padre en nuestro nombre.

Y de ese tesoro en Cristo, el Espíritu Santo toma e imparte a los santos, tal como el cambista de dinero provee al viajero inglés de su moneda nativa. No sólo Él les da el oro y la plata espiritual tal como se encuentra en la tesorería de Cristo, sino que Él los convierte a las formas requeridas por sus necesidades y conflictos actuales. Y este es el rasgo particularmente consolador de la obra del Espíritu Santo. Él no reparte promiscuamente este tesoro del cielo, sino que lo lleva a cada uno de nosotros en una forma adaptada para satisfacer todas nuestras condiciones y capacidades. Él no les da carne a los bebés y leche a los adultos, sino que a cada paciente espiritual según la naturaleza de su queja. Mejor que el paciente mismo Él entiende la naturaleza de la enfermedad, a la cual, como el Médico divino, adapta el remedio.

Para los santos de Jerusalén y para aquellos del presente, Cristo debe ser una posesión común. Tal como los primeros tenían su propiedad material en común—y esto los segundos también deberían tener, en un sentido más elevado, a través de los trabajos de misericordia—asimismo tenían ellos y tenemos nosotros nuestro tesoro *espiritual* como una posesión común,

en el mismo Emanuel, quien enriquece a todos. Pero no siendo capaces los santos de dividir correctamente su tesoro, el Espíritu Santo lo divide para ellos. Él toma la porción de cada miembro como yace en Cristo, marcado con Su nombre, especialmente adaptado para su particular necesidad, y lo distribuye cuidadosamente y sin errores, de manera que cada santo recibe lo propio. Y mientras de esta forma cada uno es partícipe de Cristo y de sus dones, el único Cristo con Su tesoro es común para todos.

En el niño vemos algo del Amor cultivado por mutua posesión. El amor entre los padres se puede haber enfriado, pero mientras ambos pueden decir de su pequeña, "ella es mía," y "mía" pueda transformarse en "nuestra," hay esperanza de que el anterior amor pueda volver. A pesar de sus diferencias ambos poseen a la única hija, quien con todo su amor y dulzura pertenece a ambos. Y esto se aplica en un sentido más elevado a Cristo. En la Iglesia hay muchos santos y cada uno dice: "Emanuel es mi Novio." Y este testimonio individual se transforma al fin en el himno general de alabanza: "Emanuel es *nuestro* Señor." Ciertamente cada santo encuentra en Cristo algo especialmente adaptado para sí mismo, sin embargo, todos poseen al único Señor y a todo su tesoro. Y este es el poder mismo del amor que en bendición vela por todo. El amor puede enfriarse y en una hora malvada puede transformarse en amargura; pero esto es sólo temporal; el amor debe volver. Tal como en la riqueza de la mutua posesión, marido y mujer sintieron su unión, de la misma manera los santos, considerando su mutua posesión de Emanuel, se sienten unidos por la abrumadora impresión del Amor.

"Un bautizo, una fe, un Señor, un Jesús para cada corazón,"; "un Emanuel a quien todos llaman precioso," y sólo aquí yace el poder del amor para mantener unidos, y después de una separación temporal, reunir a todos los santos de Dios.

Y tal como la comunión de los bienes en Jerusalén fue un símbolo de la posesión mutua de los santos en Emanuel, de la misma manera fue también la indicación simbólica de su obligación individual, de tener los dones en posesión común, usándolos voluntaria y diligentemente para los más altos beneficios de los otros miembros.

El Señor imparte "dones," "ministerios," y "operaciones," como las llama San Pablo (1 Cor. xii. 4, 5, 6); agregando que todos estos dones son del mismo Espíritu, y estos ministerios son del mismo Señor, y estas operaciones son del Dios que obra todo en todos. Y luego muestra que es el deber de los santos de usar estos dones, ministerios, y operaciones no en forma egoísta para la propia gloria, sino para el Cuerpo del Señor, que es Su Iglesia.

Y por esto son más conocidos los verdaderos hijos de Dios; y se conocen mejor a sí mismos en la operación de gracia de la cual ellos son los sujetos. Porque cuando el Espíritu Santo imparte talentos y dones, el tentador susurra en el oído que será para su mejor provecho usar estos dones para la gloria de cada cual, para brillar con luz propia y hacerse un nombre entre los hombres, y que de esa forma la bendición coronare su trabajo como resultado obvio. Y, ¡ay! Muchos escuchan estos susurros y de esta forma defraudan al hogar de la fe de sus dones individuales, no entendiendo el significado de la colmena, que enseña que uno puede purificar la miel sin comérsela.

Y no debemos juzgar demasiado severamente; esta tentación es mucho más fuerte de lo que muchos están dispuestos a reconocer, especialmente para los ministros de la Palabra. La gente admira tremendamente tu sermón, te alaba por él, hablan de él, y te llevan sobre sus hombros. Y por este miserable quemado de incienso uno es intoxicado antes de que se dé cuenta. Ya no se trata de si Jesús está satisfecho, si es que hay una ganancia espiritual a la gloria de Su nombre, sino casi exclusivamente: ¿Le gustó a la gente? ¿Cómo los afectó? Y al cabo de diez años de ministerio bajo la influencia de tales susurros malvados, el resultado escasamente puede ser otra cosa que el talento enterrado fuera de la vista, el sagrado oficio profanado, toda operación espiritual suspendida, y el ministro de la palabra poco más que un ministro de su propia gloria. Y la misma maldad aparece entre los laicos. Existe una falta de ternura, de amor, de consagración, frecuentemente un abuso de los dones espirituales para la gratificación del corazón ambicioso. ¡Oh, somos tan atterradoramente débiles y pecadores! De seguro, todo talento estaría enterrado y todo buen don ensuciado si es que no hubiera Espíritu

Santo, quien con poder divino y superior vela en contra de esta maldad. Porque cuando en la Iglesia despierta la conciencia, y los talentos y dones son una vez más emancipados del yugo de la ambición egoísta, vemos en ello no nuestra obra, sino la del Espíritu Santo. Entonces cumplimos nuestro deber. Entonces revive la comunión de los santos. Entonces los santos están nuevamente listos con dones y talentos para servir al Señor y a sus hermanos. Pero el poder que forjó el milagro de amor no fue nuestro, sino del Espíritu Santo.

XXVIII. El Sufrimiento del Amor

“Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos.”—Juan xv. 13.

El amor sufre porque el espíritu del mundo es antagonista al Espíritu de Dios. El primero es impío, el Segundo es santo, no en el sentido de mera oposición al espíritu del mundo, sino porque Él es el Autor absoluto de toda santidad, siendo Dios Mismo. De ahí el conflicto.

No hay punto alguno en toda la línea de la vida del mundo que no antagonice al Espíritu Santo cuando Él la toca. Cuando sea que somos tentados por el mundo e interiormente animados por el Espíritu Santo, hay una colisión en la conciencia: tan pronto como un miembro respira un espíritu mundano y otro testifica en contra de él en el Espíritu de santidad, hay problemas y distensión en la familia. Cuando en el estado, en el colegio, en la Iglesia, o en la sociedad aparece una tendencia mundana y una corriente del Espíritu divino, hay problemas y distensión para uno y todos. Estos dos se oponen mutuamente y no pueden ser reconciliados. El compromiso es imposible. Cualquiera de los dos, el espíritu mundano, al fin cierra nuestros corazones contra el Espíritu Santo, y entonces estamos perdidos; o después de un largo conflicto el Espíritu Santo vence al espíritu mundano; entonces el príncipe de este mundo no encuentra nada en nosotros, y nuestros nombres están escritos en la entrada de la Nueva Jerusalén.

Y esto hace que *el amor sufra*. Cuando el amor aumenta en nuestros corazones, debido a la creciente actividad del Espíritu Santo, entra en conflicto con todo aquello que pertenece al espíritu del mundo y que busca mantenerse en el alma.

Esto es evidente en mayor o menor grado en niños pequeños. La indulgencia es el método de educación más fácil, pero no el mejor. La mujer indulgente no ama a sus hijos, sino que los sacrifica siguiendo obedeciendo su propia debilidad. Ella encuentra más fácil no oponerse a sus maldades; evitando de esta manera las lágrimas, la contradicción, y la mala voluntad. Cuando ellos la llaman "querida madre," esto es dulce música para sus oídos; por lo tanto, nunca se ve disgustada, y antes que negarles cualquier cosa ella anticipa sus deseos. Entonces ella no los ama a ellos, sino a sí misma. Su objetivo no es el bienestar de ellos, o la realización de la voluntad de Dios en relación a ellos y a ella; sino ahorrarse el desagrado y asegurar para sí misma el afecto de los niños. Pero no es así con aquella que ama a sus hijos con el amor derramado por el Espíritu Santo. Movida por Su Amor; mirándolos en Su luz, ella busca el bienestar eterno para ellos. Para ella cada niño es un paciente que necesita medicina amarga, que ella no puede retener. Su objetivo no es la satisfacción del deseo del niño, sino su más alto beneficio en la forma de vida. Y esto causa conflicto; porque mientras la madre indulgente está siempre complacida con sus hijos y siempre lista para escuchar a los hombres alabarlos, la otra está a menudo agitada entre la esperanza y el temor, diciendo; "¿Cuál será el fin?" Más aun, llegará el momento en que su hijo, no entendiendo su amor, la resistirá; pensará que ella es hermosa sólo cuando lo consiente; cuando recompensará su devoción con mirada y voz enojada y desobediencia intencional; cuando su conversación se torne restringida; cuando, considerándola celosa de sus placeres, con un corazón rebelde se alejará de su amor; mientras que ante Dios ella está consciente de que busca sólo sus más altos y santos intereses.

Hay otro cuadro de amor sufrido. Nunca surgió entre los hombres uno que tuviera más amor que Cristo. En el corazón humano el amor nunca brilló con luz más brillante, nunca resplandeció con una llama de amor más brillante. Sin medida Él había recibido el Espíritu Santo que habitó en Él, el cual lo llenó con el amor más tierno que impregnó el alma y ablandó el corazón. Su amor entendió el secreto de abrazar en la más verdadera intimidad todo lo que

era *humano*, y al mismo tiempo de respirar amor que vino como una bendición para cada *individuo*. Se entregó a la raza completa, y abre Su corazón a un judío viejo ciego en las puertas de Jericó. Tal es el poder infinito, rico, y casi omnipotente de Su amor. Abarca la eternidad, y sin embargo, sin importar cuán degradado, no hay ningún rechazado demasiado bajo para sus compasiones.

¿Y qué recepción preparó el mundo para Él? ¿Le ofreció amor, honor, y admiración? ¿Apreció Su santo Amor y encendió su propio corazón con Su llama? Por el contrario, el mundo fue ofendido por Él, no lo pudo tolerar; lo consideró un odio mortal; porque Él negó sus alegrías y placeres pecaminosos. Ni siquiera sonrió cuando estaba lleno de risas, y cuando le rogó por su aplauso, Él sólo le reprendió. Él impidió que el aristócrata de Jerusalén fuera fariseo, y al mundano de ser saduceo. Toda su apariencia era una protesta viviente contra el régimen del mundo. Por lo tanto, el mundo se opuso a Él, trató a Su amor como odio, y se lo devolvió con desprecio. Por supuesto, si Él sólo hubiera lamentado cuando estaba de duelo, hubiera bailado cuando le tocó música en el mercado, le habría construido un trono. Pero como Él lo amaba con un amor santo y no cedió a su súplica, entonces lo golpeó, amargó Su vida, y lo cubrió con vergüenza y burlas. Y cuando Él persistió en amar y amonestar, pronunció su "anatema," y el entierro de la Cruz en el calvario fue sólo una cuestión de tiempo.

Y lo que le hizo a Jesús lo ha hecho a todos sus seguidores. Aquel que cede es tolerado. Aquel que deja lugar para el espíritu del mundo recibe la quema de incienso. Aquel que transa con él puede tener asegurado el honor y la gloria; pero aquel que se rehúsa a transar, amando al mundo con amor santo, debe tarde o temprano experimentar su ira. El pueblo de Dios en cada lugar y en cada nación siempre ha cantado: "Muchas son las aflicciones de los justos." Toda época tiene su historia de mártires. Y las mejores épocas de nuestra raza, en donde el Espíritu Santo ejerció su mayor poder, son los tiempos en que los santos más nobles y piadosos sufrieron las más crueles torturas y soportaron los mayores males.

La causa del sufrimiento del amor yace en su *origen*. Dado que es el Espíritu Santo quien irradia Su calor en el corazón, y mantiene vivo el fuego de momento a momento, los impíos lo odian y lo rechazan.

El amor puede soportar, pero no *tolerar* todas las cosas. Soporta sufrimientos, porque no tolera al espíritu mundano; mas el grito de "apacibilidad" y "moderación" nunca lo tientan a saciar el *odio* con el cual ha entrado en el conflicto con la impiedad. Porque el verdadero *amor* es también verdadero *odio*. Aquel que ama débilmente o falsamente no puede odiar enérgicamente. Pero si en tu corazón reina el amor ardiente, animado, entonces el odio reina junto a él. Aquel que ama lo bello odia lo feo. Aquel que ama la armonía odia la discordia. De la misma manera, aquel que se ha enamorado de la santidad ha concebido a través del Espíritu Santo un odio igualmente fuerte hacia todo lo impío.

El amor por Jesús no puede existir sin el *odio* por Satanás. Y la mejor medida del amor de Dios en nuestros corazones es la profundidad de nuestro desprecio por el pecado.

Aquel que ama al mundo odia a Dios, y ha hecho de Dios su enemigo; como señala correctamente el Catecismo: "Por naturaleza somos propensos a odiar a Dios y a nuestro vecino"; "la mente carnal es enemistad hacia Dios." Pero el hombre cuya alma rebalsa con el amor de Dios odia al espíritu impío del mundo dentro y alrededor de él, y lucha contra ello hasta la hora de su muerte. El testimonio de David, "¿No odio, oh Jehová, a los que te aborrecen, y me enardeczo contra tus enemigos?" (Salmo cxxxix. 21)—es sólo el reverso del sello del amor. Y si de entre aquellos nacidos de la voluntad del hombre jamás hubo uno que pudiera decir verdaderamente, "Señor, los odio con perfecto odio"; sin embargo, hubo Uno en cuyo corazón este odio fue profundo y verdadero, y sólo Él podía decir "que amó a Dios con todo Su corazón, con toda Su alma, con toda Su mente y con todas Sus fuerzas."

Esta posición mutua es por lo tanto muy clara. Hay grados tanto en el amor como en el odio. Proporcionalmente a si el corazón late fuertemente o débilmente, es decir proporcionalmente como el espíritu de este mundo o como el Espíritu Santo habita en nosotros y nos anima a una expresión más fuerte, en esa proporción ese amor o ese odio surgirá en nosotros en más alto

grado. Y de acuerdo a ese grado será la proporción de nuestro verdadero conflicto, pena y sufrimiento.

"A través del sufrimiento a la gloria," es cierto especialmente en relación al amor. *Siendo amor*, no puede ser neutral o insensible. Y en tanto su contacto con el hombre le causa mucho sufrimiento, este sufrimiento es aumentado por el conflicto en su propio seno.

Porque este amor puro, santo se ama a sí mismo, pero sólo en un sentido santo. A pesar de que no puede purgar su corazón de una vez de todo lo que es impío e impuro, constantemente está luchando con ellos y se separa de ellos. Y dado que en ese conflicto a menudo es convencido de su propia falta de amor y fidelidad, y de haber acongojado al Amor divino, se entristece mucho. Frecuentemente se siente tan humillado en la presencia de Jesús que casi no se atreve a mirarlo; humillado en la presencia de Su Cruz; consciente de su inhabilidad para el auto sacrificio; humillado ante sus propios seres queridos a quienes debería bendecir, a quienes frecuentemente daña; y especialmente en la presencia del Espíritu Santo, que tiernamente buscó animarlo, y a quien a menudo silenció por su falta de coraje y voluntad.

Y esto acongoja el alma del santo, que busca en vano la evidencia de su filiación en el amor de su propio corazón inconsistente. Y si este amor fuera del hombre, perecería al fin. Pero no lo es. Es del Espíritu Santo, derramado y esparcido por Él continuamente. Por lo tanto, nunca es aplacado; no importa cuán cerca esté de la muerte, es reanimado, y ardiendo nuevamente con una llama brillante, vuelve a entrar al conflicto.

La historia ofrece la evidencia. Hubo épocas en que la Iglesia inicial fue casi exterminada; cuando los waldensianos fueron casi borrados de la faz de la tierra; cuando nuestros padres consagraron y sacrificaron sus vidas en esta tierra empapada de sangre, con el propósito de no negar al Señor su Dios. Porque entre estos mártires hubo hombres y mujeres a quienes les parecía imposible dar sus vidas por Cristo; que a menudo pensaron: "Cuando me llegue a mí, de seguro fracasaré." Y sin embargo cuando llegó, el Espíritu Santo *fortaleció* estas almas con tanta gracia y en forma tan extraordinaria que el lisiado inmediatamente saltó como un ciervo, y aquellos que no creían posible ceder sus bienes, sacrificaron sus *vidas* en Su nombre. Entonces quedó demostrado que en el Hijo de Dios el amor de Cristo es un amor eterno, que, habiendo nacido de *Su* sacrificio, es más fuerte que la muerte—sí, intrépido en la presencia de la tortura y el martirio.

XXIX. El Amor en el Antiguo Pacto

"Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros."—Juan xiii. 34.

En relación con la obra del Espíritu Santo, de esparcir el amor de Dios en nuestros corazones, surge la pregunta: ¿Cuál es el significado de las palabras de Cristo: "Un mandamiento nuevo os doy"? ¿Cómo puede llamar a este mandato natural que es "Amarse unos a otros," un mandamiento *nuevo*?

Esto no ofrece ninguna dificultad para aquellos que consideran la perspectiva errónea de que Cristo, durante Su ministerio en la tierra, estableció una religión nueva y superior para reemplazar a la anticuada religión de Israel.

Ellos declaran que las antiguas ideas religiosas de los Judíos eran burdas, defectuosas, y primitivas, incluso muy por debajo de la moral pagana. Entre los propios israelitas, se trataba de ojo por ojo, y diente por diente. Ellos perseguían con rencor vengativo a sus enemigos. Cantaban salmos imprecatorios. Y para colmo, consentían con el ávido deseo de sangre, que los llevaba a arrojar en contra de piedras a los inocentes bebés de sus enemigos. Entre esta gente ruda y bárbara fue que Jesús se levantó para proclamar una religión superior y más noble. Él dijo: "Oísteis que fue dicho: Ojo por ojo, y diente por diente. Pero yo os digo: No resistáis al que es malo. Oísteis que fue dicho: aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo:

Amad a vuestros enemigos. Y cualquier cosa de corta visión que Moisés haya enseñado al antiguo Israel, Yo, Jesús, les doy un mandamiento nuevo, Que os améis unos a otros.”

En este sentido, las palabras “*mandamiento nuevo*” no ofrecen ninguna dificultad. “*Nuevo*,” que representa a la religión cristiana, se opone a “*antiguo*,” que simboliza la ley de Moisés. Pero, a pesar de ser convincente, esta representación es completamente falsa y hechos evidentes la contradicen.

Cristo introduce el tema en Mt. v. 17-20, cuando muestra que Él no opone Su Evangelio como un código moral superior al código anticuado e inferior de Moisés; sino que Su objetivo, al oponerse a las *falsas interpretaciones* de Moisés que hacen las escuelas rabínicas liberales, es el de devolverle a la ley de Moisés su *posición legítima*. Él dice: “No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. No sólo en un sentido general, como si la semilla de valor que pueda contener, sólo necesitara que se le despoje de su cubierta exterior para poder ser desarrollada; sino que para dar cumplimiento a su *sola jota o tilde*. Mas cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos.” Desde el versículo 20, es claro que Él se opone, no a la *justicia de Moisés*, sino a la *falsa interpretación* de la misma, que fue llevada a cabo por los rabinos liberales.

Y luego de esta introducción, Él continúa: “Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo” (Mt. v. 43). ¿Alguna vez ha encontrado esto en el Antiguo Testamento? En efecto, no; por el contrario, en Pr. xxv. 21 dice: “Si el que te aborrece tuviere hambre, dale de comer pan, Y si tuviere sed, dale de beber agua,” y en Éx. xxiii. 4, 5, se le enseñó a Israel: “Si encontrases el buey de tu enemigo o su asno extraviado, vuelve a llevárselo. Si vieres el asno del que te aborrece caído debajo de su carga, ¿le dejarás sin ayuda? Antes bien le ayudarás a levantarlo.”

Por lo tanto, es injusto decir que el Antiguo Testamento enseña una moral baja y perversa, ya que inculca exactamente lo contrario. Las palabras rechazadas por Jesús no se encuentran en el Antiguo Testamento, sino en los escritos de los rabinos liberales. Con “Liberal,” nos referimos a muchos de los rabinos que no respaldaron esta interpretación. Esto demuestra que un hombre realmente se rebaja a sí mismo cuando pone en boca de Jesús, una acusación en contra del Antiguo Testamento, la cual en realidad sólo puede ser proferida en contra de los rabinos liberales.

Sin entrar en los detalles de Mat. v. 21 a continuación, existe otro motivo por el cual “*mandamiento nuevo*” no puede ser interpretado como hacer que la ley del amor cristiano se oponga al mandamiento mosaico del odio. Si Mt. v. 43, “Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo,” había sido el antiguo mandamiento de Moisés, Jesús se pudo haber opuesto a él por medio de este nuevo mandamiento: “Pero yo os digo: Amarás a tu prójimo y a tu *enemigo*.” Eso habría tenido sentido. Pero, del “mandamiento nuevo” Él *no habla en este pasaje*, sino en Juan xiii. 34, donde Él trata, no del amor por el *enemigo*, sino del amor *cordial y fraternal*. Él acaba de lavar los pies de los discípulos; ningún enemigo se encuentra presente, Él está entre amigos. Y luego no dice, “Moisés os ha dado el mandamiento antiguo de amaros unos a otros, pero yo digo, amad incluso a vuestros enemigos, y este es Mi nuevo mandamiento,” sino, “Un mandamiento nuevo os doy, Que [en vuestro propio círculo] os améis unos a otros.”

Por lo tanto, es evidente que toda esta representación referente a que el nuevo mandamiento del amor se encontraba en oposición al mandamiento mosaico del odio, no puede ser sostenida ni por un momento. Y así mismo, la ley divina del Sinaí no puede ser otra cosa sino una ley perfecta; y Jesús, siendo su propio Autor, no puede contradecirse a Sí mismo.

A fin de evitar extraer inferencias tan perjudiciales a partir de las palabras “un mandamiento nuevo,” San Juan declara enfáticamente: “Y ahora te ruego, señora, no como escribiéndote un nuevo mandamiento, sino el que hemos tenido desde el principio, que nos amemos unos a otros” (2 Jn. 5). Y para hacer que esa representación sea aún más imposible, él llama al mismo mandamiento, *antiguo y nuevo*, de acuerdo al punto de vista desde el cual se considera: “Hermanos, no os escribo mandamiento nuevo, sino el mandamiento antiguo que habéis tenido

desde el principio; este mandamiento antiguo es la palabra que habéis oído desde el principio. Sin embargo, os escribo un mandamiento nuevo, que es verdadero en él y en vosotros, porque las tinieblas van pasando, y la luz verdadera ya alumbra” (1 Juan ii. 7, 8).

El camino está ya abierto para llegar a la correcta comprensión de este nuevo mandamiento, especialmente con referencia al tema que está siendo tratado.

Jesús y los discípulos han entrado en el santuario interior de Su pasión. El Gólgota se da a conocer. La lucha dolorosa del lavado de pies y de la expulsión del traidor, ha terminado. Y durante estos solemnes momentos, Jesús habla de Su partida, de la venida del Espíritu Santo y de la nueva relación que el pueblo de Dios deberá mantener de aquí en adelante con el Mesías. Desde el Paraíso hasta el regreso del Señor, no existe sino una sola salvación para todos los escogidos, no existe sino un solo camino en el que todos deben andar, no existe sino una sola puerta por la que todos deben pasar. La obra de redención completa fluye desde un consejo inmutable. Y aquí radica la unidad del Antiguo y del Nuevo Pacto.

Sin embargo, aunque reconocemos plenamente esta unidad, no podemos pasar por alto, el hecho de que en diferentes dispensaciones y circunstancias, los santos mantienen distintas relaciones con su Señor. Ver la expiación tipificada en las promesas del sacrificio ceremonial es una cosa, pero verla del modo que fue completada en el Calvario, es otra cosa muy distinta; y esta diferencia crea una relación modificada. Lo mismo resulta cierto respecto de la vida antes o después de la Encarnación. Caminar con Jesús en la tierra, o conocerlo en el cielo, pone a los santos en una posición diferente. Nuestros amigos que han partido, y aquellos que estarán vivos al regreso del Señor, se encuentran en relaciones diferentes; pues estos últimos no morirán, sino que serán cambiados en un momento, cuando se extinga la vida de este cuerpo mortal.

El tema de conversación que sostuvo Cristo antes que Él entrara en Getsemaní, fue este *cambio de la posición y la relación mutuas*. Él hace especial hincapié en el nuevo hecho de la venida del Espíritu Santo para ser su Consolador. Él mismo partirá, pero su tesoro será aún más rico y más glorioso. Por lo tanto, no tienen por qué temer. Ellos recibirán el Espíritu Santo, a quien Él enviará desde el Padre. No como si el Espíritu Santo no hubiera ya operado para y en los santos de Israel; pues entonces la fe y la salvación habrían sido imposibles. De hecho, Su obra en las almas de los hombres es tan antigua como la generación de los escogidos, y se origina en el Paraíso. Pero para los santos bajo el Antiguo Pacto, esta operación provenía desde *fuera*; mientras que ahora, al ser liberados de los grilletes de Israel, el cuerpo de la Iglesia misma se convierte en el portador del Espíritu Santo, quien desciende sobre ella, habita dentro de ella, y por lo tanto, obra sobre sus miembros desde *dentro*.

Esto es la parte *nueva*. Esto es Pentecostés. Y esta es toda la diferencia que existe entre la dispensación antes y después de la Resurrección de Cristo. Esta es Su promesa hacia y para Sus discípulos, y para todos Sus santos.

Y en este sentido, Cristo habla del mandamiento nuevo, que se deberían amar unos a otros. El mismo amor que Moisés les había mandado, iba a afectarlos ahora de una manera diferente, dado que por causa de Su partida, ellos iban a entrar en una relación diferente. No es un suceso extraño que los hijos de una misma familia, que de pronto han quedado huérfanos, sientan como si tuvieran una relación mutua más íntima de lo que nunca la han sentido antes, y que ante la tumba de sus padres se prometan mutuamente un nuevo amor. Mientras permanecen ante el sepulcro abierto y se miran unos a otros, de pronto sienten en sus corazones una sensación que hasta ahora resultaba desconocida; es la comprensión de una nueva relación. Es el amor antiguo, y sin embargo, es uno nuevo, con una nueva concepción, un nuevo motivo, una nueva consagración. Así mismo ocurre en este caso. Mientras estaban con Jesús, los discípulos se amaban; sin embargo, nunca entendieron el carácter cercano y único de esa relación. Pero, cuando Jesús repentinamente los dejó, se dieron cuenta de la verdad de Su mandamiento nuevo, y su amor se volvió conscientemente más profundo, más íntimo, un amor realmente *nuevo*.

Y este nuevo amor es el fruto del Espíritu Santo que habita en la Iglesia. Es como la diferencia que existe entre transportar agua con un gran esfuerzo desde un manantial lejano, y tener un torrente de ese manantial fluyendo frente a su propia puerta, desde donde se puede beber en abundancia, por cuyo aroma vigorizante siente que su espíritu es reanimado, en el que puede lanzarse para darse un refrescante baño. El Espíritu Santo viene con gloriosa bendición a los hijos de Dios bajo el Nuevo Pacto. Ellos beben, no con medida escasa, sino de una completa y rebosante taza. Ellos se deleitan en la plenitud del Amor eterno, y Aquel que crea esta dicha es el Espíritu Santo, el Consolador, a quien Jesús ha enviado desde el Padre.

XXX. Orgánicamente Uno

“De quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor”—Ef. iv. 16.

La *novedad* del santo Amor se encuentra *en la Iglesia*. Cuando vemos el estado debilitado de la Iglesia en casi todas las épocas, casi dudamos en hacer esta declaración; sin embargo, la mantenemos en principio en toda su extensión y poder.

La Iglesia de Cristo en la tierra es como un “ermitaño.” Los ermitaños eran hombres y mujeres honorables quienes en la Edad Media se encerraban a sí mismos en pequeñas celdas de piedra, construidas bajo la calle, sólo con la altura suficiente como para permitir que un hombre pudiera estar de pie en forma erguida. Luego de que el ermitaño había descendido a su celda, ella era cerrada tras él mediante una reja, y de este modo, él pasaba su vida solitaria y sin consuelo en aislamiento voluntario. Los transeúntes podían ver muy poco de él. A través de la reja, las líneas débiles de una forma oscura eran apenas visibles; sin embargo, no parecía poseer la más mínima atracción; no sugería ni por un momento, la estatura viril y noble que podría estar oculta en esa celda; y mucho menos, qué extraordinario poder podría estar contenido en ese ermitaño, y cuántas horas y días eran pasados en conflicto interior. Y esa es exactamente la imagen que tiene la Iglesia de Cristo en la tierra. Está cercada y no puede revelarse. De su forma real, sólo se asoma un leve perfil, casi siempre desfavorable y poco atractivo. A menos que su riqueza y nobleza espiritual se descubran de alguna otra manera, nadie supondría que ésta es la Iglesia que un día decidirá el destino de los cielos y de la tierra.

Aun así, esta es la realidad. El Padre ama al Hijo. El cuerpo del Hijo es la Iglesia. Por lo tanto, nadie puede ser salvo, sino sólo aquel que se incorpora a Su Cuerpo, la Iglesia.

Sin duda, se requiere de un gran esfuerzo de la imaginación para creer que esta capa de barro, que es la Iglesia visible, contenga una perla tan preciosa; pero los iniciados lo creen. Ellos saben que en este sentido, la Iglesia se asemeja a su gloriosa Cabeza en los días de Su carne; de quien se dijo: “le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos. Despreciado y desechado entre los hombres, y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos” (Is. liii. 3). Y cuando los soldados de Herodes se burlaron, y con oprobio Le rogaron, mientras estaba desnudo y agonizante, Él gimió sobre la cruz, “Tengo sed,” nadie más que aquellos que miraban bajo la superficie podrían suponer que este hombre era el Señor de Gloria. Y sin embargo, Él demostró serlo. “se les dé gloria en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar de luto, manto de alegría en lugar del espíritu angustiado” (Is. lxi. 3). Y lo mismo se puede decir de la Iglesia, mientras ella exista en la tierra. Cuando la vemos, no hay belleza por la que debamos desearla; ella es despreciada y rechazada. Todos están, por así decirlo, escondiendo su cara de ella. Sin embargo, es la esposa escogida del Cordero; y la santa Iglesia, que sin mancha ni arruga será presentada un día al Novio celestial, se oculta en su interior. Y por lo tanto, el santo Amor debe celebrar su triunfo en la Iglesia

La novedad del mandamiento, “Amaos unos a otros,” consiste en el hecho de que, habiendo sido liberados de las ataduras del carácter nacional judío, el amor puede funcionar efectivamente en la Iglesia. Y aunque se objete una y mil veces que en ningún lugar el amor es un extraño más grande que en la propia Iglesia, y que más bien los conflictos y la división, la maledicencia y el devorarse unos a otros, siempre han parecido estar a la orden del día en ella, aun así, este hecho lamentable no modifica la definitiva declaración anterior.

En *primer lugar*, se debe recordar que la contienda y la división, adquieren su aspecto más feroz entre aquellos que están más estrechamente relacionados; resultan ser mucho más graves entre hermanos y hermanas que entre extraños. Caín y Abel estaban demasiado íntimamente conectados. Esta es también la razón de por qué las diferencias entre marido y esposa dejan huellas tan profundas y dolorosas. Su amor mutuo no puede tratar el asunto a la ligera. Se trata de la intimidad misma de la relación, la que da a la diferencia un carácter tan serio.

En *segundo lugar*, no debemos olvidar que, incluso en la Iglesia, lo que hace más ruido es la contienda y la división, mientras que el amor prosigue oculta y silenciosamente su camino. Entre los iniciados en la Iglesia, siempre se ha dado una comunión en el alma que no tiene igual en ninguna parte—un apego y apertura de los corazones, imposible de presentarse sino en el pífano cristiano; un amor fraternal tan dulce, como para superar todo amor distinto de este.

Y *por último*, por el momento, deberán continuar estas discordias, de modo que en el último día, la belleza y la simetría de la estructura puedan aparecer, para lograr el mayor beneficio. Durante la construcción de un palacio, se buscará en vano la simetría; el ojo no encontrará sino sólo desproporciones e irritantes contrastes. No podría ser de otra manera. La confusión deberá estar presente hasta que se complete el trabajo. Entonces, la simetría pura y perfecta del total podrá ser vista y admirada. Exigirla durante el período de construcción, haría que la belleza final resultara imposible. No traería beneficio, sino pérdida. Echaría a perder el trabajo. La armonía perfecta de las partes, tanto terminadas como sin terminar, se encontrará fuera de cuestión mientras que la totalidad del trabajo no se haya completado. Hasta entonces, la armonía perfecta será una cuestión de fe, no de vista. Esta es la razón por la que el santo no puede decir, "Yo veo," sino, "Creo en la Iglesia Santa, Católica, Cristiana."

Esto es causado por otro elemento de separación en la Iglesia, que antagoniza al amor, es decir, *la verdad*. Esto resulta evidente de la palabra apostólica que nos advierte en contra del amor sentimental, diciendo: "Para que ya no seamos niños fluctuantes, sino que *haciendo la verdad* (Traducción holandesa) en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo" (Ef. iv. 15).

¿Qué debemos entender por el hecho de que la verdad se oponga al amor? ¿No provienen ambos de la misma fuente?

El amor es unión; une y combina a las partes que se pertenecen mutuamente, pero que se encuentran separadas. Y esto puede realizarse de dos maneras. La forma más fácil de hacer coincidir dos engranajes que nos son congruentes, es *quitando* los dientes; y entonces sus caras se cubrirán mutuamente. Una manera mucho más difícil es la de *limar cada diente al tamaño requerido*. Apliquemos esto al amor. Hacer que las ruedas encajen entre sí mediante la eliminación de los dientes es, sin duda, una obra de amor; pues ahora las ruedas calzan perfectamente, parecen ser una sola pieza. Pero la verdad se ha perdido; las ruedas ya no son engranajes. Los dientes que las conformaban como tal, ya no están. Es cierto que para ajustarlas mediante el proceso de limar cada diente a su tamaño adecuado, se requiere de una paciencia inagotable, pero se conserva la verdad; las ruedas siguen siendo engranajes; aunque el amor, el cual constituye el calce de las ruedas, se alcanzará lentamente, es decir, no llegará hasta que el último diente se haya limado hasta su tamaño adecuado.

El amor que debería reinar entre el pueblo de Dios, no es la emoción de un sentimiento místico, de ensueño, de una individualidad destructora; sino aquel que une y junta a los escogidos de manera tal, que cada uno pueda alcanzar la plena medida de su crecimiento individual decretado para él en el consejo divino; de modo que, en este logro, la gloria de su afiliación al mismo cuerpo, pueda aparecer y ser degustada en la conciencia bendecida de la unión más afectuosa e íntima.

Esta está contenida en Ef. iv. 16: "de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor." En primer lugar, el apóstol hace completa

justicia a la ordenanza divina, y honra la disposición divina en el “concertar” y “Unir entre sí” y “coyunturas de ayuda”; y luego, por este camino claramente definido, él regresa con las palabras: “Para ir edificándose en amor,” al misterio profundo de la santa intimidad.

Es fácil cultivar el amor sin considerar la verdad. No requiere conflictos ni esfuerzo. Simplemente limamos cada lugar áspero y frotamos para quitar cada arruga; y al final no quedará nada que se pueda oponer al amor. Pero de esa manera, la disposición del Señor se deja simplemente de lado, Su ordenanza se ha dejado sin efecto y Su verdad tropieza en la calle. Pero, si se reconoce la verdad, el consejo y disposición divinos; si no se ponen reparos a la ordenanza y al orden divinos; si no se cepilla, lima y nivela, sino que se busca la unión de los espíritus, de tal forma, que juntos formen un todo de modo que los dientes de las ruedas siempre se enganchen entre sí—entonces, el cultivo del amor se encontrará con muchos más obstáculos y requerirá una atención y un trabajo infinitamente mayores. Pero finalmente, será coronado con el éxito glorioso de la obtención del amor, sin haber *sacrificado la verdad divina*.

O, para expresarlo de manera más exhaustiva: Dios mismo constituye el mayor obstáculo en el camino de ese amor inmaduro y de rápido crecimiento. Si Dios no existiera, dos hombres muy serios podrían ser llevados a un acuerdo de manera mucho más fácil. Luego, ellos se encontrarían en libertad de disponer y arreglar las cosas a su antojo, según su *propia elección*. Pero Dios existe; de ahí que la disposición de las cosas deba ser de acuerdo a Su *elección*. En todo pacto de amor entre dos personas, Él es siempre la Tercera, y demanda que Él y su nombre no sean sacrificados por el amor mutuo de ellos. De ahí provienen todos los conflictos y dificultades; y la aflicción de espíritu. En el pueblo de Dios, el amor, en cualquiera de sus formas, se encuentra siempre sujeto al primer y más grande mandamiento: Dios, primero y último. Esta es la razón por la cual no es lícito atesorar y cultivar un afecto que excluya Su amor. En su afecto mutuo, ellos no pueden ignorar a Dios; actuar como si Dios no existiera; ser indiferentes a Su nombre y verdad, como si estos fueran de poca importancia y su amor mutuo fuera lo más relevante.

No, la sabiduría que viene de lo alto es primeramente *pura*, luego pacífica. El amor mutuo entre los santos no puede florecer, a menos que ellos reconozcan a Dios, confiesen Su nombre, exalten Su verdad como su escudo y adarga; alaben Sus virtudes y reverencien Su consejo, especialmente en relación a su propia persona y destino. El amor cristiano, nuevo e incondicional, nacido aquí para vivir para siempre; puede centellear sólo donde el nombre del Señor resplandece en Su verdad, donde esa verdad, llevando y animando las almas, es experimentada y confesada. Y esto existe, no en el sentimentalismo, en tonos zalameros, o en la indulgencia pecaminosa, sino en el estar unidos y juntos por causa del Espíritu Santo, conforme a la predestinación divina.

En este punto, la labor del Espíritu Santo regresa al consejo eterno de Jehová el Señor. Desde ese consejo fluye; en ese consejo, cada vida tiene su punto de partida, y todo desarrollo que se haya completado debe volver a ese mismo consejo, impulsado por su propia presión interna. Todo crecimiento, aunque se adorne a sí mismo con los nombres más bellos, lo cual se opone a ese consejo, prosigue en una dirección equivocada; y debe, o bien cambiar su curso, o impactar contra la muerte eterna. Aquello que va a recibir la coherencia, la resistencia, y la plenitud inagotable y eterna, debe brotar de ese consejo, y al final, con referencia a sí mismo, debe reflejar correctamente su plenitud.

Y, como en ese consejo, las partes no se encuentran sueltas una al lado de la otra sino que están destinadas a formar un todo abundante y espiritual, entonces, es el Espíritu Santo quien une y junta estas partes—es decir, los hijos escogidos de Dios—de una manera apropiada de acuerdo con ese consejo. Sólo cuando esto se logre, aparecerá la belleza perfecta del amor. Entonces, la Iglesia de Cristo brillará como la portadora de ese amor en la presencia del Señor. Y sólo entonces, el Espíritu Santo, igual al Espíritu de *Verdad*, habrá terminado Su obra más importante—aquella del *cultivo del Amor*.

XXXI. La Operación de Endurecimiento del Amor

“Entristecido por la dureza de sus corazones”—Mc. iii. 5.

El amor también puede ser revertido. Si se fallara en atesorarlo, en elevarlo y en enriquecerlo, *consume y destruye*. Este es un misterio que el hombre no puede comprender. Pertenece a las profundidades insondables del Ser divino, del cual no deseamos saber más de lo que nos ha sido revelado. Pero esto no modifica los hechos.

Ninguna criatura puede excluirse a sí misma del control divino. Ningún hombre puede decir que no tiene nada que ver con Dios; que él o cualquier otra criatura existe en forma independiente de Dios; pues Dios lo sostiene, lo carga, y lo lleva de un momento al siguiente, dándole vida y poder, y todas sus facultades. Incluso Satanás no existe por sí mismo. Si le placiera a Dios poner fin a su existencia, él dejaría de existir. Satanás y todos sus demonios y toda carne, viven, y se mueven, y tienen su existencia en Dios. Esta palabra apostólica no significa un íntimo conocimiento del secreto del Señor, sino que es simplemente la afirmación clara y seria de la relación esencial que cada criatura sostiene con el Creador. Ya sea pecador o santo, ángel en el cielo o demonio en el infierno, incluso planta o animal, cada uno vive, se mueve y existe en Dios.

Por lo tanto, distanciarse uno mismo de Dios resulta absolutamente imposible. Salmos cxxxix., no es sólo un boceto de la omnipresencia divina, sino mucho más; en un sentido santo, constituye un testimonio y una confesión desde la raíz misma de la existencia del hombre, de la incapacidad absoluta de la criatura de alejarse del control activo de Dios. La miseria de los perdidos en el infierno, consiste en el hecho de que en sus corazones impíos y malvados, están sujetos al activo y divino control. El clamor que una vez escapó de labios que gemían: “y *déjame*, antes que vaya para no volver” (Job x. 20, 21), es el presentimiento del control inevitable de Dios, que sobrepasa a los impíos como una inundación desastrosa. Si Dios los dejara en paz, no habría infierno ni miseria. El fuego inextinguible se apagaría, y el gusano moriría. Pero Él no los deja solos. Él continúa con Su dominio sobre ellos. Y esto causa el dolor eterno, y los abruma con la destrucción y la condena eternas.

Se representa a veces, como si las relaciones *materiales* de Dios fueran a continuar con todos los hombres, fueren estos buenos o malos, mientras que Sus relaciones *espirituales* se limitaran sólo a los escogidos. Pero esto es un error. Es cierto que Su sol sale sobre el bueno y el malo, y Su lluvia cae sobre justos e injustos; pero lo mismo es cierto espiritualmente hablando: Existe una diferencia, sin embargo, y es que mientras los justos y los injustos se ven ambos beneficiados por la lluvia y el sol, la radiación del Sol de Justicia y la lluvia de la gracia resultan de bendición para los escogidos, pero de destrucción para los perdidos.

Esto se ilustra claramente con los efectos de los rayos del sol en la naturaleza. En marzo, estos funden la nieve y temperan y fertilizan el suelo, mientras que en agosto, endurecen el campo y secan su fruto. Esto es causado, porque en verano existe una gran proximidad del campo al sol, mientras que en la primavera, ocupa la posición correcta en relación con el sol. Y esto mismo se aplica al Sol de Justicia. De pie en la posición correcta en relación a ese Sol, uno siente sus efectos nutritivos y fertilizantes; pero renunciar a esa posición a través de la exaltación propia, aspirando a mayores alturas, se descubre de inmediato que el Sol de Justicia ya no puede bendecirlo, sino que debe consumirlo con fuego divino.

Las Escrituras nos enseñan esta terrible verdad de diversas maneras, y bajo variadas imágenes. San Pablo dice que el mismo Evangelio es para uno sabor de vida para *vida*, y para otro, es sabor de muerte para *muerte*. En cuanto al Santo Niño, Simeón profetiza que Él es puesto para *caída* y nuevo *levantamiento* de muchos en Israel; y el profeta declara que para los santos, el Mesías será una piedra de *defensa*, y para aquellos que abandonan a su Dios, Él será una *ofensa* y una piedra de tropiezo. Existen ramas que aparentemente están en la misma vid: sin embargo, algunas son arrojadas al fuego, y otras florecen y llevan fruto abundante. Es un solo barro y el mismo alfarero; sin embargo, del mismo terrón se formarán una vasija para honra y una vasija para deshonra; pero en ambos casos, será mediante el mismo poder.

Las Escrituras presentan esta operación para muerte y destrucción, con el serio nombre de: “*endurecimiento del corazón*”; en forma especial cuando el endurecimiento es el resultado de resistir al Amor eterno.

No todo efecto de la operación divina, sin embargo, destructiva para el pecador, es en sí un endurecimiento del corazón. También se puede producir un mero “*renunciar*” o “*dejar en paz*.” Este es seguido por un más sombrío “*oscurecimiento*.” Y sólo entonces vendrá la operación mortal propiamente dicha y en su sentido limitado, el “*endurecimiento del corazón*,” en su peor y más temible grado.

La forma más suave y, sin embargo, la más terrible de esta destrucción, consiste en el hecho de que según el testimonio del apóstol, el Señor entrega al pecador no arrepentido a una mente reprobada: “Por lo cual también Dios *los entregó* a la inmundicia, ya que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador” (Ro. i. 24, 25). De nuevo, él declara en el versículo 26: “Por esto Dios *los entregó* a pasiones vergonzosas.” Y por tercera vez en el versículo 28: “Y como ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios, Dios *los entregó* a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen, estando atestados de toda injusticia.”

Este “*renunciar*” se encuentra relacionado con el “*oscurecimiento*,” del cual San Pablo habla en conexión a lo mismo (v. 21): “Se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido.” En Ro. xi. 8, él describe lo mismo en las palabras de Isaías: “Dios les dio espíritu de estupor, ojos con que no vean y oídos con que no oigan.” De este modo, el “*oscurecimiento*” y “*el espíritu de estupor*” son las transiciones graduales entre el “*ser entregados a una mente reprobada*” y el “*endurecimiento del corazón*” propiamente tal.

Cuando un pecador es entregado a una mente reprobada, el Señor le concederá el deseo de su corazón. Dios había abierto para él otro camino; pero los deseos y las inclinaciones del corazón pecaminoso giran en una dirección diferente. En principio, el Amor divino que lo observa, le impedirá dar en el gusto a estos deseos. Y si su corazón fuera recto, él daría gracias a Dios por esto. Sin embargo, él murmurará por causa de esta amorosa interferencia de su Padre celestial, y buscará los medios para obtener lo que Dios hasta ahora le ha negado. El resultado será una dolorosa tensión: por un lado, el pecador se ha inclinado hacia la ejecución de sus malas intenciones; y por el otro, Dios lo impedirá temporalmente, reteniendo la oportunidad. Pero a medida que el pecador persista en su mal rumbo y queme su conciencia, entonces, finalmente Dios retirará Su cuidado amoroso; la tensión cesará; Él permitirá al pecador obtener su deseo; y este último, entregado a una mente reprobada, se deleitará en la satisfacción de sus pasiones impías; y, en lugar de acongojarse en arrepentimiento ante el Dios santo, disfrutará de su victoria.

Sin embargo, incluso desde esta condición terrible, el retorno será aún posible. Pues la primera alegría de la victoria será seguida por un sentimiento cierto y doloroso de *desilusión*. Es claro que él ha vencido, pero su conquista no será satisfactoria: en primer lugar, porque cada satisfacción pecaminosa alertará a su conciencia, y esto traerá desdicha para el alma; en segundo lugar, porque el placer impío siempre será agotador y decepcionante, nunca producirá lo que prometió, nunca probará ser lo que al principio parecía. En tales momentos, la salvación será aún posible. Mejores sentimientos podrían ser despertados, y podrían conducir al pecador a darse cuenta de que Dios está en lo correcto y lo ama más de lo que él se ama a sí mismo. Y, reconociendo que Dios tiene razón, podrá dejar de justificarse a sí mismo. Entonces, las puertas de la salvación estarán abiertas, y él no podrá encontrarse lejos del reino celestial.

Sin embargo, superando el sentimiento de decepción, él caerá inmediatamente en un abismo más profundo. Luego, explicará sus sentimientos en el sentido contrario: está decepcionado, no porque ya haya bebido demasiado a fondo de la copa del pecado, sino porque no lo ha hecho de una manera suficientemente profunda. Él reconocerá su decepción, pero se imaginará que una mayor audacia en el pecado va a solucionar este problema. Y así, llegará el punto de inflexión. Cuando el terrible pensamiento sea una vez concebido y admitido, y el deseo casi demoníaco del corazón haya surgido profunda y sistemáticamente para deleitarse en los placeres del pecado, es en ese momento cuando él estará perdido. Entonces, “los vanos

razonamientos y el *oscurecimiento* de su necio corazón” se añadirán a ser “entregado a una mente reprobada.” Entonces el espíritu de estupor se apoderará de él. Ya no podrá discernir la verdadera causa de su descontento y desilusión. El pecado lo embriagará más y más. Y cuanto más consiente, mayor será su ceguera respecto de las consecuencias. Las cosas perderán sus formas. Lo extraordinario tomará el lugar de lo real. Él tendrá ojos, pero no para lo real y verdadero; tendrá oídos, pero no para la voz del Orador eterno. Y de este modo, se apresurará de un pecado a otro; insatisfecho con el pecado, y, sin embargo, sediento por más. Tal como San Pablo dice, incluso ansioso de ver a otros pecar.

En el camino de la salvación hay “Gracia para gracia”; pero en el camino del pecado, hay pecado para pecado. Detenerse es imposible. El camino se inclina cada vez más.

Así, Dios permite al pecador avanzar. Lo embriaga, para que no vea el precipicio que se despliega ante él. Y esto le abre el camino al endurecimiento. Todos los esfuerzos para hacer de esa persona, el sujeto de la gracia salvadora, son como arrojar perlas a los cerdos; entonces, Emanuel debe ocultar Su amor, de modo que viendo no vea, y oyendo no entienda.

XXXII. El Amor que se Marchita

“De manera que de quien quiere, tiene misericordia, y al que quiere endurecer, endurece”—Ro. ix. 18.

La idea del endurecimiento es tan horrible que, con toda su compasión profana y religión natural, el corazón del hombre la rechaza como un pensamiento horrible. La compasión natural no puede soportar la idea de que un compañero, instigado hasta la maldad por ese endurecimiento, debiera arruinarse para siempre. Y la religión natural no puede concebir a un Dios que, en lugar de persuadir a Su criatura hacia la virtud, lo entregaría y lo incitaría a pecar. Esta completa representación de endurecimiento se encuentra en un conflicto abierto e irreconciliable de tal magnitud con respecto de cada sentimiento del corazón humano, que resulta imposible suponer que se originó en la mente humana.

Cuando, aún siendo niños, oímos de este endurecimiento del corazón por primera vez, no pudimos recibirlo. Nuestra completa naturaleza se alzó en contra de él. Y más tarde, cuando, en relación con esta doctrina, nos enteramos de los misteriosos salmos imprecatorios y de una inevitable condena eterna, entonces nuestra naturaleza humana se rebeló en contra de estas cosas terribles con una fuerza tan incontenible, que hemos preferido abandonar temporalmente nuestra confesión antes de ser obligados a aceptar una idea tan horrible. Por tanto, los escépticos tienen razón cuando dicen que, para demostrar la inconsistencia de las Escrituras, los milagros que ellas presentan no necesitan ser atacados, pues su doctrina de endurecimiento y maldición antagoniza las afirmaciones del corazón aún en mayor medida de lo que la doctrina de los milagros se opone a las afirmaciones de la razón.

Por lo tanto, la oposición en contra de la Sagrada Escritura siempre procede en forma simultánea de dos frentes: por un lado, de mentes fríamente intelectuales que siempre resultan conmocionadas por los tan llamados absurdos e imposibilidades de las Escrituras; y por otro lado, de las personas emocionales, cuyos sentimientos siempre resultan heridos por la Escritura Santa. El esfuerzo por comprometerse nunca puede satisfacer a nadie. Decir: “Para mí, las Escrituras son la propia y preciosa Palabra de Dios; pero cuando llego a los ‘Salmos imprecatorios’ y al ‘endurecimiento del corazón,’ entonces simplemente cierro mis ojos y callo,” no es ninguna posición, sino mera auto contradicción.

Y sin embargo, se debería recordar que la gran mayoría de los cristianos se pierden en esta lamentable falta de entusiasmo. Los de tendencia arminiana hacen esto en forma consciente; erigen voluntariamente su Dagón del libre albedrío, tan a menudo, como el testimonio del Arca del Pacto lo ha derribado ya. Estos constituyen un pueblo singular. Cuando un escéptico se niega a creer en la Divinidad de Cristo, se encuentran inmediatamente preparados para poder demostrar con su Biblia, mediante tal texto, tal pasaje, y tales hechos registrados, que Cristo debe ser el Hijo de Dios y, por lo tanto, Dios mismo. Pero, cuando en relación a la doctrina de

la salvación, se les prueba a partir de la misma Biblia, mediante textos, pasajes y hechos similares, que por cierto existe un endurecimiento del corazón que a veces es causado por Dios mismo, entonces su contradicción no tiene fin y se niegan a someterse a la Palabra. Ellos no parecen darse cuenta de la irracionalidad y la deshonestidad de este camino. Sólo demuestra que, cuando la gente se propone decidir arbitrariamente respecto de cuál parte de las Escrituras es verdadera y cuál es falsa, se deja ver una deslealtad interior y una falta de convicción culpable.

Pues, o son las Escrituras las que deciden lo que es verdadero, o soy yo quien lo decide. Si son las Escrituras, entonces debo aceptar tanto sus afirmaciones con respecto de la Divinidad del Señor Jesús, así como aquellas respecto del endurecimiento del corazón. Pero si yo decido de acuerdo a mis propias ideas, entonces me estoy atreviendo a hacer de mí mismo un juez de las Escrituras, y, debido a la propia naturaleza del caso, su autoridad como un testimonio divino y absoluto, no logrará afectarme.

No nos detendremos a considerar a aquellos que niegan *voluntariamente* el endurecimiento. Ellos se han apartado de las Escrituras y de la verdad divina. Pero nos damos cuenta de aquellos que *prácticamente* niegan esta doctrina, en parte, por ignorarla, en parte, al negarse a reconocerla como parte de su confesión en relación con el Ser divino. Ellos ensayan las declaraciones de las Escrituras con respecto a esta doctrina en forma fiel y correcta; si fuera necesario, estarían dispuestos a defenderla, en lugar de, por el bien de la sensibilidad humana, negarla. Por el contrario, su institucionalismo, incluso respecto de este punto, se encuentra por sobre todo reproche. Ellos enseñan los que las Escrituras enseñan, incluida la doctrina del endurecimiento. No obstante, sólo la *ensayan*. Ellos no saben cómo usarla. Los deja fríos; no están en contacto con ella. Aunque nunca se olvidan de darle un lugar en su inventario, no trabajan con ella. Y esta es la parte seria de su postura, ya que resulta *incoherente*. Aquel que trata las cosas santas honesta y sinceramente, debe considerar que la aceptación o el rechazo de esta doctrina afecta necesariamente su representación del Ser divino. La representación de nuestro propio corazón, naturalmente, excluye el endurecimiento. De esto se deduce que el Dios de las Escrituras quien efectúa el endurecimiento, y de quien no puede ser separado, no está de acuerdo con la representación de Él que hace nuestro corazón, y por lo tanto, requiere que adoptemos una distinta.

Y esta es la dificultad con estos escépticos prácticos. Aunque registran la doctrina como un monumento en sus libros, nunca la aplican: en parte, porque nunca consideran la medrosidad de este pensamiento, y por tanto, hablan de ella insensiblemente; en parte—y esto merece una atención especial—porque nunca consideran cómo la seria confesión de la doctrina afecta necesariamente su representación del Ser divino.

Este último punto tiene una importancia vital. De acuerdo con la representación de nuestro corazón natural, no tiene importancia quién o qué es Dios realmente y en esencia, si Él sólo nos ama no importando lo que seamos, y aun hasta tal punto, como para siempre restaurar lo que nosotros mismos destruimos. Por lo tanto, Dios mismo no es de ninguna importancia. El hombre es lo principal; y el objetivo más elevado del amor divino es llevar al hombre, tarde o temprano, al mayor disfrute de la felicidad, cualquiera sea su conducta, aunque hasta su último aliento él tenga que dar coces contra el aguijón. Ese Dios es exactamente el que sería apropiado para nosotros: un Dios sin carácter; quien en los asuntos grandes y en los pequeños no cuente para nada; quien, por causa de Su amor de proporciones enfermizas, sea insensible a cualquier insulto que le podamos ofrecer. De ahí, a pesar de cuán malvado pueda ser un hombre, a pesar de que sea insolente su tratamiento del Santo, el Padre bueno y benévolo encontrará, a Su tiempo, una manera de conducirlo a la felicidad eterna; si no es en esta vida, entonces será en la vida venidera. De esto se deduce que a medida que Dios *disminuye*, en esa misma proporción *augmenta* Su amor. Su amor será perfecto y completamente sobresaliente, sólo cuando Él mismo se convierta en nada y se rebaje totalmente a Sí mismo.

Tal representación de Dios es el resultado de un proceso natural. Para el hombre, el amor significa abnegación y sacrificio. Es egocéntrico; y el amor no puede tener pleno dominio dentro y alrededor de él a menos que primero renuncie a sí mismo, se cuente a sí mismo como nada y sólo esté consciente de las necesidades de su prójimo. Su amor humano requiere que se

ignore a sí mismo cada vez más y más, y haga de la salvación de los demás, el único objeto de su existencia. Y dado que el amor obra así en él, se imagina que así debe obrar en Dios. En forma inconsciente, aplica a Dios el mismo concepto humano de amor; y, finalmente, se imagina que el amor de Dios se eleva más y más alto, a medida que Su gracia se hace más universal.

Si una persona puede decir que no es posible que exista ningún pecador tan malvado y deshonesto, sino que el Amor divino finalmente lo recibirá en la felicidad perfecta, mientras otra dice, "Tienes razón, aunque me gustaría hacer una excepción con Judas y otros como él," entonces, la primera postura parece ser la más plausible. Sólo aquel que incluye incluso a Judas entre los bienaventurados, tiene la idea más digna del Amor de Dios. La menor duda al respecto desprestigia ese Amor. Y la medida de esa denigración queda determinada por su estimación, tanto del número de los bienaventurados como del de los perdidos.

El punto en cuestión es el *Ser de Dios*. Si la concepción humana del amor se aplica a Dios, entonces todos los hombres deben ser salvos, y Dios no tiene derecho a ser ninguna cosa en relación con la criatura. Pero, si hemos de confesar que Dios es la Fuente de todos los seres, y que por lo tanto, el concepto de amor que corresponde a las criaturas no se puede aplicar a Él porque entonces dejaría de ser el Ser Supremo, luego, toda la oposición se vuelve inválida. Pues entonces *dejamos de lado* nuestras propias ideas en relación a este misterio, y reconocemos que no pueden sino conducirnos por mal camino. Así mismo, desconfiamos de las enseñanzas de otros, sabiendo que su corazón, no más que el nuestro, nos puede enseñar nada a este respecto. Y, por la naturaleza del caso, se nos hace ver que respecto de este asunto, Dios es el único que puede iluminarnos.

Por lo tanto, o bien se debe negar que existe una revelación sobre el Amor divino, para que de este modo no podamos ni negar ni confirmar nada respecto de él; o, debemos confesar que las Escrituras sí nos ofrecen tal revelación, y entonces, debemos también reconocer como verdadero todo lo que las Escrituras nos enseñan acerca de él.

No negamos que nosotros mismos sentimos la influencia antagónica de esta doctrina, y confesamos que no concuerda en absoluto con la concepción de amor que tenemos como criaturas. Ni los escépticos ni los arminianos necesitan recordarnos de ella. Somos demasiado humanos, y libres, y sin trabas como para negarlo. Pero negamos absolutamente a nuestro propio corazón y sentimientos, el derecho a decidir sobre este asunto, o incluso a tener cualquier opinión respecto de él, y declaramos que nosotros y nuestros oponentes debiéramos someternos sin reservas a todo lo que Dios ha puesto de manifiesto en Su Palabra a este respecto.

Si bien, el corazón humano considera que Dios no puede endurecer el corazón de ningún hombre, nos guste o no, nos encontramos en las Escrituras con el impresionante testimonio: "y al que quiere endurecer, endurece." Y creémoslo con reverencia, aunque sea con temblor interior en nuestra alma.

XXXIII. El Endurecimiento en la Sagrada Escritura

"Y endureció su corazón"—Juan xii. 40.

La Biblia nos enseña, con total certeza, que el endurecimiento y el "oscurecimiento de su necio corazón" es un acto divino e intencional.

Esto resulta claramente evidente de la acusación que hace Dios a Moisés con respecto al rey de Egipto: "Tú dirás todas las cosas que yo te mande. Y yo endureceré el corazón de Faraón, y multiplicaré en la tierra de Egipto mis señales y mis maravillas. Y Faraón no os oirá; mas yo pondré mi mano sobre Egipto. Y sabrán los egipcios que yo soy Jehová" (Éx. vii. 2-5). Antes de esto, el Señor había dicho a Moisés: "Cuando hayas vuelto a Egipto, mira que hagas delante de

Faraón todas las maravillas que he puesto en tu mano; pero yo endureceré su corazón, de modo que no dejará ir al pueblo” (Éx. iv. 21).

Faraón, es la persona principal en las Escrituras en quien esta terrible verdad obtiene su más clara revelación. Por qué en él, no podemos decirlo. Y, en lugar de mirarlo hacia abajo desde las alturas de nuestra propia piedad imaginada, deberíamos más bien recordar las palabras del Apóstol: “y al que quiere endurecer, endurece.”

Sin embargo, el tema de este terrible juicio de endurecimiento no es la persona de Faraón en su vida privada, sino el rey, el poderoso príncipe y soberano, el gobernante y déspota, quien en la majestad de su corona y su cetro, representaba la supremacía del primer gran imperio mundial sobre las naciones de la tierra.

En aquellos días, Egipto ocupaba la posición que posteriormente sería alcanzada por Nínive, Babilonia, Macedonia y Roma; fue la encarnación de todo el brillo y la gloria que el mundo natural, pecaminoso y que rechaza a Dios, podría crear. En las ciudades del Alto y Bajo Egipto los hombres disfrutaban de los placeres refinados de la vida. El oro llegaba de todos los países circundantes y se derramaba a Egipto. Los gobernantes se construyeron grandes ciudades y poderosas fortalezas, esfinges y pirámides con forma de montañas. Las ciudades de los muertos fueron labradas en rocas. Magníficos sarcófagos fueron cincelados en mármol de exquisita belleza. En una sola palabra, el orgullo del mundo y las majestuosas creaciones de esos días, se encontraban todos a orillas del Nilo. El faraón de Egipto fue el hombre más poderoso de la tierra.

Y como tal, él es el sujeto del endurecimiento. Resulta evidente que San Pablo veía el conflicto entre Jehová y Faraón bajo este punto de vista, y esto se desprende de su cita de Éx. ix. 14, 16, en la que se expresa en un lenguaje muy fuerte y evidente: “Porque yo enviaré esta vez todas mis plagas a tu corazón, sobre tus siervos y sobre tu pueblo, para que entiendas que no hay otro como yo en toda la tierra. *Y a la verdad yo te he puesto para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea anunciado en toda la tierra*” (Ro. ix. 11).

Estas palabras no tienen sentido si se usan para hacer referencia a la vida privada de Faraón como individuo. Ningún individuo, como persona, poseyó jamás tal poder. Pero si ellas se entienden como una referencia a Faraón, el gran gobernante mundial, asumen un aspecto totalmente diferente. Pues él no fue el creador de ese poder, tampoco ocurrió que ese poder fuera creado en un día, sino que fue el resultado de un desarrollo gradual que se produjo bajo la propia dirección de Dios. Cuatro siglos antes de Moisés, Dios ya había hablado a Abraham respecto de este poderoso Egipto y había predicho el conflicto que traería Su poder sobre él. Muchas dinastías de los monarcas absolutos se habían sucedido, una tras otra. Y cuando la dinastía de Faraón subió al trono, el gobierno central del Imperio recayó por completo sobre su persona.

En Su consejo insondable, evidentemente, el Señor había conducido al mundo sin Dios de ese tiempo, a concentrar toda su sabiduría, poder, intelecto y refinamiento, en el confinado territorio de Egipto. Él mismo había *levantado* a Egipto, Él mismo había *levantado* sus grandes dinastías, y por último, levantó a Faraón, quien, completamente absorto en el lujo, el poder y toda la majestad del mundo, los que se encontraban en Egipto, representó la encarnación en un solo hombre, tanto de todo aquello a lo que el mundo podría oponerse, así como él por tanto, siendo un *hombre de pecado* en contra de la majestad de Dios.

Y este altivo monarca encerró a *Israel* en los lazos de la muerte, y con ellos la *Esperanza de los padres*, la preparación del *Mesías* según la carne, y la Iglesia de Dios en su estado patriarcal. Él debería haber honrado y bendecido a este pueblo, pero en cambio lo trató con crueldad. Las ciencias de aquellos días florecieron en Egipto. Los acontecimientos históricos fueron grabados sobre piedra en jeroglíficos, y publicados sobre obeliscos y sarcófagos, para la información de todo el público. Por lo tanto, Egipto no podía alegar ignorancia como una excusa; en la corte real, José era aún recordado como el gran benefactor de Egipto, quien lo había salvado de la hambruna; y los egipcios no podrían haber olvidado sus solemnes

promesas a los hebreos. Y sin embargo, Faraón tiranizó al pueblo, e incluso trató de impedir su aumento al ordenar la aniquilación de todos los bebés varones.

Por lo tanto Faraón, esclavizando a Israel, representa el poder malvado del mundo que mantuvo al Cristo en la esclavitud. Por lo cual, Dios dijo: “He llamado a mi hijo fuera de Egipto.” Junto con Israel Él llamó al Mesías fuera de Egipto. El terrible conflicto fue *a favor* del Mesías y *en contra* de Faraón.

Esto arroja alguna luz sobre las enigmáticas palabras: “Para esto mismo te he levantado.” Después de haber perdido su soporte, debido a su alejamiento de Dios, el mundo no podía manifestar su poder pecaminoso, sino a través de un imperio mundial, y a través de monarcas individuales. Y tal manifestación no fue casual, sino una necesidad lógica, divinamente intencionada, de modo que el poder divino pudiera triunfar sobre ella. Por esta razón, se declara en repetidas ocasiones: “*Pero Jehová endureció el corazón de Faraón*” (Ex. x. 20); “*Y yo endureceré el corazón de Faraón para que los siga; y seré glorificado en Faraón y en todo su ejército, y sabrán los egipcios que yo soy Jehová*” (Ex. xiv. 4); “*Y endureció Jehová el corazón de Faraón, y él siguió a los hijos de Israel*” (Ex. xiv. 8). Más tarde, el endurecimiento vino sobre todo Egipto: “*Y he aquí, yo endureceré el corazón de los egipcios; y yo me glorificaré en Faraón y en todo su ejército*” (Ex. xiv. 17).

A lo largo de toda esta terrible historia, el eventual endurecimiento es primero anunciado, luego llevado a efecto y, por último, se registra que fue logrado en Faraón. Pues—y esto merece especial atención—cada anuncio del endurecimiento divino, es seguido por el anuncio desde un punto de vista subjetivo, respecto de que Faraón mismo endureció su corazón: “*Y el corazón de Faraón se endureció*” (Éx. vii. 13); y nuevamente: “*Y los hechiceros de Egipto hicieron lo mismo con sus encantamientos, Y el corazón de Faraón fue endurecido*”^[1] (Éx. vii. 13); y otra vez: “*Y el corazón de Faraón se endureció, y no dejó ir a los hijos de Israel*” (Ex. ix. 35). Y por esta razón, San Pablo escribe: “¿Que hay injusticia en Dios? En ninguna manera. Pues a Moisés dice: Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca. Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia. Porque la Escritura dice a Faraón: *Para esto mismo te he levantado, para mostrar en ti mi poder*” (Ro. ix. 14-17).

A pesar de que Faraón es la figura que más llama la atención en este sentido, aun así, el endurecimiento no se limita sólo a él. De Sehón, el temido déspota de Hesbón, se escribió: “*porque Jehová tu Dios había endurecido su espíritu, y obstinado su corazón para entregarlo en tu mano, como hasta hoy*” (Dt. 2: 30). De los reyes aliados del norte de Palestina, que en virtud de Jabín, rey de Hazor, declararon guerra en contra de Josué, está escrito: “*Porque esto vino de Jehová, que endurecía el corazón de ellos para que resistiesen con guerra a Israel*” (Josué xi. 20).

Satanás dijo que tentó a David a contar el pueblo (1 Cr. xxi. 1); pero, a partir de 2 S. xxiv. 1, resulta evidente que éste no actuaba sin la dirección divina y que sólo obedeció con desgano.

El profeta tristemente pregunta: “¿Por qué, oh Jehová, nos has hecho errar de tus caminos, y endureciste nuestro corazón a tu temor?” (Is. lxiii. 17); un reclamo conmovedor, que hace eco de la terrible profecía de su investidura: “*Anda, y di a este pueblo: Oíd bien, y no entendáis; ved por cierto, mas no comprendáis. Engruesa el corazón de este pueblo, y agrava sus oídos, y ciega sus ojos, para que no vea con sus ojos, ni oiga con sus oídos, ni su corazón entienda, ni se convierta, y haya para él sanidad*” (Is. vi. 9, 10).

A la objeción de que esta es teología del Antiguo Testamento, pero que tanta aspereza es ajena a la Iglesia cristiana en la que Cristo ha instituido el reino del Amor, nuestra respuesta es que esa Iglesia es tan antigua como el Paraíso, que en ambos pactos el Orador divino es el mismo, y que Cristo y Sus apóstoles revelan el mismo endurecimiento. En Mt. xiii. 14, Marcos iv. 12, 14, Lucas viii. 10, Cristo hace hincapié en gran parte en el hecho, y lo afirma, incluso para la dirección de la conducta, en las mismas palabras de la profecía de investidura de Isaías, respecto de que a veces Dios hace que la Palabra venga a un hombre de tal manera, que oyéndola no la oiga, sino que en cambio, endurezca su corazón. Y San Pablo dirigió las

mismas palabras a los romanos (Hechos xxviii. 26; x. 8). Ya hemos dado cuenta de sus palabras, “Entregar a una mente reprobada,” y así mismo el oscurecimiento del corazón, que tienen el mismo efecto que el endurecimiento. Es de destacar que el Nuevo Testamento presenta, especialmente, la idea de endurecimiento en una forma pasiva, no como un acto de los propios sujetos, sino como una calamidad que ha caído sobre ellos como una consecuencia terrible de sus pecados. En Ro. xi. 25 se lee: “Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, que *ha acontecido a Israel endurecimiento en parte*”; en 2 Co. iii. 14: “Pero el entendimiento de ellos se embotó”; en Ro. xi. 7, “Y los demás fueron endurecidos.” Así también, en Marcos vi. 52: “Por cuanto estaban endurecidos sus corazones”; en Hechos xix. 9: “Pero endureciéndose algunos”; y por último, en Heb. iii. 13: “Antes exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: Hoy; para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado.”

Con estos pasajes presentados ante nosotros, resulta imposible negar que las Escrituras revelen a Dios como el Autor del endurecimiento. Y, el que dice que el Dios a quien adora no puede endurecer el corazón de cualquier hombre, debería entonces ver que él no adora al Dios de las Escrituras.

La objeción que dice, que si el endurecimiento es una operación divina, entonces la advertencia y amonestación resultan vanas e inútiles, apunta a otro extremo. Las mismas Escrituras que dicen: “y al que quiere endurecer, endurece” (Ro. ix. 18) también dice, “antes exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: Hoy; para que ninguno de vosotros se endurezca” (Heb. iii. 13). A estos dos pasajes nos sometemos, llevando todo pensamiento cautivo a la obediencia de la Palabra.

XXXIV. Endurecimiento Temporal

“¿Por qué, oh Jehová, endureciste nuestro corazón?” —Is. ixiii. 17.

No se puede negar el que exista un endurecimiento del corazón, que culmina en el pecado en contra del Espíritu Santo. Cuando se trata con cosas espirituales, debemos tenerlo en cuenta; pues es uno de los instrumentos más terribles de la ira divina. Porque, ya sea que digamos que Satanás o David o el Señor tentaron al rey, viene a ser lo mismo. La causa se encuentra siempre en el pecado del hombre; y en cada uno de estos tres casos, la fatalidad destructiva mediante la cual el pecado envenena y destruye el alma, no puede separarse del gobierno de Dios.

Sin embargo, al estudiar este asunto, deberíamos recordar, para nuestro propio consuelo, que el endurecimiento no es esencial e invariablemente absoluto e irreparable. Deberíamos distinguir entre un endurecimiento *temporal* y uno *permanente*. Este último es absoluto; el primero desaparece, y se diluye dentro de la fe salvadora.

Clamando: “¿Por qué, oh Jehová, endureciste nuestro corazón?” Isaías representa a las personas que ahora están en la gloria delante del trono; más aún, la pregunta misma, el dolor que expresa y el deseo de Dios del cual habla, son suficientes para asegurarnos que Isaías no era Faraón. El que Israel fuera exhortado, “No endurezcáis vuestro corazón, como en Meriba” (Salmos xcv. 8), demuestra que el endurecimiento del que se habla no se había pretendido que durara para siempre. Y el endurecimiento que, de acuerdo con San Pablo, había venido “en parte” a Israel, no era absoluto, tal como se desprende de las palabras “en parte.”

El endurecimiento *temporal* y el *permanente*, no deberían confundirse. De lo contrario, esto conduciría al pecador culpable a una desesperanza espiritual, y elevaría el pensamiento de Caín en su corazón—un peligro que requiere el más serio y atento cuidado. Satanás, el enemigo de las almas, entiende a cabalidad todas las debilidades del corazón humano. En este sentido, él conoce aun más que los hombres mejor informados. Él sabe si atacar a un hombre por el frente o por la espalda, sabe si arruinarlo con amenazas o con halagos, sabe asustarlo con desesperación o atraparlo con perspectivas de paz. Esta es la razón por la cual se deleita una y otra vez, ya sea en hacer que un hombre pierda el tiempo con el peligro mortal de su

alma, o en hacerle creer que está irremediablemente perdido y se encuentra fuera del poder de la redención.

¡Cuántas almas no ha aterrorizado Satanás con el pecado en contra del Espíritu Santo!—almas que nunca pensaron en una cosa como aquella; que por el contrario, tenían una tierna consideración por la honra del Espíritu Santo en la esperanza de su salvación, pero a las cuales, sin embargo, atrajo con engaño hacia la temible creencia de ser completamente desechadas, de haber cometido el pecado imperdonable. Por supuesto, si estas almas hubieran vivido más cerca de la Palabra, la hubieran buscado más intensamente, y se hubieran adherido más íntimamente a la conducción de la interpretación de la Iglesia sobre este oscuro misterio, no habrían caído en esta trampa. Pero, lo que ocurrió fue que Satanás lo susurró en su oído, y, casi asfixiando su vida espiritual, las mantuvo, en algunas ocasiones durante años, debilitándose en el temor mortal de perderse para siempre. Y la noche espiritual fue tan oscura, que parecía que ningún rayo de luz jamás la traspasaría.

Y lo mismo ocurre con el endurecimiento. Aun con esta terrible operación espiritual, Satanás juega su horrible juego de robar la paz espiritual de los hijos de Dios. Por supuesto, esto nunca ocurre sin su propia falta. Toda la angustia espiritual de los santos, es el resultado necesario de sus transgresiones, ya sean públicas o privadas. Pero aquel que sembró la dañina semilla en el campo fertilizado por el pecado, no fue otro que el tentador de las almas, quien sigilosamente llegó a su lado y les sugirió que su lastimoso estado era aun peor que si fueran simplemente “abandonados”; que debía haber señales de *endurecimiento* que se incrementarían de manera constante; por lo cual, la flor de la esperanza fue secada y toda esperanza fue cortada.

Y para este peligro, el alma debe ser preparada mediante la distinción clara y definida que existe entre el endurecimiento *temporal* y el *permanente*. El primero viene a cada uno de los hijos de Dios. No existe uno solo, entre aquellos que han envejecido en el camino, que no pueda recordar un tiempo en que sintió el amor de Dios atrayéndolo, a fin de separarlo de algún pecado o incredulidad; pero esto parecía sólo incitarlo aun más a resistir ese amor, a cerrar sus oídos a él y a abrazar el mal con mayor energía. No fue con la intención de persistir en él, sino simplemente para ganar más tiempo en el cual pudiera continuar disfrutando de los placeres pecaminosos, mientras el amor divino permanecía siendo resistido. Lo que decimos es: “Sólo una vez más, y luego dejaremos de resistir.” En realidad, mientras jugamos con el amor de Dios de este modo, creemos que ese amor será bastante fuerte, lo suficiente como para soportar esta pequeña oposición.— Y esto puede resultar en un endurecimiento temporal, el que a veces puede ser muy serio, y que se caracteriza y consiste en el hecho de que el santo, cuya intención era cortar con su pecado a la siguiente oportunidad, descubre entonces para su consternación, que debido a su indulgencia temporal ha perdido el poder para resistir.

Y esta es la recompensa de la justicia de Dios. El amor que el santo desobediente resistió en post del pecado, ha sido insultado y se niega a que se juegue a costa de él. Aunque él no lo esperaba, sin embargo, por su obstinada resistencia de ese primer amor, el poder del pecado resultó fortalecido, la tierna sensibilidad del alma fue adormecida, y el corazón se volvió insensible. Lo que en un comienzo fue sólo una astilla en la carne, se convirtió en un furúnculo maligno. Un poder malvado se desarrolló en forma imperceptible e inesperada. La persona lucha contra él, pero resulta en vano. Después de repetidas caídas ella detiene la lucha, y poco a poco cae en un estado de endurecimiento tan grave, que ya no puede descubrir en su corazón ni el más mínimo rastro del amor divino.

Sin embargo, este endurecimiento es sólo parcial, pues se refiere solamente a algún asunto en particular; y esta es la diferencia entre este endurecimiento y el permanente. Aparte de este asunto, la persona aún puede arder en amor y celo por su Dios; ella todavía puede abrir su corazón para la operación de los poderes de gracia de la vida eterna, e incluso, tener una bendecida comunión con el Señor. Sin embargo, todo esto desaparece lentamente. El absceso maligno imparte gradualmente su temperatura de fiebre de una parte a otra. La sangre en las venas del alma es mantenida en inquieta tensión, y a este endurecimiento parcial, se añade una sensación de abandono general que produce que su comunión se vuelva menos frecuente y menos refrescante. Puede ser que reciba una gota de aceite de vez en cuando, pero nunca, una unción completa y fresca. Como resultado, se siente pobre, seco y muerto; va de un lado a

otro con la sentencia de condenación en su conciencia; pero en medio de su angustia, su alma gime a Dios.

Y el Señor escucha ese gemido. Puede que no haya ninguna oración, y el Espíritu Santo puede haberse ido hace demasiado tiempo como para permitir que su alma se derrame en súplicas; y, sin embargo, mientras haya un pabilo que humeare y una caña cascada que trate en vano de levantarse a sí misma, siempre y cuando exista una sensación de vergüenza y un gemido interior que se levanta a Dios por su liberación, el Señor inclina Su oído lleno de compasión, y se acerca la hora cuando el Sol de Justicia deberá disipar las nubes y derretir la dureza de su corazón. El amor, que en un inicio fue resistido, ahora regresa con fuerza irresistible para alegrar su alma. La capa de hielo se empieza a derretir. Una bendecida emoción, desconocida por años, se hace sentir. Los ojos secos se vuelven nublados por las lágrimas y las rodillas rígidas y el cuello duro se doblan en oración. Y la misericordia y la resignación de Dios, hacen que el aceite fresco fluya y ayude, con una auto degradación hasta ahora desconocida, el alma cree, alaba y adora una vez más la gracia del Señor Jesucristo y la abundante misericordia de Su Dios.

A pesar de tratarse de un endurecimiento real, sin embargo, es semejante a aquel que cae sobre los arroyos y los campos en invierno, cuando las hojas amarillas caen de los árboles, los rayos del sol se inclinan, y las aguas se congelan. Pero ese invierno no dura para siempre. La primavera llegará muy pronto. Y cuando el pasto esté verde nuevamente y las aves canten en el bosque, parecerá como si, después de su sueño invernal, la naturaleza haya sido avivada a una vida más abundante y gloriosa. Tal es el endurecimiento temporal de los llamados de Dios: un invierno seguido de la primavera, hasta que llegue el amanecer de la mañana imperecedera en el reino de la luz eterna.

Sin embargo, el endurecimiento permanente y eterno, no es así: Esto nos lleva a pensar en el mundo de la nieve y el hielo eternos en las regiones polares, donde se congela para jamás derretirse, y donde la naturaleza se cubre con sombrías mortajas, para ser descubiertas sólo cuando el Señor haya de venir sobre las nubes, y todo el mundo se derrita con calor ardiente.

Es cierto que, aun en medio de esa nieve y hielo eternos, pueda ocurrir que por un tiempo, un único rayo por separado pueda atravesar la oscuridad, las estalactitas puedan caer, y los campos de hielo puedan separarse; pero el corazón de ese mundo de hielo no se verá afectado y sus fundamentos eternos permanecerán inmovibles. Un témpano de hielo puede desprenderse de los demás, pero seguirá siendo un témpano. No se puede derretir; eternamente endurecido, ¡incluso en la naturaleza!

Y ese mundo de hielo es la imagen terrible de los Sehn y los Faraones, y de todo aquel que está endurecido en forma permanente y que ha sido entregado a la sentencia de Dios. Se ha pecado para siempre en contra del amor de Dios, y cada nueva manifestación de vida, sólo se suma a la dureza del corazón, hasta que todo sentimiento, idea, y sensibilidad con respecto a las cosas espirituales hayan desaparecido por completo. Y si es que queda algo de vida y de crecimiento, son sólo la vida y el crecimiento de un moho que envenena, de un parásito que destruye. El endurecimiento es tan terrible, que el mismo sujeto es totalmente insensible a él. En su endurecimiento temporal, llegará el día en que el hijo de Dios finalmente llorará; pero el otro endurecimiento, avanzará con bulliciosas carcajadas hasta encontrarse con su condena.

¡El Señor Dios tenga misericordia de nosotros! ¡El juicio de Dios sobre el endurecimiento es una cosa tan horrible!

XXXV. El Endurecimiento de las Naciones

“Pero los escogidos sí lo han alcanzado, y los demás fueron endurecidos”—Ro. xi. 7.

La palabra de San Pablo en el título de esta sección, es sorprendentemente impresionante, y su contenido es extremadamente rico e instructivo. Anuncia claramente el hecho de que el

endurecimiento no es excepcional u ocasional, sino *universal*, afecta a todos quienes, estando en contacto con el Amor divino, no son salvados por él.

La última limitación es necesaria, pues respecto de los paganos, no se puede decir que estén endurecidos. Sólo pueden ser endurecidos aquellos que viven bajo el Pacto de la Gracia. Es cierto que los paganos desarrollan una mente reprobada. Su corazón ha sido oscurecido. Andando por sus propios caminos, ellos no pueden resistir el impulso, pues el proceso de pecado no puede ser detenido; pero esta no es la concepción correcta de endurecimiento conforme a lo que las Escrituras presentan.

Las naciones y los individuos paganos pueden entrar en contacto directo con el Señor y Su Ungido, tal como Faraón y Sehón lo hicieron a través de sus relaciones con Israel; y tal como los turcos y los pueblos de la India y China, que hoy están en contacto con naciones cristianas y con misioneros. Por supuesto, no nos referimos a que un simple contacto casual con una nación cristiana o con misioneros, hará que un país musulmán o pagano sea responsable. Esto es imposible. Cuando los turcos en Epiro encuentran hordas que se llaman a sí mismos cristianos, pero que son por completo carentes del Espíritu de Cristo, y que en salvajismo más bien superan a los bashi bazouks, entonces, ningún rayo de la cruz caerá sobre la luna creciente por causa de este encuentro. El hecho de que un misionero se instale en un rincón oscuro de una nación pagana, abra una pequeña escuela, y hable de las Escrituras con unos pocos individuos de una manera que revela su propia ignorancia sobre la naturaleza humana, no hará a esa nación responsable. Ellos no sabrán nada al respecto; no tocará de ninguna manera la vida nacional.

Las naciones cristianas, sus gobiernos, sus iglesias, y sus misioneros, bien pueden preguntarse a sí mismos si acaso jugando a las misiones no aumentan sus propias responsabilidades más que las de las naciones paganas. ¡Cuán serias son estas responsabilidades, especialmente en relación con las naciones paganas y musulmanas! Debido al agrado divino, las naciones cristianas tienen una superioridad moral y material. Inglaterra por sí misma, es perfectamente capaz de controlar China, Japón, además de la totalidad de la India y Turquía. No existe la menor posibilidad de que las naciones paganas, de aquí a un largo tiempo, sean capaces de hacer frente con éxito a las naciones de la cristiandad. Puede que en sus propias selvas nativas, sean capaces de mantenerse a sí mismos, pero tan pronto como salgan a campo abierto, estarán vencidos. Podemos hostigar a los chinos, pero nunca entrará en nuestras mentes el que ellos vayan a efectuar un desembarco en nuestras costas.

Respecto de si esto continuará igual, ese es otro asunto. A medida que las naciones cristianas regresan más y más al judaísmo, y de ahí al paganismo, es muy posible que ellas pierdan también su superioridad material. Ya hay señales que muestran que China podría alguna vez hostigar muy en serio a las naciones cristianas; y en la India, nuestra posesión no se encuentra tan imperturbable como una vez lo estuvo. La grandeza moral del mundo antiguo y la supremacía mundial de las naciones paganas, no debería ser olvidada; fue sólo hace quince siglos que tal estado de las cosas fue revertido. Mayor razón aún de por qué las naciones cristianas deberían considerar que deben su poder y gloria sólo al nombre de Cristo; y que son responsables ante Dios por el cumplimiento de su deber para con estas naciones. Dios exige que los traigamos a un encuentro con Cristo; y ellos mismos tienen el derecho a esto.

Este encuentro debe ser amplio. Debería ser apreciable en los colonizadores europeos y estadounidenses en esos países; en las leyes e instituciones que imponemos sobre ellos; en los escritos y la información que les traemos; sobre todo en la predicación de Cristo que hacemos entre ellos. Y al comparar estas moderadas demandas, con los reportes que se han hecho respecto del modo vergonzoso en que hombres que se hacen llamar cristianos actúan en esos países, sus inmoralidades, sus crueldades, sus tomas a la fuerza, su corrupción de las naciones mediante sus leyes injustas y sus prácticas pecaminosas—por ejemplo, el tráfico de opio—resulta evidente que, en lugar de cumplir con esas demandas y, siendo nosotros la causa del endurecimiento de las naciones paganas, nuestra propia deuda y nuestras responsabilidades con respecto a ellos se ven grandemente aumentadas.

Es cierto que algunas naciones han trabajado entre los paganos con gran éxito; y existen incluso algunas pequeñas naciones paganas que, debido a su contacto con excelentes hombres cristianos, gobernadores y misioneros, se puede decir que han entrado en contacto con Cristo; y, si no Le recibieron, ese contacto debe ser la causa de su endurecimiento. Pero estas son excepciones, y nosotros, los miembros de las iglesias reformadas, no podemos presumir que nuestra participación en revolucionar al mundo pagano será muy grandiosa.

Pero con estas excepciones, limitamos el endurecimiento a los hombres que, viviendo en países cristianos, han estado durante largo tiempo bajo la influencia del Evangelio. Esto se aplica también a Israel bajo el Antiguo Pacto. La Iglesia, hoy extendida entre las naciones, en Israel se encontraba oculta. El endurecimiento raramente se producía entre los paganos, y por regla general se limitaba a los judíos. Evidentemente, cuando San Pablo dice que los escogidos lo han obtenido, mientras que los demás fueron endurecidos (Ro. xi. 7), se refiere exclusivamente a Israel, como se deduce del contexto: "Lo que buscaba *Israel*, no lo ha alcanzado; pero los escogidos sí lo han alcanzado, y los demás fueron endurecidos." Y luego sigue una descripción de este endurecimiento, tomado de Is. xxix. 10: "Porque Jehová derramó sobre vosotros espíritu de sueño, y cerró los ojos de vuestros profetas, y puso velo sobre las cabezas de vuestros videntes." Por lo tanto, el endurecimiento que ahora se manifiesta como un *nuevo* obrar, se limita a la Iglesia cristiana. El endurecimiento que aún permanece sobre Israel, es un efecto secundario de la sentencia *antigua*; no es nuevo. Por su rechazo de Cristo frente al Gábara, en el Calvario, y el día de Pentecostés, ellos lo trajeron sobre sí mismos, y no pueden ser librados de él, sino sólo a través del don de la nueva gracia. Por lo tanto, en el debate sobre el endurecimiento que afecta a *este tiempo*, no entra en consideración.

Como regla general, el endurecimiento que se manifiesta en nuestros días y en nuestros propios círculos, se encuentra limitado a la Iglesia cristiana, y sigue la pista hacia el santo Bautismo.

Y aquí podemos distinguir un endurecimiento *personal* y un endurecimiento *colectivo*. Con referencia a este último, un hecho triste pero bien conocido, explicará nuestra intención. En muchas regiones, aquí y en otros lugares, las ideas correctas sobre el santo matrimonio han sido falsificadas; no sólo recientemente, sino por siglos. Esto resulta evidente, por el hecho de que se entra a la relación marital en medio del pecado, antes de que se confirme el matrimonio, por lo que se vuelve "*obligatorio*," según se dice. Esto se trata de un endurecimiento colectivo en contra de la bendición divina del santo matrimonio. Es un pecado popular que no sólo afecta al individuo, sino a toda su generación y a todo su entorno. De la misma manera, existe pecado en todo negocio y compañía, sin el cual se dice que no se puede ser un hombre de negocios. "Todo hombre es un ladrón en su propia tienda"; y con este tipo de bromas pecaminosas se desecha el asunto. Cada nuevo empleado es correctamente iniciado. Aquel que no conoce los trucos es considerado incompetente, y de aquel que se encuentra renuente, se dice que estropea el juego.

En este sentido, existe un endurecimiento colectivo en muchos países e iglesias, el que ha caído sobre las multitudes como un espíritu de somnolencia. Sólo se tiene que comparar las iglesias de Escocia y de España para estar convencido de esta realidad. Las iglesias de ambos países confiesan el nombre del mismo Señor Jesucristo; ellas leen el mismo Evangelio; en parte, cantan los mismos salmos; apenas existe sólo un misterio de fe confesado en Escocia, el cual no se confiesa en España. Pero a pesar de toda esta semejanza, ¡qué diferencia tan inconmensurable! En ambos países, se es bautizado con el mismo Bautismo y se alimenta con la misma Cena del Señor; pero ¡cuán bastamente diferente es la manifestación de la vida eclesiástica! No negamos que en las iglesias de Escocia, puedan existir muchas faltas y defectos. Incluso aceptamos que en la Iglesia de España puede haber en forma ocasional un compasivo resplandor de amor, mientras que en el norte de Gran Bretaña nos encontramos con algo frío y escalofriante. Pero aparte de esto, ¡qué clara y certera es la conciencia en Escocia, y cuán pesado es el velo que cubre el rostro de la Iglesia de Cristo en España! Es cierto que España todavía posee la confesión de la verdad salvadora, pero muy profundamente enterrada bajo un sinnúmero de instituciones humanas. El brillo de las divinas cosas santas es opaco y débil. No estamos negando la acción de la gracia divina en la Iglesia española, y admitimos con mucho gusto, el que Cristo sea predicado incluso bajo ese velo, y que Sus escogidos estén siendo recogidos para vida eterna. Pero en cuanto al resto, ¡qué

embotamiento del alma, qué endurecimiento de espíritu! Resulta evidente que en ese país grandiosamente bello, un poder maligno oprime los espíritus, en contra del cual su lucha resulta en vano.

Aunque menos claramente y, en menor escala, el mismo endurecimiento colectivo se encuentra en todas partes. En las regiones montañosas de Escocia, la Iglesia es mucho más pura que en las tierras bajas. En la Iglesia Luterana de Noruega, la vida espiritual es mucho más afectuosa que en Sajonia. En el Cantón suizo de Vaud, es mucho más enérgica que en Berna. Y en nuestra propia tierra, ¿quién no llora por Drenthe cuando se le compara a Zelanda? ¿Quién no sabe que los distritos rurales de Holanda del Sur son mucho más susceptibles, espiritualmente, que los de Holanda del Norte? ¿Y quién puede dejar de notar la diferencia entre arena y arcilla en Friesland y en Gelderland? Pero si tenemos un entendimiento más profundo y una vida más larga, debido a las circunstancias más favorables del medio ambiente y la educación, no deberíamos hacer ostentación de ello. Si hubiéramos sido plantados en tierra tan seca, probablemente deberíamos haber crecido igual de enjutos y poco agraciados.

Medir la culpabilidad de cada hombre, con referencia a este endurecimiento colectivo, no es de nuestra incumbencia, sino que es el Señor quien es juez de toda la tierra. Pero lo que nos corresponde es oponernos a este endurecimiento, donde sea que lo encontremos, con la levadura de la Palabra, y orar sin cesar por la liberación de esta plaga espiritual. Una y otra vez, el endurecimiento que había estado sobre pueblos y ciudades—y sobre países enteros, ha sido levantado por la audacia de un solo predicador de rectitud. Puede resultar incurable, como en Sodoma y Gomorra, las que debían ser destruidas, mientras que Nínive podía aún arrepentirse. Pero esto es excepcional. Normalmente vemos las naciones más endurecidas despertar de su letargo espiritual, tan pronto como el predicador de arrepentimiento les hace el llamado a volverse a Dios.

El endurecimiento personal es algo totalmente diferente, y en mayor o menor medida, cae sobre todos los que viven bajo la influencia del Evangelio pero que no han sido vivificados por él—quienes fueron bautizados con agua y no con el Espíritu Santo; y respecto de este endurecimiento personal, el apóstol testifica: “Pero los escogidos sí lo han alcanzado, y los demás fueron endurecidos.”

XXXVI. El Amor Apostólico.

“Cegó los ojos de ellos, y endureció su corazón”— Juan xii. 40.

Es extraño que el endurecimiento, en su manifestación más terrible, no encuentre su exponente en Jeremías, el severo predicador de arrepentimiento, ni en San Pablo, el confesor de la lógica y testigo de la soberanía divina, sino en San Juan, el *apóstol del amor*. San Juan conoce a los hombres a quienes él llama “hijos del diablo,” que como tales, son lo opuesto de los hijos de Dios.

Jesús había entrado en la ciudad santa en medio de los hosannas de las entusiastas multitudes. Aparentemente, todo Jerusalén, salió a vitorearlo. Incluso los griegos que ahí vivían lo pedían. Fue la hora del triunfo y la gloria. Y sin embargo, en medio de este aplauso popular, Jesús sabe que Él es el “Varón de Dolores,” y declara a Sus discípulos que Él es como el grano de trigo que, “si no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto” (Juan xii. 24). Entonces Él gritó: “Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora. Padre, glorifica tu nombre” (Juan xii. 27, 28). E inmediatamente vino una voz del cielo que decía: “Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez” (Juan xii. 28). La gente que le rodeaba “decía que había sido un trueno. Otros decían: Un ángel le ha hablado” (Juan xii. 29). Fue una de las señales más solemnes e impresionantes que nunca hayan estado presentes en la predicación de la Palabra—un acontecimiento como aquel del Carmelo; una respuesta directa del cielo.

Aún bajo su impresión, Jesús continúa con Sus palabras a la multitud, diciendo: “Entre tanto que tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de luz” (Juan xii. 36). ¿Y cuál fue la respuesta? ¿Otro hosanna como aquel cuando Jesús había resucitado a Lázaro de entre los muertos, y que fue honestamente expresado por algunos? De hecho no fue así. Cuando, en lugar de prometerles que Él levantaría el reino y lo liberaría de la esclavitud romana, Jesús les presentó las demandas de la fe, entonces ellos se Le resistieron, y el mal en sus ojos revelaba lo contrario a paz en sus corazones. Y al mismo Nazareno que un momento atrás ellos habían ovacionado con el ondeo de las palmas, ahora se encontraban dispuestos a enterrarlo bajo una lluvia de piedras. Jesús, viendo esto, se marchó y se escondió de ellos. Y de este modo, en esa plaza pública de Jerusalén, la multitud se quedó sola. Ellos habían rechazado al Rey a quien deberían haber adorado. Una voz había hablado desde el cielo, pero ellos habían bloqueado sus oídos.

¡Engañado pueblo! No saben a quién han rechazado, y que su rechazo de hoy deberá conducir mañana a Su crucifixión. Ustedes Lo rechazaron, y, junto a Él, se rechazaron a ustedes mismos para siempre. Porque esto es lo que San Juan, el testigo de la paz y del amor, bajo la inspiración directa del Espíritu Santo, escribe acerca de ellos: “Pero a pesar de que había hecho tantas señales delante de ellos, no creían en él; para que se cumpliera la palabra del profeta Isaías, que dijo: Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? ¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor? Por esto *no podían creer*, porque también dijo Isaías: Cegó los ojos de ellos, y endureció su corazón; Para que no vean con los ojos, y entiendan con el corazón, Y se conviertan, y yo los sane. (Juan xii. 37-40).

“No *podían creer*”. ¡Ningún juicio podría ser más agudo, más directo, más temible! ¿Quién puede oír estas palabras sin sentir dolor en el corazón? ¿Quién no tiembla, cuando el santo apóstol declara que tales son las ordenanzas del Reino? ¿Quién no inclina la cabeza en la presencia de esos misterios cegadores? ¡Oh, de manera que pudiéramos borrar estas palabras del Evangelio! Pero no podemos. Aunque nos afecten tan dolorosamente, aunque no nos podamos amonestar lo suficiente unos a otros para nunca hablar de estos terribles misterios, sino con un corazón amoroso y entristecido, sin embargo, estas palabras no pueden ser sacadas del Evangelio. Sin ellas, aun el Evangelio de San Juan no estaría indemne, rico y completo. Las Escrituras no pueden ser castradas.

Fue Jesús quien descubrió que estos hombres de Jerusalén, miserablemente pecadores, fueron insensibilizados y que su cerviz fue así mismo endurecida. Esto descende, no a los hombres en Roma o Atenas, sino a los hombres en la capital judía. Es notable, que cuando los griegos se acercaron a Felipe ingenuamente preguntando por Jesús, estos hijos de Abraham deberían haberse manifestado como endurecidos en sus corazones. Tales hombres habían existido en Jericó, Betania, y Jerusalén, veinte años atrás; sin embargo, el apóstol declara que esta profecía sombría acerca del endurecimiento completado se cumplió en toda su extensión sólo en los hombres que eran entonces los líderes de la opinión pública en Jerusalén, quienes fueron endurecidos por su encuentro, no con Juan el Bautista, sino *con Jesús*.

El efecto del contacto con Jesús es tan decisivo, que determina todo el curso posterior de la vida y la existencia de un hombre para siempre. No existe uno más grande y más glorioso que Jesús. A quien Jesús no salva, no puede ser salvado. El que no ve la luz en Jesús, deberá por siempre vagar en la oscuridad. Él es *la* piedra de toque. Cuando es probada por Él, el alma es puesta de manifiesto.

A partir de este relato, y de todo lo que las Escrituras revelan sobre este tema, resulta por lo tanto lastimosamente evidente que nuestra mayor gloria, es decir, nuestra certeza cristiana, y la miseria más terrible que el alma pueda concebir, *el endurecimiento de un ser humano*, se presentan codo a codo uno al lado del otro, y van juntos en conexión causal. Roca de agravio; de caída y nuevo levantamiento para muchos en Israel; una señal en contra de la que se hablará; el sabor de la vida, pero también el sabor de la muerte—¡nos preguntamos cómo es posible que Él quien es el Salvador del alma, pueda también causar que su corrupción mortal se vuelva manifiesta!

Y sin embargo, es un hecho; la Palabra de Dios no deja lugar a dudas. Y lo que es aún más maravilloso, esta espantosa operación de ser un sabor de muerte procede de Cristo en uno de los momentos más gloriosos de Su vida: en el momento en que Él brilla en toda la grandeza de Su majestad. Había llegado la hora cuando, como un grano de semilla de mostaza, Él debía caer al suelo. Los galileos vieron a su Señor. Los griegos preguntaron por Él. La voz del cielo seguía vibrando en sus oídos. Con súplica conmovedora, Él los llamó al arrepentimiento. Y es en ese momento que la enemistad del corazón humano Le muestra su odio mortal, y en su resistencia fundamental Le obliga a ocultarse. Y entonces, el endurecimiento de sus corazones se vuelve manifiesto.

No existe forma de escapar a este momento crucial. Todo hombre *debe* ser atraído a Cristo. Y aquel que ha venido a Él debe ver más y más de Su grandeza y santidad, y llegar a tener una relación cada vez más íntima con Él. Y por esta misma entrada hacia el santuario interior, el alma perdida descubre su propia y verdadera interioridad, y si acaso alguna vez llegará a una rasgadura del velo.

Pero de esto no deberíamos nunca extraer la conclusión equivocada, de que entonces el camino más seguro es nunca traer nuestros niños a Jesús. Esto no queda a nuestro criterio. Es el mismo Señor de los Ejércitos el que nos ordena: "Dejad que los niños vengan a mí" (Marcos x. 14). Sino que lo que este profundo misterio debiera enseñarnos, es a no arrojar las cosas sagradas a los perros, ni a hacer exhibición ostentosa de la verdad divina. Aunque no juzguemos a otros, sino más bien dejemos que su celo por la difusión del Evangelio reprenda nuestra tibieza, aun así, debemos recordarles el hecho de que *están tratando con fuego*. Seguramente no es otra que la espada de dos filos del Espíritu la que puede alcanzar la residencia interior de la corrupción; pero recuerde, si se trata sin cuidado, podría herir alguna parte vital. Y por lo tanto, debemos siempre advertir a los hermanos, en el espíritu de amor, que nunca prediquen el temible Evangelio de un modo irreflexivo y descuidado, sino que siempre se haga con la mayor precaución y con santa seriedad. Pues el trabajo de la predicación del Evangelio es sumamente delicado.

En cuanto a la pregunta, ¿Cómo se produce el endurecimiento? simplemente decimos que debemos oponernos a todos los esfuerzos para ser más sabios que aquello que está escrito; siendo conscientes de nuestras propias limitaciones, preferimos velar, no sea que nuestra propia alma caiga bajo este terrible juicio; y de ese modo evitar perdernos en el vano esfuerzo de analizar lo que no podemos concebir sino en la unidad del misterio sagrado.

Pero esto es lo que podemos decir: que en la naturaleza, Dios nos ofrece muchos ejemplos del hecho de que en su más alta actividad, la misma potencia puede tener efectos opuestos. Sin lluvia, el campo se seca y la vegetación se quema; pero la misma lluvia que en otro lugar hará que el grano crezca, en un campo con mal drenaje hará que el cultivo se pudra. El mismo sol que calienta el suelo y madura el grano en un acre, endurecerá el suelo y quemará la cosecha en otro. El mismo alimento que nutre y fortalece al saludable, carga al débil y pone en peligro la vida del enfermo. El conocimiento es glorioso y, en su fuente, el hombre ama saciar su sed; pero, ¡cuán abrumadora es la corrupción causada, ya sea por su aplicación unilateral o por una estimación desproporcionada de su valor! El vínculo entre marido y mujer, y entre madre e hijo, es santo y amoroso; pero, ¿existe alguna pasión que haya añadido más a la contaminación y la profanación de la vida humana que este mismo deseo por el estado marital y este anhelo de ser madre?

Es una ley universal la que dice que la más alta excelencia, al no lograr su propósito, invierte su acción y causa destrucción, contaminación y, a menudo, ruina sin esperanza, en una medida mucho mayor que si fuera menos excelente. Y sabiendo esto; ¿es extraño que la misma ley prevalezca en el más alto dominio, es decir, el Amor de Dios?

El endurecimiento no es sino el efecto del Amor divino que se ha vuelto en la dirección opuesta. Ama o consume. Atrae hacia el cielo o arruina en el infierno.

XXXVII. El Pecado en Contra del Espíritu Santo

“La blasfemia contra el Espíritu no les será perdonada”—Mt. xii. 31.

Aun cuando el amor de Dios falla en su propósito siempre provoca endurecimiento del corazón, a veces tiene un efecto aún más terrible, porque puede llevar al *pecado en contra del Espíritu Santo*.

Los resultados de este pecado son especialmente aplastantes y terribles. Las palabras de Cristo a su respecto son sorprendentes e incisivas, y arrojan el alma culpable a la desesperación eterna:

“El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama. Por tanto os digo: Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; mas la blasfemia contra el Espíritu no les será perdonada. A cualquiera que dijere alguna palabra contra el Hijo del Hombre, le será perdonado; pero al que hable contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este siglo ni en el venidero” (Mt. xii. 30-32).

San Marcos lo presenta aún con mayor dureza: “De cierto os digo que todos los pecados serán perdonados a los hijos de los hombres, y las blasfemias cualesquiera que sean; pero cualquiera que blasfeme contra el Espíritu Santo, no tiene jamás perdón, sino que es reo de juicio eterno (Mc. iii. 28, 29).

San Juan escribe acerca de él: “Si alguno viere a su hermano cometer pecado que no sea de muerte, pedirá, y Dios le dará vida; esto es para los que cometen pecado que no sea de muerte. Hay pecado de muerte, por el cual yo no digo que se pida. Toda injusticia es pecado; pero hay pecado no de muerte. Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado, pues Aquel que fue engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca” (1 Juan v. 16-18).

Y San Pablo escribe: “Porque es imposible que los que una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero, y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio. Porque la tierra que bebe la lluvia que muchas veces cae sobre ella, y produce hierba provechosa a aquellos por los cuales es labrada, recibe bendición de Dios; pero la que produce espinos y abrojos es reprobada, está próxima a ser maldecida, y su fin es el ser quemada” (Heb. vi. 4-8). Estas cortantes palabras dejarían perpleja al alma, si él no hubiera añadido: “Pero en cuanto a vosotros, oh amados, estamos persuadidos de cosas mejores, y que pertenecen a la salvación, aunque hablamos así. Porque Dios no es injusto para olvidar vuestra obra y el trabajo de amor que habéis mostrado hacia su nombre” (vs. 9, 10).

Estas son palabras de consuelo, las que sin embargo, no desvirtúan la seriedad mortal con la que él habla en el décimo capítulo: “Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios. El que viola la ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere irremisiblemente. ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia? Pues conocemos al que dijo: Mía es la venganza, yo daré el pago, dice el Señor. Y otra vez: El Señor juzgará a su pueblo. ¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!” (Heb. x. 26-31).

Mucho más podría añadirse. Está escrito respecto de Esaú, que no pudo encontrar lugar para arrepentimiento. San Pedro y San Judas, llenos de indignación, escriben sobre las personas que “han seguido el camino de Caín,” que “se lanzaron por lucro en el error de Balaam,” y que “perecieron en la contradicción de Coré.” Pero estas palabras no tienen relación directa con el pecado en contra del Espíritu Santo. Se ha dicho suficiente a fin de convencer a nuestros lectores de que juzgamos este terrible pecado, no en base a nuestra propia autoridad, sino en base a la autoridad del Espíritu Santo.

Abrimos el debate, haciendo hincapié en que ningún hijo de Dios podría ni puede cometer jamás este pecado. Es necesario decir esto a fin de evitar que muchas almas sean perturbadas. Existe una angustia indecible en estas palabras de Jesús: "Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; mas la blasfemia contra el Espíritu no les será perdonada. Pero al que hable contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este siglo ni en el venidero" (Mt. xii. 31-32). Para tal pecado no existe intercesión en el cielo ni en la tierra. Esa oración aun es condenada y prohibida como profana. De hecho, nos damos cuenta de cómo las almas afligidas, azotadas por la tempestad y sin consuelo, especialmente cuando el sufrimiento de un cerebro débil y de nervios enfermos, puede volverse tan morboso como para preguntar: ¿Acaso he cometido yo ese pecado? Y si es así, ¿cuál es la utilidad de las oraciones y las lágrimas? Pues entonces yo estoy perdido, irremediablemente y para siempre.

Y un sufrimiento espiritual así de cruel no puede ser permitido. Es el resultado de una deficiente formación religiosa, y, más aún, de la predicación que, culpablemente ignorante de las formas profundas del alma, parlotea acerca de muchas cosas, pero casi nunca trata las cosas solemnes que conciernen a la eternidad. Cabe reiterar a estas almas afligidas a que se hace referencia, clara y distintamente, que ningún hijo de Dios *podrá* nunca cometer este pecado. No pertenece al corazón contrito y humillado, sino que se gangrena sólo en el espíritu orgulloso que se opone al Señor y a Sus santas ordenanzas.

Es cierto que el apóstol declara que los hombres culpables de este pecado " *fueron una vez iluminados*" y que " *han gustado del don celestial,*" y " *fueron hechos partícipes del Espíritu Santo,*" y " *han probado la buena Palabra de Dios y los poderes del siglo venidero*"; pero nunca se ha dicho que hubieran tenido un *corazón quebrantado y contrito*. Por el contrario, a ellos les importan las cosas altas; ellos dependen de sus exaltadas experiencias; alardean de una cierta parcialidad que el Señor les ha mostrado últimamente; pero no muestran ninguna evidencia de que alguna vez se lamentaran, o cayeran al suelo como muertos ante la Majestad divina, o que alguna vez la consideraran como un fuego consumidor.

Es un hecho particular que las mismas personas que nos hacen pensar en la palabra de las Escrituras, "el que piensa estar firme, mire que no caiga," nunca tienen miedo de la perdición eterna; mientras que aquellos que no son en lo más mínimo propensos a pecar en contra del Espíritu Santo, se encuentran con frecuencia con temor y temblor de que puedan caer en él. Los médicos de manicomios están muy familiarizados con estos hechos.

Y no hay sino un remedio para estas almas afligidas, esto es, alimentarlas con las Escrituras antes de que sean atribuladas. Por supuesto, aquel que medita y murmura acerca de su pecado, permaneciendo fuera de la Palabra, no puede escapar de ser perseguido por el pensamiento tipo Caín, de haber cometido un pecado demasiado grande como para ser perdonado, y al final, tampoco puede escapar de volverse loco. Pero aquel que vive cerca de la Palabra, se encuentra a salvo y *no* puede ser afectado de esa manera.

Las Escrituras nos ofrecen una visión clara y transparente del pecado en contra del Espíritu Santo. Los escribas que habían bajado de Jerusalén estaban viendo gloriosas cosas y estaban oyendo palabras del cielo, pues Jesús estaba de pie en medio de ellos. Y mientras que con ojo y oído estaban gustando de estos dones celestiales, ellos se atrevieron a decir: "que tenía a Beelzebú, el príncipe de los demonios" (Mc. iii. 22). Y a esta declaración blasfema Jesús respondió de inmediato, que estas personas habían cometido el pecado en contra del Espíritu Santo, " *Porque ellos habían dicho: Tiene espíritu inmundo*" (Mc. iii. 30). Por lo tanto, entre las personas de buena disposición, no puede existir diferencia alguna de opinión a este respecto. El pecado en contra del Espíritu Santo sólo puede ser cometido por personas que, contemplando la belleza y la majestad del Señor, cambian la luz en oscuridad y consideran que la suma gloria del amor del Hijo de Dios pertenece a Satanás y a sus demonios. Y, dado que las almas afligidas a las que nos hemos referido están conscientes de su incapacidad para captar las cosas sagradas, y están familiarizadas con las sugerencias pecaminosas de sus propios corazones, sin embargo, a pesar de estas sugerencias, sinceramente desean ser persuadidas del amor de su Salvador, por lo tanto resulta imposible que alguna vez puedan convertirse en víctimas culpables de la desesperación.

Sin embargo, no se puede negar que a veces en los corazones de los santos, se levantan pensamientos terribles en contra del Santo. El pozo de iniquidad que se encuentra bajo nuestros corazones, con sus gases venenosos, se mantiene hasta la muerte. Mientras estamos comprometidos en la lectura de la Palabra, en la oración o en la santa meditación, a veces nos sobresaltan sugerencias que centellean por la mente, como la lanceta venenosa de una avispa, las cuales quisiéramos arrancar de la cabeza y el corazón, de las que nos encogemos como si fuéramos alcanzados por un rayo, con el clamor: Oh Dios, ¡libérame! Sin embargo, estas sugerencias no tienen nada que ver con el pecado en contra del Espíritu Santo; pues nosotros no nos identificamos con ellas, no las atesoramos, sino que las arrojamos a un lado como lo haríamos con una víbora. Ellas vienen *a través* de nosotros, pero no son *de* nosotros. O, más bien, ellas brotan de nuestra naturaleza pecaminosa, pero no están enredadas a nuestra voluntad—de hecho, resultan repugnantes a nuestra voluntad.

Debemos prestar atención, por lo tanto, no sea que al apartarnos de las Escrituras, alejemos nuestras almas del amor de Dios. Esto complacería muy adecuadamente a Satanás. A él le encanta usar ese pecado en contra del Espíritu Santo para molestar a las almas débiles, y la angustia de éstas deleita su corazón. Por lo tanto, no se les debe permitir meditar en esta temible palabra de las Escrituras. Es cierto que el Evangelio es temiblemente serio, pero al mismo tiempo, es el Evangelio de toda *consolación*, y ningún hombre podrá jamás robarle ese carácter.

En apego estricto a la Palabra, podemos añadir que los que comúnmente vagan lejos de Dios, no cometen el pecado en contra del Espíritu Santo; pues ellos no han visto absolutamente nada de los poderes y glorias del siglo venidero (Heb. vi.). Para cometer este pecado se requiere de dos cosas, las que van estrictamente juntas:

En primer lugar, un estrecho contacto con la gloria que es manifiesta en Cristo, o en Su pueblo.

En segundo lugar, no sólo el desprecio de esa gloria, sino la declaración de que el Espíritu que se manifiesta en esa gloria, el cual es el Espíritu Santo, es una manifestación de Satanás.

Se puede pecar en contra del Hijo y no perderse para siempre. Existe esperanza de perdón en el día del juicio para los hombres que Lo crucificaron. Pero el que profana, desprecia y calumnia al Espíritu, que habla de Cristo, de Su Palabra, y de Su obra, como si Él fuera el espíritu de Satanás, se pierde en la oscuridad eterna. Este es un pecado deliberado, intencionadamente maligno. Deja ver una oposición *sistemática* a Dios. Ese pecador no puede ser salvado, porque ha despreciado al Espíritu de toda gracia. Ha perdido el último vestigio en el pecador, el gusto por la gracia y, con él, la posibilidad de recibir gracia.

Por tanto, esta palabra de Jesús está divinamente intencionada a poner en guardia a las almas; las almas de los *santos*, para evitar que la Palabra de Dios sea tratada por ellas con frialdad, descuidadamente, con indiferencia; las almas de los *falsos* pastores y *engañadores* de la gente que, ministrando en los santos misterios de la cruz, hablan con desprecio de la “teología de la sangre”—blasfemando las más supremas manifestaciones del amor divino, como si se tratara de una abominación perversa; las almas de todos los que han abandonado el camino; de aquellos que una vez conocieron la verdad y ahora la rechazan, y quienes ‘en su auto imagen condenan abiertamente a sus hermanos que aún creen, como si fueran fanáticos ignorantes. Su sentencia será pesada por cierto. Nínive no opuso resistencia al profeta, ¡y fue exaltada por encima de Capernaum y Betsaida!

De lo anterior, el amor cristiano deduce una exhortación doble:

En primer lugar, a los creyentes declarados, de no tentar a otros a caer en este pecado por ignorancia y presunción.

En segundo lugar, a los hermanos descarriados, a no decir que el *escepticismo* es el camino que conduce a la verdad. Pues es este mismo escepticismo la puerta fatal por la cual el pecador entra al terrible pecado en contra del Espíritu Santo.

XXXVIII. Cristo o Satanás

“Pero el mayor de ellos es el amor”—1 Co. xiii. 13.

Aunque la revelación de las Escrituras respecto del endurecimiento del corazón resulta temible, aun así es el único precio al cual el Todopoderoso ofrece al hombre la promesa bendita de la riqueza infinita del Amor.

La luz resulta inconcebible sin la sombra; y mientras más pura y más brillante sea la luz, las sombras deberán ser más oscuras y más claramente delineadas. De igual manera, la existencia de la fe resulta inconcebible sin que exista la *duda* como su opuesto; la esperanza sin la angustiosa tensión de la *desesperación*; el mayor disfrute de amor sin la más penetrante incisión de *odio*. Si esto ocurre de este modo entre los hombres, ¿cuánto más fuertemente debe ocurrir cuando Dios derrama Su amor a través del Espíritu Santo?

Incluso entre los hombres, el amor siempre pierde en profundidad lo que gana en amplitud. Por tanto, existen multitudes de hombres de los que todos hablan bien y nadie habla mal; que, aunque no siendo perseguidos por odio, tampoco son queridos con amor ferviente. Y existen hombres a quienes nadie puede tratar con indiferencia; que inspiran a algunos con ardiente amor y a otros con impulsivo odio. ¡Cuán dedicado es el amor de Timoteo y Filemón por San Pablo, y con cuánto odio los maestros judíos lo persiguieron! ¡Cuán afectuoso el apego del círculo de reformadores alemanes por Martín Lutero, y cuán amarga la violencia de la jerarquía papista en contra de él! ¡Cuán profundo y tierno el amor de nuestro pueblo cristiano por Groen van Prinsterer, el noble campeón de nuestros intereses cristianos, y cuán feroz el odio y la amargura con los que los hombres de la neutralidad lo persiguieron todos los días de su vida! Los círculos de la corte de San Petersburgo casi adoran al zar de Rusia, mientras que cada nihilista lo aborrece como si se tratara del mismo diablo encarnado.

Y esto es cierto en todos los países y en todas las épocas. Tan pronto como el amor ha echado raíces en el *suelo de los principios*, separa a los mejores amigos y encuentra su polo opuesto en el odio más temible. El amor que es inspirado sólo por rasgos amables, que no tiene otra base que la buena voluntad mutua, que es la hija de una disposición condescendiente, que es apoyado por el servicio recíproco, la quema de incienso o el interés propio, nunca despierta tal odio. Pero tan pronto como el amor adopta un carácter más noble y más santo; cuando ama al amigo no por su apariencia, disposición, modales encantadores y formas agradables, sino a pesar de su carácter inflexible, demandas severas, y rasgos desagradables, simplemente porque es el portador de una convicción, el intérprete de un principio, el poderoso intercesor de un ideal, entonces el odio no puede tardarse mucho, sino que sigue al amor a su paso, y se enfurece con amargura y violencia en la misma medida que el apego del amor es tierno y estimulante.

Esto nunca fue más evidente que en la Persona de Cristo. Sus contemporáneos tienen derecho a un trato justo. Con la excepción de aquellos a quienes había sido especialmente revelado, ni siquiera una persona vio en el rabino de Nazaret al Hijo de Dios, la Esperanza de los Padres, y al Mesías Prometido. La gran muchedumbre del pueblo Lo aclamó simplemente como el Héroe de Su creencia, el Predicador de la Justicia, Uno que estaba lleno de celo por principios elevados y santos.

¿Y qué revela la historia de Su vida? Que en el primer encuentro, encantados por Su discernimiento santo, conmovidos por Su elocuencia, sobrecogidos por Su palabra de amor, los hombres Le ofrecen homenaje y se unen a las alabanzas de las multitudes. Pero también, que este conocimiento superficial es luego seguido por un cambio en su inclinación y su disposición, desarrollándose en algunos hacia la fe certera y la entrega total a Su Persona, y en otros, hacia un odio que se vuelve día a día más violento.

Jesús no causó molestias a nadie. Ni una sola palabra amarga salió jamás de Su boca. Hubo miles a quienes Él bendijo, y no hubo uno solo a quien dañara. Incluso a los niños pequeños Los atrajo hacia Sí y besó sus caras sonrientes. Y, aun así, ya en Su primera aparición en

Nazaret, las malas pasiones empezaron a airarse en contra de Él. Cuál fue el mal que Él había cometido, nadie lo podía decir; pero ellos no podían soportarlo; Él les molestaba; era para ellos algo que ofende a la vista; debía irse. Mientras Él permaneciera en la tierra de los vivos, no podría haber descanso en Palestina, eso es lo que ellos pensaban.

Esto explica los esfuerzos frecuentes de la multitud por apedrearlo y matarlo; los sucios adjetivos que aplicaba a Él, diciendo “que estaba fuera de Sí,” “que tenía un demonio y estaba loco,” “que Él alborotaba a la gente,” que era un “glotón” y un “bebedor.” Y cuando todo esto no fue de ninguna ventaja para ella, y Jesús siguió inspirando a muy pocos pero con un amor aún mayor, y el número de los Juanes y Marías aumentó, entonces la multitud consideró que se debía tomar medidas aún más severas; y entonces el odio se convirtió en persecución; entonces las mujeres honestas de Jerusalén gritaron: “Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos” (Mt. xxvii. 25); y, sedienta por Su sangre, la multitud gritó: “¡Crucifíquenos!” y la tormenta de la pasión perversa no se aplacó hasta que Lo vieron muriendo sobre la cruz. Luego, al lado de la cruz estaban Juan y María, cuyo amor por Jesús nunca fue superado, codo a codo con los dirigentes de Jerusalén, quienes se atrevieron a burlarse de Él y a desafiarlo aun en Sus momentos de agonía, mientras que ellos casi se asfixiaban en su propia furia.

Si Jesús no hubiera venido y testificado abiertamente del Padre, los serios caballeros de Jerusalén nunca habrían sido culpables de pasiones tan bajas y deshonrosas como aquellas. De hecho, Su aparición pública en Jerusalén y en Judea fue la chispa que encendió estas pasiones. Sin Él, los rabinos nunca hubieran cometido un pecado tan horrible; si Jesús no hubiera venido del cielo, la tierra nunca hubiera visto un odio tan vil, amargo y violento.

¿Por qué, entonces, Él no prefirió permanecer alejado? ¿Por qué vino a la tierra? Pues Él sabía el odio que su venida despertaría. Él sabía que -indirectamente- ocasionaría que Iscariote se convirtiera en un Judas, un hijo del diablo. Él sabía que se volvería una caída y un nuevo levantamiento para muchos; una piedra de tropiezo; una señal en contra de la cual se debería hablar. Él sabía, que por un encuentro con Él, miles de personas se convertirían en transgresores, y algunas incluso cometerían el pecado en contra del Espíritu Santo. Él sabía todo esto, porque sufrió todo por causa del consejo definitivo y el conocimiento anticipado de Dios. Y, aun así, Él vino. Él habló. Él llevó a cabo Su horrible tarea sobre la tierra, la de ser un Salvador para miles de almas, pero también una piedra de ofensa para miles de otras.

¿Y por qué no Se le impidió venir, de modo que todo este terrible mal pudiera ser evitado? ¡Por *el bien del Amor*, Oh hijos del Reino!

Pues el Amor es más *grande*; el Amor es el *derecho* más elevado; y el Amor, lleno, abundante y divino, *no* puede ser derramado en los corazones de los hombres sino sólo a este precio. Un Amor menos grandioso hubiera provocado un odio menos violento. Si este Amor no hubiera venido en absoluto, el odio hubiera sido apagado totalmente. Sólo este Amor despertó ese odio. Irritado por la perfección de este Amor, estalló en semejante malicia demoníaca. Tan pronto como el Amor muestra su brillante semblante, el odio arroja con fuerza sus espeluznantes llamas. Sin este temible estallido de impiedad, la santidad no podría existir en este mundo de pecado.

Esto nos lleva nuevamente al Espíritu Santo. El carácter y el poder de cualquier forma de amor, están determinados por el carácter sagrado o profano del espíritu que habita en él. Por supuesto, el amor terrenal no puede alcanzar su máxima potencia a menos que el Espíritu Santo more en él y encienda en el corazón humano su chispa sagrada. Y dado que Él anima toda vida creada, Él también anima la vida del amor; y entonces empieza a vivir, recibe un alma y es verdaderamente animado; y la promesa del Padre es cumplida en la Iglesia y en nuestros corazones, y el amor es derramado por el Espíritu Santo.

Es por esto, que la operación completa y penetrante del amor ocurrió sólo el día de Pentecostés. Luego, los muros que separaban a Israel fueron derribados, y el río de su vida reveló su lecho amplio y profundo a cada pueblo y nación. Hubo ahí lenguas como de fuego, y hubo un hablar con las lenguas de todas las naciones. Ellos tuvieron todo en común. Fueron

contenidos en la unión de un propósito. La melodía del salmo de alabanza se extendió a todos los círculos que invocaron el nombre del Señor.

Pero, ¡ay! con la luz del amor vino también la temible sombra del odio, que obra la obstinación, termina en el endurecimiento, y añade a sí mismo la muerte por el pecado en contra del Espíritu Santo.

Y esto es una cosa terrible. Aun así, si se pudiera lograr persuadir al Padre de las Luces para apagar la luz pura del amor, ¿diría usted: “Señor, extínguela”? ¿Se atrevería a orar para que el derramamiento de ese amor en la tierra cesara?

Y de este modo, en medio de las diferencias, disputas y discordias, en medio del tumulto de odio y el estruendo de la irreverencia y la blasfemia, la obra de la redención continúa, y la operación del Espíritu Santo sigue cumpliendo el consejo de Dios. Así, el Rey reina majestuosamente; las almas se convierten; los rebeldes son consolados; los actos de abnegación y noble consagración se multiplican; la piedad brilla y la misericordia reluce; y, oculto a los ojos de los hombres, el amor perfecto acaricia el alma que fue una vez congelada por su propia culpa, y confiere a la tierra algo de la dulzura y la santidad de su esencial sagrado ser.

Y todo esto continuará hasta que la Iglesia militante haya terminado su última batalla. Luego vendrá el fin, la señal del Hijo del Hombre será vista en las nubes, y luego, sólo la consumación de la gloria se manifestará, en la cual cada obra del espíritu profano será destruida y la obra del Espíritu Santo se completará—plena en la manifestación de la gloria, en el enjugar de muchas lágrimas, en la eliminación de todos los obstáculos, en la contemplación de lo que ojos nunca han visto y en el oír lo que oídos nunca han oído y en el éxtasis de lo que nunca ha entrado en el corazón humano; pero, por sobre todo esto, en la revelación perfecta del amor en su manifestación más santa y pura, en la imperturbable comunión con el Señor, nuestro Dios.

Notas

1. [↑](#) “Y el corazón de Faraón se endureció” (Traducción holandesa).

Oración

XXXIX. La Esencia de la Oración

“Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos.”—Ef. vi. 18.

Por último, consideramos la obra del Espíritu Santo en la oración.

Se desprende de la Escritura, más de lo que se ha enfatizado, que en el sagrado acto de orar existe una manifestación del Espíritu Santo trabajando en nosotros y con nosotros. Y aun esto se desprende claramente de palabra apostólica: “Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos” (Ro. viii. 26, 27). Cristo expresa esto con igual claridad, cuando Él le enseña a la mujer samaritana que “Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren” (Jn iv. 24); por esto, Él añade, “porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren.” Con un sentido muy similar, San Pablo le escribe a los Efesios: “Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos” (Ef. vi. 18).

Ellos ya poseían la antigua promesa de Zacarías: “Y derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalén, espíritu de gracia y de oración” (Zac. xii. 10). Y esta promesa se cumplió cuando el apóstol pudo testificar respecto a Cristo: “Porque por medio de Él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre” (Ef. ii. 18). En el “Abba Padre” de nuestras oraciones, el Espíritu Santo testifica con nuestros espíritus que somos hijos de Dios (Ro. viii. 15). Y en su anhelo por la venida del Novio, no sólo la Novia, sino el Espíritu y la Novia oran: “Ven Señor Jesús, ven pronto.” Tras un examen más detenido, pareciera que la oración no puede ser separada de la regla espiritual de que debemos orar: “Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido, lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual” (1 Co. ii. 12-13).

De ahí que no puede haber ninguna duda de que aun en nuestras oraciones debemos reconocer y honrar una obra del Espíritu Santo; y que el trato especial de este sensible tema pueda dar fruto en el ejercicio de nuestras propias oraciones. Sin embargo, no proponemos tratar aquí el tema completo de la oración, el cual le pertenece en este punto a la explicación del Catecismo Heidelberg; pero sencillamente deseamos enfatizar la importancia del trabajo del Espíritu Santo para las oraciones de los santos.

En primer lugar, debemos descubrir el hilo de plata, que en la naturaleza del caso, conecta la esencia de nuestras oraciones con la obra del Espíritu Santo.

Pues todas las oraciones no son iguales. Existe una gran diferencia entre la oración sumo-sacerdotal del Señor Jesús y la oración del Espíritu Santo con gemidos que no pueden expresarse con palabras. Las súplicas de los santos en la tierra son distintas a las de los santos en los cielos, aquellos que se regocijan ante el trono y aquellos que claman a los pies del altar. Aun las oraciones de los santos de la tierra no son iguales, según las variadas condiciones espirituales desde las que oran. Hay oraciones de la Novia, estas son, de todos los santos en la tierra como un todo; y oraciones de las asambleas locales de creyentes, súplicas de los círculos de hermanos cuando dos o tres están reunidos en el nombre de Jesús; y súplicas de creyentes individuales derramadas en la soledad de la habitación. Y diferenciadas en la raíz de estas oraciones de los santos están las oraciones de los aún inconversos, regenerados o no, quienes claman a Dios, a quien ellos no conocen y a quien ellos se oponen.

La pregunta es si el Espíritu Santo es activo, ya sea en una, o en todas estas oraciones. ¿Él solamente afecta nuestras oraciones cuando, en los escasos momentos de rica vida espiritual, tenemos comunión íntima con Dios? ¿O sólo afecta las oraciones de los santos, excluyendo las oraciones de los inconversos? ¿O afecta todas las oraciones y súplicas, ya sean de santo o pecador?

Antes que respondamos esta pregunta, es necesario que definamos con precisión qué es la oración. Ya que la oración pueden ser entendida en un sentido limitado, como un acto religioso en el que se requiere algo de Dios, en cuyo caso es meramente la expresión de un deseo que brota de un consciente querer, vacío o necesidad, que le pedimos a Dios que supla; una aplicación al poder y providencia divina, en la pobreza ser enriquecido, en peligro ser protegido, en tentación ser mantenido en pie. O puede ser entendida en un sentido más amplio incluyendo el agradecimiento. En la Iglesia Reformada, el Servicio de Oración siempre incluye el Servicio de Agradecimiento. En este aspecto el Catecismo Heidelberg la trata, llamando a la oración la parte primordial del agradecimiento (q. 116). De hecho, nos es difícil concebir la oración, en el sentido más sublime, ascendiendo al trono de la Gracia, sin agradecimiento.

Por otra parte, la oración incluye alabanza y toda efusión del alma. La oración sin alabanza y agradecimiento no es oración. En la súplica de los santos, la oración y la adoración van juntas. Oprimida con la multitud de pensamientos, el alma puede carecer de una súplica terminante, o agradecimiento, o un himno de alabanza, y aun así, frecuentemente se siente obligada a derramar aquellos pensamientos ante el Señor. Cuando en Salmos xc. Moisés derrama su oración, hay: (1) una súplica, "Vuélvete, oh Jehová; ¿hasta cuándo? Y aplácate para con tus siervos"; (2) agradecimiento, "Señor, tú nos has sido refugio de generación en generación"; (3) alabanza, "Antes que naciesen los montes y formases la tierra y el mundo, desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios." Y aparte de esto hay (4) un derramamiento de los pensamientos que llenan su alma, "Porque con tu furor somos consumidos, y con tu ira somos turbados," y aun más fuerte, "Los días de nuestra edad son setenta años; y si en los más robustos son ochenta años, con todo, su fortaleza es molestia y trabajo, porque pronto pasan, y volamos."

Y así mismo encontramos en la oración sumo-sacerdotal de Cristo (Juan xvii.): (1) una súplica, "Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese"; o, "Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros"; (2) agradecimiento, "Como le has dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste"; (3) alabanza, "Porque las palabras que me diste, les he dado; y ellos las recibieron, y han conocido verdaderamente que salí de ti, y han creído que tú me enviaste"; (4) y aparte de esto, un derramamiento múltiple del alma, el cual no es ni oración, alabanza, ni agradecimiento, "Todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío; y he sido glorificado en ellos"; "Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese"; "Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad."

No le asignamos un lugar especial a la confesión de culpa y pecado, porque esta está incluida en la súplica, a la cual conduce y de la cual es la causa que la mueve; mientras que la confesión de la condición perdida del alma y la responsabilidad natural hacia la condenación necesariamente deben conllevar al derramamiento del alma.

Por lo tanto, hablando de forma global, entendemos por oración: todo acto religioso por el que nos llevamos a nosotros mismos directamente a hablar con el Ser Eterno.

La única dificultad está en el Himno de Alabanza. Ya que no puede negarse que en bastantes salmos hay un hablar directo con Dios en los himnos de alabanza; y, por lo tanto, la distinción entre la Oración y el Himno de Alabanza puede perderse de vista.

Hay cuatro pasos en el Himno de Alabanza: puede ser un canto de la alabanza de Dios ante nuestra propia alma; o ante los oídos de los hermanos; o ante el mundo y los demonios; o finalmente, ante el mismo Señor Dios.

Cuando la llama del santo gozo quema libremente en el corazón del santo, aunque él esté solo, o en cadenas en el calabozo, él se siente limitado, por su propia satisfacción, como si fuera a cantar con una fuerte voz un salmo a la alabanza de Dios. De esta forma era como cantaba David: “Amo a Jehová, pues ha oído mi voz y mis súplicas.” Distinto es el Himno de Alabanza cuando, con y para los hermanos, el santo canta en su compañía; porque ahí ellos cantan, “Bienaventurado el pueblo que sabe aclamarte; Andará, oh Jehová, a la luz de tu rostro”; o dirigiéndose directamente al pueblo de Dios: “Oh vosotros, descendencia de Abraham su siervo, hijos de Jacob, sus escogidos, Él es Jehová nuestro Dios; En toda la tierra están sus juicios.” Y otro es el Himno de Triunfo, el cual la Iglesia canta como si lo hiciera ante el mundo y los demonios; entonces los santos cantan: “Porque tú eres la gloria de su potencia, y por tu buena voluntad acrecentarás nuestro poder. Porque Jehová es nuestro escudo, y nuestro rey es el Santo de Israel.”

Pero el Himno de Alabanza se eleva más alto cuando se dirige al Eterno directamente; cuando el santo no piensa en sí mismo, ni en sus hermanos, ni en los demonios, sino sólo en el Señor Dios. Esto es alabanza en su aspecto más solemne. En el canto de las primeras frases del Salmos li. o el Salmos cxxx. la diferencia se percibe de inmediato:

“Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones”;

O:

“De lo profundo, oh Jehová, a ti clamo. Señor, oye mi voz; estén atentos tus oídos a la voz de mi súplica.”

Entonces el orar y cantar en realidad se convierten en uno. Para orar en voz alta, la Iglesia debe cantar, aunque más por el bien de la súplica que del canto.

XL. Oración y la Conciencia

“E invócame en el día de la angustia; Te libraré, y tú me honrarás.”—Salmo l. 15.

La *forma* de la oración no afecta su carácter. Puede ser un mero gemido al estar pensando o un suspiro en el que el alma oprimida encuentra alivio; puede consistir de un solo clamor, un flujo de palabras o una invocación elaborada del Eterno. Incluso puede transformarse en algo hablado o en canto. Pero siempre que el alma, conciente de que Dios vive y escucha su clamor, se dirige directamente a Él como si estuviera en su inminente presencia, el carácter de la oración permanece intacto. Sin embargo, entender la diferencia entre varias formas de oración es necesario para poder descubrir, en el *origen* mismo de la oración, la obra del Espíritu Santo.

El suplicante eres tú; tu ego; ni tu cuerpo ni tu alma, sino tu *persona*. Es cierto, tanto el cuerpo como el alma se involucran en la oración, pero de forma tal que tu persona, tu ego, tú mismo, entrega su alma; en el alma se hace conciente de tu oración y a través del cuerpo se expresa.

Esto será más claro cuando consideremos el rol que toma el cuerpo en la oración; ya que nadie negará que el cuerpo tenga algo que ver con la oración. La oración mutua es simplemente imposible sin la ayuda del cuerpo, ya que requiere de una voz para pronunciar la oración por parte de una persona y oídos que escuchen en los demás. Además, la oración sin palabras rara vez satisface el alma. La oración meramente mental es necesariamente imperfecta; la oración seria y ferviente nos obliga a expresarla en palabras. Puede haber cierta profundidad en la oración que no puede ser expresada pero entonces somos concientes de esa carencia; y el hecho de que el Espíritu Santo ora por nosotros con gemidos indecibles es para nosotros una fuente de gran consuelo.

Cuando el alma está perfectamente serena, la mera meditación mental puede ser muy dulce y dichosa; pero tan pronto como las aguas del alma se elevan como una gran ola, nos sentimos obligados de forma irresistible a pronunciar una oración con palabras; y aunque estemos en la soledad del closet, la oración silenciosa se convierte en una invocación audible y a veces ruidosa de las misericordias de nuestro Dios. Aun Cristo en Getsemaní oró, no con una meditación silenciosa o con gemidos no pronunciados, sino con palabras poderosas que aún parecen sonar en nuestros oídos.

Y no sólo esto, pero de otras maneras, el cuerpo afecta enormemente nuestras oraciones.

Existe, en primer lugar, un deseo natural de hacer que todo el cuerpo participe de ella. Por esta razón nos arrodillamos cuando nos humillamos ante la majestad de Dios. Cerramos los ojos para no ser distraídos por el mundo. Levantamos las manos como invocando Su gracia. El luchador agonizante en oración se postra a sí mismo en el suelo. Dejamos nuestras cabezas descubiertas como señal de reverencia. En la asamblea de los santos los hombres se ponen de pie, como lo harían si el Rey de Gloria fuese a entrar.

En *segundo* lugar, el efecto del cuerpo sobre la oración es evidente en cuanto a la influencia que las condiciones corporales frecuentemente ejercen sobre ella. Un dolor de cabeza depresivo, dolores musculares o nerviosos, desórdenes congestivos causando entusiasmo excesivo, usualmente impiden no solamente el suspiro, sino la efusión completa de: la oración. Todo el mundo sabe qué efecto tiene la somnolencia sobre el ejercicio de la oración cálida y seria. Mientras que por el otro lado, una organización vigorosa, una cabeza despejada y una mente tranquila son distintivamente conducentes a la oración. Por esta razón las Escrituras y el ejemplo de nuestros padres en la fe hablan del ayuno como medio para asistir a los santos en este ejercicio.

Por último, la aflicción corporal previa a la aflicción del alma usualmente ha abierto labios cerrados a la oración ante Dios. Familias a las que la oración resultaba completamente extraña han aprendido a orar en tiempos de enfermedades serias. Frente a los peligros que acechan, labios que eran antes usados para maldecir han clamado frecuentemente en súplica. Presionados por guerra, hambruna o pestilencia, ciudades ateas frecuentemente han designado días de oración con el mismo celo con el cual antes designaban días de regocijo.

De ahí que la importancia del cuerpo en este aspecto es muy grande – de hecho, tan grande que cuando condiciones anormales causan que el vínculo entre el cuerpo y el alma se haga inactivo, la oración cesa al mismo tiempo. Sin embargo, el mero ejercicio del cuerpo no es oración, sino parla vacía. La mera imitación de las formas, meros sonidos de oración resonando en los labios, meras palabras dirigidas al Eterno sin un propósito consciente en el alma, son la forma de la oración pero no el poder de la misma.

Y esto no es todo. Para trazar la obra del Espíritu Santo en la oración debemos entrar más profundamente en esta materia. Según la representación común, que en parte es correcta, la oración es imposible sin una acción de la *memoria*, a través de la cual recordamos nuestros pecados y las misericordias de Dios; sin una acción de la *mente*, al elegir las palabras para expresar nuestra adoración de las virtudes divinas; sin una acción de la *conciencia*, para representar nuestras necesidades en oración; sin una acción del *amor*, permitiéndonos entrar en las necesidades de nuestro país, iglesia y lugar de residencia, de nuestros parientes, hijos y amigos; y por último, sin meditar sobre los hechos fundamentales de la oración, recordando las promesas de Dios, las experiencias de los padres de la fe y las condiciones del Reino.

Todas estas son actividades del cerebro, que es la base de la mente pensante; tan pronto como esto es perturbado por condiciones anormales, la conciencia es oscurecida y la capacidad de pensar cesa o se vuelve confusa. Sin el cerebro, por tanto, no se puede pensar; sin poder pensar no pueden haber pensamientos; sin pensamientos no puede haber acumulación de pensamientos en la memoria; y sin meditación, que es el resultado de las dos primeras, no puede haber oración en el sentido genuino de la palabra. De lo cual es evidente que la oración depende del ejercicio de funciones corporales mucho más de lo que se supone generalmente.

Y sin embargo, estemos alerta de no empujar esto demasiado lejos; e imaginarnos que la raíz de la oración esta en el cerebro, es decir, en un miembro del cuerpo; porque no lo está. Nuestra propia experiencia en la oración nos enseña, en conformidad con las Escrituras, que está en el *corazón*. Como del corazón son los asuntos de la vida, así también son los asuntos de la oración. A menos que el corazón nos fuerce a orar, todos nuestros clamores son en vano. Hombres con cerebros magníficos pero corazones fríos jamás han sido hombres de oración; y, por el contrario, entre los hombres de poco desarrollo mental pero con enormes y cálidos corazones, se encuentran un buen número de almas poderosas en la oración.

Y aun esto no es todo; ya que el corazón mismo es un órgano corporal. En proporción con la circulación de la sangre a través del corazón con pulsación fuerte o débil, en esa proporción es la expresión vital del alma fuerte y aplastante o débil y cansada; y dependiendo de esto, la oración es cálida y animosa o fría y formal. Cuando el corazón está débil y sufriendo, la vida de la oración generalmente pierde algo de su frescura y poder.

Somos hombres y no espíritus; y a diferencia de los ángeles, no podemos existir sin el cuerpo. Dios nos creó con cuerpo y alma. El primero pertenece a nuestro ser esencialmente y para siempre. De ahí que una expresión de nuestra vida como la oración debe depender necesariamente del alma y del cuerpo y en un sentido mucho más fuerte del cual usualmente suponemos.

Sin embargo, se debe enfatizar el hecho de que la dependencia de la oración respecto del cuerpo no es absoluta. De otra forma no habría oración entre los ángeles ni en el Espíritu Santo. Nuestra oración depende de nuestra *conciencia*; cuando eso se pierde, la oración cesa. Y, ya que somos hombres, formados por cuerpo y alma, la conciencia humana está, en el sentido común, también relacionada con el cuerpo. Pero que esta dependencia no es absoluta es evidente por el hecho de que el Ser Eterno, cuya conciencia divina está apenas levemente reflejada en la del hombre, no tiene cuerpo. "Dios es Espíritu". Y lo mismo es cierto de, el mundo de los espíritus, que, aunque incorpóreos, poseen una conciencia; y de las tres Personas de la Trinidad, especialmente del Espíritu Santo.

Así pues nace la pregunta de si el hombre separado del cuerpo por la muerte pierde conciencia. A esto respondemos de forma afirmativa. Nuestra conciencia humana, como la poseemos en nuestra existencia terrenal presente, es perdida en la muerte, para ser restaurada a nosotros en la resurrección, en una *forma* más fuerte, más pura y más santa. San Pablo dice: "Nosotros,"—esto es, nuestra conciencia humana,—"ahora conocemos en parte, mas entonces nosotros,"—la misma conciencia humana,—"veremos cara a cara, como fuimos conocidos."

Pero de esto no se deduce que en el estado intermedio al alma se le deba negar toda autoconciencia. Las Escrituras enseñan exactamente lo opuesto. Por supuesto, para este conocimiento dependemos sólo de las Escrituras. Los muertos no pueden contarnos nada respecto de su estado después de la muerte. Nadie excepto Dios, quien ordenó las condiciones de vida en el estado intermedio, puede revelarnos cuáles son esas condiciones. Y Él nos ha revelado que inmediatamente después de la muerte los redimidos están con Jesús. San Pablo dice: "Teniendo deseo de partir y estar con Cristo." Y ya que la presencia de un amigo no nos entrega placer a menos que estemos conciente de ello, se deduce que las almas de los santos, en el estado intermedio, deben poseer algún tipo de conciencia diferente a la cual poseemos ahora pero suficiente para darse cuenta y disfrutar de la presencia de Cristo. Por estas razones los padres de la fe rechazaron toda representación de la muerte como un dormir; como si nuestras personas, desde el momento de la muerte hasta aquel de la resurrección, debiesen dormir en perfecta amnesia de las cosas gloriosas de Dios; a pesar de que no negaron el estado intermedio en el cual el alma es separada del cuerpo.

Por esta razón parece posible para el alma el ser conciente en un sentido más elevado, *sin la ayuda del cuerpo*, independiente del corazón y del cerebro—una conciencia que nos permite darnos cuenta de las cosas gloriosas de Dios y de la presencia del Señor Jesucristo.

Cómo opera esta conciencia más elevada es un misterio muy profundo; tampoco es revelada la naturaleza de esta operación. Y ya que no podemos tener más representaciones que aquellas

formadas a través del cerebro, es imposible para nosotros tener la más mínima idea de esta conciencia más elevada. Su existencia es revelada pero no más que eso.

Lo siguiente puede ser considerado como algo resuelto y esta es la principal cuestión de nuestra presente investigación: En esa conciencia temporal en la cual estaremos en el estado intermedio, la misma persona que ahora es conciente a través del corazón y del cerebro, será auto-conciente. Incluso después de la muerte será nuestra propia persona quien será portador de esa conciencia y a través de ella yo seré conciente de mí mismo. No puede ser de otra forma; de otra forma, la conciencia después de la muerte es algo imposible, por la simple razón de que la conciencia sola no puede existir sin una persona. Y no puede ser otra persona. Por lo tanto, mi propia persona será portadora de esa conciencia; y así seré facultado para disfrutar de la presencia de Jesús.

De esto sacamos la siguiente conclusión que es importante: que en lo que se refiere a la *forma* de la conciencia común, esta depende del cuerpo; mientras que esencialmente no es dependiente de él. En esencia sigue existiendo, aun cuando el sueño oscurece el pensamiento o la locura me enemista de mí mismo o un desmayo me hace perder la conciencia; en esencia sigue existiendo aun cuando la muerte me separa temporalmente del cuerpo. De esto se deduce que la raíz y base de la conciencia debe ser buscada en el alma y que el corazón y el cerebro no son sino *vehículos, conductores*, que nuestra persona usa para manifestar esa conciencia en ideas y representaciones.

Y ya que la oración es un hablar con el Eterno, es decir, un estar ante Él de forma conciente, se deduce que la raíz de la oración tiene su base en nuestra *persona* y en nuestro *ser espiritual*; y, aunque también atada al cuerpo, en lo que respecta al *origen* descansa en nuestro ego personal, en la medida en que el ego, conciente de la existencia de las Personas divinas y del vínculo que las une a él, permite que ese vínculo opere.

Y así llegamos a esta conclusión final: que la posibilidad de la oración encuentra su terreno más profundo en *el hecho de que somos creados a la imagen de Dios*. No sólo es nuestra auto-conciencia un resultado de ese hecho, porque Dios es eternamente auto-conciente, sino que también de esta realidad emana otro poderoso hecho de que yo, como hombre, puedo estar conciente de la existencia del Eterno y del vínculo íntimo que me une a Él. La conciencia de este vínculo y relación se manifiesta en oración tan pronto como nos dirigimos hacia Dios. De ahí que la obra del Espíritu Santo en la oración debe ser buscada en Su obra en la *creación del hombre*. Y ya que, en nuestro estudio anterior, en este punto, descubrimos que es Dios el Espíritu Santo quien en la creación del hombre causó que despertara esta conciencia, llevando a ella y manteniendo a través de ella la conciencia de la existencia de Dios y del vínculo que une al hombre con Él, es evidente que la oración, como un fenómeno en la vida espiritual del hombre, encuentra su base directamente en la obra del Espíritu Santo en la creación del hombre.

XLI. La Oración y los Inconversos

“Mi Corazón ha dicho de ti: ‘Buscad mi rostro,’ Tu rostro buscaré, oh Jehová.”—Salmos xxvii. 8.

La facultad de *orar* no es una adquisición de los años tardíos, sino que es *creado en nosotros*, inherente en la raíz de nuestro ser, inseparable de nuestra naturaleza.

Y consecuente con este hecho, todavía esta el hecho de que la gran mayoría de los hombres no reza. Es posible poseer una facultad inactiva en nosotros por toda una vida. Los malayos poseen la facultad para estudiar idiomas modernos tan bien como nosotros, pero nunca lo usan. En el sueño conservamos la facultad de ver y oír, pero se encuentran inactivos. Aun cuando el gran tipo estaba dotado de gran poder, no levantó ni un dedo en contra del pequeño bribón que lo atormentaba. Por consiguiente, una facultad puede permanecer completamente subdesarrollada e inactiva por toda la vida o parcialmente desarrollada, pero contenida. Y lo mismo es verdad con la facultad de orar. Entre los mil cuatrocientos millones de la población mundial, hay escasamente doscientos millones que parecen estar familiarizados con la oración,

aun cuando su forma de rezar es muy defectuosa. De las masas que no rezan, quienes son casi exclusivamente de Europa, una mitad recuerda el tiempo cuando, de una u otra forma, acostumbraban rezar. Muchos de aquellos que incluso han perdido ese recuerdo, todavía respiran una oración ocasional. Y el número de los que desean poder rezar es muy grande; y entre las personas que no rezan indudablemente ellos representan lo más noble.

Por consiguiente, mantenemos nuestro punto de partida, el que debemos nuestra facultad de orar a nuestra creación. Dios creó al hombre como un ser dispuesto a la oración. Si esto no fuera así, la facultad de orar no estaría entre sus dotes. Somos creados para la oración, de otra manera no podríamos haber saboreado nunca su dulzura.

A la pregunta, “¿Por qué en nuestra creación esta es una obra particular del Espíritu Santo?” nosotros contestamos: la oración es el resultado de la atracción entre la *imagen estampada* en el hombre hacia la *imagen Original*, que es la del Dios Trino. Ser portadores de esa imagen estampada es el maravilloso honor concedido a los hombres. Aun cuando esté estropeada por el pecado—que Dios concedió por la regeneración restaurada en usted—aun las características originales de esa imagen todavía son las características originales de nuestro ser humano. Sin esa imagen, dejaríamos de ser hombres.

Y, debiendo su origen a la impresión de esa Imagen original, nuestro ser interno se acerca hacia a Él, de manera natural, urgente y persistente. No puede vivir sin Él, y el hecho de que, por otro lado, la Imagen original del Eterno acerca la imagen impresa en el hombre a Él mismo, es el poder obligado y final de toda oración. Sin embargo, para elevar la dignidad de la oración, el acercamiento a Dios no debe ser como la succión involuntaria del agua hacia lo profundo, o el giro del botón de rosa hacia la luz. Porque el agua no sabe hacia donde va y el botón de rosa no tiene consciencia del brillo solar que lo gobierna. Ese acercamiento casi irresistible se puede llamar oración sólo cuando *sabemos* que es una oración, cuando lo *percibimos* y cuando, sabiendo a quién nos acerca, lo hacemos como un acto cooperativo consciente.

Por consiguiente, orar no surge de la voluntad. El Dios trino es quien insta al alma a orar, quien nos acerca, y no nosotros mismos. Por eso el salmista dice: “Mi Corazón ha dicho de ti: ‘Buscad mi rostro,’ Tu rostro buscaré, oh Jehová” (Salmo xxvii.8). ¿Y cómo nos llega este primer impulso de Dios? No externamente como el viento, sino internamente en el corazón. Y sabiendo que no *procede de mí*, sino que *viene a mí*, debe ser del Espíritu Santo que obra en mí. ¿No son todos los impulsos internos que proceden del Eterno *la propia obra del Espíritu Santo*? No podemos tener camaradería con el Hijo sino a través del Espíritu Santo; ninguna con el Padre, sino es a través del Hijo, a quien el Espíritu Santo nos ha presentado.

Sin embargo, no estamos hablando ahora del estado de regeneración. Hasta ahora en nuestro tratamiento de la oración, nos hemos referido al hombre en su estado original, independiente de la restauración; y en ese estado decimos que la oración no es el grito de un ser independiente a un Dios que le es desconocido, con quien tiene la esperanza de poder relacionarse; sino, al contrario, que toda oración presupone, de parte del hombre, un *sentir* interno del Eterno Ser de Dios, y del hecho que, habiendo sido creado a Su imagen, le pertenece a Él y conscientemente se acerca a su Imagen original. Por lo cual lo podríamos llamar magnetismo espiritual, que opera incesantemente sobre él, y que se origina en Su creación. Sin embargo, es diferente del magnetismo en dos aspectos: (1) en que el hombre está consciente de él; (2) en que es una atracción *mutua*.

El *segundo punto* necesita un énfasis especial. En la atracción magnética, el magneto está activo y el hierro pasivo; pero en la oración no es así. La oración descansa sobre el fundamento de la atracción *mutua*. Mientras que sólo proceda del lado de Dios, no hay oración, pero sí la hay cuando nuestro ser comienza a acercarse a Dios, cuando sentimos que el impulso para acercarnos a Dios es posible: “¡Ven, Señor, tanto tiempo! ¡Señor no demores! ¡Ven pronto!”

Este es el poder del amor que encuentra en la oración su más gloriosa manifestación. Orar es la flor más bella que crece sobre la vara del amor sagrado. Entonces el amor obra en Dios *para el hombre*, según la imagen por la cual Él lo ha creado. Y en el hombre el amor obra *para Dios*, debido a la Imagen por la cual él fue creado. De hecho, toda aflicción desde la que gritamos

para que se nos libere, no es más que la necesidad consciente del alma, del poder y de la fidelidad de Dios. De modo que el amor trabaja para encontrar amor, y para que pueda orar, en tranquilos susurros, no para ser liberado de problemas, sino sólo para poseerlo a Él cuyo amor el corazón añora.

En un nivel más bajo, el orar ciertamente asume una forma más baja, la cual por el pecado se torna tan baja y tan mezquina, que la oración que debe el aliento al amor se ha tornado en un llanto egoísta. Pero nosotros discutimos la oración como fue originalmente antes que el pecado la haya afectado. Y así como el verdadero heredero del cielo añora su hogar celestial no con el propósito de la corona, palma y arpa de oro, sino solamente por su Dios; así lo es la oración pura e inmaculada, una añoranza, no por los regalos de Dios, sino por Dios mismo. Así como el zalamita llama por su novia, así lo hace el alma que ora, desde el deseo de amor que lo consume; reza y está sediento por la posesión de su Hacedor y ser poseído por Él.

Ya que es la Tercera Persona de la Trinidad quien hace posible esta comunión entre Dios y el alma, trabajando y manteniéndola en el alma, es evidente que la oración pertenece al dominio propio del Espíritu Santo; sólo cuando se considera así puede entenderse la oración en su más profundo significado.

Surge ahora la otra pregunta, respecto a la obra del Espíritu Santo en nuestra oración, *después de habernos vuelto pecadores*. Porque hasta los pecadores rezan. Esto es evidente del mundo pagano, donde no obstante cuan baja sea la forma de rezar, aún ofrece suplicas y peticiones. Es evidente por la facilidad con la cual un niño pequeño, enseñado por su madre, aprende a rezar; y de los muchos que, extraños a la oración, en calamidades súbitas doblan las rodillas, y aun cuando no pueden orar, asumen todavía la actitud de la oración, dispuestos a dar la mitad de sus reinos si sólo pudieran rezar. Y finalmente, es evidente de los cientos de miles que convencidos de su imposibilidad de orar por sí mismos dicen: “¡Oren por nosotros!”

La oración en su más alto y sagrado sentido, no puede ser ofrecida por el pecador. Todo en él es pecaminoso, incluso su oración. En su pecado él ha revertido el orden establecido de las cosas: no existiendo él para Dios, sino Dios existiendo para él. Confirmado en su egoísmo, el Dios del cielo y la tierra es para él un poco más que un Médico en cada enfermedad y un Proveedor en cada necesidad; un Ser maravilloso, siempre dispuesto, ante el primer grito, a suplir desde Su plenitud, todas sus necesidades.

Este es el egoísmo que inseparablemente pertenece a cada oración del pecador. La oración del santo redimido es “Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea Tu nombre, Venga a nosotros Tu Reino, Hágase Tu voluntad en la tierra como lo es en el cielo: Porque Tuyo es el Reino, el Poder y la Gloria por siempre jamás. Amén.” *El pecador convertido* ofrece primero las peticiones por Su nombre, Su reino y Su voluntad; entonces añade la petición por pan, por perdón, por protección del pecado. Pero el *pecador no convertido* no tiene concepción de la oración por el nombre del Padre, Reino y voluntad; Él sólo reza por pan, por perdón también, pero sólo con el motivo de que el pan, la lujuria y la liberación de problemas no le sean denegadas.

Por lo cual es imposible tener una estimación *demasiado baja* de la oración del pecador. La profundidad de nuestra caída al pecado no puede verse más claramente que en esta oración degenerada y bastarda. Todas esas oraciones pueden considerarse como un desafío y una irritación a Dios y a Su eterno amor. En este sentido, la oración del pecador no contiene nada de la obra del Espíritu Santo. Toda esta oración surge del egoísmo de un corazón pecaminoso, y no tiene el menor valor, sino más bien lo opuesto.

Pero—y esta es lo principal—aun cuando nuestras manos han quitado las cuerdas al arpa, de modo que no produce más que disonancias, el artista sigue siendo grande pues él planeó, construyó y afinó el instrumento de modo que pudiera producir los tonos más puros y la música más alegre. Y así es el corazón del hombre. El pecado no remueve las cuerdas, porque aun si así fuera, no podría producir ni siquiera disonancias; pero el pecado lo ha desafinado y ahora sus tonos son ásperos e ingratos al oído. Sin embargo, esas mismas cuerdas testifican la obra del Maestro original, porque por Su obra original todavía producen sonidos. Mientras las

cuerdas estén sueltas sobre el arpa, pueden ser reparadas; pero cuando todas están rotas o han desaparecido ya no es más un arpa, sino un pedazo de madera inútil. Toda oración del pecador es una disonancia que desentona con la bella armonía del eterno amor de Dios. No obstante, las mismas disonancias de esa oración, son la evidencia que el Espíritu Santo originalmente puso las cuerdas en el corazón.

Si el Espíritu Santo no hubiese ejecutado nunca tal obra en el corazón, no existiría arpa alguna; el corazón no produciría siquiera una discordancia. El que lo haga, muestra que originalmente había cuerdas que estaban perfectamente afinadas. Por consiguiente, la oración en el pecador es impensable sin la obra del Espíritu Santo.

Pero esto no es todo. No sólo la posibilidad de tal oración discordante, sino la discordancia en sí misma, no es más que el trabajo revertido del poder creado, soportado y accionado por la obra del Espíritu Santo. Para dar mayor luz sobre esto, agregamos: que todo acto de imprecación y blasfemia, es la acción invertida de un poder del Espíritu Santo. Los blasfemos y hombres dados a la irreverencia se satisfacen en su terrible pecado, porque se dan cuenta que el Dios Todopoderoso vive, y que Su poder es a veces terrible. Imprecar y blasfemar son tonos y vibraciones diabólicas de la misma arpa de oración que el Espíritu Santo creó en el alma. Un animal *no puede imprecar*; y si el Espíritu Santo no hubiera encordado al alma con esas cuerdas de oración, ninguna maldición podría haber salido de los labios del hombre. Imprecar es un acto maligno, pero surge directamente de la arteria de la oración. Considérelo bien, aun Satanás no tiene el más mínimo poder directamente de sí mismo; todo el poder con el cual, en su rabia insana y blasfema, guerrea contra Dios, es un poder de Dios, torcido por Satanás.

Aun la oración del pecador es una manifestación de *poder*. Debe haber un impulso e instigación, sin importar cuán débil sea, que lo lleva a orar. Y esto requiere fortaleza de consciencia y una expresión de la voluntad. Y estos poderes no los crea por sí mismo, sino por el Espíritu Santo; él sólo abusa de ellos o los corrompe.

Cuando una *mano inexperta toca las cuerdas del arpa y produce disonancia, él no crea esas disonancias*; pero ellas se forman de los sonidos y tonos que están en las cuerdas vibrantes del arpa. Lo mismo es verdad de la oración del pecador. Él no podría ofrecer su oración pecaminosa sino hubiera tono de oración en las cuerdas de su corazón. El solo hecho que pueda orar se lo debe a que el Santo Espíritu creó los tonos de oración en su corazón; los cuales él hace salir, desgraciadamente, sólo para producir disonancias.

Sin embargo, en este aspecto, la gracia ordinaria, en carácter preparatorio, no se debiera pasar por alto. El pecador está en la tierra y no todavía en el infierno. Entre ambos, la primera diferencia es que en la tierra hay una gracia preventiva que lleva las riendas del poder del pecado, previniendo que explote en toda su violencia. El pecado en la tierra, es como un bulldog encadenado o una hiena con bozal. En segundo lugar, Dios ama a Su mundo. Tiene pensamientos de paz para él. Él no menosprecia la obra de Su creación y por Su gracia soberana provee la redención que salva al organismo del mundo y de la raza, de modo que el árbol se salva, mientras que los brotes inútiles y las hojas secas se juntan para ser arrojadas al infierno. Teniendo esto en vista, la gracia ordinaria o general apunta a la preservación de los poderes originales de la creación, para desarrollarlos en alguna extensión, y preparar así el terreno en el cual se plantará más tarde, la semilla de la vida eterna. Y aun cuando esta gracia ordinaria no hace efectiva la salvación, como tampoco la mera aradura del terreno jamás podrá hacer germinar las espigas que no son cosechadas en los surcos, esta aradura de la gracia ordinaria tiene una importancia real para el futuro crecimiento de la semilla de la vida eterna.

Y en esta gracia general, la gracia de oración ocupa un lugar importante. Si no hubiera gracia general, amordazamiento del pecado y aradura del terreno, el pecador no podría orar más que Satanás, y como él, estaría maldiciendo a Dios sin cesar. Pero todavía ora, ha orado por siglos, y por su oración, aun cuando sólo sea fruto de la tradición, a veces ha sobrepasado el egoísmo pecaminoso de su corazón. Pero esta oración nunca surgió de la raíz del pecado, ni de algo bueno que mantuvo junto con el pecado en el sagrado lugar secreto de su corazón; sino que fue la obra bondadosa del Espíritu Santo.

Se encuentra evidencia del profundo trabajo interno de esta gracia, en las devociones exaltadas que aún resuenan en nuestros oídos, provenientes de las más antiguas oraciones tradicionales de la India, Egipto y Grecia antigua; y en el misterio de la oración desde el púlpito efectuada por ministros no convertidos, cuyas súplicas muchas veces mueven y tocan el alma.

Sin embargo, la gloria de esto no le pertenece al pecador, ni afecta en lo más mínimo el carácter absoluto de la depravación humana por el pecado. Pero muestra que el Señor Dios no dejó al pecador a su pecado; sino que, aun en ausencia de la regeneración, y a la gloria de Su nombre, causó que la gracia general interviniera, la cual iluminó frecuentemente la vida de oración.

Y cuando tales personas, conocedoras aun de estas tradiciones sagradas y bondadosas operaciones, recibieron el conocimiento del Cristo crucificado y de Su poder salvador, se hizo evidente después que las oraciones puestas en boca del pecador, independientemente a él mismo, prepararon un camino y abrieron una puerta para que el Rey de Gloria pudiese entrar en ellas. Tomándolo en casos individuales, aparece según la experiencia de muchos, que mucho antes que el alma tomara conciencia de la gracia salvadora, la gracia de Dios no sólo lo protegió de violentos exabruptos de pecado, sino que, a través de la *tradición de oración*, labró en él una obra cuyos benditos efectos sólo pudo entender mucho tiempo después.

Y todas estas operaciones de la *gracia general*, tan pronto como tocan la vida de la oración, son obra del Espíritu Santo. Aquel que en la creación tocó el arpa de la oración en el alma, es el mismo que causa no sólo que el tono de la oración vibre aun con nuestras peticiones egoístas, sino quien, de una forma más gloriosa, a veces tañe las cuerdas con el aliento de Su boca, como si el alma fuera un arpa eólica, extrayendo de Él los bellos y cautivadores tonos de las oraciones peticiones.

XLII. La Oración de los Regenerados

“Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles.”—Rom. viii. 26.

Lo siguiente a tocar es la pregunta: ¿Cuál es la obra del Espíritu Santo en la *oración de la persona regenerada*?

Aquí hay que distinguir entre (1) la oración del santo y (2) la del Espíritu Santo por él.

Vamos a ver esto último primero, porque a través del apóstol Pablo recibimos la más clara revelación tocante a este tema: “Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles” (Rom. viii..26). A fin de entender esto mejor, observemos:

En *primer* lugar, el apóstol dice que la oración, o el gemido, surge, no de la persona regenerada en sí, sino de otro a su nombre. No es una oración, sino una intercesión del Espíritu Santo a su favor. ^[1]

En *segundo* lugar, hay que distinguir entre la intercesión del Espíritu Santo y la de Jesucristo el Justo.

Cristo intercede por nosotros en el cielo, y el Espíritu Santo en la tierra. Cristo, nuestra Santa Cabeza, estando ausente de nosotros, intercede desde *fuera* de nosotros. El Espíritu Santo, nuestro Consolador, intercede desde *nuestro propio corazón*, el cual ha elegido para ser su templo.

Hay una diferencia, no sólo de lugar, sino también en la *naturaleza* de esta doble intercesión. El Cristo glorificado intercede en el cielo por sus elegidos y redimidos para obtener *para ellos el*

fruto de Su sacrificio: “Si alguno hubiere pecado, Abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el Justo” (1 Juan ii.i). Pero el objeto de las peticiones del Espíritu Santo es poder presentar todas las *necesidades* más profundas y ocultas de los santos ante el ojo del Trino Dios.

En Cristo hay una unión entre Dios y el hombre, ya que siendo en forma de Dios, él tomó para sí la naturaleza humana. Por lo tanto, su oración es la del Hijo de Dios, pero en unión con la naturaleza del hombre. Él ora como la Cabeza de la nueva raza, como el Rey de Su pueblo, como Aquel que sella el pacto del Nuevo Testamento en Su sangre. De la misma manera, hay hasta cierto punto una unión entre Dios y el hombre cuando el Espíritu Santo ora por los santos. Esto, porque a través de Su habitación en los corazones de los santos, Él ha establecido una unión íntima y duradera, y en virtud de dicha unión, se pone en su lugar, y ora por ellos y en lugar de ellos.

En cada instancia hay intercesión, pero en cada una se realiza *de distinta manera*. El padre de familia en su capacidad sacerdotal, como cabeza de su hogar, ora por su familia, no porque los miembros no puedan ofrecer una oración semejante, sino porque es debido a su llamado como cabeza para representarlos ante Dios. Todos oran, pero él, como la cabeza ora por todos ellos. Por lo tanto, como la Cabeza del Cuerpo, el llamado de Cristo es a orar por el Cuerpo. Aunque Su oración fuera perfecta, Su oración aún sería necesaria. Todos los miembros deben orar, pero Él debe orar por todos ellos. Es completamente diferente, sin embargo, la oración de una madre por su hijo agonizante. Si tiene sólo cinco o seis años, el pequeño apenas puede orar por sí mismo. No tiene ni la menor idea de lo que le está pasando, ni cuáles son sus verdaderas necesidades. Es entonces cuando su madre se arrodilla a su lado y ora por él, “ayudándole en su debilidad, pues qué ha de pedir como conviene, no lo sabe.” Si fuese veinte años mayor, no habría necesidad de ello. Él mismo podría entender su condición y orar por sí mismo. Y esto se aplica a la intercesión del Espíritu Santo. Si el santo fuera lo que debiera ser y pudiera orar como debiera, no habría necesidad de esta intercesión. Pero, justamente debido a que es imperfecto y acosado por la debilidad, no sabiendo por qué orar, el Espíritu Santo le ayuda en su debilidad y ora por él.

Cristo intercede por el cuerpo porque Él es la Cabeza. Aun cuando las oraciones de los miembros fuesen perfectas y maduras, aun así intercedería ante el Padre a su favor. Pero el Espíritu Santo ora porque las oraciones de los santos son *imperfectas, inmaduras e insuficientes*. Su oración es complementaria y necesaria debido a que el santo no puede orar como debe. Por lo tanto, *va disminuyendo* a medida que el santo va aprendiendo a orar cada vez más correctamente.

La intercesión del Espíritu Santo es según la *condición* del santo, la cual es descrita en el capítulo siete de Romanos. Seguramente, al Señor Dios le habría agradado regenerar al pecador de manera tal de liberarlo de una vez y para siempre completamente del pecado y de todos los demás efectos de su vieja naturaleza. Pero Él ha dispuesto otra cosa. La regeneración no obra un cambio tan repentino. Es cierto que sí cambia su *estatus* ante Dios de una vez y para siempre, pero no lo coloca inmediatamente en una *condición* de perfecta santidad. Por el contrario, después de la regeneración, permanece por una parte “según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios,” (Rom. vii.22), pero también por otra, “veo otra ley en mis miembros que se rebela contra la ley de mi mente” (Rom. vii.23). De ahí el clamor: “¡Miserable de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte? (Rom vii.24).

La intercesión del Espíritu Santo suple toda necesidad por esta condición. Si en la regeneración nos volviésemos perfectamente santos, sin ninguna debilidad, con conocimiento perfecto de cómo debíamos orar, no habría necesidad alguna de esta intercesión. Pero ya que no es así, el Espíritu Santo viene a ayudarnos en nuestras debilidades *dentro* de nosotros para orar *por* nosotros, como *si fuera nuestra propia oración*.

Se debe enfatizar este último punto. El Espíritu Santo ora por hombres llamados *santos*. Y debe afirmarse que cada persona regenerada es un santo, pero sus debilidades permanecen. Es un santo, no por lo que es en sí mismo, sino por la palabra de Cristo: “*Ustedes son míos.*” Estas dos condiciones, 1) el ser un santo, y 2) aún profano en sí mismo, deben ser conciliadas.

Porque la Sagrada Escritura enseña que, aunque permanecemos en medio de la muerte, en Cristo somos santos. Por lo tanto, tenemos una santidad, pero no *dentro* de nosotros, sino *fuera* de nosotros en Cristo Jesús. “Nuestra vida está escondida con Cristo en Dios.” Y lo mismo se aplica a nuestras *oraciones*. *Somos santos*, no sólo de nombre, sino también en obra. Por lo tanto, las oraciones que ascienden desde nuestro corazón al trono de misericordia *deben ser oraciones santas*. Es el dulce incienso de las oraciones de los santos. Pero siendo incapaces por nosotros mismos de prender el incienso, el Espíritu Santo nos ayuda en nuestra debilidad y desde nuestro propio corazón ora a Dios en nuestro lugar. No somos consientes de esto. Él ora por nosotros y en nosotros con gemidos indecibles, lo que no significa que Él nos hace a nosotros pronunciar gemidos fuera de nuestro control, sino que Él gime en nosotros con afectos y emociones que nos pueden consolar pero que no tienen nada en común con los suspiros que emiten nuestros órganos respiratorios. Esto queda muy claro por el versículo 27, donde San Pablo declara que el que escudriña los corazones conoce la intención del Espíritu.

Además de la intercesión del Espíritu Santo a nuestro nombre, también está la obra de Su Persona en *nuestras oraciones*.

La proporción entre estas dos operaciones es distinta de acuerdo con nuestras condiciones diferentes. El hijo, regenerado en la cuna y muerto antes de que la conversión fuera posible, no podría orar por sí mismo. El Espíritu Santo, por lo tanto, oró por él y en él con gemidos indecibles. Pero si el hijo hubiera sobrevivido y se hubiera convertido cuando fuera un poco mayor, habría sido al principio solamente la oración del Espíritu Santo. Y después de su conversión, sus propias oraciones habrían sido agregadas. Incluso después de su conversión, se podría haber vuelto indiferente y haber caído en una apostasía temporal, de forma tal que su oración fallaba completamente. Con todo, la oración del Espíritu Santo en él nunca le falla.

Finalmente, según la medida de su crecimiento espiritual, su progreso en la oración será o lento o rápido. El Espíritu Santo ora en nosotros mientras y en la medida que nosotros no podemos orar por nosotros mismos. Pero al mismo tiempo *nos enseña* a orar, a fin de que gradualmente su oración se vuelva superficial. Esto incluye que cuando las tentaciones de las cuales no somos consientes nos amenazan, o cuando no somos capaces de entender, el Espíritu Santo inmediatamente renueva Su oración y clama a Dios en nuestro lugar.

Pero esto no debiera entenderse como que el Espíritu Santo nos enseña a orar con el propósito de que pueda retirarse completamente de nuestras oraciones. Por el contrario, cada oración del santo debe estar *en comunión con el Espíritu Santo*. A fin de poder ser más fervientes en oración debemos mantener una comunión más íntima. Mientras más oremos solos y por nuestra propia cuenta, más nuestra oración se degenera en una oración pecaminosa, y deja de ser la oración del *hijo de Dios*. Por eso, San Judas nos exhorta a orar *en el Espíritu*.

Sólo existe esta diferencia: cuando el Espíritu Santo ora por nosotros, ora en independencia de nosotros, aun cuando mora en nuestro corazón. Pero cuando hemos aprendido a orar, aunque el Espíritu Santo continúa siendo el verdadero Peticionario, Él ora *con* nosotros y *a través* de nosotros, y clama a Dios desde nuestros labios. Del mismo modo que una madre al principio ora *por* su hijo sin que él lo sepa, y después le enseña a orar para que de a poco ella pueda orar *con* él, así también es la obra del Espíritu Santo. Comienza orando por nosotros. Luego nos enseña a orar. Y luego, una vez que hemos progresado un poco en la escuela de la oración, comienza a orar con nosotros no sólo *en* nosotros, sino que también *a través de* nosotros. Este es el Espíritu de adopción, por el cual clamamos “Abba, Padre.” Pero es de tal forma que al mismo tiempo testifica con nuestro espíritu que somos hijos de Dios.

Por esta razón el Señor le dijo a la mujer de Samaria: “La hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad” (Juan iv. 23). La mención “en verdad” tenía relación con el servicio simbólico de las ceremonias en Israel. La tierra de Canaán era el tipo del cielo, Jerusalén del santuario interior, y Sión del trono de Dios. Los sacrificios sangrientos del carnero y el novillo significaban la remisión del pecado. El altar de incienso era un símbolo de las oraciones de los santos. Todo esto era verdaderamente típico, pero no la verdad en sí. Jerusalén no era el santuario del Señor Jehová, y Sión no era Su trono de misericordia. La verdad de todo esto estaba y está en el cielo de los cielos, y por lo tanto, la

verdad y la gracia vinieron de Jesucristo, del mismo modo que Su símbolo y sombra habían venido por la ley de Moisés. Después de la venida de Cristo, las oraciones de los santos debían ser separadas de Jerusalén. Porque Jesús le dijo a la mujer: “Jerusalén y Gerizim están fuera de discusión: ellas pertenecen a la dispensación de las sombras. Y esa dispensación terminó con Mi venida al mundo. De aquí en más no habrá más adoración en las sombras, sino una adoración del Padre de hecho y en verdad.” Esto nos da la verdadera interpretación de la voz “en espíritu.” Mientras las personas dependían del servicio de las sombras, ellas buscaban cosas *externas* para sustentar sus oraciones. Pero, ya que debía ser una adoración *en verdad* necesitaba el apoyo *interno* que el *Consolador*, el Espíritu Santo, les ofrecía.

El santo es un santo porque recibió el Espíritu Santo, que ha tomado residencia en él, e internamente contrajo matrimonio con el alma. Cada pronunciamiento vital procedente de él, aparte del Espíritu Santo en él, es ajeno a su filiación y es pecado. Sólo en la medida que es movido y puesto en funcionamiento por la habitación del Espíritu, sus pensamientos, palabras y obras son el fruto del hijo de Dios en él.

Y si esto es cierto en todas las dimensiones de su vida, ¿cuánto más no lo será en su *vida de oración*? Después de su conversión, él a menudo ora respecto a sí mismo separado del Espíritu Santo. Pero esa no es la oración del Hijo de Dios, sino del antiguo pecador. Pero cuando la comunión del Espíritu Santo está activa en su corazón y obra en él tanto el impulso como la animación de su oración, es entonces que verdaderamente es la oración del hijo de Dios, porque fue forjada en él por el Espíritu Santo.

Por tanto, Zacarías combina el Espíritu de gracia y de suplicación. Es el mismo Espíritu que, al entrar a nuestros corazones, abre para nosotros la gracia de Dios, nos enriquece con esa gracia, nos enseña a darnos cuenta de esa gracia y al mismo tiempo nos causa *sed* por esa gracia, que se manifiesta *en oración*. La oración es el clamor por gracia, que no puede ser pronunciado hasta que el Espíritu Santo le presenta al ojo espiritual las riquezas de la gracia que están en Cristo Jesús. Y por otra parte, el Espíritu Santo no puede producir que esas riquezas de gracia brillen ante los ojos del alma sin producir en nosotros una sed y un gran deseo por esta gracia, y por lo tanto nos mueve a orar.

O para ponerlo más exhaustivamente, la oración del santo requiere 3 cosas:

Primero, un entendimiento de las riquezas de la redención eterna.

Segundo, impresiones vívidas de su muerte espiritual y angustia.

Finalmente, un deseo ferviente por una comunión viva con los tesoros insondables de la gracia divina.

¿Y cómo puede ser revelada la santa presencia del Señor Jehová a quien está en paz sino sólo por el Espíritu Santo que entra a su corazón? ¿Y cómo puede él tener una comprensión viva de su angustia espiritual si no es el Espíritu Santo el que se lo revela? ¿Y cómo podrá tener la audacia para clamar en su angustia a Dios en la comunión del amor, si no es el Espíritu Santo quien que produce esa audacia y confianza en su alma?

XLIII. La Oración los Unos por los Otros y los Unos con los Otros

“Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz del justo puede mucho.”—Santiago v. 16.

Este último artículo tratará una vez más la clave del amor, algo que ya fue mencionado en el artículo anterior. Hablar de la obra del Espíritu en nuestras oraciones y omitir *la intercesión de los santos* refleja una falta de entendimiento en cuanto al Espíritu de toda gracia.

La oración por otros es bastante distinta a la oración por nosotros mismos. Esta última es un mandato expreso. Dios nos lo ordena: "...sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias." Sin embargo, esta puede contener un egoísmo refinado, aun cuando sea revestida de acción de gracias. Por lo tanto, a la oración es necesario agregar la intercesión, de modo tal que en la oración el aliento del amor pueda apagar suave, pero efectivamente, ese egoísmo restante, y nos guíe a una oración incluso más santa para el Rey celestial y Su Reino.

Cristo ora por nosotros, pero la Novia también debe orar por su Novio celestial. La oración de David por Salomón apunta más allá de Salomón, al Mesías: "Dale al Rey tus juicios, oh Dios."

En el Salmo 20 y en el 61 se repite el mismo pensamiento. Sin embargo, esta no es una oración por su Persona (porque como tal, ya está glorificado), sino por la venida de Su Reino, por extender Su Nombre a los fines de la tierra y por la reunión de las almas de Sus elegidos.

En la oración del Señor, la petición más santa se halla en el primer plano. Porque cuando oramos "Santificado sea Tu nombre; venga Tu reino; hágase Tu voluntad," (Lucas xi. 2) nos inspira, no el amor por nosotros mismos o por otros, sino el amor por Aquel que está en los cielos. Es cierto que nos damos cuenta que el cumplimiento de esa oración es lo más deseable para otros y para nosotros mismos. Aun así, es el *amor a Dios* que está en primer plano aquí. Es el resumen de la oración, que encaja eminentemente con el resumen de la ley: "Amarás al Señor tu Dios." (Mat. xxii. 37) Este es el primer y más grande *mandamiento*. Luego, "Amarás a tu prójimo como a ti mismo." (Mat. xxii. 39) Sucede lo mismo en nuestra oración: primero, hace referencia a la causa de Dios, esta es la primera y principal petición. Luego, la oración por nuestro prójimo como por nosotros mismos. Nuestra *oración* es la prueba de nuestra relación con el primer y grande *mandamiento*.

¿Cuál es la obra del Espíritu Santo en la oración de intercesión?

Es necesario aquí, a fin de tener un entendimiento claro, hacer la distinción entre una intercesión con dos elementos: (1) hay una oración por las cosas que pertenecen al cuerpo de Cristo; y (2) hay otra por las cosas que no pertenecen a aquel cuerpo según nuestra percepción y concepción en esta materia.

La oración por los reyes y por todos los que están en autoridad no tiene que ver con las cosas que pertenecen al cuerpo de Cristo. Tampoco la oración por nuestros enemigos, ni por nuestro lugar de habitación, país, ejército, armada, ni por una cosecha abundante, por ser guardados de enfermedades, por éxito comercial, etc. Todas estas materias pertenecen a la vida *natural* y a las personas, sean justos o pecadores con relación a la vida de la creación, y no al Reino de la Gracia. Pero nuestra oración sí tiene que ver con el cuerpo de Cristo cuando oramos por la venida del Señor, por una unción fresca a los ministros de Dios, por que ellos puedan ser revestidos de la salvación, por éxito en el trabajo misionero, por el bautismo del Espíritu Santo, por fortaleza en medio de la adversidad, por el perdón de pecados, por la salvación de un ser querido, por la conversión efectiva de la semilla plantada en la Iglesia. La primera intercesión dice relación con la esfera de la naturaleza, la segunda, con el Reino de la Gracia. Por lo tanto, en cada una de ellas debemos buscar el vínculo de la comunión de la cual surge nuestra oración intercesora.

Esto se debe a que cada oración de intercesión supone una *comunión* con aquellos por quienes oramos. Una comunión que nos coloca en la misma aflicción y de la cual buscamos liberación, y esto de tal manera que el pesar de uno nos agobia, y el gozo de otro nos causa acción de gracias. Donde no existe tal comunión vital, ni el amor que surge de él, o donde está temporalmente inactivo, puede tal vez haber palabras formales de intercesión, pero no la intercesión verdadera que surge del corazón.

En referencia a la intercesión en la esfera de la naturaleza, el fundamento de esta comunión se encuentra naturalmente en el hecho de que fuimos creados *de una sola sangre*. La humanidad es una. Las naciones forman un todo orgánico. Es un gran tronco con una corona frondosa. Las naciones y los pueblos son las ramas del mismo, las generaciones sucesivas las ramas, y

todos y cada uno de nosotros es una es una hoja que revolotea. Nos pertenecemos unos a otros y vivimos juntos basados en la misma raíz de nuestra naturaleza humana. Es una carne y una sangre la que cubre cada esqueleto y corre por las venas de cada hombre, desde Adán hasta el último recién nacido. De ahí nuestro deseo por la filantropía universal; el clamor que nada humano nos sea ajeno; la necesidad de amar a nuestro enemigo y orar por él, porque él también es nuestra carne y hueso.

Si fuéramos como granos en un montón de arena, cada grano tal vez podría suspirar. Pero la oración de intercesión mutua sería impensable. Pero siendo las hojas que somos, sin embargo, provenientes del mismo árbol de vida, existe, aparte del clamor de cada hoja, también una oración los unos por los otros, una oración mutua por toda la vida humana; “toda la creación gime.”

Pero en el Reino de la *Gracia*, la comunión del amor es mucho más fuerte, más firme y más íntima. También hay aquí un todo orgánico, el cuerpo de Cristo bajo su Cabeza. No es que una persona convertida sea independiente de otra, y que las dos estén unidas por un simple vínculo de simpatía. No, pues son una multitud de ramas, todas surgiendo de la misma raíz de Isaí. Crecen de la vid. Todas son uno, orgánicamente hablando. Salvados y redimidos por el mismo rescate de Su sangre. Proceden del acto único de la elección. Nacidos de nuevo por la misma regeneración. Acercados por la misma fe. La partición de un mismo pan y el beber de una misma copa.

Fijémonos bien, pues esta unidad es doblemente fuerte. Porque no es independiente de la comunión de la naturaleza, sino que ha sido agregada a ella. Los que llegan a ser miembros del cuerpo de Cristo son creados juntamente con nosotros de la sangre de Adán, y juntamente con nosotros son redimidos por la sangre de Cristo. Por lo tanto hay aquí una doble raíz de comunión. Carne de nuestra carne, y hueso de nuestros huesos. Es más, nacidos por un mismo decreto, sellados por un solo bautismo, unidos en un solo cuerpo, incluidos en una promesa, con el tiempo copartícipes con nosotros de la misma herencia.

El amor que une mutuamente a los hijos de Dios está en la raíz de esta doble comunión, especialmente en sus oraciones de intercesión, una unión que aparece de vez en cuando en sus oraciones mutuas. La comunión vital no surge de nuestro amor por el pueblo de Dios, sino que ese amor surge de la comunión de la vida de gracia, la cual es común a todos sus santos. Aquello que no crece de una raíz, y por lo tanto tiene parte, no puede alcanzar el amor en el sentido más alto. La oración los unos por los otros nace del amor mutuo, y el amor que nos une proviene de la raíz de vida en la cual todos hemos sido injertados a través de la gracia, en la cual todos estamos sujetos en virtud de nuestra creación desde Adán. Y así, la obra del Espíritu Santo en la oración de intercesión se apreciará en la más clara luz.

En la esfera de la naturaleza, nuestro *poder* vital proviene del *Padre*, nuestro *parentesco humano* a través del *Hijo*, y la noción de ese parentesco, del Espíritu Santo. Por lo tanto, en las manifestaciones ordinarias de benevolencia, tales como auxilio en una aflicción, simpatía en la vida diaria, y el deseo por interacción social, es una obra del Espíritu Santo para mantener vivo en nosotros la noción de nuestro parentesco humano. Es verdad que el pecado ha afectado esta noción tremendamente. No obstante, el Espíritu Santo no ha abandonado Su obra. Sino que, cuando un hombre ve a un niño desconocido ahogándose, y aun sin considerar su propia vida, se lanza al agua y lo salva, el que debe llevarse la gloria en tal acto heroico de filantropía es el poder que obliga, el cual proviene del Espíritu Santo.

Pero aun mucho más aparente es la obra del Espíritu Santo en la oración de intercesión que pertenece al dominio de la gracia. Porque, en referencia a la comunión del cuerpo de Cristo, nuevamente es del *Padre* que proviene nuestra redención, del *Hijo* en quien estamos unidos, y del *Espíritu Santo* que nos imparte la noción y la conciencia de esta unidad y comunión santa. El simple hecho de haber sido elegidos por el Padre y redimidos por el Hijo no nos obliga a amar. Es el acto del Espíritu Santo, quien, revelando a nuestra noción y conciencia este hermoso don de gracia, abriendo nuestros ojos a la belleza de estar unidos al Cuerpo de Cristo, enciende en nosotros esta chispa del amor por Cristo y por Su pueblo. Y cuando esta doble obra del Espíritu Santo opera efectivamente en nosotros, provocando que nuestros corazones

sean atraídos a todo lo que nos pertenece en virtud de nuestro parentesco con el Hijo, entonces se despierta en nosotros ese amor del cual el apóstol dice ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo.

Con todo, esto no es toda la obra. El amor puede ser tierno sin obligarnos hacia la oración. Esto es evidente del amor universal de la benevolencia. Un hombre puede entrar a toda prisa a un edificio en llamas para salvar a otro, y al mismo tiempo, para él la oración puede ser algo completamente ajeno y desconocido. Y por el contrario, existen personas que siempre están hablando de cómo oran por otros, que constantemente ensanchan las filacterias de su propia oración de intercesión, que siempre están diciéndole a otros “oren por mí,” pero que a la hora del peligro, silenciosamente nos dejarían ahogarnos o perecer en las llamas, o guardarían con mucho cuidado sus bolsillos, no sea que la misericordia les llame a ayudarnos con su dinero.

De esto es evidente que debe haber un vínculo conector entre el *amor* y la *oración que nace del amor*. Tan pronto como el *amor* comienza a orar, se le une la *fe*. Y en virtud de esta unión, la oración se torna activa. El amor en sí mismo no es oración. Y la pura oración de intercesión no es evidencia del amor. Entonces, sólo podemos decir que hay verdadera intercesión cuando el amor, junto con la fe, nos obliga a llevar el objeto de nuestro amor ante el trono de la gracia.

Seamos, entonces, cuidadosos en nuestras oraciones de intercesión. Especialmente cuando la persona por quien oramos está *presente*, porque entonces nos enfrentamos al peligro que nuestra oración a su favor tenga la tendencia de mostrarle a esa persona cuánto la admiramos y amamos, en lugar de obligarnos a pedirle a Dios algo para ella. El metodismo^[2] muchas veces peca en este aspecto; muchas oraciones han sido desechadas por esta intercesión tan poco sincera.

Esto muestra claramente cuál es la obra adicional del Espíritu Santo en este respecto: no sólo que Él produzca en nosotros la fe en general, ni que Él avive en nosotros las llamas del amor fraternal. Sino que también Él provoque que la fe se una al amor en un matrimonio santo, dirigiéndoles de esa forma unida hacia el hermano por quien estamos orando. Este es el objetivo de San Pablo cuando desea que haya una comunión entre todos los santos, no sólo en el don de Dios, sino también en la oración de acción de gracias; no sólo para nuestro bien, sino “para que abundando la gracia por medio de muchos, la acción de gracias sobreabunde para gloria de Dios.”

De la manera en que en una sala cuyas paredes están revestidas de espejos de cristal, la luz del candelabro se refleja no sólo en cada espejo, sino que también de espejo a espejo de modo tal que hay un eterno reflejo de luz, así también lo es respecto a la oración de intercesión y acción de gracias dentro del cuerpo de Cristo. En esta sala de gloria, Cristo es la Luz, la cual se refleja en el espejo del alma. Pero no es suficiente que cada alma-espejo reciba la luz y la refleje en acción de gracias. Esta gloria del Hijo debe ser reflejada de espejo en espejo, aquí o allá, hasta que haya un centelleo interminable de brillo en aumento. Y todo es bautizado en el lustre desbordante en que el Hijo se glorifica a sí mismo.

Esto nos conduce a tratar el tema de la oración mutua.

La oración mutua es intercesión en su expresión más rica, ya que su valor aumenta por la conciencia de ser mutua. En la intercesión ordinaria, uno ora por otro sin saber si el otro también está orando por él o ella, pero en la oración mutua el “yo” se vuelve en “nosotros,” como en la oración del Señor. Ya no es uno solo que está luchando ante el trono de la gracia, sino que todos juntos, dando así expresión a la unidad y a la comunión del cuerpo de Cristo. El clamor por una aflicción. Le bendicen a Cristo por la misma gracia. Claman por la misma promesa. Miran a futuro hacia la misma gloria. Acuden al mismo Padre en el nombre del único Mediador, descansando sobre la expiación de la misma sangre. Es entonces cuando la obra del Espíritu Santo logra Su gloria más alta. Entonces Él une la fe y el amor, no en un solo corazón, sino que en muchos. Es entonces que Él abre los corazones y une las almas de los santos. Es entonces que Él obra en ellos para que se junten en la sala de audiencias del Señor Dios, un pueblo, una multitud de creyentes, quienes en su parentesco espiritual reflejan la unidad del Cuerpo de Cristo.

De ahí que no haya nada más difícil que la oración mutua. La oración dentro de un armario es fácil. Orar por otros no es difícil. Pero orar los unos con los otros requiere tal tono espiritual exaltado, tal amor puro amor, tal percepción tan clara de la unidad del cuerpo y, ¡ay! tan pocas veces se logra en grupos grandes de creyentes en medio de esta vida pecaminosa. El líder entonces, si verdaderamente es el portavoz del pueblo, tiene una tarea muy difícil, y debe él mismo estar en un estado mental rigurosamente espiritual.

Claro está que si el Espíritu Santo nos dejara solos, cada actividad de fe, amor y oración se paralizarían muy pronto. Pero, ¡bendito sea Dios! Él conoce nuestra debilidad y con divina piedad Él mira nuestra terrible impotencia. Él es y sigue siendo el Consolador. Su obra nunca termina. Cuando nos quedamos dormidos sin aceite en nuestras lámparas, Él vigilaba nuestras almas. Cuando nuestro amor fallaba, Él nos amaba igual. Cuando nuestra fe se volvió débil y apagada, y la oración se volvió sosa en nuestros labios, Él oró por nosotros con gemidos indecibles.

En esto consiste Su obra continuamente. Es Él el Portador divino de toda concepción alta y toda conciencia santa entre los hijos de los hombres. Él, el Espíritu del Padre y del Hijo, el que exhibe todas las riquezas del Mediador a la Novia, y de esta manera hace que ella tenga más deseo de poseerlas. Es Él el que produce los tesoros de la Palabra a través de la chispa de su fuego santo, trayéndolas a la conciencia del hombre interior.

Bendito es el hombre que ha gustado la obra del Espíritu Santo en su propia vida. Bendita es la Iglesia la cual, en su servicio, ha demostrado la obra interior del Espíritu de gracia y súplica. Bendito es aquel que, constreñido a amar por el amor del Espíritu Santo, ha abierto su corazón en acción de gracias, alabanza y adoración, no sólo al Padre, quien desde la eternidad lo ha elegido y llamado, y al Hijo quien lo ha comprado por precio y redimido, sino también a la Tercera Persona de la Santa Trinidad, quien ha encendido en él la luz y la mantiene ardiendo en la oscuridad interior. A quien, por tanto, conjuntamente con el Padre y el Hijo, pertenecen para siempre el sacrificio de amor y devoción de toda la Iglesia de Dios.

Notas

1. [↑](#) Expositores de un período anterior pensaron como Calvino que la intercesión del Espíritu Santo simbolizaba una obra en nosotros, en virtud de la cual nosotros gemíamos dentro de nosotros mismos. Pero esta visión no es correcta, ya que el versículo 23 establece lo que Calvino suponía estar establecido en el versículo 26. En aquel, el apóstol habla de los gemidos que proceden de nosotros forjados en nosotros por el Espíritu Santo. El versículo 26 no puede ser una mera repetición, ya que las palabras “y de igual manera,” presentan un nuevo tema, por más que sea similar a lo precedente. Además, la palabra que se emplea aquí en referencia al Espíritu Santo es la misma usada en el versículo 34, “entunchánein,” que simboliza la intercesión del Espíritu Santo. Y nuevamente la palabra “sunantilambánesthai,” que se traduce “ayudar,” requiere que la persona que presta la ayuda no sólo esté dentro de nosotros, sino que también obre con nosotros y por nosotros. El versículo 27 nos lleva a la misma conclusión, primero porque habla acerca de la mente del Espíritu, y no la mente del hombre. Segundo, porque se dice que la intercesión es conforme a Dios, “katà Theón,” no “eis Theón”, es decir, de acuerdo a la voluntad de Dios, y esto solamente puede ser dicho respecto del Espíritu Santo. Sin embargo no negamos que en un aspecto, este gemir hace un uso instrumental de los órganos vocales, como en el asunto de “glóssais lalein,” el hablar el lenguas. Sostenemos sólo que el gemir indecible no implica el uso de esos órganos. Es más bien lo opuesto.
2. [↑](#) Ver la sección 5 del Prefacio para la explicación que el autor da en cuanto al Metodismo.